

A woman with dark hair styled in an updo, wearing a strapless gold corset-style bodice and a long black skirt with gold and black floral embellishments. She is also wearing long black sleeves with gold and black floral details. She is standing in a room with ornate white wall paneling and a large white door in the background.

Las tiernas

REGLAS DEL EDÉN

La serie Belle House

V. KAHANY

LAS TIERNAS REGLAS DEL EDÉN

LA SERIE BELLE HOUSE

LIBRO 3

V. KAHANY

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

[Otras Obras de V. Kahany](#)

Las Tiernas Reglas del Edén

Derechos de autor © 2020 Vlad Kahany

Todos los derechos reservados. Este libro o partes del mismo no pueden ser reproducidos en ninguna forma, almacenados en ningún sistema de recuperación o transmitidos en cualquier forma por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro tipo) sin el permiso previo por escrito del editor, excepto según lo dispuesto por la ley de derechos de autor de los Estados Unidos de América.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, los lugares y los incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, compañías o eventos es pura coincidencia.



[Creado con Vellum](#)

PRÓLOGO

Si no la hubiera conocido, habría pensado de ella como de muchas otras: una mujer caída, vendiendo su alma a los hombres.

Si no la hubiera conocido, habría pensado que ella había elegido la vida de la promiscuidad por falta de moral. Si no la hubiera conocido, habría dicho que no tenía ninguna.

Si no la hubiera conocido, nunca habría descubierto lo que era enamorarse de sus ojos amables, el elegante giro de su cabeza, el suave toque de sus dedos.

No habría sabido cómo un latido del corazón podía dispararse al ver su suave sonrisa y cómo una ola de calor podía recorrer su cuerpo cuando escuchaba su suave risa como la de un hada mágica de un bosque encantador.

No habría conocido la dulce sensación que derritió su corazón al oír su voz cálida y baja, calmante y tranquilizadora, envolviéndolo como el calor de una chimenea en una noche fría.

Pero tuvo suerte.

Y cuando, en aquel fatídico día de junio, entró en el Gran Salón con sus encantos —los ojos oscuros, la sonrisa suave, las palabras amables—, ni siquiera lo miró, sino que se le atascó el aliento en la garganta. Sus ojos seguían cada uno de sus movimientos, y sus oídos captaban cada una de sus palabras como si no hubiera nadie más en la habitación. Era como si el mundo se derrumbara a su alrededor, y solo fuera ella.

Eva Bernal.

En el lugar más inverosímil de la tierra.

El burdel de lujo en Piccadilly.

La Belle House.

En una calurosa tarde de verano, cuatro caballeros estaban parados en una calle del Londres victoriano y se enfrentaban a un gran edificio con una fachada no tan prominente.

Los caballeros creaban un espectáculo bastante extraño.

El bajito y pesado era el señor George Button. Tenía unos cuarenta y tantos años, una cara regordeta, un bigote fino que adornaba su labio superior y unos ojos diminutos, visualmente más pequeños por un par de gafas.

El hombre más alto a su lado era el señor William Reid. Era el más joven, apenas tenía treinta años, era muy guapo y seguía soltero, tanto por elección como por conveniencia, pues tenía mucho dinero. Era londinense nativo y era anfitrión del resto de los hombres, que habían venido de fuera de la ciudad. Con un gusto refinado, hábitos caros, un destello para impresionar y un amor por las mujeres, eligió los lugares más escandalosos para entretener a sus compañeros.

A su lado, un poco más alto, estaba el señor Andrew Siebert, un hombre delgado de unos cuarenta años. Nada en su apariencia llamaba especialmente la atención, pero era el más culto y educado. Amante de la literatura, sus amigos lo llamaban "El Profesor". Dado que el conocimiento era su fuerte, pensaba que era su deber otorgarlo a los demás y era el que hablaba en todas las fiestas.

La compañía estaba coronada por el señor Samuel Riley, un hombre de unos treinta años, muy alto, de hombros anchos, musculoso, con un cuerpo como una montaña, casi un gigante. Su cabello castaño rojizo estaba peinado hacia atrás debajo de su sombrero, su barba bien cortada y parecía tener una expresión permanente de descontento en su rostro. Era un hombre impresionante, que evocaba la admiración y el asombro de los espectadores, que a menudo tenían que estirar el cuello para mirarlo. La expresión de disgusto en su rostro significaba su inquietud por el establecimiento en el que estaban a punto de entrar.

Los tres hombres de la compañía eran solteros. Button era el único casado. Pero solo Samuel Riley no expresó ningún interés en la próxima aventura.

Los cuatro hombres eran, pues, una extraña compañía: el primero de la fila era casi la mitad del tamaño del anterior, y sus gustos eran tan diferentes como su apariencia. Iban bien vestidos y acababan de salir de un restaurante de lujo en Regent Street. El establecimiento al que estaban a punto de entrar era su siguiente parada. Planeaban comenzar con una copa después de la cena, pero ese no era el propósito principal de su visita y no era tan rutinario, ya que estaban frente a Belle House, el burdel de lujo en Piccadilly.

Siebert le dio una palmada en el hombro a su mejor amigo Samuel Riley.

"Bueno, amigos, aquí está", dijo alegremente, anticipando una noche de diversión.

"Si quieren lo mejor de lo mejor", sonrió el apuesto hombre, Reid, "aquí lo tienen, caballeros. El postre más fino de Londres." Sonrió, y un destello travieso iluminó sus ojos.

Button alisó su bigote con los dedos de su mano derecha y carraspeó.

"Puede que esté más emocionado por esto que Sam."

"Emocionado es la última palabra que usaría", dijo Samuel Riley en voz baja.

"Oh, vamos, Riley. No has tenido una mujer en un tiempo. Te estás volviendo aburrido", dijo Reid.

"No ha tenido una mujer en una década. Y eso es un hecho", se rio Siebert. "Vamos, Riley, quita esa irritación de tu rostro. Si no es diversión, entonces piénsalo como terapia física".

"Terapia física, está bien", repitió Button.

Los tres hombres intercambiaron sonrisas conspiradoras y miraron a Samuel.

Reservado y reacio a este tipo de entretenimiento, Samuel Riley era el tema constante de bromas entre sus amigos cercanos. Button, Siebert y Riley residían en el suroeste, en el condado de Dorset. Y si bien Button y Siebert hacían viajes frecuentes a la ciudad, Samuel era un conocido recluso, un hombre de campo que rara vez visitaba lugares concurridos y eventos sociales. Aún más emocionante era para los caballeros cuando Riley, por primera vez en más de una década, aceptó unirse a ellos para la temporada en Londres.

"Airearemos el campo de tu cabeza, Riley", había dicho Siebert a su llegada a Londres hace apenas una semana. "Bailes, cenas, teatros, restaurantes exóticos, conexiones importantes. ¡Y mujeres! ¡Las mejores de Londres! ¡Las mejores cortesanas que podamos encontrar! Sí, te lo mereces. Demonios, lo necesito más que tú".

Y así fue como ahora los cuatro caballeros, buenos amigos desde hacía años, se encontraron en Piccadilly.

"A pesar de tus prejuicios, Riley", dijo el apuesto compañero, "las mujeres de adentro no son lo que esperas. De hecho, podrían cambiar tu comprensión del mundo y de lo que son la belleza y la clase. Sin embargo, cualquier cosa que veas adentro está en venta".

"Así como cualquier otra cosa en el mundo si tienes suficiente dinero", agregó Button. Era un industrialista. Su fortuna provenía de su esposa no tan impresionante, pero, desafortunadamente, no estaba en posición de comprar una nueva.

Samuel Riley se removió y suspiró.

"¿Por qué no los dejo con ello y paso mi noche en lugares que son más de mi agrado?", preguntó, y el ceño en su frente se profundizó.

"Riley, no hay establos en Londres. Civilízate", se rio Reid, y el resto de los hombres rieron. "Y deja de ser tan mojigato. Olvida lo que sabes sobre hombres y mujeres. Olvida que existe la etiqueta. Olvida qué papel tienes que jugar en esta vida. Detrás de estas puertas hay un mundo diferente".

"A veces, las mejores cosas de la vida vienen de los lugares menos probables", dijo Siebert.

"Puedo asegurarte que, las cosas más placenteras vienen de este establecimiento", dijo Reid y se volvió para mirar a Riley. "Prepárate para quedar impresionado. Pero debo advertirte. Regla número uno: no te enamores de una cortesana, Sam. Es problema. Es caro. Y arruinará las cosas para la futura Sra. Riley".

Samuel Riley rodó los ojos y suspiró con irritación.

"¿Cuál es la regla número dos?", preguntó Siebert por curiosidad.

"Olvida el resto de las reglas por ahora. ¿Vamos?", sonrió William Reid y señaló hacia la puerta.

La señora Sharke, la madame de la Casa Belle, había sido informada sobre la visita de los cuatro caballeros el día anterior. William Reid era cliente y un empresario bien calificado. El hecho de que trajera amigos de fuera de la ciudad la halagaba y despertaba su curiosidad al máximo grado. Nada propagaba más la reputación de su establecimiento que la buena impresión en los huéspedes de partes distantes de Inglaterra.

Había estado entreteniéndolos a otros huéspedes en el Gran Salón durante más de dos horas. Era una noche ocupada. Varias docenas de personas estaban holgazaneando. Algunos de ellos se quedarían toda la noche. No todos tomarían a una dama. Así que la señora Sharke no estaba preocupada por la falta de "inventario".

Además, ya había asignado varias chicas a la tarea y esperaba que las coincidencias fueran exitosas. Las bebidas y los postres se servían sin parar. El ambiente era alegre. Las damas aún lucían decentes, y los clientes aún no se permitían ser demasiado directos en su búsqueda de placer. La risa y el murmullo llenaban la habitación. Clara estaba tocando el piano de palisandro. Justo para presentar su establecimiento a los nuevos huéspedes. La señora Sharke se aseguró de comprar muchas ostras y alcachofas en el mercado, y se sirvió té de ginseng rojo a los invitados, nada como una dosis saludable de afrodisíaco. Pensó en abrir una botella de vino de coca para los nuevos huéspedes, luego decidió no hacerlo. No necesitaba euforia excesiva. A menos, por supuesto, que alguno de los huéspedes estuviera demasiado tenso.

Así que cuando el portero, Gilbert, anunció la llegada de los huéspedes y la señora Sharke saludó a los cuatro caballeros en la puerta, fue con su mejor sonrisa y de muy buen humor.

William Reid presentó a sus amigos, y cuando Samuel Riley besó su mano, ella lo miró con curiosidad, dándole una mirada de arriba abajo abierta. Exclamó: "¡Oh, por Dios! ¡Puede que necesites más de una chica para cubrir la noche!"

Ante esto, los otros tres hombres rieron, y Samuel Riley se ruborizó.

Samuel no estaba a favor del constante recordatorio de dónde estaba. Pero tan pronto como entró, la vista de los techos altos, la lujosa decoración de los pasillos, el portero, que estaba vestido mejor de lo que Samuel estaría de vuelta en Dorset, lo desconcertaron. Y cuando los llevaron al Gran Salón, sintió tal asombro por el lujo que se reflejó claramente en su rostro.

Siebert lo golpeó con su hombro y silbó apenas audible.

"¿Estás seguro de que esto es un burdel, amigo?" preguntó Siebert a Reid.

"Te lo dije", dijo Reid y guiñó un ojo.

Samuel Riley estaba, de hecho, impresionado. Cuando miró por primera vez a su alrededor, pensó que estaba en un salón de baile lleno de gente, pero luego se dio cuenta de que la

habitación estaba forrada de espejos que tenían cortinas rojas alrededor, que podían cerrarse en cualquier momento para hacer el salón más íntimo. Había varias docenas de hombres y mujeres en la habitación, charlando, jugando a las cartas, bebiendo. Todos estaban a gusto. El salón olía a vino y flores. Un gran candelabro colgaba del centro del techo, y la luz de los candelabros de pared jugaba con colores intrincados que se reflejaban en los espejos, haciendo que toda la vista fuera bastante teatral.

"Lujo, de hecho", pensó Samuel para sí mismo. Pero al igual que en un baile, tan pronto como entraron en la habitación, los ojos de las mujeres se volvieron hacia ellos, mientras los hombres alrededor seguían sin prestar mucha atención a los recién llegados.

Le sorprendió a Samuel que el lugar no se sintiera diferente de cualquier otro evento público o cena. Era como si este lujoso salón alfombrado fuera simplemente otra casa de un londinense adinerado. Excepto por los vestidos más abiertos de las damas, sus modales demasiado informales, la forma en que tocaban a los hombres y hablaban libremente.

Las bebidas se sirvieron de inmediato, al igual que las damas, que, sin duda, fueron instruidas de antemano. Rodearon los sillones y el sofá donde estaban sentados los cuatro hombres y se presentaron. Sería todo bastante maravilloso si Samuel Riley pudiera olvidar que todo este negocio conducía a un dormitorio y una compañía íntima de una de las damas. Las mujeres eran hermosas, pero, aun así, mujeres de sociedad, con sus ojos inquisitivos estudiando a la presa y calculando el plan de acción.

"¿Estás impresionado?" preguntó Reid, que estaba sentado al lado de Samuel. "Vamos, Riley, no puedes ocultarlo. Si no fueras ajeno a las emociones humanas genuinas, tu mandíbula llegaría hasta tus rodillas en este momento, tu miembro estaría duro como una roca, y tu mente estaría girando de anticipación".

"El Sr. Riley es un hombre impresionante", dijo una joven morena, que estaba cerca con una sonrisa seductora en su rostro y no se inmutó ante la mención de una palabra obscena. Todo lo contrario. Miró a Samuel como si él acabara de invitarla a la cama.

"¿A qué se dedica, Sr. Riley?" preguntó una pelirroja vivaz y linda, que antes se había presentado como Bonnie.

"A Samuel le gusta trabajar con sus manos", dijo Reid y guiñó un ojo.

"¡Oh!" exclamaron las damas y rieron, dándose miradas de 'ya sabes lo que eso significa'.

"Con la tierra", agregó Reid.

"¡Ah!" exhaló colectivamente las damas, aún sonriendo, pero intercambiando miradas laterales.

Bonnie, que no era muy inteligente, pero le gustaba hablar, miró a Samuel con curiosidad.

"¿Es un granjero?" preguntó, y los hombres estallaron en risas.

"Oh, es encantador" dijo Siebert, temblando, tratando de contener la risa. Incluso Samuel intentó no sonreír.

Bonnie sonrió, porque, como sucedía a menudo, sus comentarios no tan inteligentes eran tomados como bromas ingeniosas.

"¡Samuel Riley, el granjero!" Button se echó a reír. "Precioso. Deberíamos usar esto".

Alguien comenzó a hacerle preguntas a Samuel y se le unieron otras mujeres. La charla lo tranquilizó un poco. No era un hombre guapo, pero sabía que cuando las mujeres veían a un hombre con dinero, su curiosidad y amabilidad se multiplicaban por diez.

En los primeros cinco minutos, Samuel bebió varios whiskies, con la esperanza de pasar la noche con facilidad y olvidarlo fácilmente al día siguiente. A medida que continuaban las conversaciones, se bebió dos más. Las mujeres, sin duda, eran hermosas y elegantes. Incluso las

sirvientas, que se deslizaban desapercibidas a las mesas para recoger los vasos vacíos y traer los nuevos, tenían un aspecto agradable. Pero nada tenía sentido para él. ¿Cómo podría un hombre acostarse con una mujer, por hermosa que fuera, sin sentir siquiera una ligera atracción? ¿Cómo podría una mujer, sin el conocimiento adecuado y las conversaciones suficientes, sorprender a un hombre tan rápido como para que él pensara: "¿La quiero"? Incluso tan arregladas y entrenadas para impresionar como las damas de la Belle House.

Y entonces la vio.

Y el tiempo pareció detenerse.

Y todo a su alrededor parecía haber desaparecido.

Entró en el salón y se detuvo en la entrada para intercambiar palabras con la Sra. Sharke, y en ese momento, el corazón de Samuel Riley también se detuvo. Aunque solo sea por un segundo.

No sabía qué lo detuvo en seco o qué era lo que lo atraía de ella en ese momento, pero no podía apartar la mirada. Todo en ella era perfección. Su espeso cabello castaño estaba intrincadamente peinado y separado de su rostro. Tenía cejas arqueadas oscuras y ojos amables que estudiaban el entorno con una calma inusual, como si entrara en una habitación llena de amigos cercanos. Sus labios estaban carnosos y ligeramente curvados en una sonrisa apenas perceptible. No era una mujer pequeña y delgada. Sus curvas hacían que los hombres a los que les gustaban las mujeres más grandes pensarán que era su tipo, y los que les gustaban las mujeres delgadas pensaban que todavía era de su gusto. Su largo cuello era grácil, al igual que sus hombros, estrechos y bellamente inclinados. Su piel de marfil era impecable, y el vestido azul que llevaba acentuaba su pecho y su cintura perfecta como si hubiera nacido con un corsé. Pero no era la perfección de su cuerpo lo que mantenía a Samuel paralizado, sino la forma en que movía la cabeza y la inclinaba ligeramente de la manera más elegante. Algunas mujeres dirigían con sus manos. Algunos con los ojos. Esta mujer dirigía con el elegante giro de su cabeza, la forma en que asintió, la forma en que arqueaba ligeramente las cejas e inclinó la cabeza, su perfil, la envidia de las reinas. Cuando escudriñó su grupo, sus ojos se detuvieron en William Reid. Ella asintió con una sonrisa, y Samuel deseó *ser* la razón por la que sus labios se estiraban en la sonrisa más hermosa que jamás había visto.

"¿Quién es ella?" preguntó a Reid, sin apartar la mirada de la mujer.

"Ah, parece que alguien ha captado tu interés", se rio Reid. "Estás de mala suerte aquí, amigo mío". Reid se inclinó hacia él. "Ya no está en el negocio, pero es una excelente compañera", explicó mientras la mujer se acercaba a la mesa, y él se levantaba para besarle la mano.

Ella se movía con tanta ligereza como si apenas tocara el suelo, con la elegancia de una reina que honraba a los sirvientes con su presencia.

"Señorita Eva Bernal, qué placer", dijo Reid inclinando la cabeza. "Siempre puedo venir a este establecimiento por ninguna otra razón que no sea ser honrado con su compañía".

Su sonrisa, abierta y genuina, resonaba en sus ojos, y el corazón de Samuel dio un vuelco con un extraño asombro.

"William, William. Encantador como siempre. Es un placer", dijo ella, y su voz baja pareció hipnotizar aún más a Samuel.

"Señorita Eva", sonrió Reid, "¿puedo presentar a mis humildes compañeros? Este es Samuel Riley de Dorset".

Sin apartar la mirada de la mujer, Samuel se levantó del sillón.

"¡Ah!" exclamó ella en la común sorpresa que había visto en muchos que presenciaban su gran estatura por primera vez. Levantó la mirada hacia él y soltó una risa maravillosa, y el corazón de Samuel dio otro vuelco de alegría al ser la causa de ella.

"Señor Riley, un placer", dijo con sus ojos, enmarcados con largas pestañas negras, clavados en él con curiosidad.

"Señorita Eva", dijo él en voz baja y tomó su mano.

Sus dedos eran largos y delgados, frágiles en su gran mano. Cuando sus labios los tocaron para un breve beso, y pudo oler su perfume, este simple gesto pareció extrañamente íntimo. Deseó poder besar su mano más tiempo. Cuando se enderezó y la miró de nuevo, sus ojos lo atravesaron con el color de la noche más oscura, lo estudiaron con curiosidad y amabilidad, y se arrugaron en las esquinas cuando ella le sonrió de nuevo.

Fue presentada a los demás. Siebert, por supuesto, captó su atención de inmediato, bromeando, contándole historias mientras estaban al otro lado de la mesa, riendo y hablando. Samuel sintió celos de quienquiera que ella posara sus ojos y deseó ser tan extrovertido como su mejor amigo para poder atraer a esta mujer hacia él.

Eva.

Ella era del Jardín del Edén, de hecho. Porque nunca había visto a nadie tan divino como ella, aunque había visto su parte de mujeres hermosas.

Se tomó otro whiskey.

Reid no perdió detalle, se inclinó hacia él con una sonrisa astuta.

"Aquí no tienes ninguna oportunidad", dijo en voz baja, asintiendo en su dirección. "Ella ha terminado con este negocio. Tenía privilegios especiales y solía elegir a sus clientes ella misma. De todas formas, no tendrías ninguna oportunidad, créeme".

A Samuel no le importaban las reglas ni lo que pensara nadie. Todo lo que quería era tener a esta mujer más cerca, escuchar su voz, que ella lo mirara de nuevo.

"Háblale", susurró a Reid.

"¿Eh?"

"Háblale", insistió él. "Haz que venga aquí".

Sus ojos se fijaron en ella, y Reid se rió con diversión.

"Riley, Riley. A veces tienes que esforzarte, amigo".

"Tss, sabes cómo es". Samuel parpadeó lentamente, pensando que se desmoronaría si esta mujer realmente se acercaba y decía una sola palabra.

"Señorita Eva", exclamó Reid de repente, levantándose para llamar su atención. "El señor Siebert no sabe que no tiene ninguna oportunidad". Miró a Siebert con una disculpa teatral. "Lo siento, amigo". Se volvió hacia Eva de nuevo. "Yo, por otro lado, no la he visto en mucho tiempo. ¿Se uniría a nosotros en este lado de la mesa y me contaría cómo la trata la vida?"

Eva rio alegremente, sacudiendo la cabeza, y se unió a ellos con gusto, tomando asiento en el borde del sillón junto a Samuel.

Podía oler su perfume, escuchar su respiración cuando hablaba, el susurro de su vestido cuando se movía. Y cuando se volvía para hacerle preguntas, no se atrevía a mirarla por mucho tiempo, temiendo mostrar su nerviosismo. En cambio, murmuraba algo breve en respuesta y esperaba que Reid salvara la conversación. Nunca antes se había sentido tan incómodo e impotente en compañía de una mujer como se sentía sentado a varios pies de distancia de Eva Bernal.

Ella lo miraba con curiosidad de vez en cuando, y no escapaba a los ojos vigilantes de Bonnie, una dama bonita y a veces molesta de la casa, solo diecinueve años, pero con la actitud de una duquesa y la determinación de una cazadora de maridos profesional. Bonnie era una criatura astuta, rápida para atraer a cualquier cliente, y siempre decidida a conseguir lo que quería. Pero, sobre todo, tenía una cantidad asombrosa de envidia por Eva y el celo de demostrar

que no era peor que la mujer que establecía las reglas en el lugar donde ninguna otra dama podía. Así que cuando vio a Samuel mirando a Eva con fascinación, decidió que él era su hombre para esa noche.

Samuel no notó cómo ni cuándo Bonnie apareció a su lado y se encaramó al brazo del sillón. Pero estaba tan enamorado de Eva que cuando Bonnie puso su mano en su hombro, dio un respingo de sorpresa.

Mientras tanto, la mano de Bonnie asumió un tono más insistente como reclamándolo, y él se sintió incómodo y avergonzado.

"Me alegra que aún nos honre ocasionalmente con su presencia", dijo Reid, continuando la conversación con Eva.

"Señorita Eva, ¿no tenía una reunión con el señor Turner?" intervino Bonnie, levantando las cejas en una falsa sorpresa. "No queríamos que se perdiera algo importante. Estoy bastante segura de que podemos ocuparnos de los caballeros. ¡Ah! ¡Eliza está aquí!" Miró al otro lado de la habitación y luego de regreso a Eva.

Los ojos de Bonnie estaban llenos de rencor, y levantó la barbilla varios centímetros demasiado alta como un arma de su arrogancia.

Los ojos de Eva sonrieron.

"La señorita Bonnie es una mujer espléndida", dijo Eva y lentamente dirigió su mirada hacia Samuel. "Disfrutará de su compañía, Sr. Riley." Mantuvo su mirada en Samuel un poco más. "Caballeros", apartó la mirada de él y se levantó bruscamente, "me temo que tengo otros compromisos. Fue un placer, y espero que disfruten su velada".

El corazón de Samuel se hundió, pero se puso de pie, al igual que William Reid, quien le lanzó una mirada.

"Señorita Eva", Reid la detuvo para que no se diera la vuelta y miró a Samuel. "No hay nadie como la señorita Eva Bernal para decirle a uno quién es quién en Londres", dijo, dirigiéndose a su amigo.

"Me halaga, William." Ella inclinó la cabeza hacia un lado como si estuviera reprochándolo. "Asiste a muchas fiestas, y hay muchas personas al otro lado de la Gran División que podrían hacer un recorrido". Se rio. "Lady Edith, a quien ambos conocemos muy bien, está más calificada".

Reid se rio en respuesta.

"Es cierto. Pero prefiero su hermosa e inteligente compañía al desdén y la agudeza de una anciana. Además, mis amigos apreciarían las ideas progresistas que ciertamente no pueden ni vendrán del otro lado de la Gran División".

Movió las cejas y sacó una sonrisa traviesa. Eva hizo lo mismo para igualar la suya.

La Gran División era un término ingenioso acuñado por el mismo William Reid. Era un joven rico con una educación clásica. Su padre tenía muchos negocios en el extranjero, y así, desde joven, Reid había viajado a países que muchos solo soñaban con ver. Influyó en su pensamiento libre, de la forma en que solo la exposición a diferentes culturas y mentalidades podía hacerlo. Siendo uno de la élite de Londres, sin embargo, se entregaba a un estilo de vida frívolo, frecuentaba burdeles y se mezclaba con gente como el Lord Ashbee y Sir Ryrie. La Gran División fue el término que él y sus compañeros idearon en una noche de borrachera durante una fiesta ruidosa en la Belle House. Era la idea de que la hipocresía en cualquier sociedad dada era el mecanismo impulsor principal de su evolución y era imperativo para su desarrollo suave. La Gran División era la línea invisible que marcaba los dos círculos sociales de la sociedad de élite: uno impulsado por la moral, las reglas y el protocolo adecuado, y el otro que, en contra de esas

mismas reglas morales, permitía, en su mayor parte, que las mismas personas se entregaran a todo lo que el dinero y la imaginación pudieran conjurar. Las dos realidades paralelas coexistían pacíficamente, una siendo la sombra de la otra, solapándose ocasionalmente, pero de manera altamente controlada. Aunque el círculo frívolo intentaba conquistar al otro, el moral pretendía que el otro no existiera. De hecho, había individuos que se profesaban como ejemplo de alta moral y dignidad. Sin embargo, incluso ellos, con más frecuencia que no, resultaban ser hipócritas. Por lo general, en su lecho de muerte.

William Reid era un visitante ocasional de la Belle House, y aunque no era cliente de Eva, la conocía bastante bien. Disfrutaban mucho de la compañía del otro durante las numerosas salidas. Ella consideraba al hombre inteligente, galante y adelantado a su tiempo. Y aunque no era su tipo, se sentía halagada de ser elogiada por un hombre así.

"Señor Reid, será un placer unirme a su compañía en cualquier momento", dijo, inclinando graciosamente la cabeza para despedirse del grupo. Samuel exhaló aliviado, con la esperanza de que, con suerte, la volvería a ver pronto.

La Sra. Sharke atrapó a Eva junto a la entrada del salón.

"Eva, sé que hemos hecho un trato, y ya no eres parte de mi negocio", dijo la Sra. Sharke, sorbiendo vino y observando a la multitud en el salón, "pero apreciaría tu participación con este grupo. Son adinerados y solteros, excepto por el caballero bajito. Con la Temporada y todo eso, entiendes, su recomendación puede hacer maravillas. Esta ciudad se está volviendo demasiado pequeña. Y tener invitados de fuera de la ciudad puede propagar la fama de este establecimiento mucho más allá de los límites de la ciudad. ¡Dios sabe que necesitamos caras nuevas aquí!"

"No creo que ningún otro establecimiento supere la fama y grandeza del suyo, Sra. Sharke", dijo Eva con una sonrisa pícara.

"¡Ah! Pero quiero que cada noble que entre en esta ciudad sepa que este" hizo un gesto alrededor de la habitación con la copa de vino "es el lugar al que hay que venir. Así que hazme un favor, querida. Volverán y se llevarán a las señoritas a pasear. Únete a ellos. Eres una de las pocas que realmente eleva la cara de este establecimiento a un nivel real".

Eva rio.

"Sabes cómo hacer cumplidos reales", dijo mirando al grupo. "William ya preguntó, y le dije que estaría encantada de unirme a ellos para cualquier aventura que esté planeando. Así que así será".

Estudió al grupo a lo lejos con la atención habitual de una anfitriona entrenada.

Reid estaba hablando con Eliza, quien lo había acompañado antes. Él conocía el terreno y ya se había acomodado.

El caballero bajito con gafas seguía bebiendo y alisándose el bigote con los dedos. Hablaba más alto y se reía más a menudo, habiendo bebido suficiente alcohol para sentirse cómodo. Clara se sentó junto a él en el sofá y se rio igual de fuerte para igualar su estado de ánimo. Estaba avanzando rápido. Una buena combinación.

El caballero alto estaba sentado con las piernas cruzadas, fumando un cigarro y entreteniéndolo a las tres mujeres que estaban sentadas frente a él. Un hablador, concluyó Eva, y no tenía prisa por pasar a la acción. Le tomaría un tiempo elegir a una mujer, y podría elegir dos.

El granjero, como había bromeado la tonta de Bonnie, era un espécimen curioso. Los ojos de Eva se enfocaron en él con interés. Estaba impresionantemente construido, con un cuerpo que

denotaba una tremenda fuerza física, músculos que no podrían adquirirse simplemente descansando en una finca durante años. Piel moteada de blanco. Las manos, grandes, ásperas y de un tono rojizo. Su barba, del color de ámbar oscuro, estaba recortada de cerca, el cabello peinado hacia atrás en contra de la moda actual. Le recordaba a un vikingo, o lo que ella pensaba que era uno por las ilustraciones en los libros antiguos. Adivinaba que tenía unos treinta y tantos años, aunque las cejas gruesas, demasiado bajas sobre sus ojos azules, hacían que su rostro pareciera mucho más viejo.

Hasta que sonrió. No había nada guapo en sus rasgos per se, sino lo contrario, pero cuando sonreía, la piel alrededor de sus ojos se arrugaba, y sus ojos azules adquirían un brillo suave que transformaba todo su rostro. Su sonrisa era contagiosa, como si el sol irradiara sobre ti y te tocara con su calor. Pero tan pronto como desaparecía, volvía a su actitud fría y algo hostil. En este momento, se tomaba una copa tras otra. Parecía perdido y fuera de lugar. No quería estar aquí, se dio cuenta Eva. Quizás era uno de los hombres que eran nuevos o tenían reservas sobre tales establecimientos. Hasta que llegaban al dormitorio.

Eva sonrió, sin apartar los ojos del hombre. ¡Y Bonnie, esa pequeña comadreja! Siempre metía su nariz en los asuntos de Eva. Oh, cómo despreciaba Eva a esa criatura. Sabía que el sentimiento era mutuo. Por parte de Bonnie, era envidia. Y en este momento, Bonnie estaba sentada en el brazo de la silla donde estaba acurrucado Samuel Riley y acariciaba su hombro, susurrándole algo al oído. Eva se rio para sus adentros; ninguna cantidad de alcohol podía ahogar la insistencia de Bonnie cuando estaba en una misión.

Justo en ese momento, Samuel Riley levantó los ojos. Cómo era posible, Eva no estaba segura, pero él la miraba directamente como si supiera exactamente dónde estaba ella en la habitación. Su sonrisa se desvaneció mientras miraba fijamente a través de la habitación, sin apartar los ojos, y él tampoco lo hizo. Por un segundo, el ruido desapareció mientras sus ojos se encontraban en una extraña e inexplicable manera que dejó a Eva en un estado de inquietud.

"Deberías quedarte".

La voz de la Sra. Sharke sacó a Eva de su trance, y finalmente apartó los ojos del hombre al otro lado de la habitación y se volvió hacia la Sra. Sharke.

"Sé que tienes reservas, Eva. Pero estos hombres" la Sra. Sharke asintió hacia los cuatro hombres rodeados de mujeres "podrían necesitar tu compañía. Especialmente teniendo en cuenta que el Sr. Riley allí no mira a nadie más que a ti".

Eva se rio.

"Oh, bueno".

Ya había tomado la decisión de irse y se dirigió hacia el pasillo. Pero antes de desaparecer de la vista, se dio la vuelta para echar un último vistazo al grupo de hombres y a Samuel Riley. Sus ojos enviaron una ola de calor por su espalda, pues, una vez más, él la miraba fijamente.

La noche transcurrió alegremente. Mujeres iban y venían. Lo mismo hacían los hombres. El Gran Salón estaba lleno de humo, el olor a vino y la emoción se dejaban notar en el bullicio de la conversación, en las risas más animadas y en los gestos más íntimos de las mujeres, algunas de las cuales se aferraban muy cerca de sus benefactores. Las caricias se volvían más insistentes, las sonrisas más traviesas.

Samuel bebió suficiente alcohol como para sentirse más relajado mientras estaba sentado en el ahora tenue salón y observaba la fiesta. Quizás las horas pasadas en la Belle House lo habían acostumbrado a la atmósfera y le habían dado una comprensión de los servicios que ofrecía el lugar, porque ni siquiera las caricias más insistentes de la chica junto a él lo avergonzaban tanto.

Bonnie intentó entablar una conversación, pero cada vez que él respondía, sus manos se deslizaban alrededor de su cuello o entre los botones de su camisa, y él se quedaba sin palabras.

"¿Por qué tan serio?", preguntaba Bonnie una y otra vez, sin poder sacarle una sonrisa al hombre que eligió para pasar la noche.

"Siempre está así", dijo Reid, mirando a Bonnie, "tal vez deberías llevarlo arriba para animarlo un poco".

Le guiñó un ojo a Bonnie, y ella volvió sus ojos hambrientos hacia Samuel.

"Señor Serio. ¿Le gustaría ver mi habitación?"

Ella sonrió, y Samuel sintió un escalofrío de nerviosismo.

"Realmente, Riley. Creo que arriba, la señorita Bonnie podría tener un método diferente para trabajar en tu comportamiento".

Y así fue como Bonnie, conversando y sonriendo, enganchó su brazo alrededor del de Samuel y lo llevó fuera del salón. Se sintió como si estuviera haciendo una caminata de vergüenza. Todos sabían exactamente hacia dónde lo llevaban, pero nadie en la habitación prestaba atención ni a él ni a nadie más. Era, de hecho, un mundo extraño.

Arriba, en la habitación de Bonnie, su torpeza aumentó. La luz de la lámpara era demasiado brillante. La habitación estaba demasiado silenciosa. Se sentía como un escolar en un examen y deseaba que todo terminara lo antes posible. Ni siquiera estaba seguro de que todo esto funcionara, porque no sentía la más mínima atracción por la joven. No es que pensara que tuviera un gusto en mujeres. No es que alguna vez hubiera tenido opción.

Quería decirle a Bonnie que tal vez podrían tomar otra copa y dar por terminada la noche, pero ella ya le había quitado el chaleco y la corbata, y lo siguiente que supo fue que estaba sentado al borde de la cama, y ella le estaba quitando los zapatos, rápido y con destreza, hablando de algo, su voz y rapidez ahogando su incomodidad. Cuando se sentó a su lado, su

mano se deslizó hasta su pecho, descubierto por la camisa ya desabotonada, y su boca estaba junto a él, besando sus labios, deslizando su lengua. Sintió un escalofrío de excitación por la cercanía de una mujer, la primera vez en años, por la insistencia con la que sus manos lo tocaban, la facilidad con la que se ofrecía. Cerró los ojos, cediendo a sus besos, a su dulce perfume que intoxicaba sus sentidos embotados. Disfrutó de sus besos y caricias y podría arreglárselas bien solo con eso, pero ella se levantó, se puso de pie frente a él y, sonriendo seductoramente, comenzó a quitarse el vestido.

Podría tomarle mucho tiempo a una mujer desnudarse. A Bonnie le llevó menos de un minuto. Lo hizo lentamente, pero los botones rediseñados del vestido hicieron que se deshiciera en un abrir y cerrar de ojos, y en un momento, la ramera estaba frente a Samuel solo con medias.

Intentó sonreír, tímido en sus miradas hacia su cuerpo desnudo.

"¿Le gusta lo que ve, Sam?" Su voz era suave e invitadora. "Quiero que me toque".

Tomó sus manos y las puso en sus pechos, instándolo a apretarlos. Su cuerpo se acercó, al igual que su boca, y estaba de nuevo sobre él, su lengua sumergiéndose en él, explorando su boca como una pequeña serpiente, rápida y fuerte. Su camisa estaba fuera, sus manos desabrocharon sus pantalones, y él movió sus caderas, ayudándola a quitarse la ropa.

"¡Oh!" dijo sorprendida, mirando su erección, grande y dura. "Señor. Samuel. Riley. Encantado de conocerlo", dijo con una risita, y su mano se envolvió alrededor de su miembro.

Gruñó ante su toque, dándose cuenta de que su hombría quería acción más que su mente. Bonnie lo besó de nuevo, sin soltar su erección, acariciándola arriba y abajo. La desnudez de una mujer después de tanto tiempo era extraña, alienígena, pero cruda y excitante, y Samuel sintió otra ola de excitación cuando ella se arrodilló lentamente y lo tomó en su boca.

Quiso protestar, quiso decir que no tenía por qué hacerlo, pero gruñó por el placer de su boca envuelta alrededor de su dureza. La vista de ella entre sus piernas fue impactante pero excitante. Trabajó en su sexo expertamente, su cabeza bajando en una ola, su boca tomando tanto como pudo y volviendo a subir. Pensó que estaba volviéndose loco por el shock de todo, porque ninguna mujer antes, ni siquiera su difunta esposa, había hecho algo tan atrevido como esto. Pero cuanto más tiempo trabajaban los labios de Bonnie en su hombría, más fuerte era el deseo que ardía entre sus piernas. Miró hacia abajo su cabeza—su boca tragando su miembro, su una mano en su muslo, la otra amasando sus testículos—y gruñó, sintiendo la llegada del clímax.

De repente, se detuvo.

Él la miró con ojos sorprendidos y ella se levantó con una sonrisa traviesa.

"No tenemos prisa, ¿verdad?" preguntó, lamiéndose los labios.

Le acarició la cara, le dijo que se tumbara en la cama y cogió una pequeña bolsa del cuenco que había en la mesita de noche junto a la cama.

En un momento, ella estaba sentada a horcajadas sobre él, sus ojos estudiando su cuerpo.

"Es tan grande", Sam. Volvió a acariciarle la erección. "Como una bestia". Ella soltó una risita y movió las nalgas.

La bolsa que tenía en las manos era un preservativo, y se lo puso, atando una cuerda alrededor de la base de su pene. No los había visto antes, y el acto hizo que el encuentro se sintiera aún más artificial. Pero su excitación estaba lejos de serlo, porque su hombría quería la liberación.

Sus ojos estudiaron ahora abiertamente el cuerpo de Bonnie: su piel blanca, sus pechos pequeños con pezones diminutos, el triángulo rojizo entre sus piernas que se acurrucaba junto a su virilidad erguido y envuelto en el intrincado dispositivo como un regalo. Bonnie se arrodilló y se inclinó para besarlo. Volvió a sentir una sacudida de excitación, tembló por el deseo del

contacto humano básico, tan sagrado e íntimo en su mente, pero tan sencillo aquí con la mujer que lo tomaba como su trabajo. Le besó el cuello y luego se deslizó por su pecho. Sus dedos le apretaron los pezones y él gruñó por el suave dolor. Ella soltó una risita en respuesta, y antes de que él pudiera levantarla para darle otro beso, ella volvió a sentarse a horcajadas sobre él, y su virilidad desapareció entre sus piernas. Gimió de tensión y placer mientras se hundía en su carne, y Bonnie empezó a subir y bajar sobre su dureza, trabajando al ritmo practicado, con una sonrisa de satisfacción en el rostro, las manos amasando sus caderas, los pulgares acercándose al centro de su tensión. Y cuando sus pulgares tocaron la base de su pene, él gruñó y alcanzó su clímax.

Se acostó en la cama, tratando de calmar su respiración, con una sonrisa en su rostro mientras se maravillaba de lo ridículo de la situación.

“¿Le gustó?” Bonnie yacía a su lado.

“Sí, gracias” respondió Sam, apartando los ojos de la chica.

Ella se echó a reír.

“¿Gracias? Es tan dulce, Sam”. Su mano se deslizó hacia su rostro y le acarició la barba.

Había algo malo en este encuentro. Era una mujer hermosa, y él disfrutaba de lo que acababa de suceder. Sin embargo, su familiaridad se sentía fuera de lugar.

“Debería irme” dijo, incorporándose, súbitamente avergonzado por su desnudez.

“¿Ya?”, respondió ella, acariciando sus bíceps con los dedos. “Me pagan hasta la medianoche. Acabamos de empezar, señor Serio” dijo en un tono demasiado dulce y carente de sinceridad.

De repente, Samuel se sintió disgustado, ya sea de sí mismo o de la mención del dinero. Ya no quería estar cerca de la chica. Era guapa, claro, pero él no sentía la menor atracción por ella y sabía que ella sentía lo mismo. Si hubiera habido alguien más aquí, ella habría hablado exactamente de la misma manera, habría dicho las mismas cosas, y Samuel se sintió humillado por esta burda transacción.

Se levantó de la cama y empezó a vestirse.

“Dulce, ven en cualquier momento” dijo Bonnie, estirándose perezosamente en la cama. “Realmente te disfruté”.

Ella sonrió con una sonrisa extraña que no tenía emociones detrás.

Samuel la miró varias veces, trató de sonreír en respuesta, pero no podía esperar para salir de la habitación. Se sintió como una visita al médico.

“Lo voy a echar de menos, Sam” arrulló Bonnie desde la cama, haciendo un puchero, y Samuel se sintió reacio a su amabilidad, que no era ni genial ni bien interpretada. En todo caso, pensó, vestido y listo para partir, las cortesanas no eran la mercancía. Los clientes lo eran.

Bonnie finalmente se levantó de la cama, caminó perezosamente hacia él y le arregló la corbata, echando un vistazo a su atuendo.

“Vendrá a verme de nuevo, ¿verdad, Sam?” preguntó con la dulce voz de un depredador.

Él asintió y ella lo besó en los labios. Pero cuando salió de la habitación, se limpió la boca como si el beso fuera un recordatorio de su hora con la mujer que realmente no le gustaba ni le importaba volver a ver.

Bajó apresuradamente las escaleras y pasó por delante del Gran Salón sin siquiera mirar para comprobar si sus amigos estaban allí. No quería verlos, porque, de alguna manera, esta terrible experiencia lo empañaba de vergüenza. Esta transacción comercial, tan habitual para algunos, lo inquietaba. Salió, inhaló el aire fresco y dio gracias a Dios por haber terminado con eso.

Había carruajes aparcados a cada lado de la carretera. Los conductores estaban parados junto a ellos, hablando, y se volvieron para ver quién había salido del edificio. Estaba oscuro, pero

Samuel deseaba que fuera más oscuro, para que no se le viera salir del establecimiento, como si lo que acababa de hacer estuviera escrito claramente en su rostro o como si no fuera simplemente un hecho que había salido por esas puertas.

Un carruaje se detuvo a un lado de la carretera y el conductor abrió la puerta para dejar salir a una mujer. Sam se acercaba al carruaje cuando la mujer levantó la vista. Un atisbo de sorpresa se reflejó en sus ojos al reconocerla.

Eva Bernal.

Él asintió y miró hacia otro lado apresuradamente, pasando aún más rápido, deseando que ella no lo hubiera visto. Sólo cuando estuvo a una distancia segura, oculto por la oscuridad, se dio la vuelta y la vio caminando hacia las puertas de la Belle House. Hizo una pausa y la observó mientras ella subía los escalones y desaparecía dentro.

Su corazón latía con un extraño deseo de volver a verla.

Eva era un gran ejemplo de lo que el dinero, la sociedad y la búsqueda de un proveedor matrimonial podían hacerle a una mujer.

Sus padres habían fallecido en su adolescencia, y fue criada por una tía de modales estrictos y carácter hostil, que tenía la misión de casar a Eva lo antes posible.

La vida matrimonial de Eva comenzó a la edad de dieciocho años y fue como muchas en la sociedad londinense. Era joven y hermosa. Su esposo, Arthur Bernal, era igualmente joven y relativamente rico. Era una de las mejores opciones a quien, sin embargo, no amaba ni le importaba mucho. Pero había un agrado mutuo y una comprensión de estar atado de por vida en este contrato matrimonial. Eva había traído consigo una dote de tres mil libras, que se sumaban a los ya considerables ingresos del negocio de Arthur. No había muchas cosas que pudieran salir mal, excepto una cosa que ni siquiera los ricos siempre podían controlar.

El juego.

Eva, por supuesto, no sabía nada de eso cuando se casó con Arthur Bernal.

No sabía dónde pasaba los días y las noches.

No sospechaba nada cuando, un año después de su matrimonio, la gente comenzó a susurrar a sus espaldas y a lanzarle miradas condescendientes. Los celos eran venenosos, y Eva poseía mucha belleza de la que estar celosa. Esto debe ser, pensó.

Nada le advirtió cuando el aparentemente ordinario "¿Cómo está el señor Bernal estos días?" en eventos y salidas se hizo cada vez más frecuente por parte de personas que apenas conocía.

Irónicamente, la primera vez que oyó hablar de las deudas fue a través de Sir Henry Turner.

"Señorita Eva, su belleza no va a salvar al pobre señor Bernal. Está claro que su dote no lo ha hecho", dijo en uno de los bailes. No sabía lo que significaba, pero sentía suficiente respeto y admiración por Sir Turner como para encontrarlo solo más tarde y pedirle una explicación.

Sir Turner tenía mucho afecto por la bella Eva para decirle lo que la mayoría de la gente a su alrededor ya sabía.

Se quedó estupefacta, sonrojada de vergüenza e indignación.

No puede ser.

Mentiras.

Envidia.

Muchos de esos pensamientos pasaron por su cabeza, y nada habría hecho saltar la alarma si las palabras no hubieran venido de Sir Turner, un hombre con buena reputación y sin ningún interés en difundir chismes ociosos.

Esa noche se enfrentó a Arthur.

Esa noche descubrió que todo era verdad.

Le debía un corredor de apuestas. Una deuda aparentemente pequeña había estado creciendo durante un tiempo. Arthur había pedido dinero prestado para pagarle. Pero el prestamista no era mejor, y en poco tiempo, la deuda se había convertido en una cantidad sustancial.

“Nos las arreglaremos” dijo Arthur, y en ese momento, Eva pensó que de alguna manera todo se arreglaría.

¿La confesión y las promesas a su esposa detuvieron a Arthur Bernal? Todo lo contrario. Espoleó a su caballo de juego con más ferocidad que nunca y, en cuestión de meses, perdió el doble de lo que había perdido antes. ¡Pero con qué chic! ¡Qué grandeza! Partidos, mujeres, acuerdos cuestionables. Estaba embriagado por la rapidez de la caída, como si supiera que el final era pronto e inevitable, pero no se molestó en informar a Eva. Así, mientras su marido la sumergía en la prostitución futura, una noche de juego a la vez, Eva seguía sonriendo, asistía a las fiestas fastuosas y pensaba en adquirir un segundo carruaje de caballos.

Las deudas, tal vez, no serían tan catastróficas si Arthur no hubiera pedido prestado el dinero de su negocio. Una vez que sus manos codiciosas lo tocaron, no hubo forma de detenerse. Un año fue el tiempo que tardó Eva en descubrir la verdadera magnitud de la catástrofe y sólo unas semanas para que se desarrollara después de la terrible noche en que le oyó decir: «Bancarrota». Cuando las palabras salieron de sus labios, sintió que el mundo se ponía patas arriba en su cabeza mientras él permanecía en silencio frente a ella, con la habitación repentinamente fría y vacía a pesar del fuego de la chimenea.

A las dos semanas, sus nombres junto a la vergonzosa noticia se publicaron en la Gazette. El alguacil se había apoderado de todo lo que debían y habían recibido la notificación de desalojar el piso en el plazo de varias semanas.

¡Una semana! Arthur Bernal tardó solo una semana en sucumbir a su cobardía. El bastardo jugó sucio.

Eva no lloró cuando vinieron a informarle de que habían encontrado el cuerpo sin vida de Arthur Bernal en la orilla del Támesis. Podría haber sido obra de los corredores de apuestas, aunque la mayoría consideró que era una forma exitosa de acabar con su propia vida. Eva Bernal era viuda, estaba de pie en el funeral, sin derramar una sola lágrima, sintiendo alivio como si alguna extraña enfermedad la hubiera dejado, una sonrisa amarga en su rostro mientras quería escupir sobre su tumba. Una semana después, volvió a vivir con su rencorosa tía. Una semana más y se le negó la entrada a la casa de Lady Agatha y fue vergonzosamente rechazada.

Todo parecía haber sucedido en cuestión de días, como sucedía a menudo cuando uno caía, la caída en sí misma era menos importante que dónde estaba y dónde terminaba. Se habló de vergüenza. Los expertos "lo habían visto venir", por supuesto.

"Vergüenza".

"Horrible desgracia".

"Un marido malvado con tendencias derrochadoras".

Eva no se dio cuenta de que las cosas podrían empeorar mucho hasta que su tía le preguntó cómo pensaba ganarse la vida. Las extrañas palabras sorprendieron a Eva.

¿Ganarse la vida?

Las palabras eran tan extrañas que casi la hacían reír. Excepto que no había una chispa de humor en los ojos de su tía.

"Seguramente, necesitas encontrar una manera de mantenerte, querida", dijo su tía.

Y eso le ocurrió a Eva: el hecho de que las cosas empeorarían mucho antes de mejorar.

Su tía habló de opciones, pero las palabras desaparecieron, dominadas por el sonido de la

sangre que corría a los oídos de Eva mientras se quedaba estupefacta. No lloró, pero había una abrumadora sensación de que la vida se le escapaba y se hundía en la oscuridad.

"Matrimonio", escuchó decir a su tía, y la palabra la devolvió a la realidad mientras trataba de concentrarse en lo que se decía.

"¿Matrimonio?", susurró, sin entender, porque eso fue lo que la metió en problemas en primer lugar. Si hubiera seguido con su dinero y hubiera optado por convertirse en solterona, todo habría estado bien.

"Bueno, sí, querida. Es la única opción. No vas a salir y prostituirte", su tía dijo con una sonrisa burlona.

"¿Matrimonio con quién?"

"Siempre hay hombres que buscan esposas, Eva. Y tú eres una de las mejores. Sin dote, lamentablemente, pero alguien con mucho dinero te tomará por tu belleza. El señor Devenshire te ha estado observando desde hace un tiempo. Sí, sí, no me mires así. He estado ocupada en tu nombre".

"¡El señor Devenshire! ¡Casi tiene ochenta años!"

"¡Mírate!" Su tía la miró con asombro como si acabara de recibir una bofetada en la cara. "¿Te das cuenta acaso de tu situación, señorita?" levantó la voz. "No estás en posición de elegir".

"A menos que me prostituya", dijo Eva.

El pensamiento, tan aterrador, tan escandaloso, sin embargo, tan peculiar, la divirtió tanto que de repente estalló en una risa nerviosa bajo la mirada atónita de su tía. Eva se rio, pero su desesperación era tan abrumadora que su risa comenzó a convertirse en sollozos suaves, primero cortos y apenas perceptibles, pero cada vez más fuertes, y finalmente, estalló en un llanto histérico. Por fin, comprendió lo que la vida le deparaba.

Ya sea providencia divina o suerte, varios días después, Sir Henry Turner vino a visitar a Eva. Era un hombre en sus cuarenta, respetado, inteligente y cordial. Pero una esposa y dos hijos no lo habían detenido de verla sola y expresar su propuesta, lo que en cualquier otro momento la habría hecho enfurecer por la mera audacia de serle ofrecido tal cosa. Pero cuando Sir Turner terminó lo que había venido a decir, Eva se quedó frente a él con una expresión de asombro en su rostro. Lo que él pensó que era confusión era ella tratando de calmar la vergüenza inicial, los pensamientos escandalosos que pasaron por su cabeza y colorearon su rostro con un tono rosado.

Esperó un tiempo y, al no obtener respuesta, comenzó a hablar de nuevo.

"Sé que puede sonar..."

"Lo escuché", dijo Eva en voz baja. "Sé a qué suena, y ambos sabemos lo que quiso decir".

Lo estudió por un momento. Si cometía un error, si la más mínima muestra de desprecio cruzaba su rostro, si un destello en sus ojos parecía travieso incluso por un segundo, su vida habría tomado un rumbo diferente. Pero él la miró con admiración y anticipación, sus ojos suaves y amables.

"Estoy de acuerdo", dijo ella.

Ese fue el día en que Eva Bernal se convirtió en su amante.

El tiempo sirvió bien para Arthur Bernal, porque poco después de su muerte, fue referido como "la pobre alma". Eva, por otro lado, después de los eventos que siguieron, se convirtió en "la criatura repugnante, la mención de cuyo nombre solo manchaba a los presentes en la habitación".

Así era la sociedad londinense. Los hombres eran fácilmente perdonados y rápidamente redimidos. Las mujeres, nunca, y a menudo cargaban con los errores de sus hombres.

Un año.

Tuvieron un año de romance.

Sir Turner era un buen hombre. Pero incluso las intenciones de un buen hombre podían traicionar el carácter de uno, o, tal vez, las circunstancias sociales que a menudo eran la causa de su comportamiento. No fue su disculpa, las súplicas, el hecho de que lo acosaran para que la entregara, que pudiera perder su posición y su lugar en el Parlamento. Ella lo entendió. Podría solucionar eso. Pero cuando le acarició la cara con tanta delicadeza, como siempre lo había hecho, sonrió con su sonrisa habitual y dijo: “Lord Darvey ha preguntado por ti. Está interesado. Podríamos arreglar algo” sintió que el suelo se le caía bajo los pies.

“¿Arreglar?” Ella lo miró conmocionada. “¿Algo?” Tragó saliva, tratando de contener su furia.

“Cariño, entiendes que en tu posición...”

“Fuera” dijo ella, interrumpiéndole”.

“Cariño, no...”

“Sal de aquí, Henry” insistió en voz baja.

Por un momento, él la miró con un ligero desprecio que ella nunca había visto antes.

“No estás en condiciones de ordenarme que me vaya del lugar por el que pago” dijo, y eso le provocó escalofríos. “Me temo que tampoco estás en condiciones de regatear”.

Ella lo miró sorprendida y se dio cuenta de que, si bien ella pensaba que estaba en una relación, por inmoral y no oficial que fuera, el resto pensaba que podía ser comprada y vendida como uno quisiera. Resultó que, sin importar dónde mirara, las mujeres siempre estaban a merced de los hombres. En la sociedad, eran la moneda de cambio, compradas y comercializadas. Para sus maridos, eran una posesión, a veces preciosa, a veces desafortunada. Y para sí mismas, estaban en una búsqueda interminable para tratar de pertenecer a algún lugar o a alguien.

Ese día salió de la casa de Sir Henry Turner y de su vida. Pasó una semana en el Hotel Brown's de Mayfair, mirando la pared y pensando en su destino. Estaba desesperada, pero no era una cobarde. Porque si lo fuera, habría tomado el camino que había tomado su difunto esposo. Se le pasó por la cabeza más de una vez, pero era una elección que se podía tomar cualquier otro día.

Fue durante esa semana en el hotel cuando Eva Bernal se sintió más sola. ¿Cómo había sucedido que en la ciudad en la que se había esforzado tanto por encajar desde la infancia, por seguir las reglas y hacer todo según las reglas, ahora no tuviera una sola persona que se pusiera de su lado?

Durante el mes siguiente, ocupó una pequeña habitación. Fue entonces cuando tuvo una conversación con Sir Devenshire, quien no condescendió a visitarla, sino que la invitó a almorzar en su casa. Fue allí donde le ofreció casarse con ella. No le *pidió*, sino que se ofreció. A Eva le pareció extraña la forma en que le hablaba como si fuera una potranca, un hermoso caballo joven, aunque desertor y no apto para las carreras, pero muy apropiado para la decoración; El tono con el que hablaba como si no hubiera compradores, y si ella no estaba de acuerdo, la enviarían a un matadero. Su voz era monótona, y durante su breve y condescendiente conferencia, finalmente tuvo el coraje de levantar la vista y vio que sus ojos parpadeaban hacia ella con un brillo lujurioso. No a su cara, sino a su cuerpo, con las puntas de sus zapatos asomando por debajo de su falda, y sus manos cruzadas sobre su regazo. Una ola de disgusto se

apoderó de ella, y asintió cortésmente, pero dijo lo que pensaba y se fue, dejando a Sir Devenshire estupefacto e indignado por su «no», que de ninguna manera había esperado.

Una respuesta diferente podría haber resuelto todos sus problemas para el futuro. Pero la idea de ser vendida como un juguete la enfurecía más que nada.

No sirvió de nada cuando, apenas una semana después, un hombre llamado William Frazer apareció en su puerta. Tenía la edad de Eva, era bastante ambicioso y acomodado, y su padre agitaba Londres con nuevos negocios. Se había encontrado con él muchas veces durante las salidas con Sir Turner y había notado las miradas del joven hacia ella. El hombre era audaz en su voluntad de estar en su compañía y no le importaba su reputación.

Aún mayor fue su sorpresa al escuchar su propuesta de matrimonio. Casi se echó a reír. ¡Qué contenta habría estado de tener tantos pretendientes cuando había sido debutante! ¡Qué halagada se habría sentido de tener tantas opciones en ese entonces!

Ella dijo que no.

Cortésmente.

Calladamente.

Con una sonrisa.

El joven se quedó mirándola como si acabara de perder la cabeza.

Y ahí estaba de nuevo, la confirmación de lo que la gente pensaba de ella.

“No estoy seguro de que lo entienda bien” dijo, y sus palabras eran muy parecidas a las de Sir Devenshire.

Repitió su respuesta. Y cuando su boca se frunció en una sonrisa, y dijo las duras palabras y se fue, furioso, le confirmó que los hombres solo se preocupaban por las mujeres cuando se adaptaban a sus propias necesidades.

Mantuvo el lugar durante algún tiempo hasta que supo que tenía que tomar una decisión. Audaz y aterradora, la idea la hizo temblar en sus zapatos, le hizo dar vueltas la cabeza por el futuro indescriptible en el que estaba a punto de sumergirse.

La verdad era que una persona eventualmente podía convencerse a sí misma de hacer algo indescriptible o aterrador, siempre y cuando no se viera obligada a hacerlo por su propia voluntad. Después de semanas de pensar, llegó a una conclusión inevitable:

Había una diferencia entre ser una cortesana o una esclava. Curiosamente, la mayoría de las mujeres nobles eran esclavas. La mayoría de las cortesanas eran mujeres libres.

Y sin esperar ni un día más, Eva Bernal se dispuso a visitar a una mujer de la que había oído hablar mucho.

La señora de la Belle House.

La Sra. Sharke.

Ese día comenzó un capítulo diferente en la vida de Eva. Pasaron siete años, siete años para finalmente ser libre.

Una semana después de la visita a la Belle House, un alegre grupo liderado por William Reid se sentó en uno de los reservados privados de arriba del Restaurante y Habitaciones Rules en Covent Garden. La habitación estaba adornada con rojos y dorados, y las velas encendidas hacían que los colores parecieran aún más vivos. Pinturas de personas destacadas decoraban las paredes, y el servicio se presentaba con tanto gusto que incluso el camarero mayor con las patillas frondosas podría pasar por un noble si no fuera por su uniforme.

Los cuatro caballeros, incluyendo a Samuel Riley, estaban acompañados por las damas de la Belle House—Eva, Bonnie y Clara—y una joven pelirroja particularmente vivaz, de veinte años, pero con la actitud de una amante experimentada. La señorita Denise, como se llamaba la dama, resultó ser una estrella de un teatro sórdido cerca de High Street, Hoxton, donde William Reid se había encontrado borracho una noche. Quedó bastante impresionado por la joven actriz, tanto en el escenario como en la cama, así que la presentó a sus amigos y los llevó al mismo teatro para ver una obra que era mediocre pero bastante entretenida bajo la influencia de suficiente alcohol. La joven Denise fue un éxito instantáneo en la compañía. Con su parloteo, citas de obras literarias, comentarios ingeniosos y actuaciones teatrales espontáneas, logró sacar una sonrisa incluso a Samuel.

Esta noche, los caballeros nuevamente estaban en compañía de las damas de la Belle House.

"Es como tener un segundo conjunto de esposas", se rió el Sr. Button, aunque era el único hombre casado en la compañía.

Por mal que sonara, los caballeros lo disfrutaban. Había una cierta liberación en tener mujeres cerca, pero sin tener que cuidar cada palabra y movimiento. En cualquier otro momento, Samuel Riley se habría opuesto a tal arreglo, pero cuando escuchó que Eva Bernal se uniría a ellos, olvidó sus prejuicios. Ella era un misterio para él.

Así que esta noche, después del éxito de la cena anterior y la visita al teatro menos impresionante donde actuaba la señorita Denise, se reunieron nuevamente.

Denise estaba aún más habladora, habiendo encontrado en la compañía de bellas damas, que, como era la regla de la Belle House, estaban vestidas modestamente para la cena. Denise, por otro lado, llevaba un vestido burdeos con adornos dorados, elegante pero que clamaba falta de gusto. Se sentía demasiado arreglada y se sentía halagada de estar en compañía tan elegante, dirigiéndose a Eva con el máximo respeto y admiración. William Reid no pudo quitarse la sonrisa de los labios ante tal observación, y cada vez que Denise se dirigía a Eva con el excesivamente educado "Señorita Eva", intercambiaba miradas de complicidad con sus amigos.

Samuel no prestó mucha atención a la actriz, trató de ignorar las conversaciones con Bonnie,

y, nuevamente, estuvo callado como de costumbre, pero más reservado que antes. La razón estaba frente a él en la mesa. Hoy, Eva lucía más elegante que nunca, con su vestido ocre y un collar caro que adornaba su esbelto cuello. Sus ojos brillaban con calidez y bondad, y estaba segura y atenta—su yo habitual, Eva Bernal. Samuel deseaba que se sentara donde su mirada inquisitiva no apuntara directamente hacia él. Deseaba ser invisible. Sin embargo, cada vez que ella hablaba, él levantaba la mirada hacia ella y esperaba que la suya lo mirara.

El grupo ya había terminado una variedad de platos—aceitunas rellenas de anchoas, colas de langosta marinadas, pechugas de perdiz, un plato principal de cordero—y estaban esperando el postre. Ya habían terminado varias botellas de Madeira y Jerez, y calentados para su dulzura, habían tenido una conversación sobre reformas sociales. La joven actriz, que sabía menos sobre ellas, por supuesto, tenía mucho que decir. Button, afectado por el vino, estaba ansioso por discutir. Eva, al intentar explicar su punto, era interrumpida por Bonnie, quien siempre encontraba una razón para contradecir cualquier cosa que Eva tuviera que decir. Siebert, quien no tenía pareja y encontraba fascinante a Eva, constantemente intentaba involucrarla en las discusiones. Y así, la noche, aunque alegre y llena de charlas hasta el tope, sin embargo, era más como un órgano desafinado. Muchos no lo notaron. William parecía estar embelesado con su última conquista, Denise. Eva se estaba cansando de la compañía, pero quería hablar más con el gran gigante que, por razones desconocidas, le atraía. Y a Samuel no le importaba dónde estar ni qué hacer, porque se encontraba cada vez más atraído por la compañía de Eva Bernal.

Para él, la cena fue incómoda, por decir lo menos. Cada vez que miraba a Bonnie, recordaba su encuentro, y eso le producía un sentimiento de vergüenza. No había ninguna razón, por supuesto. Los asuntos como tales eran comunes. Reid era un visitante frecuente de burdeles de todo tipo y entraba y salía de aventuras con muchas damas de la alta sociedad, incluidas las casadas. Sin embargo, para Samuel, todo era nuevo: el descuido con el que se comportaban las mujeres, la facilidad con la que se entraba en los asuntos más íntimos. Bonnie le habló con un aire de posesividad, como si Samuel fuera su prometido. Le molestaba. Sus sonrisas desvergonzadas y sus comentarios groseros lo inquietaban, especialmente frente a Eva Bernal. Aunque Eva era de la misma profesión o lo había sido alguna vez, era tan diferente de las damas que había conocido que el mero hecho de pensar en ella con otros hombres parecía inapropiado.

De vez en cuando captaba sus miradas curiosas. Cada vez que ella lo miraba un poco más, él se sentía expuesto, como si hubiera perdido su armadura. Y cuando ella dijo su nombre y le preguntó por su casa y su estancia en Londres, él trató de responder lo antes posible, pero su corazón retumbaba ante el mero hecho de que él fuera el objeto de su atención. Era al menos seis o siete años más joven que él, pero, de alguna manera, se sentía intimidado por ella.

Pero cada vez que Eva entablaba una conversación con él, allí estaba Bonnie, metiendo la nariz como si se hubiera propuesto encargarse de todo lo que tenía que ver con Samuel.

Cuando Eva le preguntó por su propiedad, Bonnie fue la que respondió.

"¿El Sr. Riley es agricultor, verdad?" Ella lo miró con una sonrisa.

Los caballeros rieron ante el chiste que se había vuelto tan común entre ellos, aunque Bonnie no tenía ni idea.

Cuando Samuel habló sobre el proyecto escolar que tenía en Dorset, Reid y Siebert retomaron la discusión sobre las reformas, pero Bonnie frunció el ceño.

"¿Qué quiere hacer con los pilluelos de la calle, Sr. Riley?" comentó con evidente aversión.

"Ese es el punto, Srta. Bonnie", intervino Samuel. Siempre estaba apasionado por el proyecto de tomar a los niños de la calle y proporcionarles educación y un lugar para vivir a cambio de trabajo y empleo futuro. Una granja entera en Greycliff Grange en Dorset estaba dedicada a eso.

"Invierte en las personas. Y te ayudan a construir tu capital. Además, es una forma de eliminar la pobreza y reducir la brecha de división de clases".

"Si me pregunta, meter al gentío bajo su ala solo trae problemas", dijo Bonnie con una expresión de molestia.

Samuel no respondió. Eva sonrió con desdén ante tanta ignorancia. Pero Reid siempre estaba listo para salvar la situación.

"No debería preocupar su hermosa cabeza con asuntos tan serios, Srta. Bonnie", dijo. "Es un enfoque del norte".

Eva volvió su mirada a Samuel de nuevo.

"¿Es irlandés?"

"Sí".

"¿Entonces es O'Riley, verdad?" Ella lo miró, y su mirada lo envolvió con la calidez que le hacía sentir su gran cuerpo.

Él sonrió y asintió.

"La 'O' fue eliminada por razones comerciales hace varias generaciones", explicó.

"Me gusta O'Riley", Eva sonrió y apartó la mirada, pero sus palabras lo tocaron como la caricia más suave.

"Bueno, yo creo que Riley es muy inglés y más noble", intervino Bonnie, con su voz aguda y molesta.

Eva miró a Samuel, quien le devolvió una mirada comprensiva y una sonrisa que tocaba las comisuras de sus labios.

Eva despreciaba a las personas ignorantes que siempre tenían algo que decir. Más que nada, no soportaba a Bonnie, quien no solo no era inteligente, sino que en compañía de Eva intentaba el doble de duro ser el centro de atención. A veces, tenía éxito, y Eva estaba contenta, porque los que disfrutaban de Bonnie no estaban a la altura del gusto de Eva.

Excepto por Samuel Riley.

El hombre no parecía gustarle a la joven cortesana. Esto hizo que Eva se sintiera mal por él; una vez que Bonnie ponía sus garras en un cliente, casi nunca lo soltaba. Por otro lado, Eva estaba aliviada, incluso se regocijaba, porque veía las miradas de admiración del hombre hacia ella. Estaba acostumbrada a la atención, conocía su valía, sin embargo, la mirada de este hombre la hacía palpar de una manera diferente que aún no podía entender.

Hace una semana, el día después de que los cuatro caballeros visitaran la Belle House por primera vez, Samuel Riley fue el tema de conversación en el burdel.

"¿Cómo está el granjero?" preguntó una de las chicas cuando las damas se reunieron para almorzar en el comedor de la parte trasera de la Belle House y estaban teniendo una charla habitual.

"Digamos que todo es proporcional", dijo Bonnie con picardía, y el resto de las mujeres rieron.

"Oh, las cosas que podría hacerle", dijo una chica.

"Es una criatura impresionante", estuvo de acuerdo otra.

"Unos modales más refinados le vendrían bien."

"¿A quién le importan los modales cuando uno tiene dinero?"

"Dicen que posee mucha tierra."

"Probablemente la ara él mismo."

Las chicas rieron.

"Es como un arado en la cama", dijo Bonnie.

"¿Sabes qué es un arado, Bonnie?"

"Una herramienta demasiado grande para manejar, demasiado incómoda para disfrutar y demasiado tosca para que me interese." Bonnie resopló.

"Bueno", dijo una de las chicas, "si me ofrecieran suficiente dinero, me casaría con un maldito molino de viento y encontraría la manera de hacerlo chirriar".

Ante eso, las chicas rieron y continuaron con la conversación, y Eva, que escuchó la charla, sonrió para sí misma. No estaba segura de qué era lo que la atraía del hombre, pero quería conocerlo mejor. Había terminado con la Belle House, bueno, casi, excepto por la próxima fiesta, así que no tenía interés en él en términos comerciales, pero la forma en que él la miraba, la calma y la nobleza detrás de sus modales reservados, aunque torpes, hablaban de su carácter. El hecho de que no se lanzara sobre las mujeres que estaban dispuestas a servir, no actuara con superioridad como algunos otros hombres, no estuviera ansioso por unirse a las aventuras de Reid —y Eva sabía mucho sobre el joven que tenía una reputación—, le daba a Eva una cierta admiración por Samuel. Era peculiar que en la bulliciosa compañía en la que se encontraba, él fuera el único hombre con el que ella quería hablar.

Ahora, una semana después, la única razón por la que Eva se unió a la compañía en el restaurante fue por curiosidad: quería volver a ver al hombre.

Y esta noche tenía más reservado para todos.

La sala de arriba del Restaurante Rules se estaba calentando, al igual que las mentes borrachas de sus comensales. Si tan solo la velada transcurriera según lo planeado, sin problemas y con alegría, tal vez, la historia sería diferente. Pero la vida crea complicaciones por la misma razón de que su fatídico curso va en la dirección correcta.

Había un hombre en su compañía que parecía un extremo opuesto a Samuel Riley. Y ese era George Button, que era ruidoso, crudo y con un sentido de derecho. Sus miradas lascivas en dirección a Eva no se le escaparon, y supo que pronto intentaría pasar. Bebía en exceso, estaba drogado con la alegría de vivir y las aventuras londinenses. Cuanto más bebía, más fuerte se ponía y más se sentía como un rey. Y lo único que le molestaba era que alguien actuara como si estuviera por encima de él.

En su mente, esa persona era Eva Bernal.

Era solo cuestión de tiempo antes de que la conversación girara hacia un tema delicado: la prostitución. En muchas empresas antes, Eva había debatido sobre muchos aspectos de la profesión. Algunas conversaciones eran divertidas, otras bastante serias e incluso políticas, dado que ocurrían con las mentes más brillantes de Londres. Pero con gente como Button, sabía que se volvería ofensivo. Entonces, cuando surgió el tema de las profesiones, Button lo dirigió en la dirección prevista.

"Ciertas profesiones son más nobles que otras", dijo. Estaba bastante cargado de vino, y su habla arrastraba un poco, sus pequeños ojos brillaban con picardía. "Algunos no tienen ningún mérito para ellos".

"Yo argumentaría", habló Clara, que había estado callada durante la mayor parte de la noche, "que, si una profesión existe, hay mérito en el mero hecho de que hay personas que requieren

este servicio en particular".

Button la miró con una sonrisa burlona.

"¿Está diciendo que hay dignidad en una profesión como la suya?"

"Oh, Señor", susurró Siebert entre dientes.

"Dignidad? Qué palabra tan interesante", dijo la voz suave, y la cabeza de Button se giró hacia la persona a la que pertenecía.

"¡Señorita Eva!" Su expresión facial cambió a la de un depredador. Había tomado mucho vino, esperando este momento. "¿Tenía algo que decir sobre el asunto?"

Ella lo miró con calma.

"Una profesión es una respuesta a las necesidades de la sociedad. No hay dignidad en ciertos estilos de vida, señor Button, sí", respondió.

"¿No es su trabajo su estilo de vida, señorita Eva?"

"¿No es su pasatiempo el suyo?" ella se burló de él.

Él sonrió con desdén y continuó.

"No hay dignidad en no tener elección en quién lleva a la cama, señorita Eva".

"¿Tuvo elección de con quién casarse?"

Su ojo ebrio parpadeó, y Clara, que estaba sentada junto a él, se volvió para ocultar su sonrisa.

"Bueno, por supuesto", dijo.

"¿Una elección de una mujer o el título y el dinero que venían con ella?"

"No hay diferencia".

"Ah, pero la hay", dijo ella calmadamente, y su sonrisa se amplió. "¿Qué lo hace diferente de las mujeres que venden sus servicios a los hombres?"

La sonrisa de Eva no tenía sarcasmo, pero aumentó la irritación de Button aún más. La ira centelleaba en sus ojos. Él la miró fijamente desde el otro lado de la mesa.

"Tiene un estatus ventajoso en la Belle House, señorita Eva. Todos lo saben", dijo con amargura en su voz.

"Tenía", corrigió ella.

Él sonrió.

"Lo que usted diga. La mayoría de las damas no tienen esa opción y tienen que conformarse con lo que venga."

"La Belle House tiene la mejor clientela. Seguramente sus damas no van al puerto a buscar clientes. Tampoco lo hizo usted para encontrar esposa. Es una cuestión de pertenencia social. Y es irrelevante. Aquellos que hacen negocios o prestan servicios usualmente no eligen a los clientes. ¿No está de acuerdo?"

La mente embriagada de Button estaba dando vueltas con cualquier argumento que pudiera callar a la mujer, pues era demasiado astuta.

"El matrimonio es un contrato social y una unidad familiar que reúne a un hombre y a una mujer..." Button comenzó a decir, sin saber muy bien a dónde iba cuando Eva lo interrumpió.

"Y resulta que tiene que recurrir a los servicios de otras mujeres porque este contrato o unidad, como lo llama, no está funcionando muy bien", dijo ella.

Hubo silencio.

"Su esposa eligió un estilo de vida digno, como dice, pero no puede complacerlo", dijo Eva y agregó con voz mucho más baja. "Ni usted a ella, estoy segura".

Button se sorprendió ante una declaración tan directa.

"Así que hay una diferencia, Sr. Button", continuó Eva, sin darle un momento para

recuperarse. "Algunas mujeres se venden por una noche. Algunas se venden de por vida. La dignidad compensa la miseria que viene con una u otra".

Hubo otro momento de silencio.

"La aplaudiría por otro argumento exitoso, señorita Eva", dijo Reid, rompiendo el silencio, "pero ya lo ha escuchado demasiadas veces antes." Inclino la cabeza hacia ella con una sonrisa.

Button no pudo soportar la derrota.

"¡Señorita Eva!" exclamó, finalmente perdiendo la paciencia y cediendo a la curiosidad. "Todos conocemos su historia y que está—cuál es esa honorable palabra—retirada", dijo con una sonrisa desdeñosa y un poco demasiado alta, lo que hizo que todos en la mesa se volvieran en su dirección. "Pero ¿de vez en cuando toma... digamos... negocios secundarios?" Se rio, y la única persona que se rio en respuesta fue Bonnie.

Samuel miró hacia abajo en su plato, con la mandíbula apretada por la irritación, y Reid rodó los ojos.

"No, Sr. Button", dijo Eva sin mostrar ninguna señal de incomodidad.

"¿Qué hay de Sir Turner del que habló la señorita Bonnie?"

Bonnie sonrió maliciosamente, y la mandíbula de Eva se tensó ante la mención de su ex amante.

"La señorita Bonnie debería ocuparse de sus propios asuntos", dijo.

"Es por placer, Sr. Button", respondió Bonnie con una sonrisa venenosa que le curvaba los labios.

"¡Ah!" Button exclamó. "Entonces mezclar negocios y placer, si el precio es correcto, le conviene bastante y a su... estilo de vida digno". Se rio.

"Está bien, George. Este no es lugar para ataques personales", intervino Reid.

Samuel miró a Eva al otro lado de la mesa. Ella estaba sentada con una sonrisa fría, y fue la primera vez que vio hostilidad en sus ojos.

"No, Sr. Button." Ella no necesitaba explicarle a un extraño que Sir Turner no tenía nada que ver con su vida excepto por encuentros ocasionales en público y sus persistentes intentos de profesar su amor.

"Sé que usted establece las reglas y todo eso" Button no se rindió "pero seguramente, si le ofreciera suficiente dinero, no se resistiría." Hizo un ruido de risa borracho.

Samuel dejó caer el tenedor en su plato con irritación.

"De verdad, George, te estás pasando", dijo, mirando a su amigo con enojo.

"No-no-no-no", Button sacudió la cabeza, moviendo el dedo índice en el aire como si se rindiera. "Ahora tengo curiosidad. De verdad", continuó, sus palabras alargadas y distorsionadas por el alcohol. "Si le ofreciera una cantidad ridícula de dinero, no diría que no, ¿verdad?" Sonrió a Eva mientras ella lo miraba con calma. "¿Qué tal si le ofrezco, vamos a ver..."

"Señor Button." Clara puso su mano suavemente en su brazo, pero él la apartó bruscamente mientras Bonnie se recostaba en su silla y observaba todo con una sonrisa divertida.

"Señor Button," interrumpió Eva suavemente. "Si yo le ofreciera una cantidad ridícula de dinero, ¿dormiría con un hombre? Y si los hombres fueran su preferencia, ¿dormiría con cualquier hombre dado?"

Todos en la mesa sonrieron. Pero estas eran las palabras equivocadas para decirle a un borracho.

"Bueno, encantador Eva", dijo con una sonrisa enojada. "No es mi trabajo follar hombres por dinero."

"¡George!" Varias voces exclamaron al unísono.

"Y si lo fuera", continuó, "no creo que estuviera en posición de comportarme como un noble mientras mi mera ocupación fuera ser una puta."

"¡George!" Samuel ladró y se levantó de la mesa tan abruptamente que su silla cayó hacia atrás. "¡Discúlpese!"

Reid también se levantó, pasando sus dedos por su cabello.

"¡Tranquilízate, tranquilízate!" Button levantó el hombro y levantó las manos en el aire como si se rindiera. "Solo llamo a las cosas por su nombre, ¿verdad?" Se rió borracho.

"¡Button! Estás borracho", dijo Siebert poniéndose de pie también, arreglando su chaqueta con movimientos irritados. "Necesitas irte, amigo", dijo mirando a su compañero.

"Disculpen, caballeros, pero creo que es hora de que me vaya." Eva se levantó lentamente de su silla.

"¿Otro encuentro placentero?" murmuró Bonnie entre dientes, pero asegurándose de que Eva escuchara, y por primera vez, Eva quiso agarrar a la pequeña zorra por el pelo y arrastrarla por el suelo.

"Señorita Eva, por favor," dijo Reid. "El señor Button se irá. Por favor, quédese."

Dio la vuelta a la mesa para tratar de convencerla. Samuel permaneció inmóvil, mirándola con alarma. Y Siebert tamborileó los dedos sobre la mesa, sin saber qué decir.

La habitación cayó en un silencio incómodo, el único sonido era el tambaleo ebrio de Button al intentar tomar un sorbo de una copa de vino, pero en su lugar la derramó por toda la mesa.

"Maldición", susurró entre dientes mientras Clara intentaba limpiarlo.

"De verdad", dijo Eva, apartando la mirada del hombre ebrio. "Estoy bastante cansada y no la estoy pasando bien. Alrededor de ciertas personas." Se volteó hacia Reid y le sonrió tristemente. "Los veré en otro momento. Caballeros. Damas." Asintió en dirección a la mesa, tomó su sombrero y guantes, y se dirigió hacia la puerta.

"Has tomado de más", dijo Siebert en voz baja a Button, quien ahora estaba sentado luciendo miserable y bastante ebrio como si el alcohol lo hubiera alcanzado en cuestión de minutos.

La actriz se inclinó hacia Bonnie con asombro en sus ojos.

"¿La señorita Eva es de la profesión?" susurró con sorpresa.

Bonnie le dio a la chica la mirada más larga mientras una sonrisa burlona se extendía en sus labios.

"¿En serio?" Bonnie preguntó, sin creer en la ingenuidad de la chica, y se dio la vuelta.

La actriz parpadeó rápido sin entender la respuesta y sin terminar de creer que la elegante mujer que acababa de irse no fuera más que una dama.

Reid alcanzó a Eva afuera.

"Dios mío, Eva, me disculpo", dijo, llamándola por su nombre como era la costumbre en círculos más cercanos. Sacudió la cabeza. "Espero que no lo hayas tomado muy a pecho."

Hizo una seña al portero para que le diera un fósforo y encendió un cigarro. "Está borracho. Lo viste."

"Lo sé, Will, lo sé. ¿Cuándo alguna vez tomé mi trabajo muy a pecho?"

Ella sonrió irónicamente mientras Reid envió a un chico a llamar a su carruaje.

"Te conozco desde hace un tiempo", dijo ella, ajustándose los guantes con más fuerza. "No hay necesidad de disculparse por la grosería de alguien más".

"Es mi amigo. Pero ya sabes, hay muy pocos hombres que no estén fascinados contigo, Eva."

Button lo está. De ahí la arrogancia".

Ella resopló con risa.

"Oh, tú lo sabes mejor que yo". Él sonrió. "Y Samuel, también, por cierto. Pero él es el amable, así que se vuelve tímido y reservado".

Eva lo miró con asombro.

"¿El señor Riley?"

"Oh, no me mires como si fuera una sorpresa. Notaste cómo te mira". Reid rio y dio una calada al cigarro. "Todos los problemas vienen de afectos profundos, ¿verdad? Esta noche fue eso. Button ni siquiera lo recordará mañana, pero me disculpo, Eva".

"Ah, déjalo estar". Ella lo despidió con un gesto y una sonrisa, sintiéndose más tranquila ahora, lejos de la compañía.

Justo entonces, el chico corrió para anunciar la llegada del carruaje, y Reid ayudó a Eva a subir.

Cuando ella se fue, él se quedó afuera por un minuto, terminando el cigarro, pensando que la noche estaba arruinada y que ya no tenía ganas de ir al teatro. Más que nada, se sentía mal por causar problemas a Eva, porque era una de las pocas mujeres que conocía por las que sentía un genuino respeto.

La fiesta, en efecto, perdió bruscamente su espíritu.

Button estaba borracho.

Siebert y Reid estaban de muy mal humor.

Las damas de la mesa parecían aburridas.

Pero nada parecía afectar a Bonnie como si fuera inmune a cualquier insulto. Siguió charlando con otras damas, lo que, de alguna manera, alivió la tensión, y cuando las damas fueron escoltadas a sus carruajes y enviadas a su camino, el episodio se olvidó.

Pero Samuel se sintió muy mal por todo el mal trance. Odió a Button por un minuto, luego vio su estado de ebriedad y se sintió mal por él. Pero la imagen de Eva no abandonó sus pensamientos. La forma en que se manejó, la gracia con la que respondió y manejó los insultos, la decepción en su rostro cuando se levantó. ¡Qué no haría para arreglar las cosas con ella y, sobre todo, volver a verla!

Había una cosa que hacer, y Samuel Riley, en contra de sus prejuicios y de las promesas que se había hecho a sí mismo, decidió emprender el viaje más atrevido de su última década. Una hora más tarde, inventó una excusa para separarse de sus amigos y se dirigió a Belle House, solo y con el corazón en auge.

Caminaba a pie, recorriendo las calles con todo lo que sabía, preguntando a los transeúntes por la dirección de Piccadilly. Esperaba cambiar de opinión en el camino. Pero cuanto más se acercaba, más fuerte era su deseo de volver a ver a Eva Bernal, y cuando se acercaba a la calle, era con tal determinación y paso acelerado que los transeúntes miraban fascinados al gigante que marchaba por las calles como si tuviera la misión de atacar a alguien.

"Mira" susurró uno de los chicos de la calle a otro, dándole un codazo con el hombro. "Viene por alguien".

"¡Problemas, problemas!" susurró el otro chico con vértigo. Siguieron a Samuel Riley hasta que este último pasó junto a un grupo de hombres y mujeres alegres en el carruaje a la entrada de uno de los edificios y, para su decepción, desapareció dentro.

Lo último que esperaba Eva era ver a Samuel Riley de nuevo esa misma noche. Pero cuando entró en el salón trasero y lo vio, su corazón dio un vuelco de sorpresa. Sus ojos azules la miraban como si hubiera estado esperando una eternidad para verla.

"Señor Riley", dijo suavemente, desacelerando su paso y finalmente deteniéndose a varios metros de distancia.

"Señorita Eva", asintió.

Se dio cuenta de que parecía angustiado. Permanecía inmóvil, pero sus ojos ardían con una extraña agitación que la incomodaba.

"Qué sorpresa". Lo estudió por un momento. "Nunca habría esperado verlo aquí de nuevo. No sin sus compañeros. No a menos que lo hayan traído aquí a la fuerza".

Sus labios se curvaron en una media sonrisa ante su franqueza.

"No me disculparé por irme tan abruptamente, señor Riley", dijo, apartando la mirada. "Nos pagan por la compañía, sí, por desagradable que sea, pero algunas de nosotras optamos por no soportar insultos. Lo entiende, espero".

"Soy yo quien ha venido a disculparme por mi compañero, señorita Eva", dijo Samuel con demasiado entusiasmo. "Me temo que está acostumbrado a que el dinero compense su arrogancia. Los insultos no fueron su intención, más bien, una autodefensa contra el ingenio y la belleza de alguien con quien no puede competir". Samuel sonrió. "Lo cual no es una excusa, lo entiendo. Y me disculpo por el señor Button".

Eva lo miró con un "jum" silencioso congelado en los labios. Lo estudió, su imponente figura, el sombrero que sostenía firmemente en sus manos y la forma en que apartaba tímidamente la mirada mientras hablaba, sus ojos volviendo a los suyos durante un segundo a la vez como si temiera revelar más de lo que estaba dispuesto.

"¿Se uniría a nuestra compañía la próxima vez?" preguntó. Sus ojos se detuvieron en los suyos y esta vez no se movieron, quemándola con su suave intensidad. "Yo..." Dudó.

"¿Por qué querría mi compañía, señor Riley?" Frunció el ceño. "Hay muchas damas en la Belle House que son mucho más entretenidas que yo".

"La verdad es", dijo, intentando una sonrisa, "que es la única persona con la que disfruté la compañía". Miró rápidamente hacia otro lado. "Pagaría por su tiempo, por supuesto". Volvió su mirada hacia ella y vio cómo sus cejas se levantaban. "Para que se una a nosotros en la próxima salida", agregó apresuradamente, temiendo que ella lo malinterpretara.

Ella sonrió y lo miró con diversión.

"No siempre cobro por mi compañía, señor Riley. No más".

"¿No disfruta de la presencia de la señorita Bonnie?" preguntó, y su sonrisa cada vez más amplia fue una clara revelación de su opinión.

"No la tendría cerca si dependiera de mí", Samuel Riley sonrió tímidamente, y allí estaba de nuevo, la calidez que transformaba todo su rostro.

"Ella puede ser difícil de manejar, de hecho". Eva asintió. "Y pegajosa a veces".

"Bastante insistente, sí. Con... bueno, todo".

Hubo un momento de silencio entre ellos, con risas y voces fuertes que venían del Gran Salón, y Samuel se preguntaba cómo podía vivir con la constante presencia de personas, clientes y fiestas. Los ruidos hacían que el silencio entre ellos fuera aún más incómodo, y Samuel intentaba desesperadamente encontrar las palabras para mantener viva la conversación.

"Es un hombre rico, señor Riley", dijo Eva finalmente. "Podría elegir lo que quiera y a quien quiera. Incluido el tipo de entretenimiento". Sonrió. "Me sorprende que se vea obligado a algo que claramente no es de su gusto".

"Elegí venir aquí con mis amigos y acepté cualquier aventura que me impusieran", explicó. "Los amigos pueden ser enérgicos en su amistad. Y mis compañeros tenían una idea bastante peculiar para la recreación esta vez. No había manera de evitarlo, independientemente de mi

opinión o preferencias. Y a veces sucede que cuando encontramos la compañía que queremos, no siempre está disponible. Circunstancias y todo".

Entonces miró a Eva en ese momento y se dio cuenta de lo que acababa de decir. Y ella sabía que se refería a ella. Sus ojos se encontraron, y por un momento, hubo un destello invisible de relámpago entre ellos. La conmovió y envió un ligero rubor a su rostro.

Ambos apartaron la mirada al mismo tiempo, y él jugueteó con su sombrero, pensando que tal vez había dicho demasiado.

"¿Considerará unirse a nuestra compañía de nuevo?" preguntó suavemente. "Estaría muy complacido si lo hace". Recogió sus pensamientos por un segundo como si estuviera reuniendo valor. "Soy un hombre del campo, señorita Eva". La miró directamente. Aquí, en la habitación, uno a uno, era de alguna manera más fácil hablar con ella que frente a otras personas que buscaban su atención. "No me ando con rodeos. La diplomacia de la ciudad y los juegos de intriga no son mi fuerte, temo. Ni tengo el hábito de presentar las cosas por lo que no son. No quería asistir a este establecimiento", dijo y notó cómo ella se tensaba. "Aborrecía la idea, de hecho". Vio cómo ella sonreía con suficiencia y asentía. "No soy un hombre de ciudad y no me impresiona mucho Londres. Excepto por usted".

"De alguna manera" continuó, "su presencia es la parte más agradable de mi visita. Y si acepta unirse a nosotros, me aseguraré de que no la hagan sentir incómoda ni se dirijan de manera inapropiada. Su compañía, señorita Eva, sin duda me alegraría los días".

Él asintió, concluyendo su discurso, e intentó esbozar una sonrisa tímida, ocultando finalmente los ojos. Pero cuando él se los levantó, ella lo miraba fijamente.

Eva observó al hombre, tan grande que, estando a varios metros de distancia, aún tenía que alzar la cabeza para mirarlo. Era peculiar: este caballero poco refinado con gestos torpes, tan intimidante, pero gentil con sus palabras. La forma en que hablaba la hacía sentir como si estuviera en una cena formal. La forma en que la miraba la hacía sentir como si fuera la señorita Eva Bernal del pasado. La forma en que actuaba, tanto con ella como a su alrededor, la hacía recordar los tiempos en que era una dama durante la Temporada, no una dama de la Belle House. La forma en que decía las cosas hacía que su corazón se apretara con el desconocido anhelo de afecto humano. Se sentía cálida por dentro, como se siente una mujer cuando percibe los primeros signos de ser cortejada por un hombre.

Tonta, pensó Eva, estudiando su reacción, pero sintiendo el poder de ser una mujer. No una mujer en venta, sino una mujer admirada.

"Me gustaría eso, sí, señor Riley", dijo, sus ojos sonriendo, sin apartar la mirada de su rostro, y vio cómo sus ojos se iluminaban con esperanza. "No estoy segura de por qué piensa que somos criaturas especiales y hacemos todo por dinero. Disfrutaría su compañía. No hace falta regatear. Si no lo hiciera, diría que no. Contrario a lo que piensa el señor Button, sin importar la cantidad de dinero".

Sonrió aún más ampliamente, y él se rio al mencionar a su grosero amigo.

"George es un buen hombre, en realidad. No sé qué le pasa esta noche".

O a usted, señor Riley, quiso decir, aún sorprendida por su presencia aquí, a solas con ella.

Tuvieron una charla trivial durante otro minuto, y ella lo acompañó por el pasillo hasta la

puerta principal. Pasaron dos sirvientes cargando bandejas de bebidas. El Gran Salón era una reunión alegre habitual de clientes y las damas de la casa, las voces masculinas emocionadas y las risas femeninas alegres. Eva quería pasar más tiempo con el hombre, sentía ganas de pedirle que se quedara un rato más con los demás invitados en el salón, pero decidió no hacerlo. De alguna manera, Samuel Riley no encajaba en este establecimiento. Y de alguna manera, hacía que ella no quisiera estar aquí tampoco. La sonrisa no abandonó su rostro mientras se detenía en la puerta principal, y el portero la mantenía abierta.

Miró de nuevo a Samuel Riley.

“Lo veré pronto, entonces. Ya sabe dónde encontrarme”. Ella sonrió y miró hacia otro lado rápidamente, dándose cuenta de que esta misma frase, tan rutinaria, sonaba mal cuando se la decía a este hombre en particular.

“Señorita Eva”. Él asintió y, manteniendo la mirada en ella durante un segundo más, se dio la vuelta y se fue.

Eva caminó de regreso, disminuyendo la velocidad por el Gran Salón para echar un vistazo al interior y ver si había alguien de su interés, y justo en ese momento, sus ojos se detuvieron en Bonnie. La muchacha estaba de pie en la esquina de la izquierda, con el cuerpo pegado a un hombre, la mano alrededor de su brazo, pero sus ojos se entrecerraron al ver a Eva pasar por la entrada. Eva conocía esa mirada llena de rencor y amargura, celos, no por los clientes, porque había muchos, sino por los clientes que, después de haber probado a una mujer, se iban a otra. Porque las cortesanas no eran ajenas a los celos. Tenían orgullo. Pero a diferencia de las mujeres comunes, luchaban por ello con diferentes armas. Una de ellas era la venganza.

Fue una semana después cuando Samuel Riley visitó a Eva en Belle House. Se sorprendió al verlo de nuevo y no sabía que le había costado días de contemplación y coraje poner un pie en la Belle House sin la compañía de sus amigos, que eran los que frecuentaban esos lugares.

Este hecho la asombró y la halagó, al igual que la propuesta de dar un paseo hasta Hyde Park.

El carruaje abierto esperaba frente a la Belle House cuando Eva salió, seguida de Samuel Riley.

Llevaba su vestido más modesto, aunque intrincadamente decorado, caro, como era su costumbre para las salidas. Su cabeza cubierta y sus manos enguantadas y la forma en que se sentaba en el carruaje eran el epítome de la elegancia, y Samuel no pudo evitar admirar la gracia con la que esta mujer se comportaba.

El sol brillaba con su habitual intensidad veraniega, y Eva abrió un paraguas para protegerse del calor insoportable. Se sentía incómoda, incluso nerviosa, extrañamente incómoda con este hombre con el que, en cualquier otra circunstancia, ya estaría hablando con entusiasmo, haciéndole todo tipo de preguntas. Hacer que los hombres hablaran era la mejor herramienta del oficio, ya que no había mejor manera de ganarse el afecto de la persona que escuchando y actuando con interés.

Samuel estaba nervioso, aunque nada lo delataba. No había dormido en toda la noche, había caminado nervioso por la mañana por el salón, olvidándose de su café que se estaba enfriando. Sus amigos lo habían observado divertido y le habían preguntado algo, pero Samuel estaba tan profundo en sus pensamientos que no escuchó ni entendió lo que se le preguntó.

Pensó en Eva. Los pensamientos de ella abarrotaban su cabeza como una manada de abejas. El día anterior, cuando había decidido ir a verla, su corazón comenzó a latir violentamente ante esta decisión. Pero una hora más tarde, la idea le pareció tan ridícula que se rio de sí mismo.

¿Por qué iba a ir con él a ninguna parte?

Probablemente se había olvidado de todo, pensó. Si él se presentaba en la Belle House para invitarla a salir, ella pensaría que era extraño. Y sin sus compañeros, solos, podría considerarlo inapropiado. Por la noche, volvió a cambiar de opinión, y su determinación lo llenó de tanta agitación que no recordaba lo que había cenado. Le parecía inalcanzable, este pensamiento era tan ridículo que se maldijo a sí mismo por su debilidad. Estaba asustado. Él, Samuel Riley, tenía

miedo de acercarse a una mujer. La idea de ir solo a la Belle House para invitarla a salir lo petrificaba, pero durante la noche de insomnio, lo recreó tantas veces que cuando la primera luz de la mañana brilló a través de las ventanas, sintió que ya se había ido, la había sacado, le había contado sus sentimientos y estaba en paz con ello.

Pero al mediodía, se paró en el pasillo de la Belle House, esperando que Eva no actuara sorprendida y esperando que Bonnie no estuviera allí. La mayoría de los actos que nos petrifican, en realidad, requieren menos esfuerzo que el de abrir la puerta para salir a la calle. Por eso, cuando Eva le sonrió y le dijo que estaría encantada de dar un paseo por el parque, sintió que por fin, por primera vez en dos días, exhalaba aliviado.

Ahora, sentado con ella en el carruaje, se maravilló de lo fácil que había sido y de lo rápido que ella había accedido. Se veía hermosa, hermosa como siempre, su elegancia lo dejó boquiabierto hasta el punto de que había olvidado que era una cortesana y se sintió halagado de que esta mujer lo honrara con su compañía.

"¿Se unirán sus acompañantes a nosotros, Sr. Riley?" preguntó cuando la carroza se detuvo en el parque.

"Ellos están asistiendo a un almuerzo en algún lugar. Solo estoy yo", respondió.

"Oh."

"Espero que no se aburra con mi compañía, Señorita Eva." Se rio.

"Me siento halagada. Y bastante preocupada por usted."

"¿Preocupada?" Él le lanzó una mirada perpleja.

"¿No teme ser visto en mi compañía en público? Hyde Park es como un teatro. Está en exhibición para la mitad de Londres. Usted no es, por supuesto, un hombre de Londres. Sin embargo, algunas personas no lo admitirán en sus círculos si lo ven con alguien como yo."

"No tengo la costumbre de preocuparme por lo que otros piensen de mí, Señorita Eva."

"Ya veo."

Ella sonrió interiormente, apartando la mirada y observando a los transeúntes.

Estar con este hombre era incómodo. Cada conversación parecía estancarse como una rueda vieja y oxidada. Eva quería saber más sobre él, averiguar qué hacía, cómo vivía y qué le sacaba una sonrisa.

Dejaron el carruaje en la parte suroeste del parque y dieron un paseo hacia los jardines de Kensington. Los callejones estaban llenos de gente, paseando, charlando, haciendo un picnic en el césped. La multitud más sencilla era alegre y ruidosa, animada por el buen tiempo. Salieron a disfrutar del mundo mientras la clase alta hacía de la salida otro evento social planeado, buscando quién, dónde y cuándo. Hacía mucho tiempo que Eva no se preocupaba por esta práctica social ni se preocupaba de quién era el carruaje de lujo, ni de las caras que asomaban de los coches de cuatro caballos ni de la familia a la que pertenecían. Olvidó los tiempos en los que caminar por el parque no era solo un paseo de placer, sino un mapa cuidadosamente diseñado que te llevaba más allá de los lugares probables para encontrarte con cierta Dama X o ser visto por cierto Lord Y o Sir Z.

Caminar con Samuel Riley, un forastero y paisano, le dio una extraña sensación de no pertenecer a este lugar tampoco. No prestó atención a la gente, sino que disfrutó de salir con este hombre.

Tomaron uno de los callejones más desiertos, lejos de las multitudes, y pronto se toparon con

el Serpentine, un largo tramo de agua que separaba Hyde Park de los Jardines. Había varios botes en el agua que se podían alquilar para dar un paseo. En las orillas, los niños navegaban en botes de juguete atados a cuerdas. Otros alimentaban a los patos que se deslizaban sobre la superficie espejada del agua.

El día era tranquilo, y lejos de cualquier persona que conociera, Eva se sentía como si estuviera en un mundo diferente.

“¿Se parece más a lo que está acostumbrado en Dorset, señor Riley?” preguntó.

"No exactamente, pero más a mi gusto", respondió.

Cerró el paraguas, pues oscurecía la vista de Samuel Riley, que se alzaba junto a ella.

“¿Cuál es su historia, señor Riley?” preguntó, intentando que hablara.

“Samuel, por favor”. Él le lanzó una mirada. "Llámeme Samuel".

Ella asintió.

"En Belle House, llamar a alguien por su nombre de pila es una señal de que se lo conoce bien". Ella soltó una risita y de inmediato se sintió avergonzada por la referencia a su profesión.

“Vive en un mundo peculiar” dijo él en voz baja, y ella se volvió para mirarle, notando sus ojos sonrientes clavados en ella.

“¿Y cuál es su historia, Samuel?” volvió a preguntar, sonriendo ante el hecho de dirigirse a él por su nombre.

"La historia puede ser larga o corta".

"Si usted no tiene prisa, yo tampoco", dijo.

Era del sur, dijo. Nacido y criado. Hijo único. Sus padres murieron en un desafortunado accidente. Su bisabuelo, explicó Samuel, estaba en el ejército y, por los servicios sobresalientes, recibió una gran propiedad con tierras que había pasado a su único hijo. Sus abuelos, a su vez, no tenían ningún deseo de preservar la tierra intacta, no se preocupaban por la implicancia ni por ninguna regla de este tipo, en contra de las tradiciones de los ingleses. Así que dividieron la tierra y los negocios entre sus tres hijos. Un movimiento que, después de su muerte y la revelación del testamento, conmocionó a los terratenientes conocidos, pero mantuvo a las familias de los hermanos más unidas que nunca.

"Verá, mis antepasados provienen de familias no tan ricas, por lo que el valor de un vínculo familiar era mucho más fuerte que las tradiciones de las clases adineradas de mantener la tierra con los hijos mayores".

No tenía título de propiedad sobre el nombre, pero la tierra era más que suficiente para los inmigrantes que sabían cómo trabajarla, cómo emplear a la gente y tratarla de tal manera que se interesaran por su prosperidad y, por lo tanto, por su propia prosperidad. Se adquirieron más tierras. Las granjas crecieron y se hicieron más prósperas.

"Mis antepasados tenían la idea peculiar de que, si trata bien a los trabajadores y les da la oportunidad de prosperar, trabajarán el doble de duro y te harán el doble de rico. Si le da a la gente esperanza y oportunidad, se paga tres veces", explicó Samuel mientras caminaban bajo los exuberantes robles.

“Una idea noble” Eva asintió en señal de aprobación.

"Y que funciona, contra el amargo juicio de los terratenientes que solo están interesados en explotar a los demás".

Eva se dio cuenta de que Samuel Riley estaba más emocionado ahora. Daba pasos más grandes, caminaba delante de ella mientras hablaba, luego se detenía y disminuía el paso. Él ya había dicho más que en varios encuentros anteriores, y eso la hizo sonreír. Ahora hablaba de buena gana y libremente, y ella veía pasión en ello.

Bien, pensó, contenta de haber encontrado una de sus pasiones. Las pasiones eran lo que hacía a un hombre, y conocerlas podía darte una buena comprensión de su carácter. Miró las manos de Samuel, grandes y ásperas, entrelazadas detrás de su espalda, y recordó las palabras de Bonnie. *Probablemente él mismo ara los campos. Es un arado en la cama, sin duda*. Las palabras la hicieron sonreír ahora, y se preguntó cómo se sentirían sus manos en su cuerpo.

“Verá” continuó, interrumpiendo sus peculiares pensamientos, “mis antepasados procedían de un entorno menos rico. Es una idea común entre los menos afortunados que si los ricos vivieran entre los pobres y vieran lo que uno tiene que soportar en su vida cotidiana, podrían cambiar la forma en que funciona la sociedad y dar una oportunidad a los pobres. Así que cuando mis bisabuelos adquirieron tierras, bastantes para alguien que nunca había tenido mucho, decidieron que no olvidarían los principios por los que fueron criados”.

Eva giró la cabeza para ver el gran hombro de Samuel a su lado, luego levantó la cara para mirarlo a los ojos. “¿Qué hicieron?”

“Cuando mi abuelo cumplió diez años, lo enviaron a vivir con una familia más pobre en el pueblo durante dos años”.

Eva soltó una risita de sorpresa y volvió a mirarlo.

“¿Lo despidieron?”

Él asintió.

“Había visitas frecuentes, por supuesto. Supervisión. Pero la idea era que supiera lo que es el trabajo, lo que es vivir de la tierra, trabajar en ella, conocer una vida sencilla, la gente que vivía alrededor, sus costumbres. Porque si creces con ella cuando tu mente está en su estado más vulnerable e inquisitivo, verás ambos mundos, entenderás cómo funcionan las cosas, y esto cultivará la fuerza física, la ética de trabajo, la resistencia y la devoción a tu gente. Cuando mi padre y mis tíos tuvieron la edad suficiente, también los enviaron a la aldea durante varios años. Esta antigua tradición proviene de los irlandeses. Se llama 'templado'”.

“¡Eh!” Eva exhaló con asombro, con una sonrisa en los labios. “¿Y usted?”

“Soy único hijo”. Samuel sonrió tímidamente. “Pero sí, yo era parte de la tradición. Mis primos también”.

Eva lo miró con admiración.

“¿Vivió con la gente del pueblo?”

“Sí”. Él la miró con una sonrisa. “Le sorprende”.

“Quizás”. Ella sonrió más ampliamente.

“En ese entonces, mis padres tenían varios negocios y podrían haber usado mi ayuda, pero me enviaron lejos de todos modos. Verá, mi madre era de una familia más pobre, pero mi padre la amaba y se casó con ella contra el rencor y la desaprobación de la clase alta, que era más que agresiva para casar a sus hijas. Un escenario raro, sí”.

Caminaron en silencio durante algún tiempo. Eva, contemplando la historia. Samuel, preguntándose si le parecería una criatura extraña. Cruzaron a los jardines de Kensington, y la multitud estaba más tranquila, mejor vestida y el césped bien cuidado y cortado. Las historias de Samuel llevaron la mente de Eva lejos de Londres. De repente, mirando los lujosos jardines que la rodeaban, el perfecto césped, casi como un cuadro, Estanque Redondo, quiso alejarse de todo este despliegue de lujo. Quería visitar los lugares de los que Samuel Riley le había hablado.

“¿Continúa con la tradición?”, preguntó ella, más curiosa por el estado de su familia que por la tradición real.

“A mi esposa le pareció extraño. Tuve un matrimonio arreglado, ¿sabe? Como norma de la sociedad”, explicó Samuel, y el corazón de Eva se desplomó.

Así que está casado, pensó y sintió una punzada de decepción. No sabía por qué importaba, ya que la mayoría de los hombres que acudían a los burdeles eran hombres de familia.

"¿Tiene hijos?", preguntó.

"No", respondió rápidamente. "Estuvimos casados durante cuatro años cuando finalmente mi esposa quedó embarazada", explicó e hizo una pausa mientras Eva lo miraba, esperando el resto de la historia. "Mi mujer murió al dar a luz" dijo Samuel, y Eva tragó saliva. "También lo hizo el niño".

"Lamento oír esto" dijo en voz baja.

"Es la vida, supongo" contestó él, y ella no notó un cambio de emociones en su voz.

Eva procesó la triste historia, pero sintió una extraña sensación de alivio. No es que esperara tener la oportunidad de encontrar un pretendiente en particular. No. Pero se inclinaba más hacia los hombres sin familia, ya que aliviaba su propia carga moral, si es que le quedaba tal cosa.

Hubo un momento de silencio mientras caminaban alrededor del estanque, observando a una multitud de niños colocando veleros de juguete en el agua y viendo cómo el viento levantaba los botes y los llevaba al lado opuesto, donde otro grupo de niños vitoreaba alegremente.

"¿Por qué no se ha vuelto a casar? ¿O sí lo hizo?" preguntó Eva y se dio cuenta de que estaba siendo demasiado entrometida.

Samuel soltó una risita y Eva lo miró con curiosidad.

"Cuando ves a tus padres y abuelos vivir en completo amor y armonía, es difícil conformarse con una mujer que la sociedad cree que sería adecuada para ti".

"¡Ah! Sr. Riley. Samuel", se corrigió a sí misma con una sonrisa. "Aquí en Londres, puede meterse en problemas por decir cosas como esta".

Ambos se rieron y caminaron durante un minuto con sonrisas en sus rostros.

En ese momento, Eva vio a un grupo de varias damas caminando hacia ellos y a una mujer conocida entre ellas.

"Esta señora, que viene hacia nosotros" Eva entrecerró los ojos, "podría contarle todo lo que está mal y lo que está bien en la élite londinense" dijo en voz baja y sonrió a la mujer que se acercaba.

Lady Edith Hall era la sabelotodo de quién, qué y cuándo de la alta sociedad londinense. Era la "madrina" del mundo de la élite, la casamentera, la solucionadora de problemas y la chismosa más ávida. Al llegar a la octava década, Lady Edith estaba aburrida de las interminables intrigas, pero aún le gustaba saber lo que estaba sucediendo y, aunque no tan a menudo como en años anteriores, asistía a los principales eventos del año. Así que cuando reconoció a Eva Bernal caminando en su dirección, sus ojos se entrecerraron inmediatamente en el hombre que estaba a su lado. Nunca lo había visto antes, pero su forma maciza y su apariencia algo simple no podían pertenecer nada menos que al rumoreado soltero de Dorset. No había muchos hombres cuya descripción coincidiera con la suya y que ahora caminaba junto a la cortesana más nombrada de Londres.

Lady Edith no siempre fue cariñosa con Eva Bernal. Hace más o menos una década, la joven no era más que otra mota bonita en la superficie de la sociedad londinense. Ni siquiera de las que valía la pena hablar.

Hasta el escándalo.

Incluso entonces, su historia era común. Deuda. Quiebra. Una muerte lamentable. ¿Qué había

de nuevo? Ni siquiera la relación de Eva con Sir Turner fue digna de cotillear durante más de un mes. Y su separación no era digna de mención en absoluto. Pero lo que siguió enfureció a los ricos de Londres, y las conversaciones no se detuvieron por un tiempo.

Era precisamente esto y la compañía que Eva Bernal había mantenido lo que había despertado la curiosidad de lady Edith. Durante una fiesta en casa de lord y lady Dekker, de los que cerraban los ojos y, además, se entregaban a la compañía de gente escandalosa, lady Edith se acercó a la joven Eva Bernal y entabló una conversación. Hostil, un poco arrogante pero sabia y llena de ingenio, la anciana hizo varios chistes groseros que, para su sorpresa, no parecieron avergonzar a Eva en lo más mínimo.

Diez minutos después, las dos mujeres se encontraron a gusto la una con la otra, como dos amigas que se habían reunido después de mucho tiempo.

“Trato de mantenerme alejada de ciertas compañías, porque están llenas de tontas y prostitutas” dijo lady Edith, y Eva hizo una mueca. “No estoy hablando de usted, señorita” añadió lady Edith, “porque es usted una muchacha trabajadora honrada”. El comentario hizo sonreír a Eva. Le llevaría un tiempo acostumbrarse a la franqueza de lady Edith. “Estoy hablando de mujeres, por ejemplo” lady Edith señaló con la cabeza a una mujer que estaba al otro lado de la habitación “que se someten al más vil de los hombres y luego exigen respeto. ¡Respeto!”. Lady Edith escupió la palabra como si fuera una bala. “¿Cómo es posible que le pida respeto cuando se casa con un ladrón por su título y su dinero, le levanta la falda a su amigo que es juez, compra favores con su entropierna?” Eva frunció los labios, esforzándose por ocultar una sonrisa ante la elección de palabras de la mujer, “y luego usa esos favores para apuñalarme por la espalda, ¿Y aparecer en *mi* fiesta con esos dos hombres viles y fingir ser mi mejor amiga? ¡El atrevimiento!”. Lady Edith resopló de furia. “La etiqueta es lo único que tienen al pie de la letra”, dijo en voz más baja. “Eso y un sentido de lo correcto”. Lady Edith negó con la cabeza. “Lo llevan en la sangre. Eso es todo. Porque su sangre noble está tan diluida por la codicia del dinero y el poder en estos días que no hay lugar para la decencia o la moral. Lo sabrías, querida”. Lady Edith sonrió, hablando con Eva sin mirarla mucho, sino escudriñando la habitación de invitados frente a ella. “Sí, sí, no se vaya. No se lo estoy tirando a la cara; Simplemente estoy afirmando un hecho. Espero que sea lo suficientemente honesta contigo misma como para acostumbrarse. Usted ha visto de cerca la hipocresía de este mundo. Y tengo que decir que lo manejó con más gracia de lo que la mayoría lo haría en su situación”.

Las palabras hicieron sonreír a Eva. Le sorprendió el hecho de que la propia lady Edith intentara hablar con ella, ya que personas como lady Agatha, otra reina de la élite, ni siquiera la miraba.

Pronto, Lord Dekker se unió a ellos.

“Conozco su lengua afilada, lady Edith. Pero esta señora de aquí” hizo una leve reverencia en dirección a Eva está muy cerca de mi corazón.

“Sé dónde está su corazón, lord Dekker” dijo lady Edith, arqueando una ceja hacia él.

“Bueno, bueno, lady Edith” dijo con una sonrisa. “Si todas las mujeres nobles fueran como la señorita Eva Bernal, tendríamos menos intrigas y más matrimonios felices”.

“¡Ja!” exclamó lady Edith. “¿Qué haría usted entonces, lord Dekker? La vida se volvería completamente aburrida”.

Los dos se rieron y Eva sonrió para sí misma.

Por razones que Eva no tenía muy claras, lady Edith la invitó a su casa. Quizás, era curiosidad. Quizás, la vieja costumbre de mantener cerca la fuente de información. Tal vez, había una atracción genuina por Eva, que era el caso, como descubriría más tarde. Pero esa noche, la

primera de muchas, cuando las dos mujeres se sentaron en el salón de la casa de Lady Edith y tuvieron horas de conversación, Lady Edith se dio cuenta de que Eva, sin dinero ni estatus social, tenía un sentido de independencia que era de lo más liberador e impactante incluso para personas como Lady Edith.

Las dos mujeres formaron una amistad, bastante cálida pero oculta a los ojos juzgadores de la sociedad.

"No puedo invitarla a ninguna de mis fiestas, querida, porque soy tan hipócrita como el resto de esta ciudad. Espero que lo entienda" dijo lady Edith muchas veces, como si Eva pudiera olvidar su condición de persona non grata.

Sin embargo, Eva se encontraba a menudo en compañía de la mujer mayor: los paseos por el parque, las compras y los té nocturnos en su salón. La amistad, aunque condicional, era halagadora y reconfortante.

"¿Cómo es?" Lady Edith preguntaba a menudo, refiriéndose a su profesión.

"Es como tener que trabajar para ganarse la vida. Cosa que usted tampoco conoce, lady Edith".

"¡Ja! Dios me perdonó. Pero ¿cómo es servir a los hombres? ¿Darles su parte más íntima? ¿Sentirse humillada?"

"¿Humillada?" exclamó Eva. "Lo más humillada que me sentí fue cuando me enteré de que mi difunto esposo era un sinvergüenza y perdió todo nuestro dinero, cuando me di cuenta de que el destino, o cualquier fuerza maligna estuviera en juego. ¿Me sentí humillada cuando me convertí en la amante de Sir Turner? No tenía otra opción. O eso o morir de hambre, conseguir un trabajo pésimo y vivir en una pensión. Las mujeres que vienen de donde nosotras venimos simplemente no pueden hacer eso. Eso las mata. Además, siempre tuve cariño a Sir Turner. Mi situación revocó la responsabilidad de la decisión. Y Sir Turner" Eva sonrió misteriosamente "es todo un amante".

Lady Edith frunció los labios para no preguntar detalles.

"En cuanto a manchar mi reputación", continuó Eva, "hay muchos en este mundo que empañan mucho más la suya y aun así permanecen en la buena gracia de la élite. Si viviera sola y no viera la mayoría de sus rostros por el resto de mi vida, solo me complacería. Además, no es ningún secreto para usted, que hay otros círculos que son mucho menos críticos e hipócritas, y de alguna manera, son muy divertidos".

Lady Edith le dedicó a Eva una sonrisa comprensiva.

"Ser traicionada por Sir Turner es una historia diferente".

"¡Pero la Belle House!" Lady Edith arqueó una ceja. "¿Cómo es posible que tome la residencia, ponga un cartel y abra las puertas a cualquiera que llame a la puerta?"

"No lo hice. Yo tengo mis reglas. Tengo un contrato diferente con la Sra. Sharke. Lo tengo fácil". Eva se echó a reír. "¡Qué juego de palabras! Es cierto. La verdad es que, cuando se hace suficientes veces, todo es fácil".

Los muchos momentos que las dos mujeres pasaron juntas convencieron a Lady Edith de que Eva no era una mujer común. De hecho, con su filosofía y actitud, debería haber nacido hombre, por como era, habría sido una gran política.

Aquella tarde soleada en los Jardines, lady Edith vio a Eva, entrecerró los ojos en el joven que la acompañaba y pensó que, una vez más, la joven cortesana lograba ir un paso por delante de

todos.

"Lady Edith, me apetece encontrarme con usted aquí" dijo Eva, acercándose a la mujer y a su grupo sin esperar que se detuvieran.

Pero lady Edith lo hizo, haciendo señas a sus compañeras para que siguieran sin ella.

Lady Edith era mayor, pero no carecía de gracia. Vestida toda de beige a la moda de su edad, sostenía una sombrilla rosa y un abanico a juego con tanta facilidad como si fueran plumas.

"Eva" respondió lady Edith con la sonrisa acostumbrada, y sus ojos se dirigieron hacia Samuel Riley. "Qué agradable sorpresa" dijo, dirigiéndose a Eva, aunque las palabras iban dirigidas al hombre, a quien estudió con interés.

"Lady Edith, este es Samuel Riley de Dorset."

Samuel besó su mano bajo su mirada escrutadora.

"Así lo he escuchado", dijo ella, mirándolo de arriba abajo como si estuviera evaluando el valor de un semental.

Eva la observaba con curiosidad. La mujer mayor lo sabía todo.

"¿Está en compañía del Sr. William Reid, verdad, Sr. Riley?" Los ojos de Lady Edith se clavaron en el hombre como si pudiera extraer más información solo con mirarlo, y Samuel lo encontró peculiar.

"Sí, señora", asintió, sorprendido por su conocimiento, ya que no pensaba haberla conocido antes.

"Lo pensé. Entonces es Samuel Riley", le dio otro vistazo evaluador de arriba abajo. "Los rumores viajan rápido, ¿ve, Sr. Riley? ¿Camina conmigo?" Hizo un gesto con su abanico para que tanto Eva como Samuel la siguieran, y lo hicieron, escoltándola a cada lado. "Mi edad no me permite torcer el cuello, intentando hablar con alguien tan alto como usted, Sr. Riley. ¿Está disfrutando de Londres?"

Eva caminaba justo a un pie detrás de la mujer, pero lo suficientemente lejos como para ver los ojos de Samuel por encima del paraguas que la mujer llevaba. Samuel estaba desconcertado, ella podía decirlo, y miró a Eva con confusión. Pero Eva sonrió y rápidamente apartó la mirada.

"Me temo que Londres es un poco demasiado concurrido para mi gusto, Lady Edith. Vengo del campo..."

"Puedo decir su gusto por la compañía que mantiene, Sr. Riley", Lady Edith la interrumpió. No estaba siendo grosera, Eva lo sabía, pero su manera de hablar era intimidante y demasiado directa para algunos, y Eva frunció los labios para ocultar una sonrisa, sabiendo exactamente qué pensamientos petrificados recorrían la mente de Samuel.

"Espero que estés listo para la Temporada, Sr. Riley", continuó Lady Edith. "Los padres y las debutantes ya están hablando de usted y sus compañeros. Y las mujeres desesperadas por casarse son más persuasivas que las cortesanas experimentadas".

Samuel miró a Eva con alarma, pero la vio sonreír de nuevo.

"Me temo que el Sr. Riley no está acostumbrado a tu manera directa de hablar", comentó Eva.

"Bueno, es del campo, Sr. Riley", intervino Lady Edith y torció el cuello para darle al hombre otro vistazo. "Estoy segura de que mi franqueza no lo desconcierta, ya que está caminando abiertamente en compañía de la Srta. Bernal. Todavía no ha entrado en la sociedad londinense, pero aquí está. Si el rumor se extiende, el número de novias potenciales podría reducirse".

"No estoy buscando una novia, Lady Edith", Samuel dijo con una risa. Finalmente tuvo un sentido de su personalidad.

"Irrelevante", interrumpió Lady Edith. "Las novias lo están buscando a usted, y eso es un factor mucho más decisivo en su destino de lo que piensa, Sr. Riley. Créame".

Eva y Samuel estaban frunciendo los labios en sonrisas reprimidas, siguiendo el paso constante y demasiado rápido para la edad de Lady Edith.

"¿Se unirá a mi cena este sábado, Sr. Riley?" preguntó Lady Edith.

"Si a la señorita Eva le gustaría asistir...", comenzó él.

"Ella no puede", Lady Edith lo interrumpió de nuevo. "Su simplicidad no está del todo actualizada, Sr. Riley. Los tres vistos aquí juntos podríamos crear rumores suficientes como para hacer desmayar a las damas más sensibles. De todos modos".

Se detuvo abruptamente y volvió a mirar a Samuel, estrechando los ojos. "Me encantaría verlo allí".

"Estoy..." Samuel intentaba encontrar las palabras, pero Lady Edith continuó.

"Y traiga a su compañero. Mr. Reid, seguro. Es una criatura escandalosa, pero las mujeres se desmayan por él como si fuera el único hombre vivo". Ella sonrió. "Tengo que despedirme. Hace mucho calor y humedad para mí. ¡Eva!" Lady Edith finalmente se volvió hacia su amiga. "Quiero hablar". La anciana asintió y comenzó a caminar hacia el grupo que esperaba a lo lejos.

"Ella es todo un personaje", dijo Samuel mientras él y Eva observaban a Lady Edith alejarse.

"Sí, lo es". Eva sonrió.

"Si las mujeres de esta ciudad son así, me casarán antes de que ponga un pie en cualquier evento social", bromeó Samuel.

"Probablemente ya lo esté. Conociendo su timidez, no dejará esta ciudad sin esposa".

Ella rio y lo miró de reojo, y él sonrió, deseando poder hacerla reír más a menudo.

"Así que, ¿cuál es su historia, señorita Eva?" preguntó mientras continuaban su caminata.

"No estoy segura de que quiera escucharla. Me interesan más las historias de los demás que la mía". Ella sonrió.

"Estoy interesado en *su* historia, y no en la de nadie más", dijo él y la miró para captar su mirada, que de repente era tímida y vacilante.

Estaban solos de nuevo, y ella comenzó a hablar. Primero lentamente, eligiendo cuidadosamente sus palabras, luego más libremente, las palabras saliendo de su boca por sí solas, porque por mucho que le gustara el hombre, no tenía sentido ocultar su pasado, ya que su reputación actual era la consecuencia de todo ello.

"Así que, ¿por qué no se ha vuelto a casar?" él preguntó cuando ella le dio una versión concisa de su vida. "¿No sería una opción ideal para una mujer en su situación?"

"Ideal", exclamó. "Creo que ya lo respondió perfectamente hace algún tiempo. Cuando ves y sabes por experiencia lo miserable que puede ser la vida en una unión sin amor, piensas dos veces antes de entrar en una nueva con una persona que, como dijo, la sociedad piensa que sería adecuada para ti. No tenía dinero ni propiedad, por supuesto".

Él la miró con curiosidad.

"Pero llega el punto en la vida de uno", continuó ella, más lenta y tranquila, "cuando uno no puede soportar pensar en venderse a otra persona de por vida. Lo sé, lo sé, Samuel. Encuentra extraño el lenguaje".

Él no respondió, temeroso de decir algo que interrumpiera su charla.

"Después de soportar el bochorno como lo hice con mi esposo, una no puede saltar fácilmente a un acuerdo de por vida con otro hombre. ¿Cuál es la diferencia, se preguntas? Dirá que es la dignidad de tener un hombre para servir por el resto de su vida. ¿Pero una vida de miseria? ¿Es una vida demasiado? Dicen que hay vergüenza en la profesión. Le diré esto. Para

una persona, la libertad es el dinero y la estabilidad financiera. Para otra, estar casado, feliz o miserable, pero más que nada, estar establecido en la alta sociedad. Para otra, es hacer elecciones sin considerar la opinión de los demás. Ve, para la mayoría de las personas, la opinión de la sociedad es la principal confirmación de que están en el camino correcto. ¡Qué hipócrita! Porque cuando la sociedad me arrojó piedras por ser esposa de un hombre deshonesto, sin siquiera tomar en consideración mi propia opinión y papel en ello, me di cuenta de que no me importaba que esta misma sociedad decidiera sobre mi felicidad. ¿Cree que es imposible encontrar su lugar en una ciudad como Londres sin tener la aprobación de la nobleza? Se sorprenderá, Samuel. Porque las mismas personas que me despreciaron y degradaron con sus palabras por elegir el camino caído son las que vienen al establecimiento por los servicios, las que sacan a sus amantes en público, las que venden a sus nobles cónyuges, hermanas, hijas a otros y las comercian como si fueran pedazos de carne".

Eva estaba agitada. Hablaba apasionadamente. Sus manos enguantadas se movían en el aire, explicando. Su paso se aceleró. Samuel la siguió, sosteniendo su mirada por más tiempo, observando sus movimientos nerviosos, su rostro que estaba ruborizado de frustración, y a pesar del desdén por la profesión que había elegido, ahora podía ver por qué era como era.

"Sí, duro, lo sé", continuó Eva, mirando hacia otro lado, contemplando el horizonte. "Está alarmado por mi filosofía. Y si elige no mantener mi compañía, lo entenderé. Lo que muchos no se dan cuenta es que la mayoría de nosotros estamos esclavizados de maneras más horribles y tristes que la prostitución".

Se retorció ante la palabra.

"Esto es tan ajeno para usted, Samuel. Perdóneme, por favor", dijo ella, intentando una sonrisa. "No quise hacerlo sentir incómodo. No más de lo que está en la Belle House".

Ella se rió y lo miró mientras él dirigía su mirada hacia ella.

"Es inusual, sí", respondió él. "Nunca lo había pensado de esa manera. Soy..." hizo una pausa, sin saber qué decir. "Me gusta la forma en que habla", dijo. "Me gusta escucharla hablar", agregó y miró hacia abajo a sus pies, pisando apresuradamente solo un pie delante de ella como si estuviera avergonzado de sus palabras.

"Así que, para responder a su pregunta sobre el matrimonio", dijo ella, sintiéndose incómoda, aunque liberada, como siempre lo hacía, expresando su opinión sobre el tema, y no por primera vez, "hice una elección difícil, una inconfesable, según muchos e incluso para mí misma cuando lo hice, para entrar en la vida despreciada por muchos. Estaba dispuesta a pasar por alto las normas morales de la sociedad, con la esperanza de que, con el tiempo, tendría la independencia financiera para elegir y vivir como quisiera en lugar de asignarme a un hombre que, de ninguna manera, me haría feliz y me odiaría por eso. Así que aquí estoy. He hecho lo que prometí a mí misma".

Siguió un largo silencio, y ella se preguntó si Samuel, tal vez, estaba petrificado por sus palabras.

"La vi incómoda con los comentarios de Lady Edith", dijo en cambio él.

Ella rió alegremente como si estuviera aliviada, y él la miró con sorpresa.

"Lady Edith se ha convertido en una amiga mía", explicó Eva. "Pero al igual que muchos, tiene un estatus demasiado elevado como para escandalizar a su compañía públicamente. Sí. Otra hipocresía. Lo que hacemos en la sombra es muy diferente de lo que presentamos al mundo exterior. Ella es una mujer sabia, Lady Edith Hall. Bastante extraordinaria". Eva sonrió. "Recomiendo encarecidamente su compañía". Miró brevemente a Samuel, pero bajó la mirada bajo su mirada intensa y siguió caminando, sonriendo y mirando el camino frente a ella. "Ella es

una mujer brillante, llena de ideas escandalosas ella misma, pero sabe cómo navegarlas públicamente para no ofender a nadie. Visítela, Samuel. Acepte sus invitaciones. Solo no mencione mi nombre en compañía. Si no es por su bien, entonces por el suyo".

"La opinión de otras personas no me concierne. Y definitivamente no en Londres".

"Pero ¿y en Dorset?" Ella lo miró jugueteonamente, y él reprimió su sonrisa.

"Nunca estuve en una situación en la que pensara que mis acciones podrían instigar rumores escandalosos".

"¡Ah! Un camino seguro, Samuel. Tal vez no debería estar en mi compañía para evitar futuros rumores", dijo, sonriendo.

"Encuentro su compañía mucho más entrañable que cualquier otra cosa en esta ciudad. No he conocido mujeres como usted antes. Y me gustaría saber más sobre usted".

"Es muy amable", dijo con una sonrisa, pero las palabras la ruborizaron, y antes de poder pensar, se volvió para mirarlo y se encontró con su mirada, profunda e intensa, el color de sus ojos, el del cielo. Se ruborizó aún más y quiso apartar la mirada. Debería haberlo hecho, lo sabía. Pero él tampoco apartó la mirada, y sus ojos se encontraron el tiempo suficiente como para recordar esta mirada que calentaría sus mentes con pensamientos que tomarían una dirección muy diferente.

Regresaron a la Belle House, en silencio durante la mayor parte del viaje. Eva evitaba mirar a Samuel. Sus cejas fruncidas y la forma en que a menudo miraba desde debajo de ellas parecían hostiles al principio. Pero cuando sonreía, la sonrisa comenzaba en sus ojos azules, y eran amables y destructores. Tan tímidos al principio, ahora ganaban coraje, la observaban más abiertamente, y la intensidad con la que la miraban la tocaba de una manera intimidante pero dulcemente excitante.

Se despidieron, y Eva se sintió renuente a separarse del hombre, que solo horas antes era un extraño, pero ahora parecía que lo había conocido desde hacía mucho tiempo. Su mente estaba nublada con pensamientos que no tenían una dirección particular. Se sintió perdida, caminó hacia la entrada de la Belle House pasando por un grupo de caballeros, que se quitaban el sombrero y le decían algo, pero no prestó atención y no se detuvo hasta llegar a su habitación. Se quitó los guantes y el sombrero, y se sentó en el borde del sofá durante un tiempo, tratando de dar sentido a lo que sentía, repasando los eventos del día, el paseo por el parque, todo lo que se había dicho, todo lo que había descubierto, la forma en que Samuel había hablado, la forma en que había caminado, sus miradas, sus manos, sus ojos.

Qué extraño, pensó.

Exhaló, tratando de sacudirse los pensamientos sobre Samuel Riley como si su imagen hubiera ocupado todo el espacio en su cabeza. A pesar de su mejor juicio y el intento de ser lógica, incluso en su mente, se imaginó sus manos alrededor de ella, cómo se vería quitándose la ropa.

Exhaló de nuevo, irritada consigo misma.

¿Por qué pensaba de esta manera?

Era una cortesana. O *solía* serlo. Ya había terminado. No necesitaba mirar a los hombres, analizarlos, calcular, diseccionar cada movimiento.

Pero estos no eran pensamientos regulares de una cortesana. Samuel Riley no era su cliente y nunca lo sería. Pero no pensaba en el dinero. Pensaba en lo que él había dicho, en su historia de vida, y la curiosidad la llevó una vez más a pensar en quién era él, qué tipo de hombre era, cómo era en la vida cotidiana, en casa, en la cama.

En la cama...

Eva cerró los ojos, tratando de ahuyentar los pensamientos. Pero las fantasías eran insistentes, seguían parpadeando en su mente, sus brazos, grandes y fuertes, envueltos alrededor de su cintura, sus ojos quemando su cuerpo con su intensidad, sus labios suaves y llenos, tocando los suyos.

"Ugh", suspiró y se levantó abruptamente, mirando alrededor de la habitación. No tenía mucho que hacer estos días, pero tenía que encontrar una manera de ocupar su mente para no pensar demasiado. Decidió hablar con la Sra. Sharke. Pero mientras salía de la habitación, la imagen de Samuel Riley parpadeó en su mente, y se dio cuenta de que no podía esperar a verlo de nuevo.

La alta sociedad de Londres era una colección de personas adineradas, influyentes o de otro modo "dignas", que, a pesar del gran número, todos se conocían entre sí. Por supuesto, había familias recién establecidas, recién llegadas del campo y de partes distantes de Inglaterra, así como extranjeros. Pero nunca tenían tanto peso o influencia como los "viejos vigilantes" que formaban el núcleo de la élite de Londres.

Este círculo tenía varios más pequeños dentro.

Estaban los políticos y los poseedores de los títulos más altos con sus esposas tan pretenciosas como el estatus requería. Este grupo también incluía a los más ricos, incluso aquellos que no poseían títulos.

Otro grupo era el de los funcionarios de rango superior y general, y sus familias. Este grupo era el más numeroso y flexible, ya que aceptaba fácilmente a los políticos caídos en desgracia o a los provenientes de grupos menos prominentes.

El grupo menos prominente, con menos cantidad, incluía a las nuevas familias, extranjeros, funcionarios y políticos de menos importancia, académicos, aduladores exitosos, personas de la alta sociedad, y otros similares.

La alta sociedad de Londres miraba con desdén a cualquiera que no fuera digno de su atención y no formara parte de la vida social. Por supuesto, había una jerarquía dentro de los subcírculos. Pero la noción general era que el dinero y los títulos te permitían ingresar, y la ausencia o pérdida de los mismos no te mantendrían en el círculo, sin importar el mérito.

Cuando Eva se casó, se convirtió en parte de este círculo social. Se lanzó de lleno a la vida de eventos sociales, cenas y bailes con toda la motivación de una hermosa joven. Entretenía la idea de que en algún momento podría acercarse a lo mejor de lo mejor, a los señores y duques. Lady Agatha Wells y Lady Edith Hall pertenecían a la cima, y aunque conocían a la mayoría de las mujeres que participaban en la vida pública, nunca prestaban mucha atención a personas como Eva Bernal a menos que demostraran una inteligencia inusual y sus esposos, logros destacados. Los hombres, por otro lado, independientemente de su rango, título o estatus, nunca perdían la oportunidad de unirse a la compañía de una mujer hermosa, y así Eva se encontró siendo más popular entre los hombres que entre las mujeres.

Después de haber estado en una sociedad donde el color del vestido podía enviar el mensaje equivocado, y los invitados en la mesa se sentaban según su rango y título, hacer negocios a puerta cerrada y desvestirse para los hombres era un pensamiento atroz al principio. Pero, como le demostró la vida, no había nada a lo que uno no pudiera acostumbrarse.

¡Oh, los humanos! ¡Cómo les gustaba deleitarse con el infortunio y la miseria de los demás!

Durante la primera temporada de residencia de Eva, la Belle House vio una gran afluencia de hombres que iban allí solo para satisfacer su curiosidad: que una cierta dama de la casa era, de hecho, Eva Bernal. Muchos de ellos se convirtieron en clientes de otras damas. Muy pocos se convirtieron en clientes de Eva. Pero la Sra. Sharke nunca había tenido tantos títulos entrando por las puertas de su establecimiento como cuando Eva Bernal se convirtió en una de sus chicas.

El dinero fluía. La reputación se extendía mucho más allá. Lord y Lady Dekker solicitaron más de una vez a las chicas de la Belle House para sus fiestas solo en el primer año. Las referencias venían de los más ricos. De hecho, tantas damas tuvieron que atender discretamente a hombres titulados en sus residencias y fincas rurales que la Sra. Sharke tuvo que reclutar chicas adicionales para que la Belle House no pareciera vacía. Los ingresos y la popularidad que Eva Bernal trajo a la Belle House superaron con creces cualquier inconveniente que sus reglas crearan para la Sra. Sharke. ¡Y vaya que había muchos! Eva elegía a sus clientes ella misma, trabajaba menos que otras mujeres. Tenía el lujo de estar indisponible sin razones requeridas al resto de las damas, no pagaba la tarifa por ausencia, no participaba en grandes eventos a menos que ella lo eligiera, no estaba disponible para subastas. Eso, por supuesto, provocaba miradas lascivas, chismes y quejas por parte del resto de las damas que no tenían tales privilegios. Pero a la Sra. Sharke no le importaba. No había nadie como Eva Bernal en la Belle House. Ella era el activo más valioso, y si la Sra. Sharke tuviera un sistema de títulos, Eva Bernal definitivamente sería una duquesa, con la Sra. Sharke, por supuesto, siendo la reina. Ninguna otra mujer necesitaba una serie de cenas introductorias con nuevos clientes, lo que ni siquiera garantizaba futuros negocios juntos. Y los hombres estaban de acuerdo. Todos y cada uno de ellos.

Varios años en el negocio y los rumores sobre Eva Bernal se extendieron mucho más allá de Londres. Ella elegía a sus clientes cuidadosamente, deslumbraba a los hombres con su gracia e inteligencia, trataba incluso a los rechazados con el máximo respeto y comprensión. Los hombres la colmaban de regalos, le cantaban serenatas, se arrodillaban, le arrojaban dinero sin siquiera solicitar sus servicios, le ofrecían contratos y le pedían matrimonio. Ella los miraba con la máxima gratitud, aceptaba algunos y rechazaba a otros con tanta diplomacia que los hombres se marchaban más enamorados de lo que habían llegado. Los que tenían el placer de su compañía íntima la trataban con más admiración que a sus esposas. No eran sus habilidades en la cama, sabía la Sra. Sharke, porque algunas de sus chicas de aspecto más desaliñado que habían venido de lugares dudosos podían dar a los hombres el viaje de su vida. La Sra. Sharke no podía identificar exactamente qué era, pero tenía que ver con ser un epítome de todo lo femenino y una rara cualidad para poder sacar lo mejor de los hombres: hacer que los débiles se sientan fuertes, que los poderosos renuncien gustosos a su poder, hacer que un tonto se crea más sabio y que un tímido de repente se convierta en un maestro. Así era Eva Bernal, con su poder mágico para sacar de los hombres lo que más deseaban poseer. No era magia, en realidad, porque cualquier mujer podía hacer esto. Pero la mayoría no lo hacía, algunas no querían y a otras no les importaba.

Había muchas cosas que uno se preguntaba sobre Eva. Una de ellas era por qué necesitaba la Belle House, y esta pregunta también desconcertaba a la Sra. Sharke. La segunda era por qué nunca se comprometía con un solo cliente. Ella tenía muchas propuestas lujosas y podría estar asegurada de por vida bajo el ala de uno de sus benefactores adinerados. Después de dos años en la Belle House, Eva Bernal tenía más ahorros que la dote no tan pequeña con la que había entrado en su matrimonio fallido. En cuatro años, Sir D le pagaba sus honorarios a la Sra. Sharke, un cierto Lord N le compró un carruaje y pagó por su mantenimiento, y el Duque de Cleveland y Lord Volchen le pagaban más por acompañarlos en viajes al continente europeo que

lo que la mayoría de las damas recibían de los contratos anuales con sus benefactores.

Eva Bernal se dio siete años y prometió que ahorraría lo más posible, haría las mejores conexiones para el futuro, se retiraría de la profesión, compraría una pequeña propiedad en el sur y viviría una vida tranquila en el campo, lejos de Londres, de la gente, de los hombres y de todo lo que le había causado dolor en el pasado.

Su tiempo en la Belle House había terminado. Sin embargo, Eva no estaba muy segura de qué hacer ni cómo comenzar una nueva vida. Se quedó en la Belle House por ahora y esperaba que el tiempo le sugiriera el próximo movimiento. Y de alguna manera, el tiempo había traído al hombre que la hacía sentir más incierta sobre sí misma y el futuro de lo que alguna vez había estado.

Ese hombre era Samuel Riley.

¿Cuánto se necesita para enamorarse?

¿Un mes?

¿Un día?

¿Una mirada?

¿Una palabra?

Nunca había habido nadie como Eva Bernal en la vida de Samuel. Nadie que pudiera entrar en una habitación y con un gesto de asentimiento y una sonrisa lo hiciera sentir como si la conociera de toda la vida. Nadie que hablara y caminara como si no necesitara atención. Nadie que lo hiciera despreciar la sociedad, la moral, la etiqueta, las reglas, los planes, los sueños porque ella estaba aquí y ahora. Cuando ella estaba cerca, todo se olvidaba.

Samuel quería invitar a Eva Bernal de nuevo, pero Reid siempre tenía planes: salidas, restaurantes, pequeños almuerzos y cenas lujosas. Londres nunca se cansaba de los acontecimientos. Era cansador, agotador, y al final de la tercera semana en Londres, Samuel estaba bastante irritado. Añoraba la intimidad de su propio hogar, la quietud y la tranquilidad del campo. No era un hombre de grandes fiestas. Prefería las compañías pequeñas y se sentía más a gusto entre sus amigos íntimos durante las últimas horas de la tarde en el salón, cuando la medianoche quemaba las velas, cuando bebían brandy o whisky y charlaban hasta la mitad de la noche.

Button, por supuesto, se disculpó por la noche en el restaurante. Como era de esperar, no recordaba mucho, pero dijo que se disculparía en persona, aunque una cortesana, por respetable que fuera, si existiera, no tenía derecho a su visita a un burdel por esta razón específica.

Eva.

Ella era la razón por la que la mente de Samuel vagaba como un viajero perdido que echa de menos su hogar. Porque no importaba lo que le preocupara, sus pensamientos volvían inevitablemente a ella.

Samuel hizo lo que Eva le había sugerido y lo que Reid había amenazado hacer.

Las dos semanas siguientes estuvieron marcadas por algunos eventos sociales importantes. Y aunque Samuel hubiera preferido saltárselas por completo, no obstante, se unió a sus amigos. Era un hombre reservado, prefería pasar desapercibido, pero con su gran figura, que atraía las

miradas maravilladas de la multitud londinense más refinada y las risitas nerviosas y coquetas de las jóvenes, no tenía ninguna posibilidad.

El primer evento fue la fiesta de Lady Edith, a la que asistió con Reid y Siebert.

Lady Edith actuó como si su asistencia fuera algo seguro. Pero Samuel se dio cuenta de que ella se sentía halagada y muy orgullosa de su visita. Sobre todo, por William Reid. El apuesto bastardo era popular entre las damas y estaba en la lista de los pretendientes más admirados. ¿Cómo no iba a estarlo? Rico, joven, inteligente, diabólicamente guapo, incluso lady Edith lo consideraba el mejor regalo de su cena de más de veinte personas. Pero, curiosamente, sus ojos a menudo se detenían en Samuel. No sabía por qué. Claro, era un soltero con tierras y dinero, pero su apariencia nunca fue algo de lo que estuviera orgulloso o incluso remotamente satisfecho, sino al contrario. Y aunque nunca hizo una declaración abierta de no estar disponible, estaba seguro de que no buscaba una esposa.

Se sentó tranquilamente a la mesa, indiferente a los invitados, a las charlas políticas, a los chismes sociales. Era una reunión amable para la cena de caza asada, postre francés, vinos y brandys. Las mujeres se reían fácilmente fingiendo, y los hombres bromeaban con exagerada pomposidad. Miró distraídamente a su alrededor, estudiando el salón de lady Edith, decorado con mucho gusto, que le interesaba más que sus invitados. Y a veces, pensaba en Eva y en lo maravillosamente que encajaría en ese círculo, en cómo pertenecía a lugares como éste, elegantes y hermosos, y no al establecimiento en el que la había conocido.

La mirada curiosa de lady Edith no lo abandonó en toda la velada. Entre sus nuevos invitados, el deslumbrante Reid y el elocuente e ingenioso Siebert, y su atención volvió sorprendentemente a Samuel. Ella le hacía preguntas, le contaba historias interminables como si ya estuviera siendo preparado para las novias que lo esperaban, como si estuviera tratando de averiguar algo, como si Samuel tuviera un secreto que estaba ocultando, y ella tratara de leer su mente.

Fue en el gran baile en el Pavilion, por invitación de Sir Charles Keppler, que Samuel y sus compañeros se encontraron en uno de los días siguientes. La música, la comida, las nuevas amistades y muchas personas ya conocidas, a quienes había encontrado durante su estancia de un mes en Londres, lo hacían sentir como si hubiera pasado toda una vida asistiendo a tales eventos. Los rostros de las jóvenes eran los mismos, y el aferrarse de sus madres era cada vez más insistente. Sus preguntas ocasionales mostraban el alcance de su conocimiento sobre la vida y los negocios de Samuel, mucho más de lo que él se sentía cómodo, y las miradas valientes de las mujeres solteras lo hacían sentir como si lo estuvieran cazando.

Fríamente irritado, expresó sus sentimientos a Lady Edith, quien, a pesar de su edad, nunca se cansaba de hablar, sonreír a algunos y apuñalar a otros con su suave sarcasmo encantador.

"Atrapado sería una palabra más apropiada, Sr. Riley", respondió, haciendo que Samuel riera.

Lady Edith fue la persona que lo presentó alrededor como si fuera su protegido. Mientras Reid era una figura conocida, y Siebert y Button eran mucho más habladores, Lady Edith parecía haber adoptado al socialmente inepto Samuel Riley bajo su ala.

"¿Por qué siento que tiene cierto interés en mí, Lady Edith?" dijo. "Estoy halagado, por supuesto. Tal vez sea porque le caigo bien".

"Oh, Sr. Riley, no sea tan ingenuo. Nosotras, las mujeres, siempre tenemos un interés. No lo conozco lo suficiente como para que me caiga bien. Pero podría ser de interés para ciertas personas en mi círculo a las que me gustaría ver mejor. Y quizás, con suerte, en su compañía. Me parece un hombre honorable. Me molestaría verlo en manos de alguna criatura vil que haga su vida miserable".

Él se rio.

"¿No cree que sea capaz de cuidarme solo, verdad? Quizás mi tosquedad campesina sea más engañosa de lo que piensa, Lady Edith".

Ella levantó los ojos hacia él, estirando el cuello, y estudió sus ojos que sonreían hacia ella hasta que apartó la mirada.

"Sus ojos dicen lo contrario, Sr. Riley. Debería saber que el mejor entretenimiento que puede obtener un ser humano es participar en los destinos de las personas, verlos desarrollarse y saber, si trabajan para el bien, que tuvieron un papel en hacerlo realidad".

Samuel escaneó el salón de baile, abarrotado de bailarines, bebedores, vestidos lujosos y trajes.

"Dudo que mi destino esté en esta ciudad", dijo.

"Los que persiguen desesperadamente el destino rara vez atrapan algo bueno", dijo Lady

Edith con una sonrisa irónica. "Los que lo niegan, más a menudo que no, se encuentran a merced de él, Sr. Riley".

Se sumió en una contemplación silenciosa durante algún tiempo mientras Lady Edith observaba la habitación y a los invitados como si fuera su ejército personal de escolta.

No era la primera vez que sus ojos se posaban en una pareja que estaba muy alegre, disfrutando de su tiempo, bebiendo champán, riendo demasiado alto y sin preocupaciones ni siquiera para un evento como este. No había nada fuera de lo común en ellos excepto el sentido general de felicidad que irradiaba a través de sus sonrisas, gestos, el ligero toque de sus manos entre sí. La mujer reía libremente, en voz alta. Su pareja la miraba con admiración y orgullo. Pero lo que no escapó a los ojos de Samuel fueron las miradas ocasionales que les lanzaban, y no eran amables.

Se inclinó hacia Lady Edith y llamó su atención sobre la pareja.

"¿Quiénes son ellos?" preguntó.

"El señor Ryrie y su esposa Lady Penélope", respondió Lady Edith con una ceja levantada. "El señor Ryrie, por supuesto, tiene la suerte de tener suficiente dinero para hacer lo que quiera. Podría traer a todas las prostitutas de Londres aquí y salirse con la suya. Sí, Sr. Riley, no se ría. Londres es una ciudad de lujuria e hipocresía que, en eventos como este, brillan con sus colores más vivos. No hay elegancia en la modestia y la virtud. Ah, desearía que hubiera alguien mejor para mostrarle los vicios de la nobleza londinense. Pero no se me ocurre nadie. El señor Derby ha estado fuera durante más de un año. Y perdimos a algunos de los mejores, incluido mi amigo el señor Ashbee. Ojalá pudiera haber conocido al hombre. Habría puesto su mundo patas arriba. Pero apenas lo vemos ya".

"¿Qué le pasó a este señor Ashbee?" preguntó Samuel, intrigado.

"Amor y matrimonio. Ya sabe", dijo Lady Edith encogiéndose de hombros. "Era improbable, pero el bribón tuvo suerte otra vez".

"Oh, esta vez tuvo suerte *él*, ¿no su novia?"

"Si conociera al señor Ashbee, sabría exactamente a lo que me refiero".

"Contrariamente a lo que dice, parece que hay bastantes matrimonios por amor alrededor", se rio Samuel.

"Uno ve lo que quiere. Solo conoce dos. Son una gota en un mar de uniones sin amor. Así es como han funcionado las cosas durante siglos en la alta sociedad. Venga, Sr. Riley, se los presentaré".

Y cuando lo hizo, se maravilló de que Lady Penélope Ryrie se pareciera a cualquier mujer de la alta sociedad. Nada en ella delataba su pasado, la profesión que la mayoría conocía. Era un misterio. Un rompecabezas. Si no lo supiera, nunca habría pensado que la deslumbrante mujer que estaba frente a él había sido una cortesana.

"Está bastante enamorado de ella", dijo Samuel mientras él y Lady Edith se encontraban lentamente caminando entre la multitud, con la gran estatura de Samuel haciendo que todos se apartaran y Lady Edith sintiéndose como si tuviera un vikingo que la escoltaba.

"No hay otra razón por la que alguien con dinero y título se casaría con una prostituta y la traería a la sociedad noble, si no es bajo el hechizo del amor".

"Entonces..." Samuel hizo una pausa por un momento, tratando de elegir las palabras cuidadosamente. No podía dejar de pensar en Eva desde la presentación a los Ryries. De alguna manera, intentaba entender el complejo laberinto de la moral y las reglas de Londres que, más a menudo que no, carecían de sentido. "Entonces, ¿por qué la señorita Eva Bernal no se volvió a casar?"

Su corazón comenzó a latir tan pronto como pronunció su nombre como si hubiera algo de magia en las letras que lo deletreaban.

"¡Ah! Eva", la boca de Lady Edith se curvó en una sonrisa traviesa. "Ella eligió la libertad sobre el matrimonio. O al menos eso es lo que dice". La sonrisa de Lady Edith se convirtió en una mueca, y sus ojos estudiaron el mar de rostros, flotando más allá de ellos mientras caminaban lentamente por el salón de baile. "Libertad. ¿Sabe lo que significa, Sr. Riley?"

La cara de Samuel se suavizó.

"Mi padre eligió casarse con la mujer que amaba", respondió.

"¿Su padre tenía una finca, Sr. Riley?" ella sonrió y lo miró esperando la respuesta.

Bajó los ojos.

"¡Ajá!" Ella asintió. "Sr. Riley, el dinero decide muchas cosas. Y si no le importa la opinión del resto, puede hacerlo muy feliz".

"La gente hace esto sin dinero, Lady Edith".

"¡Corrección!" Levantó un dedo en el aire para hacer un punto. "Los *hombres* sí. Pueden. Las mujeres no".

"¿No es eso lo que hizo la señorita Eva Bernal?"

"Precisamente a lo que me refiero. Y esto era, y sigue siendo, un problema para todos. Cuando terminó con Sir Turner, o al revés, para ser exactos, recibió una propuesta de Sir Devenshire. Es asquerosamente rico, pero le cuadruplica la edad. Y ella lo rechazó. Un movimiento ambicioso por el que muchos la consideraron loca. Pero luego tuvo otra propuesta".

"¿Otra?" Samuel la miró sorprendido.

Lady Edith asintió.

"De parte del joven y bastante rico Sr. Frazer. Sin título, pero estaba locamente enamorado de ella. ¿Quién no lo estuvo, en un momento u otro? Pero el padre del Sr. Frazer es un reformador y uno famoso. Hizo grandes olas en Londres para impulsar algunas leyes importantes, y su nombre estaba en boca de todos en ese momento. Así que cuando el Sr. Frazer propuso matrimonio, y le advierto que la noticia no llegó de ella sino, una semana después, de su padre que luego comenzó una caza de brujas en su contra, fue un gran problema, Sr. Riley."

Lady Edith se quedó en silencio, pero con una extraña sonrisa en su rostro como si encontrara un placer sardónico en el recuerdo de los eventos.

"Ella lo rechazó," dijo Samuel en lugar de ella después de un momento de silencio.

Lady Edith asintió.

"Londres no puede perdonarla." Ella sonrió con sarcasmo. "Ve, Sr. Riley, si hubiera sido abusada, violada, vendida, enviada a un burdel portuario en contra de su voluntad, la habrían perdonado, incluso podrían haberla reintegrado. Pero lo que hizo fue escupirle en la cara a la élite y a los principios que ellos aprecian más que la vida humana. Y por eso, nunca la perdonarán."

Samuel Riley se quedó en silencio. La historia de los labios de la mujer más respetada de la sociedad londinense lo sacudió de una manera extraña. En su mente, Eva Bernal era una heroína oscura, una especie de mártir. Pero no podía decir esto en voz alta. A nadie. Tampoco a Lady Edith.

Pero luego volvió a escuchar su voz.

"La admiro."

Él giró la cabeza hacia ella, aunque ella no lo miraba, sino que contemplaba a la multitud que bailaba alegremente al son de la música estridente de la orquesta.

"Me escuchó, Sr. Riley," repitió Lady Edith, sin necesidad de mirarlo para saber que él la

estaba observando sin parpadear. "Si tuviéramos más mujeres como ella, las mujeres podrían gobernar la sociedad, tener una voz, ser escuchadas. Pero la mayoría de nosotras somos cobardes. Desafortunadamente. Elegimos la comodidad sobre la libertad. Esto" asintió hacia la habitación "sobre la felicidad personal. No hay muchas como Eva Bernal. Es una criatura rara, fascinante y... costosa."

Lady Edith rio, miró a Samuel y lo vio ruborizarse.

"Uno debe ser un hombre extraordinario para ganarse su corazón. Si es que alguien *alguna* vez lo hace," añadió.

Samuel pasó el resto del baile observando en silencio a la multitud, a menudo posando sus ojos en el Sr. y la Sra. Ryrie, preguntándose por qué parecían los más felices de la habitación.

Lady Edith mantuvo sus ojos de halcón en Samuel, lo vio irse temprano y poco después se fue también, dando un paseo lento a casa en su carruaje, recordando la conversación con Samuel Riley y sonriendo por algo para sí misma.

"Estoy impresionada, querida. Verdaderamente", dijo Lady Edith cuando Eva la visitó tarde una noche, dos semanas después del encuentro en el parque y varios días después del baile. Estaban sentadas en el salón de Lady Edith, elegante y muy iluminado, con decoraciones intrincadas y retratos gigantes, un homenaje a la grandeza pasada y la gloria aún no olvidada.

"Impresionada con qué?" preguntó Eva.

Lady Edith desvió abruptamente la mirada de la botella de brandy que estaba abriendo y miró a Eva con las cejas exageradamente levantadas. "No intentes engañarme, querida. Lo sé todo".

"Temo no entender", frunció el ceño Eva.

"¡El señor Samuel Riley, por supuesto!" exclamó impaciente Lady Edith, pasándole a Eva una copa de brandy tan delicioso y superior a cualquier otro que Eva había probado. Decían que Lady Edith tenía una amiga cercana en Francia que hacía licores para la Corte y el rey Luis Felipe I mismo y le enviaba una caja cada temporada.

"Temo, Lady Edith, que no hay nada de qué hablar. Samuel Riley es un conocido", dijo modestamente Eva y se ruborizó.

"¡Ah! El color del engaño." Lady Edith era una mujer observadora. Una sonrisa se asomó en sus labios mientras se recostaba en el sillón. "Parece ser la única mujer que ha despertado su interés. ¿Lo sabía? ¿O fue lo suficientemente astuta como para lograr una salida a solas? Aparte, por supuesto, de las rameras que sus compañeros ruidosos le sirven para desayunar, almorzar y cenar, estoy segura. Tiene la reputación de ser modesto y bastante incivilizado a veces. ¡Sin embargo!" exclamó Lady Edith con renovado interés. "¡Estoy impresionada, querida! ¡Mucho!"

Eva rio.

"Temo que no hay nada por lo que impresionarse, Lady Edith, de verdad. He tenido el placer de su compañía solo algunas veces. Me temo que insinúa más de lo que hay".

"Bueno, la Temporada está en su apogeo, y Samuel Riley y su amigo—cómo se llama, el soltero, ah, William Reid, por supuesto—son el tema de conversación en la ciudad".

"¿Samuel Riley? ¿Por la tierra?" Eva, sorprendida, miró a Lady Edith.

"¿La tierra?" Lady Edith parecía asombrada. "Estás bastante desconectada o no entiendes. Sí. La tierra. Los negocios. No hay mejor partido que Samuel Riley. La mujer adecuada fácilmente podría dominarlo".

"¿El granjero, eh?"

Lady Edith casi escupió el brandy que estaba bebiendo.

"¿El granjero?" exclamó y estalló en risas.

"Es un apodo peculiar, ¿no?" Eva rio.

"Desde luego".

"Hay muchos hombres con más dinero y conexiones que él, estoy segura", dijo Eva.

Dio un sorbo al brandy cuando sus ojos captaron a Lady Edith, quien la miraba fijamente sin parpadear.

"¿No se siente bien, querida, o es su intención jugar conmigo esta noche?" Lady Edith parecía desconcertada.

"El hombre no tiene título, Lady Edith. Seguramente, muchos considerarían esto una desventaja".

"Su difunta esposa tenía uno, estoy bastante segura, y se lo transfirieron".

"No lo mencionó".

"Así que *son* bastante cercanos". Lady Edith mostró una sonrisa astuta. "Es un hombre modesto, ya sabe. Y definitivamente no está acostumbrado a presumir de su riqueza. Pero Sir Keppler lo llamó Sir Riley. Seguramente, eso no fue un error. Yo también estoy desconectada. Los chismes no me entretienen mucho estos días. Pero lo investigaré. Ahora que lo ha mencionado. Por su bien, al menos. Él es rico, Eva. Y no me diga que no tiene un ojo puesto en él".

Eva rio.

"Lady Edith" bajó la mirada "¿cree que sueño con un marido rico?"

"Con su fama, no sería imposible", asintió Lady Edith. "Oh, no me mire así. Ya hemos pasado por esto. Solo hay un puñado de locos y amantes irracionales dispuestos a arrojar su reputación al polvo y casarse con una mujer caída. Incluso a tener una como compañera oficial. Pero usted es diferente. El dinero, por supuesto, hace maravillas. Mmm. El hombre tiene mucho. Pero tiene una crianza rural. Es bastante peculiar que esté interesado en usted".

"¿Interesado? Me halaga". Eva sonrió pícaramente y apartó la mirada.

"Ahí está, esa sonrisa otra vez. Si sigue diciéndome que no tiene interés en ese bruto rojo, no volveré a verte en mi casa".

Eva sonrió.

"Es una mujer hermosa, Eva. Y, Dios, tiene los modales y la elegancia para ganarte el corazón de cualquier hombre. El hecho de que haya dormido con muchos nobles en la Temporada disuadirá a muchos. Pero luego, nunca se sabe".

La sonrisa de Eva desapareció. Nunca se había sentido mal por la cantidad de hombres con los que había estado. Solo deseaba no haberse involucrado con algunos de ellos. Pero de vez en cuando, las palabras le afectaban. Y Lady Edith definitivamente no presumía de modestia y carecía de habilidades para contener su lengua—todo lo que el dinero, el alto estatus social y siete décadas bajo su cinturón harían.

"Rechacé el matrimonio y entré en el comercio, Lady Edith", contradijo Eva en voz baja.

"¡El comercio!" La mujer mayor agitó la mano en el aire, pero Eva no lo notó y continuó.

"¿Qué le hace pensar que ahora, que tengo dinero, querría someterme a un hombre solo para tener una vida cómoda?"

"Veamos. Con sus ahorros, sin tener que trabajar, solo viviendo del porcentaje, no puedes permitirte un buen lugar en Londres, no puedes comprar más que un par de vestidos caros al año, definitivamente no puede permitirse un carruaje. Si algo sucede, estará exactamente dónde estabas hace siete años. ¿Qué me he perdido?" Lady Edith inclinó la cabeza hacia su joven compañera. "A menos que todavía tenga hombres a su alrededor. Pero entonces, sigue en el negocio".

Eva suspiró.

"No necesito estar en Londres. No necesito muchos vestidos caros. Y puedo prescindir de un carruaje. Definitivamente no estoy apuntando a la alta sociedad o a un regreso impresionante".

"Ese antiguo amante tuyo, Sir Turner, está tras de ti nuevamente, soltero y listo para mezclarse. ¿Está pensando en darle una oportunidad?"

"¡Ah! Él es la razón por la que mi vida tomó tal giro".

"Él es la razón por la que no se arrojó del puente".

"No lo sé, Lady Edith. Todo es muy complicado".

"Bueno, no te culpo. Si fuera usted, lo patearía en el trasero y lo enviaría volando. Pero debe pensar en el futuro, por supuesto".

Eva le dio a Lady Edith una mirada peculiar y se sentó en silencio durante un minuto.

"¿Se divirtió en su cena?" finalmente preguntó Eva.

Lady Edith movió los ojos para mirar a Eva.

"¿Sir Turner?"

"Tss. Samuel Riley". Eva frunció los labios.

"¡Ah! Así que *estás* interesada".

Eva se encogió de hombros.

"Él preguntó por ti", dijo Lady Edith, tomando brandy y sin apartar sus ojos de halcón de la joven mujer.

"¿Qué preguntó?"

"Esto y aquello, y sobre nuestra relación".

"Ah, le advertí. Traer ciertos nombres como el mío puede darle mala reputación".

"Tss-tss Pareces haber hablado mucho".

"No realmente".

"Realmente, jovencita, ¿tienes que dejar de hacer esto!"

"Sí, me gusta él", Eva se rindió. "Yo..." Se ruborizó y vaciló por un momento. "¡Ah! Me gusta bastante. Sí. Sí. Es extraño. Inusual".

Y las palabras, sus pensamientos y emociones, salieron de ella como un torrente. Y cuando terminó, los ojos de Lady Edith brillaban con el fuego de la juventud olvidada como si la historia de Eva fuera contagiosa.

"Así que tenemos a un hombre", Lady Edith se levantó y comenzó a caminar alrededor, llena de emoción y la perspectiva de otra intriga. "Un viudo, sin hijos, pero con mucha tierra. Está enamorado de ti", en esto, se rio, estudiando a Eva con una sonrisa. "Y tú también estás bastante encariñada con él".

"Lo has conocido. ¿Qué querría un hombre con su estatus con una mujer como yo?"

"No te menosprecies, querida. Tenías mucha más confianza cuando perseguías al Duque de Cleveland".

"Él es de una raza diferente".

"Eres una criatura ingenua, Eva. Realmente. Por una vez, deberías liberarte de las cadenas del trauma que tu difunto marido bribón te ha impuesto y echar un segundo vistazo a los hombres".

"No tengo trauma". Eva se rió nerviosamente.

"Uh. Los hombres son criaturas fascinantes. Pueden ser perfectamente maravillosos. Eso si se los guía y dirige adecuadamente".

Lady Edith le dio una mirada de reojo a Eva.

"Tú", la mujer mayor hizo un gesto con las cejas y le lanzó a Eva una mirada que decía tú-sabes-a-lo-que-me-refiero, "definitivamente tienes los requisitos previos para conseguir un buen esposo. Penny", Lady Edith levantó una ceja, "oh, perdóname", sonrió, "Pe-ne-lo-pe, tenía

atributos mucho peores y consiguió uno. El hombre está enamorado de ti, Eva. Solo un tonto no lo ve. Sus intenciones son otra historia, pero podría resultar ser un beneficio. No me mires así, jovencita. No finjas ser una virgen tímida. No pierdas el tiempo. Y no me digas después que deberías haberme hecho caso".

"No quiero conseguir un esposo", Eva contradijo.

"Pero estás mucho más interesada en este granjero, como lo llaman, que en Sir Turner. Así que supongo que la infatuación no es tan simple después de todo".

"Son solo conversaciones".

"¿Lo son?"

"Eres bastante imposible a veces, Lady Edith", Eva sacudió la cabeza con una sonrisa.

"Imposible de no escuchar, pues tengo décadas a mis espaldas y demasiadas historias desafortunadas para saber que debes confiar en tus instintos".

Eva asintió, deseando que terminaran esta conversación.

"Si es que, si estás tan encariñada con el hombre, al menos puedes pasar un buen rato con él".

"¡Lady Edith!" exclamó Eva, y Lady Edith se rió traviesamente.

"¿Qué crees que será él?"

Eva se ruborizó.

"Oh, Eva, querida. Tus historias son las más divertidas que he tenido en décadas. ¡Mi mente anciana necesita un recordatorio de que hay personas por ahí que tienen la oportunidad de hacer lo que les plazca!"

Eva sacudió la cabeza con una sonrisa.

"Es un hombre impresionante. Visualmente", dijo Lady Edith más suavemente.

"Tss". Eva intentó reprimir una sonrisa.

"¿Cómo manejarías incluso esta masa de cuerpo, considerando que todas las partes son proporcionales?"

"¡Lady Edith!" exclamó Eva y no pudo evitar estallar en risas, uniéndose a la mujer mayor mientras continuaban la noche de brandy y charla.

Varios días después, en una agradable tarde temprana, los cuatro caballeros estaban almorzando en la casa de campo de William Reid y discutían los planes futuros.

"Las damas de la sociedad pueden ser bastante aburridas", dijo Reid, bebiendo su café. "Las conversaciones interminables sobre otras personas y la etiqueta adecuada que no permite fumar frente a ellas o..."

"Embriagarse", intervino Button.

"Cualquier cosa remotamente relajante, en realidad", asintió Reid.

"Siento que estoy constantemente bajo su mirada vigilante", se rio Siebert. "Cada movimiento. Cada palabra. Cada mirada. Como si estuvieran haciendo un informe mental. Y lo peor" levantó su dedo índice en el aire "es que lo informan al resto de sus amigos y familiares".

Los cuatro hombres se rieron al unísono.

"¿Vieron cómo miró Miss Catherine Boyle a sus primos cuando dije que Samuel se irá de Londres antes porque" se rio, recordando sus palabras "porque necesita regresar para la temporada de cosecha?"

Los cuatro hombres estallaron en risas al recordarlo.

"¿Cosecha?" dijo Siebert, la primera sílaba aguda y la segunda extremadamente baja, con los ojos lo más abiertos posible y una expresión tonta de sorpresa en su rostro mientras imitaba a Catherine Boyle.

Reid estalló en risas, y Samuel sacudió la cabeza con una sonrisa.

"¿Cosecha?" Button conjuró la misma expresión tonta, inclinando la cabeza hacia un lado, imitando a la mujer.

Siebert hizo lo mismo, sacudiendo la cabeza como un gallo.

"¿Cosecha? Dios, ¿qué es eso?" Hizo un sonido de cacareo. "¿Cosecha?"

Y los cuatro hombres estallaron en un ataque incontrolable de risa.

"Ella pen-pen-pensó" Reid trató de hablar, pero fue asaltado por otro ataque de risa "Riley, ella pensó que estabas cosechando dinero".

Los cuatro hombres dejaron caer los utensilios y estallaron en risas nuevamente.

Siebert se limpió las lágrimas de las comisuras de los ojos.

"Realmente. Algunas de esas damas de sociedad son bastante tontas".

El incidente con Miss Catherine Boyle fue, de hecho, muy divertido, aunque un poco incómodo para Samuel.

"El Sr. Riley tiene que ocuparse de la cosecha en una de sus propiedades", explicó Reid a las damas en las fiestas. "Parecen necesitarlo mucho en las granjas allí".

Oh, cómo les encantaba hacer de Riley un simple agricultor y observar la reacción de las mujeres, por lo general de horror y decepción. A Samuel no le importaba mucho, al igual que nunca le importó mucho la opinión de las personas que no conocía. Mientras contaba la historia de su crianza a Eva, minimizó mucho su amor por el campo. Fue criado en una familia que, generación tras generación, había sembrado el amor por la tierra, y la idea de que su cultivo era la habilidad más importante de la humanidad. Su crianza en el campo con los Harshaw era una parte importante pero solo una parte de ello, el proyecto con los niños era otro y muy cercano a su corazón.

La verdad era que Londres, la constante presencia de personas, los eventos, incluso la compañía de sus amigos, lo sofocaba. Pero había una persona cuya compañía realmente disfrutaba y ansiaba más y más. Y esa era la de Eva Bernal.

Eva odiaba la Temporada, de abril al final de julio, porque toda Inglaterra parecía descender sobre Londres en busca de entretenimiento y conexiones sociales. Bailes, teatros, eventos benéficos, cenas, fiestas temáticas, carreras de caballos, juegos. Se forjaban amistades, se arreglaban matrimonios, se planeaban empresas políticas, se cerraban tratos comerciales. Cada día era un constante juego de quién, dónde y cuándo. Y el entretenimiento, por supuesto. Además de los públicos, los hombres acudían en masa a los burdeles con tal vigor como si fuera la única oportunidad para cumplir sus fantasías.

Eva había tenido varios clientes de los que se había encariñado.

¡Encariñado!

¡Cuánto había llegado en siete años de frivolidades sexuales!

Era peculiar que cuando Eva Bernal se convirtió en una "mujer caída" y la noticia se propagó como fuego en la alta sociedad de Londres, las mujeres la excluyeron por completo de sus círculos, pero los hombres, por el contrario, mostraron un interés inusual. Si alguien le hubiera dicho que convertirse en cortesana la haría íntima amiga de algunos de los hombres más ricos y conocidos de Inglaterra, se habría reído. Pero cuando Lord Worthington la invitó a cenar a su mansión, solo y con claras intenciones, pero sin ser explícito al respecto, le sorprendió lo cortés que fue y de una manera que el mensaje quedó entendido, pero no había ni rastro de falta de respeto.

¿Cómo era posible que nunca hubiera sabido que existía un mundo como este? Estaba la alta sociedad oficial con bailes, fiestas, nobleza, clase, reglas estrictas y etiqueta, y otra—con en su mayoría las mismas personas, en su mayoría hombres, oculta a los ojos omnipresentes de sus esposas, con mujeres de moral laxa y personas de reputación dudosa, burdeles, acompañantes de lujo, fiestas privadas, bailes de máscaras, viajes escandalosos al campo, orgías, Bacanales.

¡Locura!

¿Cómo era posible que la frase "mujer caída" se dijera en susurros, pero había círculos donde estas mujeres se sentían como reinas, amadas y admiradas? No podían aparecer en cenas del parlamento o bailes oficiales. Sin embargo, mirando alrededor de un teatro en una noche ocupada de sábado, ahora, siete años en la profesión, Eva podía decir que muchas mujeres se mezclaban sin preocuparse por su reputación, una quinta parte eran cortesanas y muchas otras estaban involucradas con otros hombres, tenían aventuras y técnicamente no eran diferentes. Muchas mujeres en la alta sociedad de Londres no eran tan inocentes como parecían. No estaban tan dispuestas a juzgar. Otras eran impulsadas por una curiosidad de algún tipo, tal vez envidia por la libertad de poder sacudirse las pesadas cadenas de la crítica social y la necesidad de mantener las

morales sofocantes de la alta sociedad. Pero en general, las mujeres demostraban ser criaturas maliciosas. Principalmente esposas nobles y piadosas, a las que les gustaba manejar sus lenguas afiladas y escupir fuego con los ojos, y florecer en la desdicha de los demás. Si no tenías dinero o estatus, eras inútil a sus ojos. Y si permitías alguna frivolidad sexual, estaban listas para enviarte al cadalso. Eso, si el dinero no podía comprar su perdón.

Dinero, dinero, dinero.

Todo en el mundo se reducía a cuánto tenías y cuánto podías permitirte.

¡Qué poco sabían esas esposas piadosas!

Siete años en la Belle House fueron suficientes para que Eva aprendiera que la mayoría de los hombres no se alejaban de los asuntos extramatrimoniales. Ya fuera en burdeles, ya fueran de lujo o no, o con amantes o las esposas de otros. ¡Cuántas historias había escuchado! ¡Cuántas conocía de primera mano! ¡Cuántas era parte de ellas! ¡Cuántos hechos habían destrozado su perspectiva ingenua sobre la sociedad! Cuántas veces se enfurruñaba al pensar en ello y luego se reía histéricamente de la hipocresía de la humanidad. Cuántos hombres engañaban. ¡Cuántas mujeres lo hacían! Cuántas aventuras se llevaban a cabo públicamente. Cuántos secretos se escondían detrás de las puertas del mejor burdel de Piccadilly. Cuántos eran usados para chantaje.

Eva conocía muchas historias así. Podría haber escrito no solo un pequeño libro negro de secretos de Londres sino una enciclopedia en docenas de volúmenes.

Varias temporadas seguidas, Lord Volchen ganó la subasta de las Flores de las Belle House —un evento organizado por la Sra. Sharke, en el que la virginidad de las jóvenes, criadas y educadas durante un año en una casa en la calle Baker, se vendía al mejor postor.

Sir Symons disfrutaba de látigos y cadenas, y sentir la orina tibia goteando por su rostro le proporcionaba un éxtasis mucho mayor que un acto sexual real.

Lord y Lady Dekker disfrutaban involucrándose juntos en desenfrenos, mientras que el Sr. Tebbitt visitaba burdeles con su esposa y se masturbaba mientras veía a su esposa en acción con otra mujer. Que su esposa, de hecho, fuera amante de una cortesana de la Belle House era un secreto incluso para él.

El Barón Ord preguntaba en muchas ocasiones si la Sra. Sharke planeaba traer un acompañante masculino a su establecimiento, pues tenía varios amigos a los que les gustaría el ambiente de la Belle House, pero con un toque diferente.

Lady Crosfield fue la primera en apartar a Eva de la alta sociedad cuando Eva quedó en bancarrota, y estaba más que dispuesta a difundir rumores desagradables sobre ella cuando Eva se convirtió en dama de la Belle House. Lady Crosfield no sabía que su esposo había visitado la Belle House de vez en cuando. La parte irónica era que él había preferido establecimientos mucho más baratos. No por falta de dinero, sino por amor a lo más sucio que el negocio del amor tenía para ofrecer. De hecho, se decía que ocasionalmente lo habían visto en los locales de opio del East End, envuelto en los cuerpos desnudos de prostitutas, sin dientes y enfermas. Solo la ausencia de intimidad entre los cónyuges había salvado a la Lady Crosfield de sucumbir a cualquier enfermedad que finalmente se había llevado la vida de su esposo.

Las mujeres tampoco eran ajenas al entretenimiento. La Lady N, que era muy conocida en la alta sociedad de Londres, pero no revelaba su nombre, llamaba a Bonnie a su casa de la ciudad, donde varios acompañantes masculinos estaban presentes, y se entregaban a una orgía toda la noche. Esto sucedía cada octubre, ya que coincidía con el viaje de caza de su esposo a Kent y su ausencia de una semana.

Sir McGeagh convocaba a una docena de prostitutas a su finca a las afueras de Londres cada

fin de verano durante una semana. Era un hábito costoso que se había convertido en una tradición con una docena de hombres más que se unían. Las reglas de la Belle House no se aplicaban a tales viajes. Eva nunca había ido, ni asistía a reuniones similares fuera de la Belle House, a menos que fuera uno a uno con un cliente que conociera bien. Pero cuando las chicas regresaban de tales viajes, contaban historias de estar intoxicadas, no estar seguras de con qué caballeros habían estado y cuántos, y en qué exactamente habían estado involucradas. Tampoco les importaba. Se les compensaba generosamente por cualquier inconveniente o daño, y la Sra. Sharke cerraba los ojos ante cualquier consecuencia desagradable, pues obtenía grandes beneficios de ello.

Así era la vida.

Todo esto sorprendió a Eva al principio, pero los años en la Belle House solo la hicieron más amarga sobre cómo funcionaba la sociedad. No es que no hubiera conocido a hombres honorables. Había muchos. Algunos de sus clientes eran miembros respetados de la sociedad. Simplemente necesitaban una mujer. Ocasionalmente, sus clientes estaban solteros. Esos eran los que le ofrecían a Eva ser su único benefactor. Cualquier otra cortesana se habría alegrado de recibir tal oferta. Pero no Eva.

Los hombres que no se involucraban con mujeres y se mantenían fieles a sus esposas —y Eva conocía solo a unos pocos— eran raros como los animales exóticos. Las condiciones médicas eran una de las razones. La cobardía era otra. Amor, por supuesto. Y aún más raro: la verdadera devoción piadosa. Y eso es lo que sorprendió a Eva en Samuel Riley. El hombre no estaba casado, ni era piadoso, ni había nada malo en él, según Bonnie. Pero había en él un sentido de verdadera nobleza y respeto por las mujeres. Tales cualidades eran raras. Las conversaciones con él intrigaban aún más a Eva, y pensaba en él a menudo: quería verlo durante el día, pensaba en su cuerpo por la noche. Así que cuando la invitaron a un teatro, aceptó, dudando al principio sobre tener que volver a ver al Sr. Button, pero con una sorprendente expectativa ante la idea de otra salida con Samuel Riley.

Button se disculpó.

Ya fuera por su propia voluntad o forzado por sus amigos, a Eva no le importaba.

“Suelo hacer comentarios muy directos, señorita Eva”, le dijo evitando el contacto visual mientras tomaban algo antes de la obra en Drury Lane. “Y el alcohol lo empeora, me temo”.

Ella sonrió, observándolo beber con incomodidad.

“Aprecio su disculpa, señor Button. Prefiero a las personas que dicen sus opiniones a la cara en lugar de a mis espaldas. Aunque los insultos no son algo que tolere”.

Él sonrió y asintió, pero por el resto de la noche, no hizo ningún intento de hablar con ella.

Estaban en el Theatre Royal, Drury Lane. Era un evento ruidoso, uno que Eva no disfrutaba mucho. Los hombres eran ruidosos, bebiendo y hablando. Las mujeres estaban en su mejor comportamiento, escaneando el entorno en busca de conexiones potenciales, posibles rumores y oportunidades. Una noche ocupada como esta en un teatro era un lugar para verse y ser visto. A Eva no le gustaba ninguna de las dos cosas. Había abandonado hace mucho el hábito de estudiar a los asistentes al teatro, pues ver a sus "viejos amigos" solo le recordaba los tiempos pasados, y ver a sus clientes era un recordatorio de su profesión. Durante la Temporada, sin embargo, la mayoría de las personas notables no estaban presentes, pues había eventos más importantes en marcha. Vio a Lady N, y había un Lord y una Lady Dekker en algún lugar entre los asistentes al teatro.

Lo que Eva disfrutaba más que nada era ver de nuevo a Samuel Riley. Cada vez que volvía la mirada hacia él, él la estaba mirando directamente a ella, y eso le daba a su corazón un agradable sobresalto. Parecía fuera de lugar en cualquier reunión social, y eso le creaba en ella un sentido de camaradería. A pesar de las miradas venenosas de Bonnie y de la risa odiosa de un par de otras mujeres a quienes le presentaron, Eva logró encontrar paz estando en compañía de Samuel. La conversación en el parque despertó algo dentro de ella. Había una conexión entre ellos que era difícil de descifrar, y extrañamente, se sentían más cómodos el uno con el otro cuando no había nadie más alrededor. Era imposible, por supuesto, en un lugar como este. Sin embargo, cuando su cuerpo, alto y musculoso, estaba junto al suyo, sentía una extraña intimidad. Cuando dirigía su cálida mirada hacia ella y la sostenía por más tiempo del que cualquier hombre consideraría apropiado, las comisuras de su boca se torcían en una sonrisa, y su corazón saltaba de alegría.

¿Qué es esto? Se preguntaba a sí misma, pues la mera presencia de este caballero la hacía feliz.

Hasta que vio al Sir Henry Turner. No había forma de evitar a su antiguo amante en una

ciudad que solo tenía pocos lugares para ir. Asintió al reconocerlo y esperó que esta fuera la única interacción.

Lamentablemente, sus intenciones eran de un tipo diferente.

Eva no podía negar el hecho de que, después de años desde su aventura y la dolorosa ruptura que la había llevado a Belle House, aún pensaba ocasionalmente en Henry con afecto melancólico.

Él había sido su primer amante, su introducción a lo que debería ser la intimidad.

Su difunto esposo, Arthur, era tan inútil en la cama como lo era en el manejo de las finanzas familiares. No recordaba haber sido apasionada con él. Lo amaba de la manera en que "el amor" estaba pre condicionado en las niñas para su futuro matrimonio. Lo soportaba porque así era como se suponía que debía ser la vida matrimonial. Cuando estaban en la cama, por escasas que fueran las veces, él intentaba amarla de la manera en que un hombre lo hace con una mujer por la que no siente ningún interés. Encontraba todo el aspecto íntimo entre un hombre y una mujer decepcionante.

Hasta mucho después.

Hasta Sir Henry Turner.

Pensó que sería otro contrato matrimonial que definitivamente podría soportar con la experiencia del anterior. Pero Henry no tenía prisa. Sus besos eran considerados y la sorprendían por su gentileza. El hecho de que la sacara a cenar sin llevarla a la cama durante las primeras semanas la desconcertaba aún más.

La primera noche que estuvieron juntos fue un shock y una revelación.

Él la ayudó a desvestirse.

"Eres hermosa", dijo, evaluando su cuerpo desnudo. Y la forma en que la miraba la hacía estremecerse de vergüenza y anticipación.

"Quiero que disfrutes esto tanto como yo", dijo, besándola suavemente, acariciando sus senos y muslos.

Sin quitarse la ropa, la hizo acostarse en la cama y acarició su cuerpo desnudo durante un tiempo, haciéndola sonrojar aún más y temblar con un sentido inusual de excitación. Esto no se parecía en nada a lo que había experimentado con Arthur.

"¿Cómo alcanzas el clímax, Eva?" preguntó Sir Turner, y ella no entendió su pregunta, lo miró sin saber qué decir.

"¿Alguna vez lo has hecho?" Él sonrió, y ella negó con la cabeza. "Oh, cariño", dijo, besándola aún más suavemente mientras su mano se deslizaba entre sus piernas. "Una mujer hermosa como tú debería ser adorada", susurró y le dijo que abriera más las piernas, besando sus senos y acariciando su sexo, suave y rítmicamente, hasta que sintió que la intensidad empezaba a aumentar en ella, las suaves ondas recorriendo su cuerpo como pequeños fuegos, lamiendo su núcleo. No se detuvo hasta que finalmente, ella gimió y jadeó, con los ojos bien abiertos, al alcanzar su primer orgasmo.

¡Oh, mujeres! Nada engendra más afecto que un toque adecuado y una introducción al placer.

No estaba enamorada de Henry, y lo sabía. Era mucho mayor, más experimentado, y un hombre respetuoso, todo lo que una joven dama debería agradecer, sin embargo, no despertaba en ella ningún sentimiento más allá del simple afecto. Pero él estaba enamorado de ella. Le mostró lo que era ser una mujer, admirada y deseada. Aprendió lo que era disfrutar de un hombre y lo que los cuerpos humanos estaban diseñados para experimentar.

Quizás, eso fue lo que más tarde la ayudó a aceptar la idea de unirse a Belle House. Si podía sentir ese placer con un hombre, quizás había otros hombres con los que podría disfrutar o incluso amar. Por supuesto, un burdel no era un lugar para el amor. Pero era un pensamiento peligroso. Se dio cuenta con el tiempo de que el deseo de una crecía proporcionalmente a la cantidad de este al que uno estaba expuesto. Cuanta más experiencia tenía una, más podía comparar. Eva aprendió que los hombres eran diferentes, al igual que las relaciones entre ellos y las mujeres, y que la intimidad era una parte importante de ello. ¡Oh, mujeres! ¡Si tan solo la sociedad permitiera frivolidades tan indecibles como probar varios compañeros antes de establecerse con uno, quizás las mujeres serían más felices! Tales pensamientos, por supuesto, eran meras fantasías para ella, pero Sir Turner abrió esa puerta sin saberlo.

Pero nada la ataba a él excepto el afecto común por el hombre con el que estaba unida por contrato. Así que cuando su imagen pública se vio comprometida, y él le ofreció que tomara otro amante, ella se sintió herida, impactada y traicionada.

Sin embargo, años después, pensó que fue Sir Turner quien de alguna manera la salvó de quizás otro matrimonio sin amor o un destino aún peor. Se encontró con él durante salidas sociales, lo vio con su esposa, y cada vez, él la miraba como si fuera algo precioso que se le había escapado entre los dedos.

Eso fue hasta el año anterior, cuando su esposa falleció, y él comenzó a buscar reuniones con Eva nuevamente.

Quizás él sentía que Eva era su oportunidad para una nueva vida.

Quizás entendía lo que había perdido.

Quizás envidiaba a esos hombres a los que ella les concedía acceso a su cuerpo. Porque él ya no era uno de ellos. ¿Cuántas veces desde que ella se había establecido en Belle House había venido a pedir por ella? Ella dijo que no, por supuesto. Sería un gran amante. Pero su orgullo funcionaba de formas misteriosas. Podía complacer al Lord Amsden, que la llamaba "una mascota" pero hacía que todo su personal de treinta sirvientes se inclinara ante ella, y sin embargo no dormiría con Henry, quien una vez la había traicionado.

Eso no lo detuvo. Y el fallecimiento de su esposa solo reforzó sus intentos de conquistar a Eva.

Esta noche no fue una excepción, ya que Sir Turner se abrió paso hacia el grupo con el que estaba Eva y charló con William Reid.

"Señorita Eva", le sonrió, besando su mano. "Se ve más hermosa que nunca".

"Y usted tan galante como siempre", respondió ella con una sonrisa.

Pero él no se iría, y pronto todos estaban charlando ruidosamente mientras los dos daban varios pasos hacia un lado para hablar.

"Quiero verla. En privado", dijo en voz baja, sin apartar los ojos de ella.

"Ya no estoy en el negocio", respondió amargamente.

"Eso no es lo que quise decir, Eva. Lo sabe. La extraño", dijo en un susurro forzado. "Sabe que la amaba en ese entonces, y aún lo hago. Ahora tenemos una oportunidad. Un nuevo comienzo..."

"Tuvimos una oportunidad, Henry", lo interrumpió calmadamente, mirando a su alrededor y evitando su mirada. "Y la dejó ir".

Bonnie seguía mirándolos a lo lejos, inclinada hacia Samuel para decirle algo, y Eva sintió

que quería estar en otro lugar.

"Pero podemos intentarlo de nuevo, Eva. Por favor", suplicó Henry.

Qué patético parecía este hombre poderoso en este momento, pensó ella. Miró a la multitud a su alrededor, las damas elegantes y los hombres pomposos, y se dio cuenta de que la mayoría de ellos jugaban estos pequeños juegos toda su vida. Sus ojos se encontraron con los de Denise, la joven actriz que Reid había traído consigo nuevamente. La chica parecía mirar a Eva con aún más fascinación desde que se había enterado de la profesión de Eva.

"Una oportunidad, Eva". La voz de Sir Turner la devolvió a la conversación. "Nos reuniremos y hablaremos, querida, solo usted y yo. Arreglaremos las cosas", seguía susurrando, dando un paso demasiado cerca de ella, tocando su brazo.

Vio a Samuel mirar en su dirección y se sintió ruborizar. Se apartó.

"Basta, Henry. No aquí", dijo en voz baja.

"¡Dígame cuándo y dónde!"

"No ahora. Por favor".

Ella asintió, indicando que su conversación había terminado, y se alejó hacia el grupo.

Sir Turner se retiró con su grupo, aunque de vez en cuando miraba de reojo a Eva, pensando que su respuesta significaba esperanza.

"Sir Turner está profesando su amor de nuevo, ¿verdad?", Reid saludó el regreso de Eva con un comentario alegre.

"Las viejas costumbres tardan en desaparecer", dijo Eva con una sonrisa suave, deseando que el tema cambiara.

Bonnie se rio con desdén.

"No debería morder la mano que le dio de comer. Después de todo, él podría ser la única oportunidad que tenga, señorita Eva", comentó Bonnie, y Eva sintió ganas de abofetearla.

La ópera era "*The Maid of Artois*", que en cualquier otra ocasión habría entretenido al menos ligeramente a Samuel, aunque él no fuera un amante de la ópera. Pero esta noche, al igual que muchas otras noches antes, su mente estaba en otro lugar. Trató de no mirar a Eva con demasiada frecuencia, pero podía sentir su presencia con cada célula de su cuerpo. Ella tampoco parecía prestar mucha atención al escenario. En cambio, miraba alrededor y hacía comentarios ocasionales sobre los invitados en otros palcos privados.

"Está sorprendido, Samuel", dijo Eva con una suave sonrisa después de contarle las aventuras de cierto Lord y Lady Dekker, que ocupaban el tercer palco desde el suyo. "Una vez, fui ingenua como usted. Hasta que descubrí que hay reglas diferentes que gobiernan el mundo oculto de la élite de Londres, y ese mundo es mucho más grande que el que se muestra públicamente".

Samuel encontró estos comentarios más entretenidos que la propia actuación, y al final del primer acto, su mente daba vueltas por las historias de Eva sobre los asuntos y vidas secretas de los nobles y damas que ella le señalaba, algunas de cuyas caras le resultaban familiares de los bailes y fiestas a los que había asistido. Más que nada, cada vez que Eva se inclinaba para contarle una historia, se mareaba por su cercanía, el aroma que le hacía cosquillas en la nariz, la sensación de su falda rozando sus piernas.

"¿Está disfrutando de la actuación, señorita Eva?", le preguntó cuando se anunció el intermedio.

Ella sonrió, y él pensó que podría hacerle cien preguntas solo para verla sonreír de esa manera una y otra vez.

"Para ser honesta, Samuel, no soy muy aficionada a la ópera. Tampoco soy fan de los lugares de reunión pública de la élite de Londres", dijo. "Y he visto muchas obras y óperas donde chicas pobres se enamoran de hombres ricos, y viven felices para siempre".

Él se rio. "¿Qué hay de malo en eso?"

"Me resulta desconcertante que ni los pobres ni los ricos lo consideren posible, y, sin embargo, parecen disfrutar mucho de esas historias".

Samuel la miró con curiosidad.

"Estoy seguro de que algunas personas lo consideran posible", dijo suavemente. "Y quizás más personas desearían que eso fuera cierto, y por eso vienen a presenciarlo en el escenario".

"¡Ah!" La sonrisa de Eva se amplió. "¿Es un romántico, señor Riley?"

Ella lo miró con sus ojos brillantes, y él sintió su corazón latir contra sus costillas como un pájaro atrapado. En este momento, sus ojos solo lo veían a él, y él quería estar a solas con ella para que no hubiera nadie ni nada que pudiera apartar su mirada de él.

"No pretendía invitarla a un entretenimiento que la aburriera", dijo disculpándose en su lugar.

"Quería hacerle compañía. Esa era la única razón por la que vine aquí", dijo ella y sonrió de una manera tan directa que Samuel se sintió ruborizar por sus palabras.

"¿Preferiría..." No terminó. Quería llevarla lejos. ¿A dónde, no lo sabía? Lejos del ruido, la gente, las miradas indiscretas de los demás y cualquier cosa que la distraiga de él.

Ella no apartó los ojos de él.

"¿Qué estaba diciendo?" Sus ojos lo quemaban con intensidad.

"No tenemos que estar aquí", dijo él y se ruborizó al pensar en lo que eso podría insinuar. "Quiero decir, podríamos ir a otro lugar. A cualquier parte. A algún lugar tranquilo. ¿Un café? ¿Un parque?"

Ella no apartó los ojos de él, y él se sintió avergonzado por esta sugerencia.

"Si quiere", dijo ella en voz baja y asintió. "Aunque no querría que se perdiera el mejor entretenimiento que esta ciudad tiene para ofrecer".

Ella se rio.

Él se sintió inseguro. ¿Había sido demasiado directo? ¿Inapropiado? ¿Se había pasado?

"Entonces, vámonos", dijo ella en voz baja como si pudiera escuchar sus pensamientos. "¿Nos vamos?"

Había coquetería en sus ojos, y esas palabras hicieron que su corazón latiera más rápido.

La ayudó a levantarse de su asiento.

"¿Refrescos?" Preguntó Siebert, dándoles una mirada inquisitiva.

"Me temo que los dejaremos por el resto de la obra", dijo Samuel torpemente, esforzándose por no sonrojarse.

"¡Riley! ¡Oh, vamos!" Button lanzó una mirada sorprendida a los dos. "Señorita Eva" sus ojos se desviaron hacia ella, "¿fui yo de nuevo? Traté de mantenerme callado todo el tiempo".

Los hombres estallaron en risas, y Eva también.

"El señor Riley se aburre. Voy a darle un pequeño recorrido por la ciudad", dijo educadamente.

Bonnie le lanzó una mirada aguda, y Siebert se removió.

"Te entiendo, Riley. ¿Debería unirte a ustedes?"

Hizo ademán de levantarse, pero Reid extendió la mano y lo mantuvo en su lugar.

"El señor Siebert no va a ningún lado", dijo Reid con una rápida mirada de reojo a su amigo y se volvió con una sonrisa hacia Samuel. "Pero te unirás a nosotros en las Salas de Willie en, digamos, dos horas?"

"Sí. Sí." Samuel asintió y guio a Eva fuera del palco, esperando, o más bien sabiendo que no se volverían a unir a sus amigos.

Era tan fácil admirarla: su risa alegre cuando se detenían a ver una actuación callejera, las comisuras de sus labios llenos que se curvaban en una sonrisa cuando decía algo divertido, el parpadeo de sus pestañas cuando lo miraba, sus movimientos elegantes al esquivar a los transeúntes en la multitud de la noche en Covent Garden. No tenían una dirección planificada. En cambio, disfrutaban de la compañía del otro, yendo de un lugar a otro, lo cual a Samuel no le importaba, y Eva había visto muchas veces.

Se detuvieron en una pastelería, alimentaron a las aves en St. James's Square, y luego se dirigieron a las fuentes de Trafalgar Square.

Hablaron.

Él quería contarle todo sobre sí mismo, como si al abrirse, la dejara entrar más, y una cosa estaba clara: la quería lo más cerca posible.

Le habló sobre la granja a la que sus padres lo enviaron cuando era niño y el proyecto que su padre había iniciado, y continuó.

"Dígame más", ella preguntó, porque de alguna manera las historias de este hombre eran inusuales, el estilo de vida del que provenía era peculiar.

Samuel estaba encantado de complacerla, pues el proyecto escolar era su pasión. Todo tenía que ver con hacer del mundo un lugar mejor, dijo con una sonrisa que parecía ingenua, pero que se desvaneció con una pequeña mueca, lo que le dijo que no era tan simple. Conocía un gran número de niños sin hogar que no tenían mejores perspectivas que trabajar en talleres o caer en la delincuencia, el padre de Samuel y varias otras personas habían decidido emprender un proyecto interesante. Recogían a algunos de los peores niños de las calles de las grandes ciudades, generalmente con la ayuda de las parroquias locales, y los llevaban al campo. Construyeron una escuela agrícola para niños delincuentes, talleres, dormitorios para vivir. Los niños fueron educados, se les introdujo en el trabajo agrícola y aprendieron oficios. Algunos pocos se rebelaron, e incluso después de años de una vida decente, se escaparon. Pero la mayoría se quedó, creció, siguió trabajando, fundó familias y algunos incluso llegaron tan lejos como para iniciar sus propios negocios. Con el paso de los años, los caballeros que habían iniciado todo demostraron su idea inicial de que mejorar las condiciones para las personas y tratarlas con honor y respeto aumentaba su productividad y, por lo tanto, la fortuna de los hombres. Con los años, se establecieron más reformatorios de este tipo, y después de la muerte de sus padres, Samuel continuó con el proyecto. En Greycliff Grange solo, había un asentamiento con cincuenta de estos niños.

"Muy innovador", dijo Eva, mirándolo con admiración.

"No realmente", sonrió Samuel. "Lo que hacemos es practicar las reglas comunes de la empatía. Porque si uno quiere hacer del mundo un lugar mejor, la empatía está en el núcleo de ello".

"No muchos quieren".

"Es una lástima".

"Este mundo necesita más personas como usted, Samuel", dijo Eva con una suave sonrisa.

"Este mundo necesita más compasión", respondió él.

"Tiene suerte de vivir en el campo. Esta ciudad ya no tiene compasión", dijo ella.

Caminaron millas y hablaron de todo lo posible: sus vidas, tan impredecibles; sus pasados, tan turbulentos y diferentes; la educación que ambos coincidían en que era el primer paso para reducir la pobreza; el sistema legal que era el encargado de prevenir el abuso de poder. Hablaron de libertad. Para él, la libertad era una mentalidad. Para ella, el estado de los asuntos financieros. Ambos estuvieron de acuerdo en que no era posible sin abandonar las restricciones de la opinión pública.

Habían pasado las dos horas, pero ninguno de los dos quería unirse a la compañía de sus compañeros. En cambio, Eva llevó a Samuel a un pequeño restaurante italiano en Wardour Street. Era un lugar oscuro y tranquilo con comida excelente y auténtica grappa italiana. El restaurante era sencillo, pero Samuel podía contar con los dedos de una mano las veces que había comido comida italiana antes. Pero la noche no se trataba del teatro, o del parque, o del restaurante. Se trataba de Eva, y ella podría haberlo llevado al tugurio más sórdido del East End, y él probablemente no habría mirado nada más que a ella.

Caminaron más después de la cena, ambos más callados, disfrutando del ruido amortiguado de la noche londinense. La oscuridad que caía era íntima. Su altura ayudaba al hecho de que podía observarla libremente desde arriba. Podía ver su cabello bajo su sombrero, los movimientos de su falda con cada paso, sus manos enguantadas que él quería tomar entre las suyas. Ella era tan pequeña comparada con él. Deseaba poder abrazarla, tan cerca que pudiera dejar que su aroma lo llenara hasta que fuera todo lo que pudiera oler a su alrededor. Podía sentir cada movimiento de su cuerpo. Su voz parecía alcanzar sus partes más profundas y resonar con una dulce excitación, no física, sino más bien eufórica. Trató de bañarse en la dicha de estar junto a ella, pues temía el momento en que tendrían que separarse.

Pero se estaba haciendo tarde.

Samuel acompañó a Eva hasta la Belle House, y cuanto más se acercaban, más lento se volvía su paso, ninguno queriendo separarse aun sintiéndose obligados a terminar la noche.

Se detuvieron no muy lejos de la entrada, más allá de los carruajes estacionados en el costado de la calle con sus conductores y caballos descansando perezosamente.

Él iba a la fiesta de Eroles en la Belle House este fin de semana, le informó a ella. No estaba entusiasmado, ni sabía de qué se trataba, pero sus amigos insistieron, pagaron por todo y hablaban de ello con una agitación inusual.

"¿Estará allí?" le preguntó a Eva.

"Para saludar a los invitados, sí", dijo ella con una sonrisa pícaro, sin entrar en detalles sobre lo que significaba. "Me temo, Samuel, que el evento lo petrificará". Se rió suavemente. "Le sugiero que corra por su vida antes de que sea demasiado tarde".

"Me hace más curioso de lo que debería ser".

"No es mi intención. Hablo muy seriamente, Samuel. Con lo poco que sé de usted, temo que pueda arruinar su opinión sobre Londres y la humanidad en general", dijo y miró alrededor sin rumbo, su sonrisa desvaneciéndose.

"Pero usted estará allí..." dijo él y la miró, queriendo ver sus ojos.

Finalmente, ella lo miró.

"Sí." Asintió y parpadeó lentamente, pero sin sonreír.

"Entonces espero volver a verla", dijo sin apartar los ojos de ella, y su corazón se agitó con sus propias palabras.

Se miraron el uno al otro por un momento.

Sus ojos lo fascinaban. Se sentía desnudo como si ella lo mirara a través de él, pudiera ver hasta su núcleo y descubrir sus deseos. Casi lo hizo sentir avergonzado, porque en este momento quería besarla, tenerla cerca, quitarle el sombrero y acariciar su cabello, sus mejillas, sus labios, quería saber cómo se sentía ser besado por esta mujer.

"¿Lo veré pronto, entonces?" Su voz lo sacó de su trance.

La miró y trató de averiguar qué había en sus ojos además de esta pregunta. ¿Estaba curiosa? ¿Intrigada? ¿Nada más? ¿Se estaba volviendo loco por querer a la mujer que mantenía a hombres refinados y poderosos atados?

"Sí", respondió y sintió la decepción casi físicamente. "Lo pasé muy bien con usted, Señorita Eva. Gracias".

"Yo también, Samuel", dijo ella, ocultando sus ojos.

Él la acompañó hasta la puerta y la abrió para dejarla entrar. Y cuando ella desapareció adentro, sintió un vacío abrumador.

Eva regresó a su habitación y, con solo varias velas encendidas, se sentó en silencio y penumbra, pensando en la noche.

Qué peculiar.

Había sido entretenida en las mejores casas de Londres por los hombres más ricos y poderosos de Europa. Sin embargo, esta noche la dejó con una sonrisa permanente.

No dejaba de pensar en Samuel.

Sam.

Deseaba poder llamarlo así.

Deseaba que él la hubiera besado.

Deseaba que él lo hubiera pedido.

Deseaba haberlo pedido ella misma. ¡Qué tonta era! Una cortesana, pero tan indecisa. Y Samuel claramente era demasiado respetuoso para cualquier intento así.

¿Pero usted estará allí?

Sus palabras seguían repitiéndose en su mente.

Él quería verla, y ella no podía esperar al fin de semana.

Entonces, espero volver a verla.

Su voz susurraba en su cabeza.

Pasó varias horas organizando sus vestidos, luego intentó leer, pero su mente estaba en otro lugar. Eventualmente, se preparó para la cama, apagó las velas y se acostó en la oscuridad, pensando en Samuel. Sus pensamientos no eran del todo inocentes. En su mente, Samuel no solo la estaba besando; la estaba desnudando, tocando, luego se quitaba la ropa, revelando su desnudez, presionándose contra ella. Pronto, Eva supo que no podía contenerlo más. Se quitó la camisola y extendió su cuerpo desnudo sobre las sábanas. Cerró los ojos y pensó en Samuel, sus manos acariciando su cuerpo.

Deseaba que estuviera allí. Quería complacerlo, mostrarle lo que podía hacer, hacerlo gemir y gruñir de placer. Sentía un intenso ardor interior, el hormigueo de la excitación que humedecía la unión entre sus piernas.

¡Oh, Dios...

¿Por qué no podía tener a este hombre ahora mismo?

Flexionó las rodillas y separó las piernas ampliamente. Su mano se deslizó entre ellas y tocó el centro de su deseo.

Húmedo.

Estaba empapada.

La necesidad sexual rezumaba de ella.

El deseo la quemaba como una llamarada.

Su mente hacía girar las imágenes de Samuel, magnífico en su gloria desnuda. Se imaginaba su cuerpo grande y áspero domado y obediente bajo sus dedos, respondiendo voluntariamente a sus caricias. Quería que él abandonara su timidez, perdiera el control en un deseo ciego y luego lo montara como se monta un toro, guiándolo, dirigiéndolo. Sus dedos trabajaron más rápido entre sus piernas, frotando vida en el calor que se elevaba dentro de ella, las ondulaciones que recorrían su cuerpo. Y cuando imaginó su sexo penetrando entre sus piernas, gimió en el clímax que la cegó, hizo temblar su cuerpo, y se desplomó con las imágenes desvaneciéndose de Samuel Riley en su mente.

Mientras Eva, una cortesana hace siete años, se preguntaba cómo era posible sentirse tan cerca de una persona sin siquiera un solo toque, Samuel se asombraba de cómo una persona podía tocar su corazón de una manera tan profunda sin ninguna intención.

Llegó a la casa de William Reid, que estaba desprovista de cualquier signo de vida.

Gracias a Dios, pensó, con la esperanza de que sus amigos festejaran hasta tarde y no tuviera que explicar hasta el día siguiente por qué había desaparecido. Más que nada, quería estar solo, repetir una y otra vez los acontecimientos de la noche —lo que Eva había dicho, cómo lo había mirado— y captar cualquier señal de que tal vez había pasado por alto que a la mujer le gustaba.

De vuelta en la Belle House, tenía tantas ganas de besarla que le dolía. Debería haberlo preguntado. Tenía miedo de que ella dijera que no y pensara que era como cualquier otro hombre lujurioso. Tenía miedo de que un pequeño error la alejara, y no había nada que quisiera hacer para poner en peligro su compañía.

Pero ahora, el recuerdo de su mirada sobre él lo quemaba con el deseo que lo consumía todo. Se quitó la chaqueta y el chaleco, se desabrochó la camisa, abrió la ventana para que entrara el aire de la noche y se tumbó en la cama. Cerró los ojos y sus fantasías lo llevaron a lo que podría ser.

Imaginó lo que pasaría si se lo hubiera pedido.

Si ella hubiera dicho que sí.

El beso.

Imaginó cómo se sentirían sus labios. La fantasía del beso lo puso duro en los pantalones, y se los desabrochó para liberar la presión.

No debería pensar así, pensó, no debería permitirse empañar la imagen de ella con tales fantasías. Pero la ola de deseo estaba ondulando a través de su cuerpo. La imaginó a su lado, quitándose la ropa, mostrándole su cuerpo, ofreciéndose. En sus fantasías, ella ardía de deseo por él, pidiéndole que la tomara, rogándole que la hiciera suya.

Sí, Eva, mía. Eres mía, susurró su mente.

Tócame por todas partes. Bésame donde nadie me ha besado antes, decía ella en sueños.

Gruñó ante los pensamientos y se frotó la cara con ambas manos, queriendo detener esta locura, pero anhelando más, como si estas fantasías pudieran calmar el deseo que ella despertaba en él. Se llevó las manos a los pantalones y los deslizó junto con los calzones por las caderas, liberando su erección, que era dura como una roca y ansiaba liberarse. La tomó con su mano y gruñó de placer, moviendo la mano hacia arriba y hacia abajo.

Tómame, Sam. Por favor, ahora, suplicó Eva en su fantasía mientras abría las piernas, ofreciéndole su sexo.

Así, hermoso, susurró en su mente mientras se imaginaba deslizando su erección en ella y sentía una ola de deseo tan fuerte que lo hacía gemir mientras su mano subía y bajaba más rápido por su pene. *Sí, Eva, ríndete ante mí. Así, dulce niña, así.*

Sí, Sam. Sí. ¡Sí! Imaginó su gemido, su sexo penetrando en ella, y gruñó mientras explotaba en un orgasmo.

Se tumbó en la cama un momento, moviendo ligeramente la mano, acariciándose a sí mismo mientras los restos de las fantasías sobre Eva se desvanecían, luego abrió los ojos, respirando con dificultad, y miró su mano, todavía envuelta alrededor de su sexo y mojada de semen.

“Dios” exhaló, avergonzado por este deseo incontrolable y la escena desvergonzada que su mente conjuraba. Al menos, por fin había terminado con esto, pensó. Esta fantasía sació la sed de la mujer que era la causa de su obsesión. Pero cuando se fue a la cama algún tiempo después, su mente comenzó a tambalearse con un solo sueño. Y este sueño era Eva Bernal otra vez.

La fiesta de los Eroles era una tradición anual y uno de los eventos más explícitos en la Belle House, aunque los actos más lascivos, por supuesto, tenían lugar lejos de los ojos de todos. La Sra. Sharke invertía una gran cantidad de dinero, tiempo y esfuerzo en los preparativos, los artistas escénicos, los músicos, los cocineros y los sirvientes. Incluso las criadas tenían trajes reveladores, más parecidos a ropa interior, que debían usar toda la noche. La entrada a la fiesta requería una cuota considerable, y solo los más adinerados podían permitírsela. Además, cada invitado pagaba una cantidad adicional para reservar a una chica en particular durante toda la noche. A los asistentes por primera vez se les explicaban las reglas antes de pagar la cuota elevada para asegurarse de que estuvieran de acuerdo con lo que sucediera tras las puertas cerradas y de que no hubiera conflictos con otros invitados. Aquellos que no sabían de qué trataba la fiesta la llamaban una orgía. Pero uno podía hacerse una buena idea por la descripción que Lord Russell le dio a su amigo: "Se realizan actos sexuales abiertamente en el escenario por parte de los artistas, así como por invitados dispuestos. El salón es tu dormitorio. Puedes relacionarte con los artistas o con la dama reservada para la noche, y las damas que están libres para participar por una tarifa extra y que no están asignadas a nadie están disponibles para que las tomes, eligiendo hacer lo que desees, donde y cuando quieras. Las damas de la casa no se unirán a nadie que no sea su cliente a menos que se acuerde y consienta lo contrario. No se debe tocar a los artistas a menos que se los anime y se acuerde hacerlo. Si tuvieras acceso a cualquier dama en la habitación, sería aún mejor. Lamentablemente, eso no forma parte del acuerdo. Pero tendrás mucho que ver para llevarte al clímax incluso sin ser tocado. No es una orgía, por así decirlo. Pero toda la Belle House es tu patio de recreo".

Por lo tanto, la clientela que se reunía en el evento era la más lujuriosa y curiosa, ya que incluso algunos asiduos visitantes de burdeles consideraban este tipo de entretenimiento como excesivo y de mal gusto.

Sin embargo, cada año la fiesta era un éxito. La Sra. Sharke estaba muy orgullosa del evento y se tomaba los preparativos muy en serio, ya que ganaba mucho dinero con ello. Lo mismo hacían las damas de la casa.

Eva no la disfrutaba y solo había asistido dos veces en siete años en la Belle House. Ambas veces fue con clientes que participaron por curiosidad y con la condición de que ella no participara en ninguna intimidad en público, lo cual era su regla habitual y que nunca había roto.

Esta vez, le estaban pagando una tarifa relativamente pequeña.

"Me gustaría que estuvieras allí antes del espectáculo, Eva. Eso es todo lo que pido", dijo la Sra. Sharke.

Eva conocía a muchos de los invitados y era buena en entretener. La Sra. Sharke sentía admiración por la mujer que era como una anfitriona de la alta sociedad. Con su elegancia y gracia, hacía que los hombres sintieran que estaban en un baile de gala. Mujeres como Eva, y no había muchas de ellas —Eliza, tal vez Blanche, la callada Clara, la nueva chica Yassenka—, le daban al burdel, aunque fuera de lujo, más dignidad. Con mujeres como estas en su compañía, los hombres podían olvidar por un momento la duda y la vergüenza con la que algunos de ellos entraban en un establecimiento como la Belle House.

Esta vez, Eva tardó más de lo habitual en prepararse. Llevaba un vestido verde esmeralda con escote pronunciado que revelaba sus hombros y parte de su pecho, con las mangas que, contra la moda, caían sueltas por sus brazos. Su cabello estaba peinado a la antigua: suelto y recogido en la coronilla de su cabeza, cayendo en mechones rizados sobre sus hombros. La Sra. Sharke lo llamaba "un look de dormitorio", que, pensaba ella, a los hombres les gustaba mucho más que los elaborados peinados de moda de estos días. Eva sabía de moda con sabiduría, pensando que, si una tendencia no favorecía el cutis o la figura de alguien, se debería adoptar un estilo adecuado para resaltar la apariencia, aunque estuviera pasado de moda. Uno de sus estilos era su cabello, y siempre trataba de que destacara. Hoy, se miró en el espejo y disfrutó de la vista.

¿Le gustaría esto a Samuel Riley? se preguntó, evaluándose en el espejo, arqueando una ceja, mirando una y otra vez sus hombros desnudos, su cuello y su pecho.

¿Excitaría esta vista a alguien como Samuel? se preguntó a sí misma y sonrió al darse cuenta de que todos sus esfuerzos últimamente estaban dirigidos a un solo hombre.

No podía esperar a verlo de nuevo, pero también lo temía. Algunos hombres más conservadores, que visitaban la fiesta de los Erotos, quedaban en estado de shock. Algunos lo consideraban desagradable y de mal gusto. Algunos se iban con disgusto. Alguien como Samuel Riley podría horrorizarse y odiar a sus amigos por exponerlo a tanta indecencia.

Pero ¿qué pasaría si le gustaba?

¿Y si finalmente entendía que el mundo no era blanco y negro, que había una gran área gris en medio, y que incluso los opuestos oscilaban de un lado a otro?

¿Sabía Samuel cuánto costaba la entrada? ¿Sabía que la tarifa podría pagar el salario de un año a varios trabajadores, o sacar a varios niños de las calles, o proporcionar educación a una familia entera durante un año?

Todas estas preguntas revoloteaban en su mente como polillas molestas.

De repente, no quería ir. No quería que Samuel la viera allí. Solo tenía que quedarse hasta el comienzo del espectáculo, según lo acordado con la Sra. Sharke. Haría eso, pensó, y se retiraría lo antes posible para evitar ver la decepción de Samuel.

Los pensamientos se volvían cada vez más sombríos, y Eva los sacudió. No había manera de evitarlo. Ella había advertido a Samuel. Y dado que él había decidido asistir de todos modos, podría ver cómo puede ser el mundo del deseo cuando se lleva al extremo.

Suspiró, se levantó de la mesa de tocador y salió por la puerta.

Era tarde por la tarde cuando los invitados comenzaron a llegar. Mayormente hombres, ricos y con evidentes destellos lujuriosos en sus ojos hacia las mujeres de la Belle House, que estaban bellamente vestidas, algunas bastante modestas, otras más reveladoras.

Samuel Riley llegó con su grupo. Se deshicieron rápidamente de sus chaquetas y sombreros, fueron recibidos por la Sra. Sharke, que parecía una reina, y saludaron a las damas reservadas

para la noche.

Samuel lanzó una mirada a los jóvenes sirvientes que estaban en la puerta del salón trasero, preparados para el evento, y sintió que debería irse. Tanto el joven como la chica permanecían inmóviles. Estaban vestidos de negro con agujeros cortados que dejaban al descubierto sus pechos y sexos. Samuel los miró de nuevo mientras pasaba y ardió de vergüenza.

El salón trasero estaba todo iluminado por velas y flores, con el aroma de aceites aromáticos que se esparcía por la habitación. Los violinistas tocaban en un rincón, y una mujer cantaba, todos los miembros de esta pequeña orquesta llevaban máscaras. Los invitados estaban alegres, bebiendo y hablando. Las criadas, vestidas solo con ropa interior, iban y venían con aperitivos y bebidas.

"Una noche para recordar, Riley", dijo Reid y le guiñó un ojo. "Solo disfruta de la vista. Si no lo haces, al menos piénsalo como educación".

"Oh, me aseguraré de que el Sr. Riley lo disfrute", dijo Bonnie con voz dulce y se mordió el labio, mirando seductoramente a Samuel.

Él deseaba que ella no estuviera aquí. Aunque era hermosa, sentía que constantemente estaba siendo observado.

"Tome, debería probar esto", dijo Bonnie, cogiendo una bebida de la bandeja en la mano de un sirviente y pasándosela a Samuel. "Es vino de coca. Lo pondrá de buen humor".

Ella sonrió de nuevo, y Samuel sonrió de vuelta, se bebió la bebida de un trago y apartó la mirada.

Sus ojos se movieron por la sala, escaneando la abarrotada habitación. En el centro del salón había un escenario donde se llevaría a cabo la actuación. Sillones y sofás estaban dispuestos alrededor de él, y el infinito número de almohadones esparcidos por todas partes hacía que Samuel se sintiera incómodo.

Esta noche, las damas parecían pertenecer al establecimiento. Una mirada a dos chicas que no llevaban nada más que prendas íntimas hechas de cinturones que apenas ocultaban sus partes íntimas, y la mente de Samuel giraba. Intentó no mirar, pero sus ojos inevitablemente regresaron a las mujeres, vestidas con túnicas transparentes, intrincados atuendos íntimos, disfraces de harén de estilo medio oriental. Los hombres no se privaban de acariciar. Toques, caricias, abrazos, besos robados. Algunos eran discretos. Otros eran ruidosos y groseros. La mayoría bebía en exceso.

Y allí estaba ella.

La vista de Eva Bernal lo detuvo en seco.

Con el cabello recogido y un elegante vestido que revelaba sus hombros y cuello, Eva estaba fuera de lugar como una rosa en un jardín lleno de maleza. Era hermosa, imposible apartar la mirada de ella, y no era el único que la miraba fijamente. Los hombres con los que hablaba tenían los brazos alrededor de sus damas para la noche, pero solo tenían los ojos puestos en Eva.

Ella se dio la vuelta y lo miró, y él sintió como si la temperatura en la habitación subiera varios grados. Ella sonrió suavemente como si lo estuviera esperando a que llegara, luego caminó hacia él, y él sintió que sus propios labios se estiraban en una sonrisa.

"Sr. Riley". Ella asintió, y sus ojos estudiaron rápidamente a la compañía. "William. Sr. Siebert. Sr. Button".

Hicieron pequeñas charlas, y solo cuando Bonnie se apartó por un minuto para hablar con otros invitados, Eva se volvió para hablar con Samuel.

"¿Se está divirtiendo?" ella preguntó.

"¿Y usted?" él respondió y sonrió.

"No realmente", ella contestó y le hizo un gesto a alguien al otro lado de la habitación.

"Entonces, ¿por qué está aquí?"

"Un favor a la Sra. Sharke".

"Pero no quiere estar aquí".

"No". Ella negó con la cabeza y sonrió a alguien en la habitación, luego se volvió para mirar a Samuel. "Y no quiero que *usted* esté aquí".

"¿Desearía que no estuviera?" Él la miró, confundido.

Ella asintió.

Él apartó la mirada, y su sonrisa desapareció, y no escapó a ella.

"No entendió lo que dije. Me alegra verlo, Samuel. Solo desearía que no fuera aquí, y no en esta fiesta. No lo disfrutará. Un paseo por el parque es un entretenimiento mucho más agradable para personas como usted".

"¿Quiere que me vaya?" preguntó en voz baja. "Porque si es así, lo haré".

"Le sugiero que lo haga. Pero tal vez le sea útil ver de lo que es capaz la humanidad". Ante esto, sus hermosos labios se curvaron en una sonrisa.

"¿Se irá conmigo?", preguntó.

Sus ojos se dirigieron hacia él. Amables y cálidos, tenían algo ardiendo en lo más profundo de su ser, una chispa, un pequeño fuego que le hubiera encantado desatar. Ojalá se fuera de este lugar con él. Rezó para que ella dijera que sí. A él no le importaba la fiesta ni dónde estar mientras ella estuviera cerca.

Pero ella desvió la mirada.

"No puedo en este momento", dijo en voz baja. "Me están pagando para asistir. Tengo que quedarme al menos hasta que empiece el espectáculo".

"Entonces yo también lo haré".

Miró a su alrededor con una sonrisa perdida.

La gente, la música, la luz de las velas y las flores crean el mejor de los ambientes. Las mujeres miraban a su alrededor con sonrisas, captando las miradas de admiración de los caballeros lujuriosos, quienes, sin duda, desnudaban a las mujeres con los ojos, anticipando su desnudez. Había tensión sexual en el aire. Estaba en las miradas codiciosas, en el vértigo sobreexpuesto, en las caricias y toques. Todo a su alrededor respiraba con la promesa del sexo: la alfombra de felpa, los espejos, las cortinas rojas que cubrían cada esquina, escondiendo otro sillón de amor o un sofá. Alguien ya se estaba besando sensualmente, comenzando temprano. La piel expuesta estaba por todas partes y era embriagadora.

Un hombre de unos cincuenta años, con el brazo alrededor de una joven tímida, se acercó a Eva por detrás.

"Señorita Eva. Qué placer verla aquí," dijo suavemente en su oído, y Samuel vio al hombre acercar su nariz a su cuello como si la estuviera oliendo.

"Señor Segar," dijo antes de siquiera girarse como si reconociera su voz. "¿Cómo está esta noche?" Sonrió, pero sus ojos permanecieron fríos.

"Maravilloso. Maravilloso, señorita Eva. Gracias," dijo, todavía hablando en voz baja, con los ojos estrechándose en ella, estudiándola de arriba abajo, una sonrisa desagradable que no abandonaba sus labios. "¿Está acompañada, señorita Eva?" Estaba tan cerca de ella que incluso su acompañante intentó retroceder para no incomodar.

"No, señor Segar, estoy aquí solo para saludar a todos," respondió y dio un pequeño paso atrás.

El hombre dio un paso hacia ella, con su rostro tan cerca del suyo como si estuviera a punto

de besarla. La estaba estudiando intensamente como si intentara acercarse, pero había un escudo invisible que lo detenía.

"Podría entretenerme, señorita Eva. ¿Le gustaría unirse a mí y a la señorita Lucie? Nos gustaría eso."

"No estoy en el negocio ya, señor Segar", declinó educadamente, aunque obviamente incómoda.

"Así he oído. Así he oído. Realmente disfrutaría de su compañía. Si el costo es un problema, podríamos cambiar eso."

El hombre estaba a centímetros de Eva.

"Señor Segar, me siento halagada, pero debo declinar".

"Pagaré el doble del costo para esta noche, señorita Eva," susurró, pero Samuel lo escuchó y se sonrojó de ira.

"Señor Segar, no estoy interesada. Espero que lo entienda".

"Oh, está jugando conmigo de nuevo, ¿verdad, señorita Eva? ¿Tres veces el costo?"

"Señor Segar..."

"Lo disfrutará, se lo prometo," susurró.

Samuel se acercó a él.

"Creo que la señorita dijo que no," dijo en voz baja, pero no había forma de perderse su imponente figura. "Señor Segar". Samuel asintió, y el hombre miró hacia arriba con irritación. Movi6 sus ojos fulminantes de Samuel a Eva nuevamente, y su boca se estir6 en la habitual sonrisa desagradable.

"Sabe d6nde encontrarme, señorita Eva", dijo con un gesto de cabeza y se alej6 con su acompañante.

"Perd6n por la intrusi6n", dijo Samuel. No estaba ni remotamente arrepentido, pero definitivamente estaba enfurecido.

"Gracias", susurr6 Eva y mir6 hacia otro lado inc6modamente.

La palabra "*actuaci6n*" no era suficiente para describir lo que Samuel veía en el escenario cuando los invitados estaban sentados alrededor de él. Algunas de las luces se apagaron, y el sal6n qued6 sumido en la penumbra.

La cantante comenz6 una canci6n sensual, y los violines la intensificaron mientras el joven y la mujer, que estaban junto a la puerta, subían al escenario y comenzaban a besarse. Sus manos empezaron a deslizar sus ropas, y en un minuto, estaban completamente desnudos. Cuando la chica, que ahora estaba de rodillas, tom6 el sexo del hombre en su boca, Samuel sintió un rubor de calor y se ruboriz6 m6s que nunca. La chica en el escenario continu6 complaciendo al hombre, ambos bajo la luz de la araña mientras los ojos de los espectadores estaban clavados en ellos. Samuel se sintió avergonzado, ya sea por estar aquÍ, viéndolo suceder frente a sus ojos, o por estar en la audiencia y verlo con otros. Intent6 apartar la mirada, pero no había ad6nde dirigirla. Y extrañamente, su curiosidad se abri6 paso a trav6s de la vergüenza y atrajo de nuevo sus ojos al escenario. Lo mir6, hipnotizado: el sexo del hombre desapareciendo en la boca de la chica y reapareciendo, sus manos en sus glúteos, sus rodillas ligeramente flexionadas, sus caderas empujando hacia ella.

William Reid se movió, y cuando Samuel gir6 la cabeza hacia él, lo mir6 y le guiñ6 un ojo.

Samuel se sintió inc6modo. No se atrevía a girar la cabeza en la otra direcci6n, porque varias

butacas más allá estaba Eva. Ella veía las mismas cosas que él. ¿Pero qué sentía ella? Seguramente no era la primera vez para ella. ¿Lo encontraba normal? ¿La complacía? ¿Se excitaba?

El joven en el escenario lentamente bajó a la chica sobre su espalda, levantó sus piernas en el aire, las abrió, se inclinó y su boca se encontró con la parte íntima de la chica.

Se escucharon suspiros satisfechos en la habitación.

Samuel sintió otro rubor de vergüenza. Había una belleza artística en este acto sexual. Los cuerpos de los intérpretes, si así se les podía llamar, eran jóvenes y hermosos, brillantes y radiantes en colores suaves y cálidos a la luz de las velas. Samuel quería apartar la mirada, pero sus ojos estaban fijos en los cuerpos, en el hombre lamiendo la carne entre los muslos de la chica, su espalda arqueada, su boca abierta en un suspiro silencioso de placer. Se dio cuenta de que estaba excitado. Contra su voluntad, el acto despertó sus propios deseos que lo estaban poniendo duro en sus pantalones mientras, con los ojos bien abiertos, observaba a la pareja participar en el sexo oral. El joven se apartó de la chica, y al instante, su miembro viril se introdujo en ella, lentamente y repetidamente, en un ritmo hipnotizante que parecía seguir la música, el canto y los suaves susurros alrededor. A través del escenario, podía ver a otros invitados mirando, sonriendo, sus ojos brillando de lujuria, con sus manos acariciando a sus parejas. Algunos fumaban, otros bebían. Algunos estaban inmóviles, otros besaban a sus parejas, sus manos ya insistentes, algunas damas, libres de piezas de ropa. Un hombre tenía a su dama en su regazo, acariciándole los pechos desnudos mientras su mano desaparecía en sus pantalones. La garganta de Samuel estaba seca de tensión.

Golpes.

Caricias.

Besos.

Gemidos y susurros estaban entrelazados con el humo del tabaco y un débil olor a vino mientras la pareja en el escenario continuaba su acto sexual.

Varias damas se levantaron y llevaron a sus clientes a las cajas negras de tamaño humano a cada lado del escenario. Las cajas tenían agujeros recortados en ellas, y cuando los hombres metían sus manos dentro, sus expresiones cambiaban a sorpresa, luego asombro, sus bocas formaban silenciosos "ohs".

Un gemido fuerte vino desde un rincón ligeramente iluminado del salón mientras alguien sucumbía a su lujuria.

Las cortinas rojas, que ocultaban los rincones, se mecían mientras otra pareja desaparecía allí para un rápido alivio.

Samuel observaba con asombro. Trató de decirse a sí mismo que lo que estaba sucediendo a su alrededor era obsceno, pero deseaba poder mirar a las personas que se movían en las sombras, ver qué estaban haciendo, preguntarse cómo podían sentirse bien exponiéndose así.

Más que nada, se preguntaba qué pensaba Eva. Tenía miedo de girar y encontrarse con sus ojos, como si una mirada suya pudiera exponer sus deseos más profundos. Por mucho que intentara juzgar a los demás, lo que estaba sucediendo a su alrededor era demasiado similar a lo que fantaseaba, pensando en Eva. No podía entender cómo alguien más podría desear esto y no sentir vergüenza.

En medio de todo esto, las criadas caminaban alrededor con bandejas de bebidas como si fuera una noche de teatro.

Samuel sintió una mano en su regazo. Se movió lentamente hacia su entrepierna y pronto palmeó su erección que se tensaba en sus pantalones.

Bonnie.

Se inclinó hacia él.

"Sam, veo que le está gustando", susurró, masajeando la protuberancia en sus pantalones, pero él tomó su mano suavemente y la apartó.

Varios hombres desnudos entraron en el salón. Bien formados, sus cuerpos esculpidos eran los de dioses griegos. Se acercaron a las cajas negras y las abrieron, revelando a las damas desnudas dentro, que, hace apenas minutos, jugaban con las manos de los invitados metidas por los agujeros, acariciándolas y exponiendo sus partes íntimas para ser exploradas. Ahora la compañía, hermosa y desvergonzada en su desnudez, caminaba al escenario. Las mujeres se pusieron de rodillas y extendieron sus manos hacia la audiencia, atrayendo a los invitados dispuestos hacia ellas. Los hombres desnudos tomaron a las mujeres por detrás mientras estas abrían los pantalones de los invitados y comenzaban a complacerlos.

Si Samuel estuviera solo, seguiría mirando, porque, a pesar de su rubor, su tensión y su mandíbula apretada, el ardor en sus pantalones le decía que lo que veía era excitante. Le sorprendió, le confirmó, que esta exhibición de sexualidad no fuera algo fuera de lo común. Escuchó los gemidos y el crujir de la ropa en la audiencia y se dio cuenta de que los humanos eran criaturas lujuriosas, tanto hombres como mujeres.

Escuchó, o más bien *sintió*, un revuelo no muy lejos de él, y cuando giró la cabeza, vio a Eva. Se estaba yendo. Sintió alivio y un deseo inmediato de seguirla. ¡Cómo deseaba que ella lo llevara a su habitación, anhelaba quitarle la ropa, hacer las cosas que las mujeres estaban haciendo en el escenario!

Pero sabía que no había oportunidad.

Ella se iba sola.

Excepto por el hombre desagradable que se le había impuesto antes. Se levantó de su asiento y la siguió fuera del salón.

Eva había tenido suficiente. No había nada nuevo en la actuación. Sabía que solo se volvería más explícita. El vino de coca que la Sra. Sharke había ordenado de Francia hacía maravillas cuando se trataba de vitalidad y vigor sexual. Lo mismo ocurría con muchos de los aperitivos servidos, afrodisíacos naturales. La música y el canto, con sus sensuales "ahs" y "ohs", también funcionaban. Lo mismo ocurría con la exposición repetida a cuerpos desnudos y sexos. La lujuria era contagiosa. La estimulación sexual se veía potenciada por los aspectos visuales, y había muchos. Era el lugar adecuado: la Belle House con sus tesoros, envueltos en un envase artístico y diseñado con astucia para provocar sensualidad.

Eva miró a su alrededor.

Al otro lado del escenario, en el lado opuesto, estaba Ginger con un cliente que Eva nunca había visto antes, un hombre de buen estilo que intentaba disfrazar su trasfondo no tan glamoroso. Era demasiado observador y fingía demasiado no importarse por Ginger, cuyos vistazos eran demasiado intensos.

Eva sonrió.

Eso era mucho más que una simple atracción entre ellos.

Kat estaba acariciando el sexo de su cliente, susurrándole algo al oído. La chica era hermosa e inteligente, pero demasiado astuta para su propio bien, ya que pensaba que nadie sabía sobre los pequeños arreglos que hacía con sus clientes. Tss.

Sir Segar en la esquina se estaba emborrachando y no apartaba los ojos de Eva. La irritaba.

El Sr. Buckell se estaba aburriendo. Su acompañante, Blanche, estaba demasiado indiferente. Qué lástima. La chica a menudo estaba de mal humor así. No pertenecía aquí.

Había tres nuevas llegadas entre las chicas. Tímidas y reservadas. Pero aprenderían pronto.

Podía ver a Sir Corkery en un abrazo con su amante en un sofá en la parte trasera. Solo minutos, y estarían en ello. Lo mismo ocurriría con el Lord Russell, quien no solo no se avergonzaba de los actos sexuales públicos, sino que se excitaba con ellos.

El escenario se estaba transformando lentamente de una actuación en solitario en una orgía: piernas, brazos, pechos, lenguas, besos, caricias, sexos lamidos y orificios penetrados.

El comentario de Bonnie a Samuel fue tranquilo, pero la voz de la ramera cortó a Eva como un cuchillo afilado. Y el hecho de que estuviera con Samuel Riley esta noche la hacía sentir celos.

Eva había tenido suficiente.

No quería ver más.

La única razón por la que se quedó fue para ver qué diría Samuel Riley al respecto. Pero el hombre evitaba mirarla. Podía ver su tensión, podía leer la vergüenza en sus miradas, pero a medida que avanzaba la actuación, su mirada se volvía hipnotizada, como la de muchos que finalmente sucumbían a la necesidad humana básica: la necesidad de copular y el deseo humano más conocido: la lujuria por el amor.

Estaba contenta.

Así que él no era tan mojigato, después de todo.

Era un hombre con deseos saludables.

Ella sonrió.

Era hora de dejar la fiesta.

Quería llevar a Samuel a su habitación. Ella no había quedado sin verse afectada por la exhibición sexual en el escenario. Pero estar excitada por imágenes explícitas no era el momento adecuado para buscar pareja. Y la Belle House probablemente era el lugar equivocado para seducir a alguien como Samuel Riley. No importaba cuánto lo deseara.

Salió del salón.

El pasillo estaba oscuro y mucho más tranquilo. Una pareja se besaba más adelante. Eva miró hacia el otro lado, hacia las escaleras de servicio en la parte trasera, y comenzó a caminar en esa dirección.

Escuchó pasos silenciosos detrás de ella, pero no les prestó atención, ya que probablemente pertenecían a un sirviente.

Estaba doblando la esquina hacia el pasillo más oscuro frente al comedor y la cocina, que conducía a la escalera trasera, cuando escuchó los pasos siguiéndola.

"¿Se va ya, señorita Eva?" Escuchó una voz familiar y se volvió para ver a Sir Segar.

Su rostro parecía aún más malévolo en la penumbra, sus ojos brillaban con malicia.

"Esperaba tener algo de tiempo a solas con usted", dijo en voz baja y ligeramente pastosa. Estaba ebrio.

Ella aborrecía a este hombre y estaba a punto de decirle una vez más que no estaba interesada cuando se acercó más, y sintió sus manos alrededor de su cintura.

"¡Sir Segar!" exclamó ella, pero de repente, su boca estaba en su cuello, besándolo con

avidez. "¡Señor!" Trató de apartarlo, pero para Eva un hombre pequeño como él, era muy fuerte.

"Una noche, Eva, cosa arrogante. A cualquier precio", siseó mientras sus labios húmedos se deslizaban como un caracol hacia su barbilla y mejilla, tratando de alcanzar su boca.

"¡Quítese de encima!" jadeó ella, empujándolo con todas sus fuerzas.

Pero el hombre era más fuerte. Su mano agarró su falda y comenzó a subirla en movimientos rápidos y bruscos mientras su boca besaba su mandíbula, su cuello, su pecho superior.

Ella entró en pánico y comenzó a forcejear lo más fuerte que pudo.

"¡Quítese de encima!"

Quería darle una patada, pero su cuerpo estaba tan débil contra el suyo, insistente y ebrio.

"¡Quítese de encima!" chilló ella, y de repente, ya no estaba allí.

En un abrir y cerrar de ojos, fue estampado contra la pared frente a ella, y un cuerpo gigante con la espalda hacia ella estaba entre ellos.

"Escuchó que ella dijo que no, desgraciado", retumbó la voz, y pertenecía a Samuel Riley.

¿Cómo podría estar aquí?

Eva jadeaba, arreglándose el vestido, limpiando la saliva del hombre de su piel.

"Le sugiero que se vaya de aquí lo más rápido posible", dijo Samuel ahora en voz baja, mirando hacia abajo a Sir Segar, que miraba cobardemente hacia arriba.

"¡Ahora!" exclamó Samuel, y el hombre se aclaró la garganta, se arregló el cuello y desapareció alrededor de la esquina.

Eva permaneció en silencio, respirando pesadamente, con sus ojos salvajes de frustración. Lo que más la enfureció fue que ya había terminado con todo eso. En su mente, era una mujer libre y respetable, como muchas otras, y ningún hombre podía tocarla a menos que se lo pidiera.

¡Y ahora esto!

La Belle House tenía sus reglas, por supuesto. Muchas cosas estaban permitidas, pero nada podía continuar más allá de la palabra "no". Eso enfureció a Eva: el hombre ebrio que se había pasado de la raya y que Samuel Riley había presenciado. En cualquier otra ocasión, lo pasaría por alto, tal vez diría una palabra a la Sra. Sharke. Pero esta vez, estaba frustrada. Herida, incluso. De repente, se sintió vulnerable, emocionalmente sacudida como si nada ni nadie pudiera salvarla de los hombres codiciosos que solo tenían un pensamiento en mente.

Todos, excepto...

"Eva". La voz suave la sacó de sus pensamientos, y levantó los ojos para mirar a Samuel, quien estaba parado frente a ella. Ni siquiera se había dado cuenta de que la había llamado por su nombre. Sus ojos eran amables, pero estaban llenos de preocupación y algo más que no podía discernir en la penumbra del pasillo. "¿Está bien?" preguntó.

Ella lo miró, y él no apartó la mirada, buscando en sus ojos la respuesta. Mientras un hombre simplemente intentaba violarla, este hombre, el gigante con los ojos más amables que había visto, la salvó del abusador y le estaba preguntando si estaba bien.

¿Lo estaba?

No estaba segura.

De repente, odiaba este lugar, los sonidos que venían del salón trasero, el canto y la música, un extraño acompañamiento del caos que ocurría en el salón trasero. No quería estar aquí, no quería ver a nadie, excepto...

Excepto al hombre frente a ella.

El hombre con el cuerpo de Hércules.

El hombre con los ojos que la atraían como las mareas.

El hombre que entró en la Belle House como si lo llevaran con un arma apuntándole, pero volvió solo para verla.

No sabía qué reflejaba su rostro, pero sus ojos ardían con una extraña intensidad. Su mano subió a su rostro, y su dedo índice apartó un mechón de cabello que le había caído en la cara. Pero como si fuera quemado por su contacto, su mano se retiró, y hubo vacilación en sus ojos.

"Perdón", dijo en voz baja, como avergonzado. "¿Está bien?" Retrocedió medio paso.

Ella no quería que se fuera.

No quería que retirara su mano.

Quería que la tocara.

¿Por qué no lo hacía?

¿Por qué no lo haría?

Sin apartar los ojos de él, dio un paso hacia él, luego otro, y ahora estaba tan cerca que sus ropas se tocaban. Se puso de puntillas, extendió la mano hacia arriba y acarició suavemente su rostro, atrayéndolo hacia ella.

Él no vaciló, ni por un segundo. Su rostro se acercó, y sus labios rozaron los suyos.

Tan suavemente, la sorprendió.

Tan gentilmente, la hizo anhelar.

Tan tierno, no tenía sentido... este gigante y su tímido beso.

Se retiró solo por un segundo, como si se asegurara de que no le importara, luego lo besó de nuevo, con sus labios más insistentes esta vez, separando los suyos como si le pidiera que respondiera.

¡Oh, cómo podía dudarlo!

Sintió sus fuertes brazos envolver su cintura, y la atrajo para un beso tan sensual que lo sintió resonar en todo su cuerpo.

¿Cómo podía un hombre de su tamaño ser tan tierno?

Su lengua acariciaba sus labios, y ella los separaba más, tomándolo, encontrando su suavidad aterciopelada con la suya urgente. Él presionaba su cuerpo más cerca al suyo, casi levantándola del suelo, envolviéndola con su abrazo, y ella se hundía en el beso tan profundamente que pensó que se desmayaría. Su barba y patillas le punzaban la mano que aún sostenía su rostro, pero su boca era cálida y suave, su lengua insistente pero cuidadosa.

Oh, Dios, pensó Eva, derritiéndose en sus brazos. Cuando un hombre besaba así, podía ser un monstruo y aún así llevar a una mujer al cielo. Lo besó, sin querer alejarse, sin detenerse, los sonidos de la fiesta desapareciendo y hundiéndose en el vacío que dejaba solo a los dos en la penumbra del pasillo.

"¡Señor Riley! ¡Samuel!"

Un grito, casi un grito, los separó, y Samuel se retiró de repente como si hubiera hecho algo mal. Miró a Eva con confusión y dio un paso atrás.

"¡Samuel! ¡Aquí está!" La voz chillona de Bonnie, ahora más cerca, atravesó el aire de nuevo, rompiendo la magia del momento, mientras la joven prostituta se interpuso entre Eva y Samuel y se arrojó en sus brazos, con el aroma de su dulce perfume y polvo envolviéndolo.

"¡Lo estuve buscando por todas partes!" exclamó, casi colgando de su cuello, luego se soltó para enlazar su brazo en un agarre apretado. "Sir Segar está borracho", dijo de repente, rodando los ojos, y miró a Eva con preocupación fingida. "¿Está todo bien?" Sus ojos se dirigieron a Samuel, luego a Eva, y de nuevo a Samuel mientras los dos se miraban. "No puedo creer que me

haya dejado allí toda sola, cariño". Los dedos de la mano libre de Bonnie se deslizaron entre los botones de su camisa. "Es mi novio fugitivo", dijo, rio, le dio a Eva una sonrisa maliciosa y tiró de Samuel hacia el salón.

Vaciló, aparentemente avergonzado por la escena. No llevaba chaqueta puesta, y la camisa se ajustaba hermosamente a su torso esculpido, acentuando sus músculos. Los ojos de Eva vagaron por un segundo, notando su cuerpo, viéndolo bajo una nueva luz, preguntándose cómo se vería sin la camisa puesta, y vio las manos de Bonnie sobre él.

Eva apartó la mirada, tratando de ocultar la frustración.

¿Se quedaría?

No lo haría, ella lo sabía.

Demasiado correcto para ofender.

Demasiado tímido para contradecir a la molesta pequeña comadreja que se aferraba a él.

"¿No me dejará solo otra vez, verdad, Sam?" Bonnie hizo pucheros, fingiendo ser un pájaro herido mientras empezaba a arrastrar a Samuel.

Él la siguió y no miró atrás. Probablemente avergonzado por la presencia de otra mujer o por su propia debilidad, pensó Eva, pero su propio corazón dolía con la pasión repentina que había surgido tan rápido, el beso que conllevaba, y la interrupción abrupta.

"Maldición", susurró, frunciendo los labios frustrada. "¡Maldición, maldición, maldición! ¡Estúpida pequeña Bonnie!"

Samuel no entendía lo que había pasado, un acto tan rápido que no estaba seguro de que hubiera ocurrido en absoluto. Se sentía ebrio, mareado, aturdido, todavía impactado por el beso, mientras Bonnie lo llevaba, prácticamente lo arrastraba de vuelta al salón de fiestas.

Había gemidos, risas, cantos y violines. Había caos en el escenario, tan innombrable que Samuel perdió el habla, en shock.

La gente estaba pegada entre sí por todas partes, en los sillones, sofás, una docena o más de ellos en el escenario y en el suelo.

Cuerpos, medio desnudos y desnudos.

Piernas y brazos entrelazados.

Genitales a la vista por todas partes.

La lujuria se apoderaba de la habitación, ahora medio vacía, pero con el resto de los invitados participando abiertamente en actos obscenos.

Bonnie intentó llevarlo a algún lado, pero él se detuvo y se quedó como una viga de madera, mirando a su alrededor en estado de shock. Sus ojos buscaron a sus compañeros, pero habían desaparecido. Pensó en el beso, pero era como si el escenario lujurioso frente a él estuviera borrando lentamente el recuerdo, cerrándolo detrás de las puertas. Se sentía sucio, como si lo que lo rodeaba ofendiera el puro momento de intimidad entre él y Eva, a quien había dejado en el pasillo.

Eva...

Se dio la vuelta y salió, casi derribando a una pequeña criada con una sonrisa cortés, que llevaba una bandeja de bebidas al salón de fiestas.

"¡Sam!" Bonnie llamó y lo siguió rápidamente al pasillo.

Caminó por el pasillo, esperando que Eva todavía estuviera allí, pero se detuvo en la esquina, mirando la oscuridad vacía, escuchando los gemidos y gritos lujuriosos que parecían venir de

todas partes, de los rincones más distantes del edificio, resonando en su mente con las imágenes del salón de fiestas. Y en esos ecos, la imagen de Eva se desvanecía.

"¡Sam!"

Bonnie lo alcanzó y se detuvo frente a él con una mirada preocupada.

"Sam, está bien. No tenemos que volver." Ella acarició su pecho y sus brazos.

Oh, era una astuta pícara, pero no ajena a las emociones. Y lo que vio en Samuel fue confusión. Se veía perdido, trastornado. Sus ojos brillaban con alcohol y locura.

"Vamos, está bien, Sam. ¡Vamos!"

La siguió como un lunático drogado.

Ella lo llevó por las escaleras hasta su habitación, lo sentó en el borde de la cama y le acarició la cara, susurrándole algo.

Su mente estaba mareada. Su corazón latía con fuerza. Cerró los ojos, y en el silencio de la habitación, las imágenes de Eva comenzaron a parpadear con más insistencia de nuevo. Podía sentir sus labios de nuevo, recordaba su mano en su rostro, podía sentir sus manos en su cuerpo ahora, insistentes, quitándole la camisa. Y la quería desnuda, en sus brazos, bajo sus dedos. Quería decirle que la amaba, y ella seguía susurrando algo también, pero no podía entender lo que era: las palabras, su nombre, y la silenció con sus besos codiciosos. Se imaginó las manos de Eva, y ellas le quitaban los pantalones, luchaban con el condón. Perdiendo la paciencia y la cordura, intoxicado por el alcohol y la pasión, se subió encima de ella. La tomó bruscamente, rápidamente, besando su boca, sus pechos, poniendo todo su peso sobre ella, atrapándola en su abrazo. Y cuando alcanzó el clímax, cayó sobre su espalda, jadeando, sintiendo alivio, pero sabiendo que algo no estaba bien.

"Oye, guapo, ¿ahora estás bien?" dijo la voz, y sintió una mano en su pecho.

Bonnie.

Era solo Bonnie.

No Eva.

Y la vista de la mujer equivocada a su lado envió su corazón a un dolor explosivo, la desesperación tan fuerte que sintió que quería gritar.

Se levantó bruscamente y se sentó en el borde de la cama, con los codos en las rodillas, la cabeza baja, los dedos rascándose el cabello. Estaba desnudo a la luz de la luna, vestido solo con el sentimiento de miseria que lo envolvía. Su mente estaba dando vueltas, su pecho pesado y su corazón lleno de arrepentimiento.

La mano de Bonnie estaba en sus hombros nuevamente.

"¿Quieres otra ronda?" Ella se rio.

La apartó bruscamente.

"No me toques", susurró, se levantó y empezó a vestirse.

El corazón de Eva latía dolorosamente rápido.

¡Ridículo!

Ella había conocido a muchos hombres, pero podía contar con los dedos de una mano a los que realmente le atraían. El barón Noakes, inteligente, deslumbrante y ruidoso, un caballero valiente, galante y amoroso en su cortejo. Sir Young, sensible y poético, que le traía libros nuevos y perfumes de Francia y joyas de Italia. El Dr. Singh. ¡Ah! Era peculiar, sensible y meticuloso al lamer su cuerpo de arriba a abajo como un gato. Y a ella le encantaba, aunque

parecía tan incorrecto. Un amante exquisito, seguro.

¡Pero esto! ¡Este granjero! ¡Este gigante intimidante con los ojos de un perro leal! Hacía que su corazón palpitara de una manera diferente. El recuerdo de él le sacó una sonrisa. Estaba constantemente en su cabeza. Sus palabras la acariciaban con una extraña intensidad. Su mirada, abierta en su admiración, la hacía temblar. Su búsqueda de sus encuentros la hacía iluminarse de alegría, pero ser tímida bajo sus ojos.

¡Timidez! ¡Esto era! Cuando una cortesana entrenada se ponía tímida en presencia de un hombre, era una señal de problemas, Eva lo sabía.

¿Enamorada? ¿Ella? Eva Bernal. La idea le daba ganas de reír, pero sentía ganas de llorar.

Observó cómo Samuel y Bonnie desaparecían en el salón trasero y caminó rápidamente hacia su habitación. Dentro, se quedó parada por un tiempo en la oscuridad del dormitorio vacío, repitiendo una y otra vez el beso, tan rápido, pero iluminando su mente como fuegos artificiales. Lo quería de nuevo. Su cuerpo ansiaba sus brazos alrededor de ella. Escuchó el ruido en el pasillo, esperó a que una puerta se cerrara y salió silenciosamente hacia la penumbra, iluminada por candelabros.

La habitación de Bonnie estaba a solo varias puertas de distancia. Eva se acercó y pudo escuchar los ruidos que venían de detrás de las puertas cerradas.

Era él.

Escuchó a la pequeña ramera llamarlo por su nombre.

Escuchó su suave respuesta.

El crujido de la ropa.

Los gemidos de la ramera.

Sus gruñidos.

Eva cerró los ojos y escuchó los sonidos de su intimidad. La envidia se filtró en su corazón mientras se quedaba parada como una ladrona, temerosa de respirar. Se preguntaba qué hacía él, cómo acariciaba a la otra mujer, besaba su boca, tocaba su cuerpo. El de ella, no de Eva. Deseaba estar allí en sus brazos, sintiendo el peso de su cuerpo, la rugosidad de su piel bajo sus dedos. Quería que esos ojos azules la miraran y el cuerpo desnudo bajo sus fuertes manos, el de ella.

Pero ella estaba aquí.

Y él estaba detrás de la puerta cerrada.

Y había otra mujer en su cama.

Lo escuchó gruñir, casi podía sentir el placer tenso en su sonido, y luego los jadeos, el alivio que otra mujer le daba mientras ella estaba sola en la oscuridad del pasillo.

Abrió los ojos bruscamente y regresó apresuradamente a su habitación. Allí, como si la Belle House la estuviera sofocando, abrió la ventana. Daba a la calle principal, y vio las numerosas carrozas que se encontraban en medio de la noche, esperando a sus amos, mientras los amos se encontraban en los brazos de las mujeres que vendían sus servicios. Algunas de estas mujeres eran deseadas. Otras eran un sustituto de lo que uno no podía obtener. Una buena ramera podía atraer a cualquier hombre a sus brazos. Sin embargo, ella, Eva, estaba sola junto a la ventana y miraba a la noche mientras el hombre que deseaba estaba en los brazos de otra.

Justo en ese momento, la puerta principal de la Belle House se abrió, y una figura alta y ancha de enorme tamaño salió.

Samuel Riley.

Se dio la vuelta y, sin prestar atención a las carrozas, caminó rápidamente hacia el oeste.

El corazón de Eva dio un vuelco. Se apoyó en el alféizar de la ventana con las manos como si pudiera saltar y correr detrás de él. Lo vio desaparecer en la noche, deseando poder unirse a él,

dondequiera que fuera, solo para estar con él.

Para Eva, las aventuras de Samuel con Bonnie no significaban nada. Ella era una ramera. La intimidad física podía ser rápida y sin sentido. ¿Lo quería? Más que a nadie antes. Pero esta vez era diferente. No solo lo quería en su cama. Lo quería en su vida.

Para Samuel, la noche con Bonnie fue un desastre. No podía perdonarse su debilidad. Eva era una cortesana, claro, había tenido muchos hombres —este pensamiento lo atormentaba a veces—, pero sentía que la había conocido en el momento de su vida en el que estaba comenzando algo nuevo. Y él, Samuel Riley, quería ser parte de ello.

¿Cómo había cedido ante Bonnie otra vez?

¿Cómo había dejado a Eva en el oscuro pasillo?

Se odiaba a sí mismo por ser tan tonto.

Ese beso no abandonaba su mente como si fuera lo más hermoso que le había pasado en años.

La obsesión lo volvía loco. Las imágenes de ella lo dejaban sin dormir por la noche y sus sábanas empapadas con las fantasías salvajes que buscaban alivio en la oscuridad de la noche, a veces más de una vez. Y cuando la lujuria disminuía y su cuerpo quedaba exhausto de su persistencia, su mente no dejaba ir a Eva. Se preguntaba cómo sería estar con una mujer como ella. Cómo sería casarse con una mujer a la que se ama. Sonreía, pensando en ella como Lady Eva Riley, y cómo podrían ser sus hijos, y qué pensaría el resto del mundo al respecto. Intentaba apartar los pensamientos tontos, pero sin éxito. Estaba frente a sus ojos en cada momento de vigilia, y cuando iba a la cama, lo seguía, convirtiéndose en su compañera constante. Quería ir a la Belle House y hablar con ella. Pero ¿qué le diría? ¿Que después del beso en el pasillo subió a la habitación de otra mujer y la tomó?

Los pensamientos atormentaban a Samuel, y no había nadie con quien pudiera hablar, porque incluso su mejor amigo Siebert le diría una de muchas cosas que él mismo repetía en su mente: "Ella es una cortesana"; "Para ella, eres uno más entre muchos"; "Es una corta infatuación"; "Solo tienes hambre de una mujer"; "Es lujuria".

Así que pasaron varios días, y Samuel aún estaba indeciso sobre qué hacer.

El anuncio de Reid finalmente convenció a Samuel de hablar con Eva.

"¡Tengo excelentes noticias, caballeros! ¡Nos vamos de la ciudad!" dijo Reid una tarde

mientras los cuatro caballeros se sentaban en el salón de su casa de la ciudad, tomando café y fumando.

Los tres amigos lo miraron sin responder. Estaban bastante exhaustos. Semanas en Londres los habían agotado.

Siebert había hecho una agradable amistad con una joven viuda que había despertado su interés.

"¿Crees que sería una esposa decente?" preguntó Button.

"Viendo lo que está sucediendo en Londres, me pregunto si necesito una esposa en absoluto", respondió Siebert.

Button asintió y se rio. Encontraba los momentos de ocio con las mujeres de la profesión más entretenidos que cualquier asunto oficial. Bastante caros, también. Pero sabía que en varias semanas tendría que volver a Dorset, y el resto del año no prometía mucha emoción en compañía de la Sra. Button. Así que siguió la sugerencia de Reid de disfrutar mientras pudiera.

Samuel se sentía sofocado por Londres. Extrañaba Dorset, desesperado por ver el paisaje campestre nuevamente. Sin embargo, su mente estaba preocupada por los asuntos de su corazón, y actualmente, su existencia en Londres se reducía a encontrar cualquier oportunidad para estar con Eva.

Reid dedicaba mucho tiempo a sus invitados. Los había presentado a la sociedad londinense y a menudo se retiraba en compañía de sus amigos londinenses. Sin embargo, cuando Sir Dowsett los invitó a su finca de campo varias horas fuera de Londres, Reid aprovechó la oportunidad para introducir a sus amigos en otra aventura.

Ahora, con un cigarro en la mano, se sentó en el sillón y miró a sus amigos con emoción.

"Tres días en la finca de Sir Dowsett. El lugar es grandioso. Quince o más hombres. Y, por supuesto, mujeres."

"¿De qué mujeres estamos hablando?" preguntó Button, entrecerrando los ojos a través del humo del cigarro.

"¿Qué tipo de hombre crees que soy, Button?" Reid inclinó la cabeza, mirándolo con una mirada reprobatoria. "Las mujeres más hermosas, más divertidas y lo más vulgares posible."

Sonrió, y Button se rio.

"Las mujeres son caras", comentó Siebert con una sonrisa, exhalando el humo del tabaco.

"¿Qué es la vida sino para el disfrute, Andrew?" Button intervino. "Pasarás todo el año recordando toda la diversión que tuvimos en Londres."

"Verdad", acordó Siebert.

"¿Las mujeres de nuestra elección, o habrá una selección?" preguntó Button como si toda su vida no hubiera hecho otra cosa que organizar encuentros con ramera.

"Las tuyas, por supuesto. Aunque, conociendo a Sir Dowsett, habrá muchas otras mujeres con las que... hacerse conocido", dijo Reid con una sonrisa pícara, luego notó la vacilación de Button.

"¿Qué pasa, George?"

Button lanzó una mirada a Samuel, que no había dicho una palabra todavía, el único que no estaba fumando, sentado tranquilamente en sus propios pensamientos.

"Me preguntaba si llevar a esa Bonnie de la Belle House estará bien", dijo Button y vio cómo Samuel se estremecía al mencionar el nombre. "Si eso está bien para ti, Riley, por supuesto".

Samuel le hizo un gesto con la mano en su dirección.

"Prefiero no volver a verla nunca más. Pero yo no voy. Así que haz lo que quieras".

"Samuel, pensé que ya habrías probado a las mujeres para ahora", dijo Siebert.

"Ah" Reid estrechó los ojos en él, "parece que solo hay una mujer que le interesa, y aún no la ha probado".

Los tres amigos se rieron. Habían discutido los asuntos de su amigo, por supuesto, pues su obsesión por Eva Bernal no había pasado desapercibida. Pensaron que era peculiar. Dijeron que debería llevarla a la cama. Estaban seguros de que pronto se olvidaría. Nunca confíes en una cortesana, advirtieron.

Samuel escuchaba y asentía con una sonrisa irónica, se reía de sus bromas, pero su corazón estaba pesado, e incluso su mejor amigo Andrew Siebert parecía ser ajeno a lo que realmente estaba pasando en la mente de Samuel.

Pero no William Reid. Había conocido a muchas mujeres y había visto a muchos hombres enamorados. Él fue el único que vio el cambio en Riley —cómo se tensaba ante cada mención de Eva Bernal, cómo sus ojos brillaban con anticipación antes de cada evento al que se suponía que ella asistiría, cómo su comportamiento cambiaba en su presencia y sus ojos la encontraban y no se apartaban.

"¿Crees que nuestro amigo está enamorado?" le preguntó a Siebert una noche.

"Si él cree que lo está, todo será olvidado cuando regrese a Dorset".

Reid no estaba tan seguro. Tampoco podía soportar ver a su amigo tan tímido e indeciso cuando se trataba de asuntos del corazón.

"Escucha, Sam", le dijo más tarde por la tarde cuando estaban solos. "El fin de semana en la mansión...".

"Pasaré, Will, gracias", lo interrumpió Samuel.

"Permíteme terminar", dijo William e intentó reunir sus pensamientos. "¿Por qué no le preguntas a Eva Bernal si quiere acompañarte?"

Miró a Samuel, que le lanzó los ojos con sorpresa y un destello de esperanza que desapareció tan rápido.

"Ella no lo hará. Lo sabes", dijo con decepción.

"Yo no lo sé, y tú tampoco. Es por eso que deberías preguntar".

"Sabes que ella no está en el negocio..."

"No lo digo así" le interrumpió Will. "No tiene por qué ser así. Tal vez venga como invitada. Aunque sea por un día. Y no con nosotros, Sam. Contigo. Hay una diferencia".

Samuel sonrió y negó con la cabeza, pero Reid no se rindió.

"Te gustaría, ¿verdad, Sam?"

Samuel miró a Reid, pero no vio sarcasmo ni una sonrisa.

"A veces, solo tienes que preguntar, amigo", dijo Reid. "Nunca subestimes los deseos de las mujeres".

"No estoy seguro de los deseos de los que hablas".

"Te sorprenderás, Sam. Te sorprenderás..."

La vasta experiencia de William Reid con las mujeres le había enseñado que las mujeres sensatas con corazones blandos podían hacer cosas indecibles por dinero, y que las mujeres que se vendían a sí mismas por dinero podían ser románticas empedernidas.

Y fue la charla con Reid lo que ayudó a Samuel a decidirse a hablar con Eva.

Le tomó un día practicar lo que iba a decir en su cabeza.

Tardó horas en reunir el coraje necesario para dirigirse a Belle House.

Era un hombre fuerte, pero se sentía débil cuando se acercaba al edificio.

Tranquilo, amigo, tranquilo, susurró en su mente, hablándole a su corazón que latía con fuerza en su pecho mientras la esperaba en el salón trasero.

Cuando ella entró en el salón trasero, él se quedó helado al verla.

Los recuerdos de la noche de fiesta, el beso, pasaron por su mente mientras se miraban el uno al otro.

“Samuel” dijo en voz baja y asintió.

Le costaba respirar. Su corazón se aceleró cuando la señora Boot anunció que el señor Riley la esperaba abajo. Había corrido, casi había bajado volando por la escalera, queriendo ver al hombre que se había apoderado de su mente en los últimos días.

Ahora estaba de pie frente a él y se sentía entumecida por la tensión. Lo único en lo que podía pensar cuando lo miraba era en el beso de la noche de la fiesta y en cómo se sentía cuando él la tenía en brazos.

Empezó a hablar, y las palabras eran torpes: algo sobre la mansión de Sir Dowsett, un fin de semana, y que le gustaría verla allí.

“¿Se uniría a nosotros?” preguntó, mirándola vacilante, con los dedos jugueteando nerviosamente con su sombrero.

“¿Va la señorita Bonnie?” preguntó.

“Me temo que sí”, dijo. El señor Button la ha invitado”.

Ella sonrió y miró a su alrededor como si buscara respuestas.

“Verá, Samuel, la señorita Bonnie y yo no nos llevamos muy bien. Ella tiene un odio inexplicable hacia mí. Y yo, a cambio, la desprecio por todas las cosas bajas que hace para manifestarlo”. Hizo una pausa durante un rato. “Y ahora mismo, por estar con usted”, agregó.

Una sonrisa triste curvó sus labios, y mantuvo los ojos alejados de Samuel, con el corazón latiendo con fuerza ante su propia confesión.

“Ella no está conmigo”, dijo. “Nunca quise eso. Yo...” Samuel dio un paso hacia ella. “No iré si usted no va. Y al invitarla, no quise decir nada...” Se quedó sin palabras, y ella lo miró, esperando que continuara. “Solo por compañía es lo que quería. No...” Frunció el ceño, luchando por transmitir el mensaje sin ofenderla. “Pagaré por su tiempo, por supuesto”.

Ella no apartó la mirada de él mientras hablaba, pero ahora su expresión cambió.

“¿Pagar?” Se rió, pero sus ojos estaban fríos.

“No quiero ocupar su tiempo. Quiero decir, sí, pero usted...”

“¿Cree que debería pagarme...”

“Entiendo que muchos hombres solicitan su compañía, y no quiero...”

“Deténgase”, dijo ella bruscamente, y él se quedó quieto, temiendo decir algo más. “Me está tratando como a una mujer en venta que necesita ser pagada por todo”.

Él negó con la cabeza. Había desesperación en sus ojos que la miraban con disculpas. “Perdóneme. Yo...”

“¿Lo hace sentir mejor cuando me ofrece dinero, Samuel?”

Él dio un paso hacia ella.

“Eso no es lo que...”

“¿Crees que, si me paga”, ella interrumpió, “no se sentirá mal por tener mi compañía? ¿Es eso?”

Lo miró, intentando una débil sonrisa que no perduró.

"Eva..."

"Porque no puede aceptar que soy una mujer libre", una mueca pasó por su rostro, "y puedo hacer lo que quiera y tener sentimientos sin que me paguen o fingir que los tengo".

Sus ojos estaban vidriosos de lágrimas. Se dio la vuelta y dio un paso para alejarse, pero él la atrapó por el brazo. Su brazo se enrolló alrededor de su cintura, tirando de ella hacia él, casi levantándola del suelo, y sus labios chocaron con los suyos en un beso profundo y apasionado. Su gran mano sujetó su rostro, y siguió besándola, abrazándola fuerte y sin dejarla ir.

Ella se olvidó de respirar por lo inesperado de ello, pero sus labios deseaban los suyos tanto como él, y su corazón anhelaba por él con una pasión igual. Nunca antes había sentido el dolor de querer estar en el abrazo de alguien. Y ahora que lo estaba, sus labios se fundieron en los suyos.

Ninguno de los dos quería detenerse, tratando con el beso de calmar la tormenta en sus corazones y la confusión en sus mentes. Los movimientos de sus lenguas, el contacto de sus labios, calmaban su anhelo. Su beso -rompiendo el malentendido y cualquier cosa que no pudieran expresar.

Se separaron, a solo centímetros de distancia, con sus labios aún casi tocándose. Sus ojos, tan peligrosamente cerca, se encontraron, y ya no había malentendidos en ellos, solo amor.

"No quise decir todo eso", susurró ella. Pero él lo sabía. No respondió, solo la besó de nuevo, sin querer dejarla ir.

Tampoco ella. Temblaba ante la suavidad de sus labios, el calor de su boca, las caricias de su lengua. Este gentil gigante la había sorprendido de la manera más inesperada: ella, Eva, la maestra del amor. Esta vez no había error. No era un accidente. Sabía que él la quería, y eso hacía que su corazón palpitara de alegría, porque cada vez que se apartaba, él la miraba con ternura, y su boca volvía a la suya como si no pudiera tener suficiente.

Samuel no pudo. La besó con cautela, temeroso de hacer algo malo, y sintió el más fuerte deseo de tenerla en sus brazos el mayor tiempo posible. El beso en ese entonces en la fiesta no había sido al azar. Se daba cuenta por cómo Eva lo tocaba ahora, cómo se aferraba a él, la pasión con la que sus labios respondían y su lengua acariciaba los suyos. Estaba mareado por el deseo, embriagado por el olor de ella, el sabor de ella y el hecho de que finalmente estaba en sus brazos, deseándolo tanto como él a ella.

La calma después de la tormenta era incómoda como siempre lo era después de un beso repentino y apasionado, cuando las mentes comprendieron lo que acababa de suceder, pero los corazones seguían tímidos después de este primer paso, llenos de sentimientos, atrapados en el purgatorio de antes y de lo que estaba por venir.

Ahora estaban separados. El mundo estaba quieto, disipándose a su alrededor mientras sus ojos se clavaban el uno en el otro.

"No iré sin usted," dijo en voz baja, sacudiendo lentamente la cabeza. "No estoy seguro de poder hacer otra cosa que estar cerca de usted, Eva," agregó, tratando de llenar el silencio, sin apartar la mirada de la suya. "¿Se unirá a mí, por favor?"

"Sí." Parpadeó lentamente, sus ojos mirando la profundidad azul de los suyos. "Sí, Sam," repitió. "Quiero estar donde esté," dijo más bajo, como si temiera espantar sus propios sentimientos.

Él sonrió, y ella le devolvió la sonrisa.

Quería que él la besara de nuevo. Quería que se quedara. Quería sus manos en ella, sus labios presionados contra los suyos, con sus ojos mirándola interminablemente como lo hacían en ese momento.

Demasiado pronto, lo sabía.

Él asintió como si pudiera leer sus pensamientos.

"¿Nos veremos pronto, entonces?" Sonrió incómodo.

"Sí."

Cuando él se fue, ella se quedó parada por un rato en medio de la habitación, los ojos cerrados, los dedos presionados contra sus labios como si de esa manera pudiera retener el recuerdo de su beso, aún en sus labios, en su mente, en su corazón.

Samuel, por su parte, dejó la Belle House sin notar nada a su alrededor. Su mente estaba de vuelta en la habitación, con Eva, con sus labios en los suyos, sus manos en él, su tacto quemándolo incluso a través de su ropa. Era un hombre imponente, pero en ese momento, su rostro estaba iluminado por la sonrisa más amable. Era un hombre grande, pero en ese momento, pensaba que podría volar.

Ellos eran felices.

Pero había otra persona cuya mente estaba siendo lentamente envenenada por su felicidad. Esa persona vio a Samuel salir de la Belle House, notó su sonrisa, y sabía cuál era la causa. No le gustaba ni un poquito. Y, ¿podía ella meterse con la vida de otras personas? Absolutamente.

Esa persona era Bonnie, y más que nada, odiaba cuando Eva Bernal conseguía lo que quería.

Antes de que Samuel Riley pusiera un pie en Londres, había exactamente tres mujeres en su vida.

La primera fue su único y gran amor. Samuel tenía quince años, y Ana era dos años mayor. Pasaba sus veranos en Greycliff Grange, y ella era la hija de un obrero local. Ese verano en particular quedó grabado para siempre en su memoria como el verano del amor, pues Samuel estaba enamorado de Ana. Ella respondía con la disposición de una joven en flor, que necesitaba atención y ardía con deseos nuevos para su mente y su cuerpo. Ese verano, se ahogaron en una pasión lenta. Se devoraron el uno al otro de la manera en que los amantes jóvenes e inexpertos lo hacen, haciendo el amor bajo la luz de la luna, quitándose la ropa en la alta hierba al mediodía, escapándose al río y bañándose desnudos, pasando horas estudiando los cuerpos del otro, aprendiendo a través de besos y caricias lo que uno no podía aprender de otra forma.

Ese verano fue la primera y única vez que Samuel lloró por una mujer. Dejó Greycliff Grange en septiembre, jurando a Ana que estarían juntos pronto. Durante todo el invierno y la primavera, pensó en su amor, decidido a reunirse con su amante para siempre esta vez. Pero cuando regresó al siguiente verano, Ana estaba felizmente casada con un chico local, y el corazón de Samuel se rompió por primera y única vez.

La segunda mujer de Samuel fue su esposa. Fue un matrimonio arreglado, y aunque sentía tiernos sentimientos por ella y pensaba que tenía suerte de estar con una mujer suave y de buen humor como ella, nunca sintió la pasión de la que hablaban en los libros. Al principio, hubo una infatuación que cualquier hombre tenía cuando finalmente se establecía con una mujer. Pero pronto desapareció. Su hacer el amor era poco inventivo y tranquilo, su relación monótona y complaciente, sus sentimientos el uno por el otro, condicionados por la idea del santo matrimonio. Pero cuando, varios años después, ella murió dando a luz a su hijo, no sintió el dolor o la desesperación que uno debería sentir después de perder a un ser querido.

La tercera mujer pasó rápidamente por su vida. Estaba de viaje hacia el norte y se detuvo en una posada en Bristol. Una noche allí conoció a Catherine. Era viuda, empresaria, mayor que él y demasiado independiente para una dama, y directa en sus intenciones. Dejó en claro lo que quería de Samuel cuando la primera noche apareció en su habitación con una botella de vino, y una hora después, se quedó desnuda frente a él. Su relación duró exactamente tres noches, con cada vez Catherine llamando a la puerta de su habitación y terminando en su cama. Su intimidad era mecánica y nada más que dos personas atendiendo sus necesidades físicas. El cuarto día, Catherine se había ido sin saber su apellido ni ninguna información. Una amante misteriosa encontrada y perdida en cuatro días.

Los pensamientos de volver a casarse le ocurrieron a Samuel con una frecuencia de una vez al año, cuando asistía a un gran baile en Exeter y ocasionalmente, al encontrarse con agradables jóvenes en busca de esposos, pensaba: "Esta podría ser la indicada". Pero ninguna le movió el corazón de ninguna manera que lo hiciera querer comprometerse con el acto del matrimonio o pasar tiempo con alguien que solo estaba interesado en su patrimonio y el título que había heredado de su esposa.

Hasta que conoció a Eva.

Dios sabe que no tenía hambre de amor como algunos hombres que conocía, que iban por cualquier cosa que fuera aceptable o perseguían la belleza por el mero deporte de hacerlo. Y cuando la vio por primera vez, y todo su cuerpo pareció inhalar su presencia, una extraña reacción que no pudo explicar, intentó con todas sus fuerzas alejar los pensamientos sobre ella. Pero cada vez que la veía, su corazón se desplegaba un centímetro a la vez hasta que las imágenes de ella le hacían difícil respirar.

Con Eva, sus sentimientos eran diferentes. Inexplicables. Intentó racionalizar como si las emociones pudieran sintonizarse aplicando lógica.

¿Cómo podía tener sentimientos por una mujer de la profesión?

¿Era posible que una mujer que había estado con muchos hombres pudiera tener sentimientos por él?

Sin embargo, el pensamiento, la posibilidad, aceleró su corazón a alturas dolorosas. Desde su adolescencia, cuando la intimidad con una mujer era nueva, y el cuerpo de una mujer era el ideal más deseado, nunca había sentido un deseo tan abrumador.

Intentó contener su obsesión, a menudo pensando en cómo sería ella con otros hombres. Pero tales intentos fueron en vano, porque el único hombre con el que la imaginaba era con él mismo. Imaginaba cómo se sentirían sus manos tocándolo, cómo reaccionaría a su, el toque de Samuel. La desnudó tantas veces que pensó que conocía su cuerpo de memoria.

Y luego el beso accidental. Y el segundo que no podía mentir. Y desató algo en él que había estado contenido por mucho tiempo. Tal vez, la necesidad de amar, de ser amado. Porque desde ese beso, no había vuelta atrás, no había vuelta atrás. Esa misma noche, se acostó en la cama, repitiendo el beso una y otra vez, desnudando a Eva en su mente. La imaginaba, con su cuerpo suave sobre las sábanas junto a él, sus pechos llenos, preguntándose cómo serían al tocarlos, sus curvas succulentas, su sexo, y cómo lo cubriría de besos. Estas fantasías resonaban en su dureza con la velocidad de un rayo, y cuando no podía soportarlo, su mano se deslizaba hacia su erección rugiente, y la acariciaba, pensando en ella, liberando la dulce tensión que los pensamientos sobre ella lo sumían.

Ya no sentía vergüenza. Sin vergüenza. Porque los pensamientos lo consumían todo y borraban todo lo demás que venía con ellos. Pensó en sus días y en sus noches. Cabalgando a los parques, a los almuerzos, a las cenas, a los juegos con sus compañeros, estaba ausente, con la mente perdida en los pensamientos sobre la mujer que sabía que estaba en la misma ciudad, y que, si quería, podía verla en cualquier momento. Sin embargo, se detuvo, no quería revelar su obsesión, sabiendo que pronto podría pasar tres días con ella.

¡Tres días en el campo!

¡Con ella!

Parecía un sueño. No pensaba, ni podía esperar que algo sucediera entre ellos. Pero la sola idea de estar en su presencia durante tanto tiempo lo hacía temblar de expectativa. Por las noches, mientras estaba con sus amigos, no veía la hora de retirarse a su habitación para no hacer otra cosa que pensar en Eva, imaginar su cuerpo, pasar tiempo con ella, si no en la vida real, en

sus fantasías. Y cada noche, sus fantasías se volvían más salvajes y audaces. Las cosas que él le hacía a ella y lo que ella le hacía a él lo mantenían despierto por la noche, hacían que su sexo palpitara dolorosamente por liberación. Sus fantasías parecían obscenas y quería borrarlas, pero solo se hicieron más fuertes. Poco a poco se le ocurrió el hecho de que no era solo un enamoramiento. Para él, había dos tipos de mujeres. El primer tipo eran todas las demás, y luego ella, la mujer que se apoderó de su mente y su corazón. La mujer de la que estaba locamente enamorado.

Eva Bernal.

La mansión de Sir Dowsett en Surrey era un hermoso edificio de veinte habitaciones construido en estilo renacentista. Estaba a sólo treinta millas de Londres, por lo que la caravana de carruajes tardó menos de cuatro horas en llegar a ella.

Se abrió champán en el camino, y se dijo que Sir Dowsett había tenido dos mujeres entre Wimbledon y Guildford. Cuando los invitados llegaron a la finca, la mitad de ellos estaban borrachos, la mayoría de ellos estaban hambrientos, pero todos parecían estar de buen humor. Llegaron con el ruido y la alegría de los jugadores que llegan a un hipódromo con la certeza vertiginosa de que ganarían.

La finca era maravillosa, con grandes salones ventilados, salones y un salón de baile, animado por las voces de los invitados. Los pasillos resonaban con estridentes estallidos de risa. El señor Haynes estaba en la habitación con una joven rubia, con los pantalones bajados y la polla muy metida dentro de ella. La risa de Bonnie en el piso superior se podía escuchar en la planta baja. Denise, la joven actriz, era demasiado frívola con los invitados masculinos, coqueteando con uno, luego con otro, disfrutando de la atención, porque había muy pocas mujeres que no fueran de la profesión. Los invitados solo tardaron una hora en instalarse en sus habitaciones en el piso de arriba mientras bajaban y salían, dejando que sus mayordomos y las sirvientas se ocuparan del resto.

Las puertas del salón de baile en la parte trasera de la mansión se abrían a un patio exterior y al césped verde que se había preparado para la cena. Una docena de sirvientes entraban y salían de la mansión, trayendo comida y bebida, y los invitados, uno por uno, aparecieron afuera.

Las mesas estaban colocadas a un lado del claro, así como los sofás y sillas a lo largo del perímetro del césped, rodeados por los altos árboles y arbustos del jardín, con sus encantadores olores de magnolias y eucrifias y la infinita cantidad de rosas. En el centro del césped había una hoguera preparada para ser prendida más tarde, y más a la sombra, se llenaría una bañera con agua caliente para que los invitados se relajaran.

Las mesas estaban llenas de ostras y huevos de codorniz, aves ahumadas y carnes asadas, panes recién horneados y quesos locales de todo tipo y variedad. Se sirvieron los vinos y aguardientes. Una vez que comenzó el estallido de los corchos de champán, no se detuvo. Un pequeño grupo de músicos tocaba en un rincón del jardín, y si no fuera por las risas inmodestas y los chillidos descarados que resonaban en el cálido atardecer de julio, uno pensaría que se trataba de una fiesta campestre normal.

Pero todo se le escapó a Samuel, que no prestaba atención a nada más que a la única mujer que parecía haberse apoderado de su mente.

Samuel había alquilado su propio carruaje para el viaje a Surrey y viajaba con Eva y Siebert.

Los hombres conversaban sobre negocios y asuntos en Dorset. Solo les quedaban unas semanas más en Londres. Samuel tuvo una reunión con un hombre durante la semana: había una docena de jóvenes en la parroquia de St. Giles listos para ser transportados e instalados en los nuevos dormitorios de Greycliff Grange.

Eva escuchó con interés y tristeza, temiendo el momento en que Samuel tendría que abandonar la ciudad. Ella no interrumpió, pero las miradas ocasionales y las sonrisas juguetonas entre ella y Samuel no escaparon a Siebert. Parecía incómodo cuando el carruaje se quedó en silencio, sintió que estaba interrumpiendo algo. Una hora antes del destino, se detuvieron para tomar un breve descanso y una botella de champán. El carruaje de Button y Reid estaba justo detrás de ellos, y Siebert decidió terminar el viaje con ellos, dejando solos a Eva y Samuel.

Los primeros minutos fueron incómodos ya que los dos no pudieron encontrar las palabras adecuadas. Se sentaron a mirarse el uno al otro a través del pequeño espacio del vagón y trataron de ocultar sus sonrisas hasta que Eva se dio por vencida.

"¿Qué está pensando en este momento, Sam?" dijo ella, mirándolo directamente a los ojos.

Sus cejas se levantaron ligeramente.

"Que me alegra estar en su compañía durante dos días", respondió él.

"¿Eso es todo?" preguntó ella, con una sonrisa jugando en sus labios.

Él no respondió.

"¿Sam?"

Él la miró fijamente, y su corazón golpeó con fuerza ante la idea de lo que ella quería escuchar. ¿Podría decirle que quería arrancarle la ropa? ¿Podría decirle que quería abrirla las piernas y besarlas hasta llegar donde ella estaba más caliente? ¿Podría decirle que quería que desabrochara sus pantalones y lo tocara donde estaba más duro?

"¿En qué está pensando *usted* en este momento?" preguntó en cambio.

Ella parpadeó lentamente, y su corazón se detuvo en una dolorosa anticipación.

"Que quiero que me bese, Sam", dijo ella, sin apartar los ojos de él. "Porque si no lo hace, perderé la cabeza", añadió más suavemente.

En un segundo, él estaba junto a ella.

En otro, envolvió sus brazos alrededor de su cintura.

Y cuando sus labios se encontraron, sus deseos que chocaban juntos eran tan grandes que gemían en la boca del otro, besándose febrilmente, tan profundamente como si necesitaran respirar a través de las bocas del otro.

Él acarició su rostro con ambas manos, besándola una y otra vez, retrocediendo solo un poco como para tomar aire y regresar para obtener otro sabor de ella. Quería desnudarla, tener su cuerpo desnudo en sus brazos, quería complacerla, besarla por todas partes, tocar sus puntos más íntimos.

Pero sabía que no podía. En cambio, todo estaba en su beso.

Los besos pueden ser tiernos.

Pueden ser reconfortantes y satisfactorios.

Pueden ser apasionados y llenos de lujuria.

El de Samuel era devorador, ya que su mente se sumergía en un abismo de deseo, y el resto de su cuerpo perdía el control. Se estaba ahogando, sofocando, desesperado. Si estuviera en la oscuridad de la noche, habría tomado a Eva a pesar de sus mejores intenciones. Si estuviera

borracho, se habría arrodillado, le habría subido la falda y habría hecho lo que había soñado todas las noches, a pesar de su modestia y respeto por ella.

No era él mismo. O tal vez ahora, por primera vez, era él, pero nunca supo que esto estaba en él, esta pasión salvaje que estaba en sus labios, tratando de saciar la sed por ella, en sus manos que intentaban encontrar su forma bajo sus prendas, en su cuerpo que quería sentir el suyo debajo de él mientras la acorralaba en el rincón del carruaje, besándola, presionándola más cerca de él.

Ella lo quería con la misma pasión. Él aún no se daba cuenta, pero sus manos se deslizaron por su cabello, lo apretaron, luego agarraron su cuello, lo presionaron más cerca, luego se deslizaron por su pecho, sintiendo su dureza a través de su ropa, debajo de su chaqueta, envolviéndose alrededor de su torso.

Podría haber seguido mucho más tiempo si no fuera por la excitación tan fuerte que si no se detenía, llegaría al clímax.

Se apartó.

Ambos jadeaban, mirándose el uno al otro con los ojos empañados de pasión. Su mano acarició su rostro, y él presionó su frente contra la suya, tratando de calmar su respiración.

"Estoy loco por usted, Eva. Debe saber esto", susurró.

Una sonrisa apareció en sus labios.

"No estaría aquí si no sintiera lo mismo, Sam," susurró de vuelta.

Solo ahora sintió sus manos alrededor de su torso, una de sus piernas entre las suyas, y se dio cuenta de que ella estaba medio acostada y él se inclinaba sobre ella.

Con un brazo, la levantó suavemente hasta la posición vertical.

Ella jadeó y se rio.

Él acarició su cabello, y ella se quedó quieta en anticipación.

"Me ha embrujado," dijo en voz baja, sus ojos buscando los suyos en busca de la cura. Solo que ellos eran la causa.

"Me pone contento," susurró de vuelta, y sus labios tocaron los suyos en un beso suave, tan tierno que pensó que su corazón explotaría.

Él respondió solo con gusto y se perdió en el jardín del Edén en el que finalmente había entrado.

Pasaron el resto del viaje besándose, acariciándose las caras y cualquier piel al descubierto que pudieran encontrar, susurrando las palabras que habían estado en sus mentes pero que nunca habían salido de sus labios antes. Podrían haber pasado la eternidad en este carruaje si no fuera por los gritos repentinos y los sacudones del carruaje, y los caballos se detuvieron.

"Creo que hemos llegado," dijo Samuel mientras acariciaba el rostro de Eva y finalmente se apartaba de ella.

Ahora, horas más tarde, Samuel quería estar a solas con ella de nuevo. Estaban en el jardín, disfrutando de la comida y las bebidas, la música y las conversaciones. El señor Dowsett se retiró a su habitación con dos chicas. Los invitados se estaban volviendo más bulliciosos. Algunas damas perdieron una prenda o dos. Algunas desaparecieron dentro y unas pocas reaparecieron más tarde, sonrojadas y despeinadas, con sonrisas lujuriosas y ojos encendidos. Si Samuel fuera William Reid, la mujer de su deseo ya estaría en su cama. Pero entre toda esta locura, Samuel encontraba cada vez más difícil encontrar una razón para apartar a Eva.

Podía sentir su presencia sin mirarla. Parecía saber dónde estaba ella o con quién hablaba, incluso dándole la espalda. Extrañaba sus conversaciones y respondía torpemente a preguntas que no escuchaba, porque todo lo que intentaba captar era su voz a lo lejos, su risa ocasional, la mención de su nombre. Intentaba encontrar cualquier oportunidad para estar en su compañía, si no hablando con ella, entonces de pie en silencio a un lado, encontrando la felicidad en estar cerca de ella, y se avergonzaba de su necesidad de estar cerca de ella. Mientras ella parecía reservada, la Eva Bernal habitual, hablando con otros hombres, los nuevos invitados, las mujeres, con su gracia y facilidad habitual.

Él no sabía que ella sentía lo mismo, aunque tenía más tacto y habilidades sociales, pero temía que sus sentimientos por el hombre fueran injustificados, que su deseo de estar con él no fuera solo por una noche, lo que era demasiado ambicioso por su parte. La fiesta tenía una intención conocida por todos, y las damas traídas de Belle House, Covent Garden Rooms y otros establecimientos estaban pagadas y no ocultaban la naturaleza de su asistencia, frívolas en sus voces altas, bromas obscenas y manera despreocupada. Bonnie se regodeaba con Button, lo que le gustaba mucho, y desaparecían más de una vez para el negocio habitual, al igual que muchos otros. Denise, que acompañaba a William Reid, se encontró en los brazos de cierto Coronel Palgrave, a lo que William Reid parecía indiferente.

A pesar de su manera y estatus, Eva aún sentía que ella también era parte de este negocio de fiestas.

Samuel no lo sabía. Las personas enamoradas tienden a sobre analizar, ahogándose en sus propios sentimientos y sin evaluar los de los demás. Pero él colgaba de cada palabra que ella decía, seguía cada uno de sus movimientos, y cuando, ocasionalmente, se encontraban a solas, intentaban tener conversaciones, cortas y no importantes, que terminaban en silencio cargado con su deseo de estar juntos lejos de las miradas curiosas.

Esta timidez y tacto eran bastante fuera de lugar.

"¿Por qué no la llevas a tu habitación, Riley?" dijo Will cuando atrapó a su amigo a solas. Estaban sentados en los sillones, mirando la hoguera que se había encendido hace un tiempo y a varias parejas que bailaban alrededor de ella al son de la orquesta incansable. "Si todos alrededor no estuvieran preocupados por el deseo, ustedes dos serían bastante obvios en su atracción."

Se rio mientras estaban sentados bebiendo brandy, esperando a que el chico de servicio trajera los platos con carnes asadas y observando la multitud de la fiesta que se había reducido. Era de noche, y el jardín estaba iluminado por varias lámparas llevadas afuera. Era bastante mágico, pensó Samuel, si no fuera por el grupo ruidoso en el baño de agua caliente. La bañera de metal gigante la trajeron seis sirvientes, y les llevó una hora y cien cubos de agua caliente llenarla. Ahora, varios hombres y chicas se divertían en ella, desnudos, con copas de champán en sus manos, borrachos y molestos con sus risas y acciones ocasionales.

"Regla número dos, Riley. Toma lo que puedas. Si te pierdes la oportunidad con Eva, es posible que nunca descubras de qué se trata el Edén."

Se rio mientras tomaba otro trago y le hizo un gesto a un chico de servicio para que trajera otro. "Este jardín del Edén", dijo señalando a Eva a lo lejos, "podría ser lo mejor que te pase."

Samuel se rio y negó con la cabeza.

"Yo... Ella no es..."

"Oh, vamos, Sam," exclamó Reid. "Tu timidez es irritante. Tus modales nobles no te llevarán a ninguna parte y te impedirán tener el tiempo de tu vida." Se tomó el resto de su bebida y se volvió hacia un sirviente. "Esta noche en el jardín del Edén" -hizo un gesto con la cabeza en dirección a Eva-, "podría ser lo mejor que te pase." Se rio. "Déjame contarte algo." Se acercó a

Samuel. "Ella es una mujer. El hecho de que no esté en el negocio y sin que la paguen haya aceptado venir contigo a esta fiesta, que, conociendo a Eva Bernal, no está a su gusto" sonrió borracho "significa que realmente, quiero decir realmente, le gustas, amigo. Y a diferencia de lo que dice y predica el tonto del Dr. Acton en sus libros, a las mujeres les gusta un buen revolcón."

"Tss." Samuel negó con la cabeza y vio a Eva caminando hacia ellos, momento en el que su cuerpo se tensó.

"En serio, Sam," insistió William. "No seas mojigato. No hay nada de malo en que dos personas que se gustan consientan en participar en..."

"Detente," susurró Samuel. "Por favor. Detente ahora mismo," dijo mientras se levantaba de la silla cuando Eva se acercó a ellos.

"Caballeros," dijo ella, sonriendo. "Parece que están teniendo una discusión bastante tensa."

"Estábamos discutiendo sobre el buen viejo Dr. Acton." Reid se levantó y tomó una copa de un sirviente.

"¿Está familiarizada?" miró a Samuel.

"Me temo que no."

"Ah." William Reid lo dejó pasar. "Es un famoso doctor que dice que las relaciones sexuales habituales pueden llevar a problemas de salud si no a un final más dramático."

Samuel se rio sin saber qué decir.

"Es bastante tonto, de hecho," sonrió Eva. "Considerando que todos estaríamos muertos en este momento."

Reid se rio en voz alta.

"¡Cierto! No habría llegado más allá de la adolescencia, temo. Eso habría sido desafortunado. Para mí y para muchas damas que conozco."

Se rio de nuevo y suspiró.

"Bueno, en este punto, amigos míos, me retiro." Suspiró. "Planeo entregarme a los mismos actos de los que el Dr. Acton advierte," dijo y comenzó a alejarse. "¡Crucen los dedos para que llegue vivo hasta la mañana!" gritó desde la distancia, y Samuel y Eva quedaron solos.

Si Samuel no tuviera miedo de ofender a Eva, si no estuviera tan aislado en su vida y por ende demasiado romántico, asustado de ensuciar sus sentimientos con el acto que sentía inapropiado, la habría llevado a su habitación.

Si Eva no tuviera miedo de parecer una ramera típica, si no tuviera miedo de perder la compañía del hombre al tener una noche con él, habría hecho lo mismo.

Pero ambos hablaban de cosas irrelevantes, evitando mencionar los sentimientos y quedándose en el limbo de deseos y urgencias no expresados.

Eva se sentó al lado de Samuel, rodeada por el calor de la noche y el ruido disminuido de los festejantes, y sintió que podría volverse loca por el deseo de estar con el hombre, en su abrazo, quitarle la ropa, ver su cuerpo. Ella podría decir una palabra, y él sería suyo por la noche, lo sabía. Pero ¿y si una palabra lo decepcionara, lo alejara, y nunca más lo volviera a ver? ¿Valía la pena? ¿Era su necesidad física más importante que la dicha de su compañía por un poco más de tiempo?

Las palabras nunca se dijeron. En cambio, se sentaron por un tiempo, hablando ocasionalmente, pero principalmente disfrutando del silencio, de la cercanía el uno del otro, bebiendo y preguntándose si habría algo más por venir. Mientras más tiempo pasaban sentados,

más dudosos se volvían, hasta que finalmente, Eva se levantó.

"Probablemente sea un buen momento para retirarme a mi habitación", dijo, evitando los ojos de Samuel, pensando que tal vez, con suerte, él sería el primero en dar el paso.

Él no lo hizo.

En su lugar, también se levantó.

"Debería hacer lo mismo."

Caminaron por el pasto, asintiendo a varias personas que se relajaban alrededor, entraron a la mansión y subieron las escaleras. Se detuvieron frente a su habitación, y él la besó, lentamente y de manera torpe, deseando mucho más que eso. Esperaba obtener una señal de ella, pero ella no dijo nada, y cuando se separaron del beso, ella sonrió y apartó la mirada.

Esto es todo, entonces, pensó él y se despidió deseando buenas noches.

Se separaron, cada uno yendo a sus habitaciones asignadas en el segundo piso, pero sus mentes daban vueltas de arrepentimiento.

Eva miró su modesta habitación, vacía y ajena. Se acercó a la ventana y la abrió de par en par. La brisa fresca del verano se coló, y los sonidos de la vida nocturna con las voces amortiguadas de los invitados a lo lejos se filtraron.

Todo en lo que podía pensar era en Samuel. Él estaba en la habitación al final del pasillo, y se preguntaba qué estaría haciendo, si le resultaría fácil acostarse y olvidarse de ella. Se quedó así por un tiempo, intentando calmar sus sentimientos, luego encendió la lámpara de gas. Su doncella ya se había retirado a los aposentos de los sirvientes, dejando los ropajes nocturnos de Eva dispuestos en la cama. Eva se cambió a un camisón y se tomó su tiempo para deshacer su cabello, sacar todos los alfileres y broches, agitándolo y dejándolo suelto para que la pesada melena cayera hasta su cintura. No había espejo en la habitación, una deficiencia que lamentablemente había sido pasada por alto por los sirvientes. Pero no necesitaba mirarse en el espejo para saber que su cabello estaba desordenado, cayendo sobre sus hombros y por su espalda. No tenía ganas de peinarlo. No tenía ganas de hacer nada más que pensar en Samuel. Se sentó en el borde de la cama por un tiempo, repasando los eventos de la noche, pensando en lo que podría haber dicho o hecho de manera diferente. Finalmente, tan exhausta y atormentada por los pensamientos y el deseo que le dolía en todos los lugares familiares, se puso un bata sobre su camisón, tomó la lámpara de gas y, así, descalza, fue hacia la puerta.

Era ahora o nunca, pensó, decidida a ver a Sam.

Samuel caminaba por su habitación. Se había quitado los zapatos y el chaleco, deshaciéndose de la ropa extra que lo sofocaba, y ahora caminaba por la habitación en pantalones y camisa, sintiendo el frío del suelo con sus pies descalzos, el aire —a través de la camisa medio desabrochada, parcialmente desordenada.

Deseaba estar en casa, en una de sus fincas, o en Greycliff Grange. Podría montar uno de sus corceles. Montar a caballo era una cura para todo. Y ahora, su mente daba vueltas con lo que podría haber sido si no fuera tan cobarde.

Miró la cama, las sábanas blancas resplandeciendo a la luz de la luna, y deseó ver a Eva

envuelta en ellas, mirándolo, atrayéndolo. Imaginó su cuerpo desnudo en su cama y sintió un agudo dolor en su corazón, dándose cuenta de que estaba solo, y ella estaba a solo unos metros de él, en una habitación diferente, en una cama diferente. Podría estar besándola en este momento, incluso si solo fuera un beso...

Ella es una mujer, recordó las palabras de Reid.

¿Y si...?

Se detuvo, escuchando su corazón que empezaba a latir fuertemente ante el repentino pensamiento, tomó la lámpara de gas y salió de su habitación.

El pasillo estaba sumergido en la oscuridad y en ruidos amortiguados que se filtraban desde detrás de las puertas y desde abajo.

Un par de pasos.

Sabía dónde estaba su habitación. En la tenue luz de la lámpara de gas, podía ver la entrada, oscura y silenciosa.

Está dormida, susurró su mente, pero quería pensar diferente, y su corazón latía con esperanza.

Dio varios pasos más.

Un ruido y un alegre chillido desde abajo lo detuvieron en seco.

¿Qué iba a decir?

Se acercó y se detuvo a varios metros de su habitación.

Debería darse la vuelta, pensó, intentando escuchar cualquier sonido de vida proveniente de su habitación, pero su corazón latía tan fuerte que era difícil pensar.

¿Y si se enfadaba por su intrusión?

De repente, la puerta se abrió, interrumpiendo sus pensamientos. Eva salió, se giró en su dirección y, solo entonces notándolo, jadeó sorprendida y se quedó quieta.

"¿Samuel?"

Ella lo miró llena de sorpresa, vacilación y algo más que él no podía leer del todo. Era hermosa. Con un camisón ligero de cuerpo entero, parecía un hada. Su cabello, grueso y ondulado, suelto y hasta la cintura, alteraba su apariencia, que ahora le recordaba los cuentos sobre criaturas míticas que acechaban en la oscuridad y atraían a los desafortunados viajeros con su belleza.

Era mágica. Sus ojos oscuros reflejaban la luz de la lámpara y brillaban como gemas. Y estos ojos lo miraron fijamente.

"Yo... No puedo dormir en este momento" dijo en voz baja sin saber qué más decir, hipnotizado por su belleza.

"Sí. Yo tampoco", dijo con una sonrisa en los ojos. "Yo..." Ella vaciló y luego sonrió. "Iba a buscar un poco de vino" dijo más alegremente. "No me atrevería a salir al patio con todo lo que podría estar pasando". Ella soltó una risita. "No estoy segura de dónde está el cuarto de vinos o el almacén, pero..."

"¿Le gustaría tener compañía?" Él le devolvió la sonrisa.

"Yo... esperaba compañía", dijo con una sonrisa. "No creo que a nadie le importe nuestro atuendo" añadió, mirando sus pies descalzos.

Samuel soltó una risita.

"Aquí no. Esta noche no".

Hicieron su camino hacia abajo. Las dos lámparas en sus manos iluminaron el camino, y se sintieron como ladrones, susurrando y riendo mientras caminaban por los oscuros pasillos de la casa.

Era tarde. El piso superior resonaba con voces y gemidos amortiguados, y la fiesta afuera parecía más viva que antes. Pero los sirvientes habían sido liberados y había una tranquilidad inusual en los cuartos de los sirvientes.

Encontraron el comedor, pero estaba vacío. Cualquier armario que abrían solo tenía alimentos secos y vajilla. Caminaron alrededor de la habitación oscura, iluminando los rincones, estudiando los alrededores más que mirando realmente. Sus pies descalzos golpeaban el suelo, y había un sentido adolescente de aventura al estar en la casa oscura. De vez en cuando, sus cuerpos se rozaban, sus manos se tocaban como si fuera por accidente. Era insoportable, esa cercanía en la oscuridad y la intimidad de las luces de las lámparas.

"No encontraremos una bodega o una cava sin una ama de llaves, pero debería haber una despensa", dijo Eva mientras se detenía junto a él, sosteniendo la luz en alto y mirando alrededor.

No pudo contenerse más. La agarró del brazo, se encontró con su mirada juguetona y la atrajo lentamente hacia él.

¿Cómo había podido esperar tanto? pensó mientras sus labios se encontraban con los suyos y los separaban lentamente, con su lengua hundiéndose en su boca para un beso. Se había contenido toda la noche, pero finalmente, el hechizo se rompió.

Cuando ella se apartó, tomó su mano y la llevó fuera al pasillo.

Continuaron explorando las habitaciones, caminando en la oscuridad, tocándose, deteniéndose para besarse, olvidándose del vino. Cada vez que la apretaba, podía sentir su cuerpo a través de las telas finas de su camisón, podía oler su cabello, podía sentir el roce de sus manos a través de su camisa. Lo volvía loco. Estaba duro en sus pantalones, y no había nada que pudiera hacer al respecto, porque cada vez que ella lo tocaba, su carne ya excitada dolía con una ola de nuevo deseo.

"¡Ahí está!" exclamó ella cuando abrieron una puerta que llevaba a una gran habitación con estantes llenos de jarras. El de arriba tenía una fila de una variedad de licores.

"Voy a buscarlo", dijo Samuel, empujando una escalera hacia la pared de estantes y colocando la lámpara en el suelo.

"Podría romperla", dijo Eva riendo. "Déjeme a mí".

Puso su lámpara al lado de la suya en el suelo y, con la agilidad de una niña joven, subió un escalón, luego otro, y otro más hasta que pudo alcanzar el estante superior.

"Simplemente asegúrese de que no me caiga", dijo, lanzándole una mirada juguetona desde arriba y estudiando las botellas frente a ella.

Estaba oscuro. Necesitaba más luz para ver las etiquetas y estaba a punto de pedirle a Samuel la lámpara cuando sintió sus manos en sus tobillos.

Oh, Eva no sabía lo que le hacía a Samuel cuando subía por la escalera. Él estaba detrás de ella, y sus muslos estaban a la altura de sus ojos, sus glúteos cubiertos por el camisón justo encima de él. Podía oler el leve aroma de su vestido, ver sus pies descalzos en la escalera, y no pudo contenerse. Ansiaba tocarla, se volvería loco si no lo hacía. Sus manos se envolvieron alrededor de sus tobillos, y la acarició suavemente.

Ella se quedó quieta.

Él no sabía si ella estaba leyendo las etiquetas o si sus manos eran la causa de su quietud,

pero deslizó sus manos un poco más arriba del vestido y se detuvo, con sus pulgares acariciando suavemente sus pantorrillas.

Estaba tranquilo.

No levantó la vista para ver si ella lo estaba mirando. Se quedó quieto, saboreando la sensación de sentir su piel donde no la había tocado antes.

Solo quería tocar, no pensó en lo que haría a continuación cuando el dobladillo del vestido se movió un poco y subió lentamente varios centímetros, revelando sus manos y la piel desnuda sobre ellas.

Tragó saliva y alzó la vista solo para ver la espalda de Eva y sus manos a cada lado de ella, agarrando las telas fruncidas.

Sus ojos volvieron al dobladillo y lo siguió, deslizando lentamente las manos hasta las rodillas de ella.

Lentamente, centímetro a centímetro, como si le siguiera el juego, el dobladillo evasivo se elevó y se detuvo en medio de sus muslos.

Estaba frente a sus ojos, y se sintió embriagado, viendo la piel de sus muslos, su color cálido en el resplandor de las lámparas tenues en el piso aún más atractivo. Se sintió mareado pensando en lo que ocultaban las telas, su sexo duro y palpitante al pensar en sus partes íntimas debajo de él.

Sus piernas estaban tan cerca de él, sus muslos, a centímetros de distancia.

Y se atrevió.

Se inclinó hacia ella y la besó.

Una vez.

Oyó su leve jadeo.

Dos veces.

Estaban tan quietos que podía oír el sonido que hacían sus labios besando su piel, el susurro de sus dedos contra su piel mientras los deslizaba hacia arriba, centímetro a centímetro.

Volvió a besarle los muslos y se detuvo.

Estaba tan silencioso que podía oír los latidos de su propio corazón, tenía miedo de respirar para no asustarla.

Y el dobladillo del vestido se deslizó lentamente aún más, apenas por encima de la curva de sus nalgas por encima de él, las suaves pendientes de ellas desapareciendo en la oscuridad bajo el vestido, el espacio entre sus muslos mezclándose con la oscuridad de la unión entre sus piernas.

La vista era embriagadora. Sus pantalones se sentían demasiado pequeños para su erección. Su corazón latía con fuerza. Su mente se tambaleaba.

Pero se atrevió de nuevo.

Sus manos se deslizaron hasta sus caderas por debajo de la bata.

Sus labios tocaron la curva de sus nalgas y la oyó jadear de nuevo.

No se detuvo.

El dobladillo furtivo seguía subiendo, y sus labios seguían plantando suaves besos en su piel, cubriendo la mitad izquierda de sus suaves nalgas, luego la derecha, hasta donde podía alcanzar.

Besos.

Como una pluma.

Apenas tocaba su piel.

Sus manos acariciando sus caderas.

Pensó que se desmayaría por la cercanía de ella, por estar uno al lado del otro en el silencio y la penumbra de la habitación.

Oh, deseaba que hubiera más luz para poder verla en toda su desnudez, con su vestido alrededor de su cintura ahora, sus nalgas perfectas y redondas, cálidas y suaves, para que él las tomara. Sus manos acariciaban sus muslos, y sus besos iban por todas partes, lentos, pero cada vez más insistentes, la punta de su lengua saboreando su piel. Sus labios se acercaron a la hendidura de sus nalgas, y oyó su suave gemido mientras ella se acercaba a él. No se detuvo; Siguió trazando la línea hasta ese punto entre sus muslos que estaba oculto por la oscuridad. La punta de su lengua se aventuró un poco y se deslizó dentro de ella. Ella gimió y jadeó. Sus dedos acariciaron sus caderas y su lengua repitió el movimiento. Y la oyó jadear bruscamente y contener la respiración.

Oh, quería ir más profundo, abrirla, aventurarse en la oscuridad entre sus piernas que eran tan seductoras, que lo mareaban. Sus labios se adentraron más en la oscuridad, sus manos se deslizaron hacia la parte interna de sus muslos, separándolos suavemente, y ella le dio un empujón hacia él, exhaló profundamente y separó ligeramente las piernas.

De repente, hubo fuertes risas al final del pasillo afuera y pasos fuertes.

Samuel se apartó bruscamente, al igual que Eva, dejando que su vestido volviera a caer mientras se movía de un lado a otro.

Las voces se acercaron.

Ruidosas.

Riendo.

Un hombre y una mujer.

Samuel le echó una mano a Eva y ella saltó rápidamente al suelo.

Hubo otra carcajada, luego un gruñido y un chillido, y Eva y Samuel, con las lámparas en las manos, vieron a Bonnie y Button, enredados en un abrazo, salir de la oscuridad hacia la puerta y congelarse de sorpresa.

"¿Oh?" Las cejas de Bonnie se levantaron mientras sus ojos se movían de Samuel a Eva y de vuelta a Samuel.

Una sonrisa socarrona apareció en su rostro mientras se liberaba de las manos de Button.

"Bien, bien, si no es el Sr. Serio con nada menos que Su Majestad."

Bonnie llevaba una camisa que colgaba de un hombro y medias. Su cabello estaba suelto. Puso sus manos a cada lado de la entrada, bloqueándola.

"Una pequeña cita de medianoche, veo," dijo, y sus ojos brillaron con rencor.

"Qué sorpresa, de verdad." Button se acercó a ella por detrás, rodeando su cintura con sus brazos y besando su cuello, sus ojos entrecerrados en Samuel y Eva. No llevaba sus gafas puestas, y su camisa estaba medio desabotonada y desatada.

Eva y Samuel no respondieron.

Bonnie se apartó de la entrada, deshaciéndose nuevamente de Button, y se acercó a Samuel con un andar balanceado.

"¿Divirtiéndote, Sam?" Sonrió mientras se acercaba a él, y su dedo trazó la longitud de su torso desde su pecho hasta su ombligo.

Él tomó su mano y la apartó suavemente.

Button estaba detrás de ella de nuevo, sus manos rodeándola, apretando sus senos.

"Quizás te gustaría unirte a nosotros," rio Button, sacando una risa aguda de Bonnie.

Las dos parejas estaban frente a frente como si estuvieran listas para un duelo.

Bonnie miró a Samuel de arriba abajo.

"Podemos divertirnos un poco, ¿verdad, Sam?"

Ella gruñó mientras Button besaba su cuello, mirando fijamente a Eva.

"No creo," dijo Samuel, apartando la mirada. Encontró la mano de Eva detrás de él y pasó suavemente junto a Bonnie mientras él y Eva se dirigían hacia la puerta.

"¡Cuidado, Sam!" gritó Bonnie mientras ya doblaban la esquina hacia el oscuro pasillo. "¡La señorita Eva tiende a cobrar de más!"

Samuel y Eva escucharon su voz a lo lejos mientras la pareja quedaba en la despensa.

Samuel estaba hirviendo de ira y decepción. Por la interrupción, la rudeza, los comentarios desagradables. Caminaba por el pasillo oscuro, llevando a Eva de la mano, pero sin mirarla. Subieron las escaleras, y de repente, se detuvo, se giró y levantó la lámpara para mirar a Eva.

La luz iluminó su rostro, y era tan hermosa que él podría incendiar el mundo para ponerlo a sus pies si ella se lo pidiera. Había tristeza en sus ojos y algo más, quizás el mismo temor que el suyo de que el encuentro hubiera arruinado algo que recién había comenzado entre ellos.

"Eva," dijo él suavemente, "por favor, no se preocupe por lo que dijo, lo que dijeron. Son ignorantes, tontos, no querían..."

"Sam, Sam, Sam," ella lo interrumpió. "No me importan ellos. De verdad." Sacudió lentamente la cabeza y sonrió. Su sonrisa derritió su corazón, y él quería besar sus labios, pero ellos formaron las palabras que silenciosamente salieron de su boca, "¿Le gustaría venir a mi habitación?"

No hubo vacilación cuando dejaron las lámparas junto a la puerta en la habitación de Eva y se encontraron nuevamente en los brazos del otro. No hubo contención cuando se besaron por largo tiempo, desechando la incomodidad y el recuerdo de cualquier otra persona en la casa.

Ella podía sentir su tacto a través de su vestido, podía sentir sus músculos a través de su camisa mientras sus manos se deslizaban sobre los cuerpos del otro.

"¿Qué quiere, Sam?" preguntó ella, incapaz de contener su deseo, su necesidad cubriendo sus muslos con humedad.

"A usted. Quiero todo de usted, Eva", susurró él, besando su cuello, tratando de mantener sus manos de ser demasiado insistentes. "La he querido desde la primera vez que la vi". Su cálida respiración quemaba su piel. "Pero ya lo sabe, ¿verdad?"

Ella apartó la bata de sus hombros, luego recogió su camisón y se lo quitó, dejándolo caer al suelo y dejando que su cabello cayera por su cuerpo desnudo, parada frente a él en toda su belleza desnuda.

Él se quedó paralizado por un momento, comenzó a desabotonar su camisa, pero ella suavemente apartó sus manos.

"Permítame hacer esto, Sam."

Él acarició su cabello y sus hombros desnudos mientras ella comenzaba a desabotonar su camisa. Pero cuando sus labios tocaron su pecho, él exhaló fuertemente, saboreando sus besos que cubrían la piel recién expuesta. Ella se arrodilló, sus dedos desabrocharon sus pantalones, y él temía que llegaría al clímax si ella tocaba su hombría. Ella deslizó sus pantalones y calzoncillos por sus caderas, lentamente, pulgada a pulgada, y su erección saltó libre, gruesa y dura. Los pantalones llegaron al suelo. Ella lo dejó salir de ellos, y sus manos subieron lentamente por sus piernas y se detuvieron en sus caderas.

Era grande, muy grande, pensó ella, mirando su erección, luego cerró los ojos, y sus labios lo tocaron.

Él exhaló fuertemente y miró hacia abajo, sus manos aún en el aire a cada lado de su cabeza, temeroso de tocarla.

Ella fue lenta, plantando suaves besos a lo largo de su eje, y escuchó los sonidos de su respiración pesada. Su lengua se deslizó entre sus labios, probando su piel, y sintió su cuerpo tensarse, sus glúteos temblar bajo sus manos que los acariciaban. Sus labios recorrieron su longitud y volvieron a la punta de su sexo, acariciándola, envolviendo su forma con humedad, y él gruñó. Su mano se deslizó desde sus glúteos hasta su frente y dio a sus testículos una suave caricia, y ella se levantó lentamente, deslizando sus manos por su torso.

"Eva", susurró Samuel mientras tomaba su rostro en ambas manos y la besaba con avidez, su lengua se sumergía en su boca. Pero justo después, se apartó repentinamente, se inclinó y, con un brazo debajo de sus rodillas y otro alrededor de su espalda, la levantó en brazos. La llevó sin esfuerzo hasta la cama y la acostó sobre las sábanas.

En un segundo, su gran cuerpo estaba encima del de ella, entre sus piernas, y la estaba besando de nuevo. Le acarició los pechos, apretándolos con fuerza, y su boca estaba en uno de ellos, lamiendo sus pezones, haciéndola jadear. Estaba hambriento de ella, imparable, besándola por todas partes, embelesando su cuerpo con la boca y las manos. Ella trató de seguirle el ritmo, pero él se hizo cargo. Su cuerpo era enorme, a su alrededor, y ella solo sonrió, dejándolo saciar su sed. Sus manos se deslizaron por sus brazos, su cuello, su pecho, sintiendo su cuerpo musculoso, explorando su forma. Sus caderas estaban entre sus muslos, y podía sentir su virilidad tocar su piel sensible allí. Le dolía el vientre. Quería tenerlo todo, deseaba que sus manos se atrevieran a bajar para poder sedar el calor entre sus piernas. Su sexo ardía con la necesidad de sentirlo dentro de ella, palpitando con un hambre sexual desconocida que lo consumía todo.

"Sam," susurró, deteniéndolo, y él la miró, respirando con dificultad. Ella deseaba que hubiera más luz para poder ver sus ojos. "Tendrás que detenerte antes de llegar demasiado lejos."

"Sí," respondió él, besándola suavemente.

"Quiero que estés dentro de mí", susurró ella.

Su mano descendió hasta su erección y la guio hacia la entrada de su útero. Tiró de sus caderas hacia adelante, y su sexo se deslizó dentro de ella solo una pulgada y se detuvo.

"¿Así está bien?" susurró él en su oído.

"Sí", susurró ella de vuelta, sintiendo la presión de su hombría dentro de ella, pero deseando más, mucho más.

Él empujó más profundamente dentro de ella y se detuvo de nuevo.

Ella jadeó y cerró los ojos.

"Sí, Sam, así está bien."

Él empujó aún más profundo, llenándola por completo. Ella gimió de placer al sentir su sexo dentro de ella. Su hombría se deslizó fuera y volvió a empujar dentro de ella, pero esta vez no se detuvo y siguió empujando, lentamente, con cuidado, como si tuviera miedo de lastimarla.

"Así está bien", susurró ella con cada empuje suyo.

"Sí," repitió ella, sintiendo el calor dentro de ella aumentar.

"Sí", gimió ella, sintiendo su hombría llegar a su núcleo más profundo.

Sus jadeos y gemidos estimularon la necesidad de Samuel, y él aumentó su velocidad.

"Oh, Dios", exhaló él en su cabello, presionando su rostro contra él, y sus caderas empujaron con más fuerza.

Ella se derritió en sus brazos, bajo su cuerpo. El placer llegaba en ondas, como llamas suaves, quemándola. Si él empujaba más profundamente, le dolería, pero extinguiría el deseo que ardía en ella. Sabía que no llegaría al clímax esta vez, pues sentía que él estaba listo para hacerlo, pero disfrutaba de él dentro de ella, de sus caderas rozando la piel entre sus muslos, su pecho contra sus senos.

Sus caderas se movieron más rápido, y su mano resbaló hacia la base de su erección, cubierta de humedad.

"No te acerques demasiado", susurró ella, y en ese mismo segundo, él salió de ella. Su mano atrapó su hombría y tomó el control, y en segundos, él gruñó y derramó su semen.

Él jadeaba en el hueco de su cuello mientras ella sonreía, dejándolo tomarse su tiempo,

disfrutando de su cuerpo en sus brazos.

Finalmente, se levantó apoyándose en los codos y acarició su rostro.

El acto sexual fue rápido. La pasión fue efímera. Y la sensación de estar agotado dejó un sentimiento de nostalgia por el tiempo en que aún no la había penetrado, y la anticipación de lo que vendría recorrió su cuerpo en ondas. Quería recuperar esa sensación, no quería soltarla, temía que, si lo hacía, perdería algo. Deseaba que hubiera más luz mientras acariciaba su rostro, estudiándolo en la penumbra de la habitación. No se movió, sino que se quedó encima de ella, disfrutando de la sensación de su cuerpo bajo él, su piel contra la suya. Siempre había pensado que los sonidos del amor eran incómodos, demasiado físicos, el silencio después demasiado embarazoso. Pero no esta vez. Podía sentirla con cada célula de su cuerpo, y nada antes había llenado su corazón de tanta ternura.

"¿Fue esto muy rápido para ti?" preguntó él.

Ella llevó su mano a su rostro y acarició su mejilla, su mentón, los suaves vellos rojos que cubrían su piel.

"Tendremos toda la noche", dijo suavemente y sonrió.

Sus ojos brillaban con tanto amor que pensó que su corazón dejaría de latir. Él tomó su mano con la suya y besó su palma, enterrando su boca en ella, luego sus dedos, uno por uno, haciendo que ella riera encantada.

Finalmente se levantó, caminó hacia la puerta y regresó con la lámpara.

A plena vista de la luz de la lámpara, la vio estudiando su cuerpo desnudo mientras él se acercaba y colocaba la lámpara en la mesita de noche. Se quedó de pie frente ella, estudiando su cuerpo extendido en la cama, disfrutando de la impresionante vista de su cuerpo desnudo: su cabello oscuro como una manta debajo de ella, sus senos llenos, su piel blanca, resplandeciendo a la luz, las suaves curvas de su cuerpo, sus muslos, el ángulo lujurioso que formaban en la unión y la parte secreta de su feminidad. Quería verla abrirse para él, quería tocar los rizos suaves que cubrían su sexo, su delicado corte, ver a qué sabía. Se sintió excitado de nuevo, y ella lo notó y sonrió, y él se sintió avergonzado por su propio entusiasmo.

Se encontró junto a ella en la cama nuevamente y acarició su cabello, sin saber qué decir.

Ella sonrió, estudiando su rostro.

"Dime, Sam. ¿Pensaste en mí?" preguntó ella, su voz suave e hipnotizante. "Así, en la cama contigo".

Él besó su mano y la miró con una sonrisa tímida.

"Creo que sabes la respuesta".

"¿Lo hiciste?" insistió ella.

"Sí. Día y noche".

"¿Qué me hiciste en tus pensamientos?"

Una sonrisa tímida apareció en su rostro, pero no respondió.

Ella se giró de lado, enfrentándolo, se apoyó en su codo y acercó su rostro al suyo. Lo besó lentamente, y cuando finalmente se apartó, en la luz de la lámpara, pudo ver sus ojos, cálidos de ternura y la realización de que finalmente estaban en la cama juntos.

"Dime, Sam", susurró.

Él la besó en lugar de responder.

Ella se apartó y sonrió juguetonamente, luego de repente se levantó y caminó hacia un

montón de ropa en la silla.

Regresó con un calcetín en la mano y se detuvo junto a la cama por un minuto, dejando que su mirada recorriera su cuerpo lujurioso, luego volvió a la cama y lo miró por un momento.

"Quiero que me muestres, Sam", dijo suavemente. "Solo sé que todos tus deseos secretos son míos también. Hazlo como si no estuviera mirando. Hazlo como lo deseas tú, no yo. Hazlo como lo hiciste en tus sueños".

Ella le dio una última mirada y sonrió. Samuel Riley, un hombre inexperto en la cama, tímido, reprimido, pero hambriento y, como cualquier humano, lleno de deseos secretos. Ella se ató el calcetín alrededor de los ojos, cubriéndolos, lo atrajo de la mano hacia ella y se recostó en la cama.

"Muéstrame, Sam", susurró.

Su corazón latía con fuerza. Su sexo hormigueaba de deseo. Y su mente giraba con la realización de que ella acababa de pedirle que la complaciera.

Él besó sus labios suavemente, luego se apartó y contempló su cuerpo desnudo.

Había una extraña liberación en no ser observado en sus preguntas más íntimas, y estudió libremente su cuerpo frente a él, como una ofrenda. Apoyado en un costado por su codo, se acostó junto a ella, su cuerpo casi el doble que el suyo, y su desnudez abierta encendió en su mente todas las cosas que pensó que haría con ella.

Todavía era tímido. Sus dedos acariciaron su cuello, luego su hombro, trazando la longitud de su cuerpo. Podía ver la reacción a su toque. Cada respiración resonaba en sus pechos: los dos montículos que subían y bajaban, los dos pezones que los coronaban como dos perlas. Deslizó su mano hacia su pecho derecho y lo acarició suavemente, rodeándolo, sus dedos trazando su forma, su pulgar rozando su pezón. Ella tembló ante el suave toque, y él volvió a rodear su pezón, apenas tocándolo, mirándola a la cara para ver la reacción. Usó el dorso de sus dedos para acariciar su pecho como si tratara de sentir su suavidad con cada parte de su mano, luego agarró el pezón entre sus dedos y jugó con él suavemente, estudiando su forma, sintiendo su dureza, su textura erótica, cómo su tacto resonaba en la respiración de Eva y sus labios que parecían temblar mientras se separaban en pequeños jadeos.

Se sintió excitado de nuevo por estas caricias, sus pechos a la vista frente a él, sus ojos ocultos por la venda de los ojos, dejándole estudiarla. Le sorprendió que su deseo volviera tan rápido. Acercó sus caderas a su pierna para que la punta de su sexo rozara su piel, la sensación de que enviaba ondas de placer por su cuerpo. Su necesidad era cada vez más fuerte, y acercó su boca a su otro pecho y lo besó.

Una vez.

Dos veces.

Rozando suavemente su piel.

Su lengua rozó la parte inferior de su pecho, y ella arqueó la espalda, su piel sensible tratando de encontrar sus labios. Lo hizo de nuevo, tirando de la piel con los labios, y ella exhaló de placer.

Le pasó la lengua por el pezón, levantó la vista y volvió a hacerlo, viendo cómo sus labios se abrían en un jadeo de placer.

Su mano rodeó su pecho derecho, amasándolo suavemente, disfrutando de la suavidad sedosa de su piel, mientras su boca se envolvía alrededor de su pecho izquierdo, besándolo, lamiéndolo, abriéndose más, tratando de absorber todo lo que podía y cerrándose sobre el pezón. Ella gimió, y él le lamió los pezones una y otra vez, disfrutándolos plenamente, tomándose su tiempo, desvergonzado en sus caricias meticulosas, tal como lo hacía en sus sueños. Su sexo palpitaba de

deseo, y lo apretó con más fuerza contra su pierna, en sincronía con los movimientos de su boca, sintiendo su piel con ella. Movi6 su cuerpo, y su boca se desliz6 hacia abajo y bes6 su vientre, lamiendo su ombligo. Levant6 la vista y vio una sonrisa en sus labios. Pero cuando sus labios bajaron, la sonrisa se desvaneci6 y sus labios se separaron ligeramente de nuevo mientras contenía la respiraci6n.

Su mano acariciaba sus caderas mientras sus ojos estudiaban su sexo, oculto por los rizos castaños. Sintió que otra ola de excitaci6n lo atravesaba. Sus dedos se movieron a lo largo de la piel de su muslo y hasta la parte interna del muslo mientras besaba la piel justo por encima de la mancha oscura.

Ella jade6.

Lo bes6 de nuevo, luego desliz6 la punta de su lengua a lo largo de la línnea de los suaves pelos. Esta vez no tenía prisa. Cuanto más espacio iba, mejor podía entender qué era lo que más le agradaba a ella. Ella separ6 las piernas y él las separ6 más, suavemente con la mano, de modo que una pierna de ella qued6 entre las suyas, rozando su sexo. Movi6 las caderas ligeramente hacia delante y su sexo roz6 la pierna de ella. La sensaci6n de su virilidad rozándola libremente envi6 una ola de excitaci6n por su espalda.

Su mirada volvi6 a la uni6n entre sus piernas.

Lo hipnotiz6, lo atrajo y lo roz6 con los dedos.

Eva jade6 y arque6 la espalda, temblando al tocarlo, empujando las caderas hacia delante.

Lo hizo de nuevo, sacando la humedad con los dedos.

Su humedad lo excitaba más.

Quería tocarla.

Lamerla.

Probarla.

Se levant6 y se coloc6 entre sus piernas, separándolas más.

¡Oh, cómo lo volvía loco este punto de vista! Era como en sus sueños: su parte más íntima justo delante de sus ojos. Se sent6 sobre sus rodillas, mirando hacia abajo. Su mano se dirigi6 a la mancha oscura entre sus piernas que abría el sensible color rosado de su carne y la acarici6 de nuevo, tocándola ligeramente.

Eva gimi6 y tembl6, anticipando el siguiente toque.

Lo hizo de nuevo, y ella exhal6 ruidosamente. Levant6 los brazos y agarr6 la almohada por encima de la cabeza.

Ella era hermosa: su cuerpo exuberante se extendía en una línnea, con sus piernas ligeramente dobladas en las rodillas y separadas, y él, Samuel, entre ellas. La acarici6 de nuevo tan tiernamente como pudo y not6 el efecto que tenía en su cuerpo, la forma en que se movía con su toque, la forma en que sus pechos plenos se elevaban con cada suspiro.

Sus ojos se deslizaron hacia donde estaba su mano, y sintió el impulso de deslizar su erecci6n dentro de ella, con su sexo duro por el deseo, flotando a solo unos centímetros de distancia.

Aún no...

Pero el punto húmedo entre sus piernas lo atrajo con su misteriosa feminidad mientras acariciaba su suavidad con sus dedos ásperos. Una y otra vez.

Se inclin6 y bes6 su muslo izquierdo. Su boca se movió hacia arriba hacia su rodilla y cubri6 su piel con besos. Levant6 su pie y coloc6 su tal6n en su hombro, plantando besos en su pantorrilla, tobillo, el arco de su pie, sus dedos, haciéndola reír y sonreír. Su boca baj6 lentamente, besando la piel sensible debajo de su rodilla, luego el interior de su muslo, haciéndolo lentamente, suavemente, como un joven por primera vez. Quería estar en todas partes

al mismo tiempo, con su boca y manos vagando por su piel como un ciego. Pero más que nada, quería invadir el núcleo de su feminidad.

Se movió y se acostó boca abajo entre sus piernas para que su rostro estuviera cerca de su unión. Sus dedos se movieron con cautela y lentamente separaron los labios de su sexo para exponer su carne brillante. Podía sentir su suspiro, miró su sexo, tan intrincado y misterioso, se inclinó y lo besó suavemente.

Ella exhaló con un gemido tenso, y él miró hacia arriba para ver su boca abierta en un suspiro silencioso.

Sus ojos volvieron a su sexo, y lo besó de nuevo, y ella movió sus caderas como si pidiera más. Siguió besando: su clitoris, los labios llenos y suaves que lo enmarcaban, los pliegues intrincados, y sintió que explotaría de deseo por penetrar sus partes más íntimas. Su lengua le dio caricias suaves, luego volvió a su clitoris y lo acarició, una y otra vez, sintiendo su forma y dureza mientras cada toque resonaba en su cuerpo y resonaba en sus labios con suaves gemidos.

Siguió adelante. Su aroma era intoxicante: el olor del amor crudo, la lujuria y la feminidad. Trató de lamerlo, obtener suficiente de él, y ella gimió con su invasión y sacudió sus caderas. Quería acercarse más, más profundo, y llevó su sexo a su boca abierta para un beso profundo, con su lengua barriendo a lo largo de la hendidura.

"¡Ah!" ella exhaló.

Lo hizo de nuevo.

"¡Sam!" susurró, sus caderas respondiendo a cada movimiento de su lengua.

Su lengua se deslizó entre sus pliegues y subió a su clitoris de nuevo.

Otro gemido. "No pares", susurró ella.

Él no lo hizo.

No lo haría.

Ella no estaba mirando, y, liberado de sus ojos que no podían presenciar su lujuria, se dejó llevar.

Si ella le dijera qué hacer, sería diferente. Había belleza en las habilidades técnicas. Pero había sensualidad en la forma en que uno hacía las cosas no enseñadas, por exploración. Samuel nunca había hecho esto antes, ni sabía cómo hacerlo bien y dónde tocarla como ella quería. En su lugar, hizo lo que ella dijo: siguió sus fantasías. Porque quería sentir el núcleo de su mujer. Quería llegar a lo más profundo de ella. Quería ver qué sentía cuando la penetraba con su lengua. Besó su sexo ávidamente, poniendo todo su deseo en ello, usó sus dedos para abrirla más, amasando su carne, sus pliegues, deslizándose hacia dentro donde su hombría había estado antes, pero haciéndolo suavemente como si fuera lo más frágil, su lengua acariciando su carne al mismo tiempo.

Y ella gimió y se contorsionó bajo sus caricias.

"No pares", susurró. "Por favor", suplicó. "Por favor", repitió una y otra vez. Y él la acarició con su lengua, una y otra vez, un movimiento tras cada súplica. Sintió que sus piernas se tensaban, sus rodillas temblaban, sus pies se presionaban en las sábanas, sus caderas se movían con más insistencia. La sostuvo en su lugar con sus manos fuertes y su boca sensual que seguía invadiendo su sexo hasta que su cuerpo tembló, y ella gimió fuertemente, jadeando por aire como si su cuerpo se hubiera quedado sin él, finalmente encontrando su liberación.

"Eres increíble, Sam", exhaló ella, y finalmente la dejó ir, observándola con una media sonrisa, sintiéndose poderoso al hacerla alcanzar su clímax.

"Quiero que estés dentro de mí", susurró ella, aun jadeando, pero abriendo más sus rodillas, invitándolo.

Él estaba listo, ansioso por penetrarla. Ahora que la venda ocultaba sus ojos, y, por ende, cualquier visión de él, se sentía aún más excitado. Acercó su erección a su sexo que estaba caliente y se movía al ritmo de su respiración pesada. Su punta lo tocó suavemente, y ella se acercó más. Deslizó la punta hasta su clítoris, dándole vueltas, luego bajó de nuevo y tembló de deseo al ver cómo sus sexos se tocaban.

Se empujó dentro de ella. Un centímetro al principio, como si estuviera explorando su camino, luego con más fuerza, viéndola hundirse más profundamente. Cada vez más profundo. Pulgada a pulgada. Salió, vio el líquido brillante que cubría su dureza, y volvió a empujar, sintiendo su suspiro, viendo cómo su sexo era tragado por su carne. Gruñó de placer que se extendió por todo su cuerpo, luego salió y empujó de nuevo, hipnotizado por la vista de sus carnes rozándose lentamente. Repitió el movimiento, metiéndose más profundo cada vez, observando con ojos abiertos de par en par cómo sus sexos encajaban como un rompecabezas intrincado, sus rizos marrones encontrándose y separándose nuevamente. Sus dedos volvieron a tocarla, frotando su humedad, separando sus labios, exponiendo su botón rosa mientras se hundía en ella. Sus gemidos eran excitantes. Sus caderas comenzaron a moverse al ritmo de él. Sus manos aún agarraban la almohada sobre su cabeza. Y cada vez que él empujaba en ella, sus caderas hacían un movimiento circular, su abdomen se levantaba ligeramente en el aire como si su erección enviara una ola de placer a través de su cuerpo. Sonrió, observando su cuerpo, su sexo tan receptivo a su toque. Sus ojos subieron a su rostro, y se detuvo: su cubierta de ojos se había ido, y ella lo miraba con sus ojos oscuros que brillaban de placer.

Su corazón dio un vuelco como si lo hubieran atrapado.

“Quiero verte”, dijo ella. “Quiero ver todo lo que me haces”.

Él reanudó lentamente. Sus ojos se desplazaron a sus sexos y observaron, absortos, cómo él la penetraba. Sonrió y siguió adelante, pero sintió que se acercaba demasiado.

Se salió de ella y sintió la frescura del aire en su hombría, húmeda con sus jugos.

“No quiero que termine todavía”, dijo, y ella sonrió, sabiéndolo muy bien.

La besó de nuevo en el ombligo, luego en los senos, lamiendo sus pezones, haciendo su camino hacia sus labios.

Su cabeza daba vueltas de placer.

Su timidez fue olvidada.

Su cuerpo, todo para él.

Sus gemidos y suspiros, por él.

Su apertura era contagiosa, al igual que su amor por la intimidad.

“Ven aquí”, dijo ella y lo empujó hacia atrás, inclinándose sobre él.

Oh, quería ir aquí y allá, sobre su piel blanca y dentro de ella. Y cuando ella comenzó a besar su pecho, sus labios más exigentes ahora, mordiéndolo suavemente, él tembló, inhaló aire y hundió sus manos en su cabello, dejándola ir donde quisiera.

Antes de Londres, no había sido tocado por una mujer en mucho tiempo. Así, nunca. Tocó su cabello, su piel, sin creer que era ella, los dos entre las sábanas.

Sus labios besaron su torso. Sus manos acariciaron su piel. Se abrieron camino hacia su sexo excitado y lo acariciaron ligeramente, haciéndolo duro como una roca. Ella se montó sobre él, se sentó en sus caderas y siguió acariciando su erección que estaba frente a la unión de sus muslos. Él exhaló, excitado al ver su sexo en sus manos, sus dedos jugando con él, rodeando la corona. Ella levantó sus caderas, frotó su sexo a lo largo de su miembro y se hundió en él, con sus ojos nunca apartándose de los suyos. El placer recorrió su cuerpo, su centro, su erección y su vientre lo tragaron, luego subieron casi hasta la punta y se hundieron de nuevo. El calor se disparó por su

cuerpo y la fuente de ello era su sexo, moviéndose arriba y abajo en el suyo.

Ella se movía lentamente, sin prisa, disfrutando su dureza dentro de ella, cuidadosa con su tamaño para no lastimarse. Su largo y exuberante cabello caía sobre sus hombros y el frente, ocultando sus senos y bajando hasta su cintura. Su oscuridad continuaba por el color coincidente de un pequeño parche entre sus muslos. El punto oscuro se hundió en la erección de Samuel, envolviéndola apretadamente, haciéndolo girar con su calor, sus muslos abiertos, montando sus caderas desnudas. Ella era una diosa. Él estaba abrumado, encantado, embelesado. Sus ojos brillaban de deseo, reflejando la luz de la lámpara, centelleando, y quemaban su mente.

Él extendió ambas manos hacia ella y, con sus dedos, lentamente movió las pesadas hebras de su cabello a los lados como abriendo las cortinas, empujándolas detrás de sus hombros y revelando sus senos con pezones erguidos en sus centros. Ella no se detuvo, siguió subiendo y bajando en su sexo, pero sus ojos miraban hacia abajo a sus manos como si las quisiera tocándola. Él lo hizo, acariciando sus senos lentamente como si fueran obras de arte. Ella levantó sus manos hacia las suyas, las cubrió y las apretó suavemente, y Samuel gruñó de placer al estar dentro de ella, con sus manos en sus senos, con las suyas propias cubriéndolas, guiándolas en complacerla. Ella jadeó, aumentó el ritmo, empujándolo un poco más adentro. Cerró los ojos y levantó su rostro al techo, cabalgándolo más rápido y más rápido, con suaves gemidos escapando de sus labios hasta que su boca se abrió más en un grito, luego otro. Sus manos apretaron las suyas como si intentara atrapar su clímax. Él sintió que temblaba y se relajaba de nuevo, pero ella no se detuvo. En cambio, aumentó el ritmo, y cuando él susurró, "Estoy cerca", ella se levantó de encima de él y acarició su hombría con su mano hasta que él levantó sus caderas hacia ella y explotó en un orgasmo, sus ojos fijos en los del otro en este momento más íntimo.

Samuel estaba medio acostado en la cama, con su espalda apoyada en las almohadas contra el respaldo de la cama. Eva estaba de lado junto a él, con su cabeza en su pecho. Un brazo la rodeaba; el otro acariciaba su cabello. Sentía una necesidad casi física de tocarla, sentir su piel con la suya, y ella también, sus dedos dibujando diseños abstractos en su pecho.

Por un tiempo, yacieron en silencio, exhaustos por el amor hecho, disfrutando de la cercanía, escuchando la vida fuera de la ventana y la respiración del otro. Él acarició su hombro y sintió los escalofríos en su piel.

"¿Tienes frío?" preguntó suavemente.

"Un poco."

La cubrió con las sábanas, y su corazón se derritió ante la intimidad de estar juntos bajo las cobijas.

La lámpara junto a la puerta se había apagado, y la de la mesita de noche ardía baja, perdiendo su brillo, haciendo que la habitación fuera más oscura.

Finalmente, ella se movió, giró su cabeza hacia él, su barbilla en su pecho, y lo miró.

"Cuéntame más sobre de dónde vienes", preguntó, queriendo escuchar su voz, las historias que podrían hacerla sentir más cerca de él.

"¿Qué lugar?" Se rió suavemente.

"Tu favorito." Ella sonrió.

Le habló del condado de Dorset, su vida y su gente, las granjas y los trabajadores, la siembra y las cosechas. Describió los hermosos campos de Dorset y las magníficas colinas, los acantilados rocosos y la vastedad del agua en la que caían. Le contó más sobre su proyecto y las

escuelas.

"La granja a la que fui enviado de niño se llama Greycliff Grange", le dijo mientras ella yacía en sus brazos, escuchando su voz suave, mirando a través de la ventana abierta hacia la noche iluminada por la luna como si a través de la ventana, en algún lugar distante, pudiera ver los lugares de los que él le estaba hablando. "Está justo afuera de un pequeño pueblo costero llamado Tyme. Probablemente sea el pueblo más pequeño que hayas visto, pero no encontrarás un lugar más pacífico. Al principio, no encuentras nada especial en él. Pero si te quedas un rato, brilla sobre ti con su belleza oculta, y con el tiempo, te hace sentir que, si el mundo se derrumbara de repente, este pequeño pueblo te protegería y te mantendría a salvo. Como una concha alrededor de una perla."

Hizo una pausa, estudiando su rostro.

"Más, cuéntame más", pidió ella.

Y él describió el pueblo, las calles pequeñas, las tiendas que bordeaban la calle principal, las casas, apiladas unas sobre otras, y el olor a pan recién horneado que se extendía por el pueblo temprano en las mañanas y se mezclaba con el aire salado. Le contó cómo cuando eran niños, solían ir a las playas y buscar fósiles, piedras petrificadas y conchas que a menudo se encontraban allí.

Siguió hablando, y Eva casi podía sentir la brisa marina en su piel y ver las gaviotas que se sumergían en las olas.

"Y a solo varios kilómetros afuera de Tyme, al este de él, hay un lugar donde las rocas costeras se adentran en el agua, como un muelle natural, y caen doscientos pies. Parece un camino que estaba destinado a llegar a algún lugar lejano, pero se rompió y fue olvidado. El lugar se llama los Acantilados Grises, tiene una vista de cien millas. Porque en un día claro, lejos en el horizonte, puedes ver los barcos que navegan hacia el Atlántico y a través del Canal de la Mancha, la costa francesa. Pero en un día tormentoso, las olas chocan contra los acantilados, enviando salpicaduras tan altas como la Catedral de San Pablo."

Eva se rio.

"Qué tonto. No puede ser."

Él besó su sien.

"Ya verás."

Vio que ella bajaba la mirada.

"Me encantaría algún día", dijo ella en voz baja.

"Espero que sí", susurró él mientras sueños inusuales de estar juntos se encendían en su mente.

"No quiero que esta noche termine", dijo ella, mirándolo con tristeza en sus ojos que hicieron que su corazón se estremeciera de ternura.

"Tendremos mañana y otra noche", dijo él, acariciando su mejilla.

"¿Y después?"

Él no sabía qué decir.

¿Había una buena respuesta?

¿Cuál era su futuro?

¿Podían tener uno?

Había soñado con eso tantas veces, pero no había pensado que este momento llegaría.

"Quiero estar contigo, Sam", dijo ella, sonriendo torpemente al no escuchar su respuesta. "Sea lo que sea para ti."

"Siento que no has dejado mi lado desde la primera vez que te vi", dijo él, y ella apartó la

mirada de nuevo. "Eva" él tomó su rostro con su mano y lo giró hacia él "podemos hacer lo que quieras. No hay nadie que nos diga qué podemos o no podemos hacer. Te quiero en mi vida."

Se acercó y la besó suavemente, maravillándose de que una noche pudiera unir a dos personas de manera tan cercana.

Yacieron en silencio durante algún tiempo. Samuel no quería moverse, no quería romper el vínculo que tenían. No sabía a dónde los llevaría el futuro, pero estaba seguro de que ella sería parte de él. Ya lo era.

Se sintió extrañamente joven, como lo hacía en la adolescencia, cuando tuvo el primer encuentro con la chica del pueblo, cuando su corazón estaba lleno de sentimientos desconocidos que lo mareaban mientras se besaban bajo la luz de la luna durante horas. Ella lo dejó tocarla en los lugares más íntimos y, una noche en los campos de heno, lo dejó poseerla. Fue el verano más mágico, y todo se sintió nuevo, como si finalmente le hubieran revelado el mayor secreto de lo que era la vida. No había sentido tanta felicidad ni siquiera con su esposa.

Ahora, yacía entre las sábanas con el cuerpo desnudo de Eva en sus brazos. La ventana estaba abierta, y los sonidos de las cigarras se entrelazaban con las risas amortiguadas en el jardín. El olor de las plantas en flor se colaba. La luna llena iluminaba la habitación con su suave brillo blanco, y esta noche de verano también se sentía mágica. Samuel se sentía como antes, en la adolescencia, libre de preocupaciones y lleno de esperanzas. Quizás, esto era lo que se sentía estar en el Jardín del Edén. Sereno. Pacífico. Como si el momento fuera una eternidad de felicidad.

Eva *era* su Edén.

Y estaba feliz.

Estaba enamorado.

Y este sentimiento lo hizo sentir más vivo de lo que se había sentido en años.

Era una mañana calurosa.

Los huéspedes bajaban a desayunar en diferentes momentos que se servía en el salón de baile, ya que afuera hacía demasiado calor. Las puertas estaban abiertas hacia el patio, que estaba limpio y organizado como si un ejército de sirvientes hubiera venido por la noche y limpiado el desorden. La brisa de la mañana de verano se colaba, pero no era mucho más fresca que el aire caliente. Algunos huéspedes tomaban su desayuno en sus habitaciones. Otros no planeaban dejar sus camas hasta la tarde. Se formó un grupo para ir a nadar al lago al mediodía, mientras William convenció a Samuel de ir a pescar en un estanque en la propiedad.

Samuel intentaba participar en cualquier actividad a la que los hombres lo arrastraran, pero su mente inevitablemente volvía a la noche que había pasado con Eva, reviviéndola una y otra vez. Los pensamientos lo ponían duro en sus pantalones. Los recuerdos le mostraban su cuerpo en las posiciones más intrincadas y abiertas y sus partes femeninas que él invadía, penetraba, tomaba posesión y usaba según sus necesidades. Las conversaciones a su alrededor se desvanecían mientras su mente recordaba sus gemidos. Quería estar de vuelta en la habitación, tomarla de nuevo, complacerla de todas las formas posibles. En sus fantasías, él era el mejor amante que ella había tenido.

¡Oh, humanos!

Dejando de lado las cuestiones técnicas, los mejores amantes son aquellos de los que estamos locamente enamorados, porque nada brinda tanto éxtasis como el contacto del ser amado. Si los hombres compitieran frente a una cortesana en sus habilidades amoratorias, la aburrirían hasta la muerte. Su amado, por otro lado, podría hacerla llegar al clímax solo con mirar su cuerpo desnudo.

Sam no tenía mucho con qué comparar, pero los recuerdos del tacto de Eva lo llevaban al borde de la locura.

Esta mañana temprano, se despertó al amanecer. El sol todavía se escondía, pero la primera luz del día inundó la habitación con la neblina de la mañana temprano.

Sintió una excitación matutina tan usual últimamente. Excepto que, esta vez, Eva estaba a su lado, cálida y dormida. Estaba de espaldas a él, con sus brazos alrededor de ella, y sus cuerpos estaban acurrucados en la misma forma y posición.

Movió un poco la cabeza más cerca e inhaló su aroma. Consciente de su leve erección matutina, movió las caderas para que su sexo pudiera tocar sus cálidas nalgas. Movió su brazo que estaba encima de ella y acarició su cabello con los dedos, incapaz de resistir su deseo de tocarla, pero cuidando de no despertarla. Podía escuchar su respiración. Ella se movió

perezosamente en su sueño y movió el hombro hacia él, abriendo su cuerpo. Sus pezones asomaron bajo la sábana, y la vista de ellos, ajena a su mirada, endureció su sexo. Quería llevarlos a su boca y jugar con ellos.

Estaba completamente despierto y excitado, incapaz de apartar los ojos de ella. Sus dedos bajaron lentamente la sábana para exponer por completo sus senos.

Se movió de nuevo y giró su torso un poco para abrirse aún más, sus pechos redondeados ahora estaban completamente expuestos para él. Sus nalgas se acercaron aún más a él, atrapando su erección.

Apenas podía contenerse de deseo. Su cuerpo era tan seductor en su sueño matutino de inconsciencia. Sus dedos se movieron hacia su pecho izquierdo y lo tocaron muy suavemente.

Se movió de nuevo, y él se quedó quieto.

"No pares", susurró ella e inhaló profundamente para acercar sus pechos que subían y bajaban a sus dedos de nuevo.

¡No estaba durmiendo!

Su corazón dio un vuelco en una feliz realización de que ella también lo quería tan temprano. Sus dedos reanudaron las caricias, más intensas ahora, trazando las formas de sus pechos, rozando sus pezones.

La besó suavemente en la oreja.

"No puedo dejar de tocarte", susurró.

"No quiero que pares", susurró ella respondiéndole sin abrir los ojos.

Sus nalgas presionaron su erección que quería estar dentro de ella. Su mano se deslizó bajo la sábana, encontró su dureza y la apretó ligeramente, haciéndolo sentir mareado de deseo. Movié sus nalgas hacia arriba y más cerca para que él pudiera alcanzar su núcleo y lo guió dentro.

Cuando la penetró, ambos exhalaban en alivio.

Samuel no podía sofocar esos recuerdos.

Su hombría se endurecía cada vez que reproducía en su mente los momentos dulces pero intensos cuando se adentraba en ella, cuando cada vez que alcanzaba su centro, le daba una dulce liberación, pero aumentaba aún más su deseo.

Sus susurros silenciosos.

Sus gruñidos suaves.

Sus cuerpos, cálidos y medio adormilados, se unían en el amor matutino.

Su abrazo después del clímax...

"Amigo, ¿estás bien?"

Samuel se sobresaltó como si hubiera sido golpeado por algo y miró aturdido a Siebert.

Habían vuelto de la caminata al estanque y estaban sentados en un patio bajo una sombrilla gigante, tomando café.

Siebert sonrió a Samuel y entrecerró los ojos. "Pareces estar en otro lugar".

Button se rio. "Entre las piernas de Eva", dijo, pero sin el sarcasmo habitual.

"¿Sigues soñando?" preguntó Reid, notando que Samuel sacudía la cabeza ante el comentario.

"Oh, no, no," Button lo miró por encima de sus gafas. "Se veían muy acogedores anoche. ¿Verdad, Riley? ¿Conseguiste algo?"

"¡Riley!" Reid golpeó a Sam juguetonamente en el hombro. "¿Lo hiciste?"

"Detente", dijo Sam mientras sus labios se fruncían, tratando de reprimir una sonrisa.

"¿Lo hiciste o no?" Reid preguntó más fuerte, mirándolo con genuino asombro.

"No creo que sea asunto de nadie", dijo Sam, pero no pudo ocultar una sonrisa.

"Oh, vamos, Riley".

Reid lo miró boquiabierto por un momento.

Button aclaró su garganta y dio un sorbo de café.

"Si me preguntas a mí", dijo con una sonrisa satisfecha, "esa pequeña coqueta Bonnie es todo un caso".

Reid asintió, sin apartar la mirada de Samuel, una sonrisa asomando en sus labios de vez en cuando.

"Eva Bernal, ¿eh?" dijo más bajo.

Si uno no prestaba atención, no notaría nada en particular sobre Samuel y Eva durante el almuerzo. Pero William Reid los observó de cerca, por curiosidad y la genuina sorpresa ante el giro de los acontecimientos. Vio la forma en que los dos se miraban de reojo, cómo reaccionaban a la voz del otro sin siquiera mirarse, las sonrisas frecuentes que se dibujaban en sus labios, y cómo sus ojos recorrían el cuerpo del otro de arriba abajo cuando el otro no estaba mirando.

Eva lo encontraba todo muy tonto, pero no podía evitarlo. Su atracción funcionaba como una bola de nieve. Si el primer beso había dejado su mente aturdida, entonces la noche juntos había borrado por completo su capacidad de razonar. Todo lo que quería era estar sola con Samuel de nuevo. Había conocido a muchos hombres, pero Samuel Riley era el hombre.

Estaba enamorada, no había manera de negarlo. En cualquier otro momento, se habría sentado a analizar sus emociones y trabajar en un plan de acción. Pero con este hombre, flotaba en un río de sentimientos. Lo observaba, admiraba su cuerpo musculoso, sus grandes manos con un toque tierno, sus labios que habían llegado a sus lugares más íntimos. Y este río la llevaba lejos hacia un futuro cercano en el que estarían solos en la habitación de nuevo.

Pero eso no iba a suceder.

Justo cuando un pequeño grupo de invitados, incluidos Samuel y Eva, estaban terminando su almuerzo, llegó un mensajero desde Londres con una carta para Samuel Riley.

"¿Vino desde Londres?" se preguntó un invitado.

"¿No podía esperar un día?" cuestionó otro.

"¿Quién hubiera imaginado que los asuntos de un simple granjero podían ser más apremiantes que los del señor Dowsett en el Parlamento?" bromeó Siebert, y el grupo estalló en risas mientras Samuel Riley hojeaba el mensaje.

"Seguro que podía esperar hasta mañana", dijo Button.

"Lamentablemente, no puede", respondió Samuel frustrado, y sus ojos encontraron a Eva. "Me temo que tengo que irme".

Una gama de decepción barrió la mesa.

"¿Puedo hablar contigo?" preguntó Samuel a Eva, y mientras se alejaban y desaparecían por el pasillo, Button chasqueó la lengua y sus labios se curvaron en una sonrisa socarrona.

"Será mejor que hagas algo más que hablar mientras tengas la oportunidad, amigo", dijo entre dientes.

Estaban en el pasillo de arriba.

Samuel pasó la mano por su cabello.

"Tengo que irme", dijo, sin mirar a Eva como si temiera su reacción. "Es tan inoportuno. Pero tenemos una docena de niños de St. Giles que necesitan ser trasladados a Dorset, y el coche tiene que salir mañana. Se suponía que sería en dos días, pero hubo un cambio de planes, y los niños... bueno, son importantes. El proyecto es importante. No puedo decepcionar a la gente", siguió diciendo como si se disculpara.

Eva puso su mano en su brazo, calmándolo.

"Sam", dijo suavemente, y él la miró para encontrarse con sus ojos sonrientes. "Entiendo. Está bien. Voy contigo".

"¿Es cierto?" Él sonrió de vuelta.

"¿Tienes dudas?" Ella se rió. "Vine aquí solo por ti. No hay manera de que te vayas sin mí".

Se inclinó y la besó. Sus labios... ella pensó que se desmayaría cada vez que la tocara. Cuanto más tiempo la besaba, más ganas tenía de quitarse la ropa.

"Sam", susurró cuando se separaron. "Si sigues besándome así, tendré que cambiar mi ropa interior".

"Seremos solo tú y yo en el carruaje", dijo con una sonrisa. "Durante horas".

Ella se rio, empujándolo juguetonamente, y se retiró a su habitación para hacer las maletas.

Esto era aún mejor, pensó Eva cuando se encontraron en el carruaje, dirigiéndose hacia Londres. Lejos de la fiesta, la interminable exhibición de lujuria, las mujeres ruidosas y desvergonzadas, los hombres siempre buscando otra pareja. No importaba la etiqueta, esa palabra que sonaba extraña en tal escenario, ni el acuerdo, ni el hecho de que Samuel la invitara, no podía evitar ver las miradas hambrientas de los hombres, las miradas lujuriosas. Su reputación la precedía, y cuando los hombres hablaban en susurros y se reían, mirando en su dirección, no quedaba duda sobre la naturaleza de sus conversaciones.

Ahora, solo estaban Samuel y ella en el carruaje. Aunque no tendrían una noche en la mansión, estaba segura de que tendrían muchas en la ciudad. Al menos, eso esperaba.

"Cuéntame más sobre tu proyecto con los chicos", preguntó.

Nunca había estado en los barrios bajos de Londres ni siquiera en las partes más pobres del East End. Pero cuando Samuel hablaba sobre los chicos de la parroquia, los arreglos, la anticipación de trasladarlos a la nueva vida en Dorset, deseaba poder ir allí con él mañana, presenciarlo, estar junto a él en su causa de salvar vidas. Podía escucharlo hablar para siempre. Cada vez que él se detenía, ella le hacía más preguntas, y él se reía y seguía hablando.

"Te admiro, Sam", dijo después de que terminó una de sus historias. "Eres un hombre increíble".

Su cuerpo se acercó más al suyo, y sus dedos acariciaron su rostro.

"Lucho en batallas diferentes, Eva", dijo con una sonrisa. "Tú eres la persona fascinante aquí".

Ella quería discutir, pero él se inclinó y la besó, y ella olvidó todas sus palabras. Cuando sus labios la tocaban, no le importaba dónde estaba ni a dónde iba. Cuando su lengua se deslizaba en su boca, él era su mundo. Y cuando sus brazos la envolvieron, acercándola más, el familiar río de emociones la levantó, y no pudo resistirse.

Ya no podía contener su deseo. Si él era tímido, que así fuera. Pero ella no lo era. Quería a

este hombre. Si no lo tenía ahora mismo, estaría acosada por la lujuria todo el camino y se maldeciría por no hacer lo que sentía. Había sido cortesana durante siete años. Había aprendido que los deseos de los hombres no eran oportunos, no estaban guiados por la moral y la etiqueta, y a menudo eran mucho más fuertes que los de las mujeres. Si quería tener a Samuel en este mismo momento, él mismo debía estar muriendo de deseo.

Siguió besándolo, pero sus dedos se deslizaron hacia su corbata, aflojándola, y comenzó a desabotonar la parte superior de su camisa.

Se apartó y lo miró.

"¿Está bien esto?" preguntó, viendo un fuego ardiendo en sus ojos.

"Cada deseo que tengas es también mío", repitió sus palabras de la noche anterior, y ella sonrió.

Él besó su sonrisa, su mano encontró sus piernas bajo su falda, y de repente, la levantó con sus brazos, y antes de que pudiera parpadear, se sentó en su regazo, cabalgándolo.

Ella rio, mirando sus ojos azules que brillaban con picardía.

"Me gusta esto", susurró.

"¿De verdad?" Su boca estaba de nuevo sobre la suya, y esta vez era más insistente. Sus manos se deslizaron hacia su espalda y comenzaron a desabrochar su vestido. Lo bajó por sus hombros, tirando del corpiño hacia abajo, exponiendo sus pechos. El corsé no le permitiría bajar más, pero lo que él vio fue suficiente para liberar su deseo. Él sostuvo sus pechos con ambas manos, los empujó hacia arriba y tomó uno de ellos en su boca, luego hizo lo mismo con el otro, besándolos febrilmente, chupando sus pezones uno tras otro.

Ella gimió. Una ola de placer recorrió su cuerpo al verlo tan abierto en su deseo, tan hambriento por ella. Arqueó su espalda, empujando sus pechos hacia la boca impaciente, sus manos deslizándose por su cuello, sus anchos hombros, tratando de cubrir la mayor cantidad de piel posible.

Dejó sus pechos, y su boca subió por su cuello, su mandíbula. Su lengua lamió su lóbulo de la oreja.

"No sabes lo que me estás haciendo, Eva", susurró, ahogándose en su aroma, jadeando en su oído, "pero me vuelvo loco cuando estoy cerca de ti".

Ella capturó sus labios con los suyos en un beso, y su lengua encontró la suya: suave, cálida, exigente. Nunca había sabido que la pasión podía ser así: absorbente, una chispa que se convierte en un incendio, cavando en ella como un tornado, comenzando en su lengua, en su boca y extendiéndose hacia abajo hasta su vientre inferior. Sus manos se aferraron locamente a su cabello, prendas, piel expuesta, se enredaron con los botones de su camisa, luego se deslizaron hacia su ingle, encontraron el bulto bajo las telas y comenzaron a desabrochar apresuradamente sus pantalones.

Sus manos estaban igual de ávidas, presionándola más cerca de él, apretando sus pechos expuestos, luego deslizándose bajo su falda, apretando sus muslos, buscando su cálido núcleo. Temblaba de deseo, levantó sus caderas para ayudarla a bajar los pantalones, y cuando ella tomó su erección en sus manos, él gruñó, envolvió su palma sobre la suya mientras sus manos frotaban su hombría, rígida de deseo. Pero tan rápido como eso, su mano dejó la suya, se sumergió bajo su falda, y sus dedos encontraron sus calzones, se deslizaron dentro de la separación de las telas en el centro, y encontraron su humedad. Cuando la tocó allí, ella pensó que se desmayaría. Gimió en su boca y movió las caderas, balanceándose hacia su palma. La frotó sin ternura esta vez, amasando su sexo bruscamente, deslizando su dedo dentro de su pozo de placer. Y ella gimió. Quería más duro, más áspero, sentía que él podía despedazarla, y encontraría liberación en tal

violencia. Frotó su erección con la misma intensidad, los dos como animales hambrientos, sus manos en los sexos del otro, sus bocas fundiéndose.

Pero no estaban lo suficientemente cerca.

Él sacó sus dedos de su núcleo húmedo, enganchó sus manos detrás de sus muslos, la levantó ligeramente y la empujó hacia su erección.

Ella gritó, más por el placer de la liberación que por su masiva erección que de repente la penetró. Quería más. Su útero anhelaba toda su longitud. Empujó con más fuerza, se hundió más, cada movimiento suyo era un gemido de su boca y un gruñido de él.

Se balancearon el uno contra el otro al ritmo del carruaje, con su sexo dentro de ella, la herramienta curativa para su loco deseo. Ella se molió encima de él, tratando de hundirse más, sintiendo el dolor cuando él alcanzaba su núcleo más profundo pero un placer inmenso al saber que venía de él. Él empujó sus caderas contra ella, tratando de hacer lo mismo. Sus manos se aferraron una a la otra para obtener fuerza para hundirse más profundamente. Chocaron uno contra el otro con la violencia de amantes sin restricciones. Se balancearon con tanta impaciencia como si fuera la última vez. Y cuando ella llegó al clímax, sus gemidos podrían haber despertado a todo el condado de Surrey. Él ya no pudo contener su deseo tampoco. Su gemido, más bajo y animal, se unió al suyo mientras alcanzaba el clímax, olvidando las restricciones, la vergüenza, la timidez mientras su cuerpo era sacudido por la sensación de puro placer.

Permanecieron en un abrazo durante algún tiempo, jadeando en el cuello del otro, sus cuerpos débiles por el éxtasis pasado, pero aferrándose el uno al otro. Ella podía sentir sus pechos desnudos tocando su pecho y deseaba poder quitarse el resto de la ropa para sentir todo su cuerpo con el suyo.

Más tarde.

Lo harían más tarde, pensó ella.

Tendrían mucho más de esto después.

Su mano acariciaba su espalda, la piel desnuda expuesta por el vestido desabotonado, y él deseaba que todos sus días fueran así, con Eva a su lado, en sus brazos.

"¿Te lastimé?" susurró.

"No," ella susurró de vuelta. "Fue perfecto."

Su mano acarició su rostro y lo giró hacia él.

"Tú eres perfecta," dijo, estudiando su rostro: sus mejillas sonrojadas, sus labios hinchados de besos, sus ojos ardientes con ese fuego que apenas unos días atrás había pensado imposible de desatar.

Dile que la amas, se dijo a sí mismo, pero no encontró el coraje.

¿Y si ella no sentía lo mismo?

¿Y si se dejaba llevar por este momento?

Ella estaba por todas partes a su alrededor: sus manos alrededor de su cuello, su perfume en su ropa, el aroma de su sexo en sus dedos.

"Quiero que seas mía," en cambio dijo, acariciando su rostro.

Ella tomó su mano en la suya, la presionó contra sus labios y la besó.

"Lo soy, Sam."

"No puedo soportar pensar en ti con otro hombre, Eva."

"No lo hagas." Ella negó con la cabeza. "No lo haré. Soy tuya, Sam."

"Solamente mía." Sus labios rozaron los suyos.

"Sí," ella susurró y selló su boca con un beso mientras el carruaje avanzaba hacia Londres.

El día que Samuel y Eva regresaron de la mansión, Samuel la dejó en la Belle House y, tan pronto como el carruaje se fue, quiso volver, llevársela consigo y nunca dejarla fuera de su vista. Su mente estaba poseída por las imágenes de ella, del tiempo que habían pasado juntos, lo que él había dicho y lo que ella había respondido.

Fue directamente a ver al Sr. Pugh en la Parroquia de St. Giles. El viaje no fue agradable. La atrocidad de la pobreza que lo rodeaba, la gente viviendo peor que animales, lo hizo hervir de rabia por la injusticia de la estructura social. Pero hizo que sus esfuerzos por salvar a los niños valieran mucho más la pena. Él ya había conocido a los chicos antes, los había seleccionado personalmente. Pero ahora, necesitaba asegurarse de que todo estuviera listo para mañana.

Pero incluso mientras discutía negocios, hacía arreglos, y firmaba los papeles, los recuerdos de Eva parpadeaban en la mente de Samuel y le sacaban una sonrisa que estaba completamente fuera de lugar. Más tarde, en la noche, se sentó en la casa vacía de William Reid, tratando de dar sentido a todo.

Estaba enamorado. Lo había estado desde que Eva Bernal había entrado en el salón ese día semanas atrás.

¿Pero podrían tener un futuro?

¿Ella lo amaba?

¿O era solo otro hombre del que estaba enamorada?

Eran demasiadas preguntas. Quería las respuestas, pero no podía encontrarlas. En dos semanas, volvería a Dorset.

¿O no? ¿Iba a ir con él? ¿Como qué?

Todo era demasiado extraño. Y no había nadie, ni una sola persona con quien hablar. Sus amigos nunca entenderían sus deseos. Ni siquiera estaba seguro de entenderlos él mismo. Pero una cosa sabía: no podía alejarse de Eva, y esa noche se acostó con sus pensamientos sobre ella.

Al día siguiente, un caballero entró en la Belle House. Pidió ver a la señorita Eva Bernal en privado. Gilbert, el portero, le informó que ella no aceptaba clientes.

"No soy un cliente. No revelaré mi nombre, pero es un asunto de gran importancia", dijo el hombre nervioso, y aunque parecía ser de una clase noble y adinerada, Gilbert sabía que no podía permitir la entrada a los hombres sin anuncio previo.

"No sin su nombre, señor", dijo el portero cumplidor, sacudiendo la cabeza.

"¡Señor Turner! ¡Qué sorpresa!" exclamó una voz alegre que pertenecía a nadie más que Bonnie, quien estaba de camino al Gran Salón.

El señor Turner no estaba familiarizado con Bonnie. Sin embargo, ella sabía muy bien quién era el hombre. Quizás por aburrimiento, curiosidad, esperanza de otra intriga, o el hecho de que sabía qué tipo de relación había tenido con Eva en el pasado y esperaba en el futuro, Bonnie decidió tomar las riendas de la situación. Sus intenciones estaban lejos de ser nobles o compasivas. Ella rodeó el brazo del hombre con su mano y lo llevó lejos de la mirada de Gilbert y hacia las escaleras.

"La señorita Eva está en su habitación, señor Turner", dijo Bonnie con la sonrisa más encantadora que pudo lograr mientras lo escoltaba por las escaleras y por el pasillo. "Estoy segura de que estará encantada de verlo. No es necesario anunciarse. No para un hombre como usted", su sonrisa era tan amplia que parecía que su piel se rompería.

Cuando golpeó la puerta de Eva y escuchó su voz, dijo: "Un visitante, señorita", luego se apoyó en la puerta y le lanzó una mirada conspiradora al señor Turner. "De todo de lo que habla es de usted, señor Turner. Tome todo lo que pueda."

Con esto, guiñó un ojo, abrió la puerta para dejar entrar al hombre, casi lo empujó dentro, y la cerró detrás de él con una sonrisa astuta.

El mismo día, Samuel Riley se reunió con los hombres contratados para supervisar a los jóvenes viajeros. Juntos, dieron un paseo a la parroquia y se aseguraron de que los jóvenes estuvieran listos para el viaje. Era un acontecimiento emocionante cada vez, desde que las primeras docenas de niños habían sido trasladados a Greycliff Grange. Samuel sabía que el tiempo pasaría, y conocería a cada chico nuevo por su nombre, aprendería sus personalidades y descubriría cómo encajaban con el resto. Era como conocer a familiares lejanos, un proceso que requería tacto y paciencia.

La mayoría de los muchachos pensaban que Samuel Riley era un patrón más, como los de los hospicios, que tenía la intención de usar y abusar. La mayoría lo demostraba en su actitud. La ira era todo lo que conocían. El odio era todo lo que habían aprendido. Pero Samuel era un hombre lo suficientemente sabio como para tener en cuenta lo que pensaba de los demás sin importarle lo que los demás pensarán de él. Este proyecto lo había convertido en un hombre mejor. Esperaba que los muchachos se convirtieran en mejores hombres, que de otra manera no tendrían mucho futuro ni posibilidades. Los muchachos eran rudos de la calle. Algunos estaban enojados consigo mismos, la mayoría, con otros. Pero aprenderían. Ojalá.

Tal esperanza siempre ponía a Samuel de buen humor. Pero hoy, mientras acomodaba a los niños en los carruajes y finalmente los enviaba a su camino, deseaba que Eva pudiera ver la granja, la escuela, los niños, los primeros en llegar, hombres adultos ahora y asentados con familias. Deseaba poder mostrarle a Eva Greycliff Grange. La idea era excitante y petrificante, y se instaló en su mente mientras se dirigía a la Belle House.

Cuanto más se acercaba, más rápido latía su corazón, como la primera vez que había ido a Belle House para hablar con ella cara a cara. En ese momento, decidió que le contaría sus sentimientos. En este momento, ellos decidirían qué iban a hacer. En este momento, necesitaba que ella le dijera lo que quería.

Con estos pensamientos, entró en la Belle House, asintió con la cabeza a Gilbert y de repente

escuchó la familiar voz aguda.

"¡Samuel Riley! ¡Oh, cómo te he echado de menos desde ayer!

Allí, en la puerta del Gran Salón, estaba nada menos que Bonnie.

No estaba seguro de por qué pensaba que ella seguía en la mansión, pero estaba allí, siempre aquí, como su sombra. Caminaba hacia él y, además de un hermoso vestido, lucía su sonrisa característica que no llegaba a sus ojos fríos.

Sueños, sueños, sueños... La cabeza de Eva estaba llena de pensamientos sobre Samuel y la felicidad de volver a verlo pronto. Había pasado la tarde y la noche anterior reflexionando sobre los eventos en la mansión.

¿Podría ser posible que estuvieran juntos?

La pregunta ocupaba por completo su mente. Así que cuando hubo un golpe en la puerta, todavía estaba sumida en sus pensamientos cuando la puerta se abrió de repente.

La última persona que Eva esperaba ver era Sir Henry Turner.

Sin anunciarse.

Entrando de esta manera.

Ella se levantó abruptamente de la silla y miró al hombre en shock.

"Eva, vine a hablar," dijo él, acercándose lentamente hacia ella.

"¿Quién te dejó entrar?" preguntó en su lugar, su rostro enrojeciéndose de indignación.

Él sonrió.

"¿Importa?"

"Sí, importa, porque no quiero verlo en mi habitación."

"Me ha visto de muchas maneras, y estar en un dormitorio solo trae de vuelta los recuerdos de nosotros juntos."

"Henry, ha pasado mucho tiempo. Años. No hemos estado en contacto..."

"Porque nunca tuve la oportunidad de explicarlo..."

"Explicó lo suficiente en ese día que es difícil olvidar. Dejó muy claro lo que pensaba de mí. Suficiente para que yo me diera cuenta de que cualquier otra interacción sería solo transacciones comerciales."

"Fui un tonto, Eva," dijo él suavemente y dio un paso hacia ella. "Esperaba que me perdonara. Se lo pedí muchas veces. El tiempo que estuvimos juntos fue el más feliz de mi vida. Y en aquel entonces, no podíamos estar juntos, lo sabe muy bien."

Se paró frente a ella, y ella fue transportada de vuelta a los días cuando él, de hecho, la había hecho muy feliz. Incluso años y su separación dramática no podían borrar las noches que habían pasado juntos haciendo el amor y los días que habían pasado conversando. Él era un hombre sabio y el único que, además de los placeres en el dormitorio, le había enseñado mucho sobre la vida.

Quizás él vio sus rasgos suavizarse, porque se acercó a ella y tomó sus manos en las suyas.

"Eva, la amo."

"Henry, por favor no lo haga," suplicó ella, sacudiendo la cabeza.

"Siempre lo he hecho. Usted también lo sabe. Mis palabras pueden haber sido duras, pero mis sentimientos nunca se fueron. Y ahora que soy viudo, y no hay nada que me detenga, quiero que estemos juntos, Eva."

"Es imposible, Henry. Si no es por las palabras que dijo en aquel entonces, entonces por mis

sentimientos hacia usted...”

“Lo sé, lo sé,” la interrumpió. “Sé que no son como los míos. Pero sé que le importo, Eva. Sé que, en aquel entonces, si las cosas hubieran sido diferentes, habría tomado cualquier oportunidad para estar conmigo. Y estoy demasiado amargado porque el destino no nos presentó una mejor oportunidad.”

Tenía razón, por supuesto. Eva había pensado en eso muchas veces. Si él no hubiera estado casado en aquel entonces, se habría casado con él sin pensarlo, tan enamorada estaba de él ese año que habían pasado juntos. Si no hubiera dicho esas palabras duras, incluso ahora, lo habría considerado. Excepto que había un evento que había cambiado su comprensión de hombres y mujeres. Y eso fue conocer a Samuel Riley.

¿Cómo podía conformarse con menos cuando sabía lo que era el amor?

¿Cómo podía aceptar la mediocridad cuando sabía lo que era ser feliz?

El hombre frente a ella era un gran partido. Y aún ahora, tal vez con suficiente persuasión, tal vez con suficiente insistencia, podría pensarlo. Pero Samuel Riley había cambiado todo eso. Ella miró al hombre frente a ella y sintió el afecto olvidado hace mucho tiempo en su tacto, sus palabras, sus ojos que la miraban con amor y calidez, pero no eran los del hombre que amaba.

“Eva,” dijo Sir Turner en voz baja, sus manos apretando las suyas. “No quiero que sea como antes. No quiero lo que tuvimos hace años.”

Ella frunció el ceño, confundida.

Él se arrodilló, y su corazón dio un vuelco al darse cuenta.

“Eva, ¿quiere ser mi esposa?”

Vio su sonrisa mientras lo decía, y había un triunfo en ella, o auto admiración, u orgullo. O algo más que no podía entender del todo.

“Oh, Henry,” cerró los ojos.

¡Lo que no habría dado en aquel entonces por escuchar esas palabras!

“¿Lo hará?” repitió él, pero ella lo tomó de las manos.

“Por favor, levántese, Henry. No...”

“Respóndeme, Eva,” suplicó mientras se ponía de pie.

“No, Henry, no puedo.”

“¡Eva! ¡No diga esto!” exclamó él. “Es diferente. Nunca supe cuánto la amaba hasta que vi a todos esos hombres con usted y quise aplastar el mundo para que fuera mía.”

Su frente se arrugó en el ceño, pero él no prestó atención. Sus manos se deslizaron hacia su rostro, acariciándolo.

“No quiero esconderme más.”

“Henry,” dijo ella, tomando sus muñecas e intentando apartar sus manos, pero él no prestó atención.

“Quiero que todos la vean. En la alta sociedad. Conmigo. Quiero que brille, que resplandezca, que se recree en la admiración de los demás.”

Ella frunció aún más el ceño, dándose cuenta de lo que había escuchado: otro hombre la quería por apariencias.

“Es el mayor premio que alguien podría tener, Eva. Y quiero que sea mía.”

¡Esto era! ¡El premio! ¡Esto es lo que ella era para hombres como él!

Tiró de sus muñecas nuevamente, pero sus manos seguían acariciando su rostro. Su rostro estaba tan cerca que sintió el familiar aroma de él que le recordaba el pasado.

“Eva,” suplicó, sus ojos fijos en los de ella, los suyos llenos de amor, los de ella, de decepción.

Escuchó el chirrido de la puerta, y antes de girar la cabeza, Sir Turner se inclinó.

“La amo, Eva. Y sé que usted también me ama,” dijo y estaba a punto de besarla cuando finalmente ella tiró de sus muñecas, arrancando sus manos de su rostro, y dio un paso atrás, girándose para mirar hacia la puerta, y se quedó helada.

Allí, en la puerta, estaba Samuel Riley.

Era como una estatua.

Inmóvil.

Blanco como un fantasma.

Sus ojos estaban abiertos de par en par en sorpresa, mirándola sin pestañear.

Ella no sabía qué había escuchado o visto o cómo lo interpretó, pero había tanto shock en esa mirada que pensó que su corazón se había detenido.

“Sam,” musitó, sus rodillas débiles por el horror de lo que él podría pensar.

Sus ojos se movieron hacia Sir Turner, quien lo miraba de arriba abajo, luego volvieron a Eva.

“Sam, te explicaré,” dijo más alto y dio un paso hacia la puerta, pero Samuel retrocedió hacia el pasillo. Sus ojos, esos hermosos ojos azules que podrían ahogarla en su profundidad, ahora estaban abiertos como si viera un fantasma. Sacudió la cabeza lentamente, como si no creyera lo que veía, dio otro paso atrás, luego, como si una fuerza invisible lo trajera de vuelta a la realidad, se volvió abruptamente y se fue.

En el pasillo, donde Samuel había estado justo antes, estaba Bonnie. Una sonrisa maliciosa curvaba sus labios, y sus ojos miraban a Eva con rencor mientras levantaba la barbilla. Se dio la vuelta y siguió en la dirección en que Samuel se había ido.

“¿Quién es este hombre?” frunció el ceño Sir Turner.

Eva cerró los ojos y sacudió la cabeza. Luego, como si se diera cuenta de lo que debería haber hecho, se apresuró hacia la puerta y hacia el pasillo.

“¡Samuel!” llamó, corriendo por el pasillo y bajando las escaleras, esperando alcanzar a su amante.

No sabía que Bonnie lo había alcanzado primero, que trotaba detrás de él mientras cruzaba el pasillo.

“Samuel, espera,” dijo Bonnie. “No le toma mucho a Eva. Probablemente ya haya terminado,” dijo suavemente, pero con una sonrisa maliciosa en su rostro. “Espera solo un minuto, y ella también te tomará, ya verás,” siguió parlotando, sabiendo cómo sus palabras se arrastraban en la mente de Samuel Riley, envenenándola.

Él no se detuvo, como pretendía, no miró hacia atrás, sino que pasó de largo a Gilbert y salió por la puerta, dejando a Bonnie detrás de ella.

Eva no pudo hablar con él. Alcanzó a verlo cuando desapareció tras la puerta principal y dio varios pasos rápidos hacia ella, deteniéndose en mitad del pasillo, mirando con desesperación a Bonnie, quien estaba con las manos en las caderas, la barbilla alta.

“Señorita Eva” los labios de Bonnie se estiraron en una sonrisa fea “para alguien que se ha retirado, parece estar demasiado ocupada con los clientes.” Y su risa malvada hizo que el corazón de Eva se hundiera.

“¿Qué has hecho, criatura despreciable?” dijo Eva en voz baja, sintiendo tanto odio que quería desgarrar a la chica. Caminó directamente hacia ella, y un sonido fuerte resonó por el pasillo cuando le dio una bofetada en la cara a Bonnie.

Eva se dio la vuelta y se alejó, subiendo las escaleras, ardiendo de ira, con el corazón latiendo fuerte. Las lágrimas le llenaron los ojos.

Entró en su habitación, olvidando que Sir Turner estaba allí.

“Debe irse,” le dijo, sin mirarlo.

“Eva, no sé qué está pasando, pero...”

“¡Henry!” gritó, haciéndolo encogerse, y se dio la vuelta para enfrentarlo. Trató de contener sus lágrimas, trató de no llorar. “Por favor, váyase. Ahora mismo,” susurró.

La habitación quedó en silencio cuando la puerta se cerró tras Sir Turner, y Eva quedó sola. El silencio era abrumador de repente, como si algo esencial hubiera desaparecido de su vida. Esa cosa esencial era Samuel Riley. No importaba cuánto intentara asegurarse de que volvería, de que lo pensaría y la dejaría explicarse, tenía la sensación de que él había sacado sus propias conclusiones de lo que había visto. Y Bonnie había echado más leña al fuego.

La tarde llegó. No hubo palabra ni señal de Samuel.

Quizás Eva debería haberle dado más tiempo. No había hecho nada malo. Pero la posibilidad de perder al hombre que amaba la puso en un estado de agitación tal que finalmente se sentó en el tocador y escribió una nota.

Quería verlo y explicarle, escribió. No había nada que comprometiera lo que le había prometido antes. Sus sentimientos no la dejarían arriesgarse con algo que él pensara que había visto.

Llamó a la doncella y le entregó la carta, pidiéndole que enviara a un criado a la casa del Sr. William Reid y entregara la carta al Sr. Samuel Riley, solo a él.

Esperó.

Esperó con esperanzas.

Pensó que, al día siguiente, él lo consideraría y buscaría su encuentro.

Pero varias horas después, la doncella regresó. En sus manos, sostenía una carta: la carta de Eva.

“El chico habló con el mayordomo del Sr. Reid, señorita.” La chica se quedó con los ojos en el suelo. “Dijo que el Sr. Samuel Riley se fue apresuradamente.”

“¿Se fue?” frunció el ceño Eva.

“Sí, señorita. Dijo que el Sr. Riley se fue de vuelta a Dorset.”

Si a Eva le preguntaran cuál fue el momento más desgarrador de su vida, no mencionaría la bancarrota, ni la traición de su amante, ni sus primeras semanas en la Belle House, diría que fue el momento en que descubrió que Samuel Riley había dejado Londres.

Nunca se había sentido tan vacía como aquella noche en que se sentó en su habitación en la oscuridad, sumergiéndose en la sensación desesperada de haber perdido la mejor oportunidad para ser feliz. Aún tenía su amor. Por primera vez, supo lo que era querer estar con alguien sin restricciones ni prejuicios. Lo que se sentía cuando tu vida era completamente dominada por una persona. Lo que era estar enamorada. Sí, sabía que estaba enamorada. Durante semanas, ardió en su corazón aún más fuerte, los recuerdos de él, la noche juntos, las promesas que nunca hizo pero que ella había imaginado en su mente. Pero las noches eran solitarias, llenas de tristeza y desesperación por ver al hombre que no tenía oportunidad de ver. Se convenció de que él no la quería en su vida más allá de lo que ella le había dado. ¿Cómo podría haberse ido sin una explicación, sin una oportunidad para decirle que lo amaba, que nadie, ni siquiera el Sr. Turner con su propuesta intempestiva, era tan importante como lo que ella quería estar con Samuel de cualquier manera que él considerara apropiada?

Se había ido.

Quizás, sus afectos fueron efímeros. Los de ella se hicieron aún más fuertes.

Agosto pasó, y sus sentimientos no disminuyeron.

Llegó mediados de septiembre, y se hundió en una miseria total.

Había descubierto lo que era amar, y ahora, durante semanas, sufría por el rechazo. Si él estuviera aquí, en Londres, al menos podría verlo, saber de él. Pero había desaparecido, y el espacio vacío en su corazón parecía convertirse en un pozo oscuro y seco que se hacía más profundo cada día.

No estaba segura de lo que quería y de lo que debía hacer. Había esperado años para llegar a este punto en su vida en el que podía ser libre. Ahora que lo era, la depresión la tragó en un abismo del que no podía salir.

“No hay prisa, señorita Eva,” dijo la Sra. Sharke. “Pero me gustaría saber acerca de sus planes. Tal vez debería quedarse un poco más, hablar con algunos de sus clientes. Después de todo, no tiene ningún lugar a dónde ir.”

Ningún lugar a dónde ir...

Las palabras resonaron dolorosamente en la mente de Eva. Siempre había pensado que podía hacer cualquier cosa e ir a cualquier lugar. Pero con Samuel fuera, también se había ido el deseo de hacer cualquier otra cosa. ¿Cómo podía su vida reducirse a estar tan absorbida por una

persona que sin él se sentía perdida? ¿Ella, Eva Bernal?

Habló con Lady Edith.

La mujer mayor escuchó pacientemente la historia de Eva con una sonrisa comprensiva. Cuando Eva terminó, Lady Edith quiso hacer un comentario ingenioso, pero la vista de su joven amiga con los ojos vacíos llenos de lágrimas le hizo cambiar de opinión. Nunca había pensado que vería a la fuerte y decidida Eva Bernal tan afectada por un hombre.

“Eres una mujer sabia, Eva,” dijo finalmente Lady Edith. “Te diría que lo olvidarás, pero no lo harás pronto. Hay dos opciones.”

Eva la miró como esperando una respuesta que pudiera traerle salvación.

“Una es hundirte en la miseria durante varios meses más, a lo sumo un año,” dijo Lady Edith. “Sí, querida, esto pasará.”

Eva asintió, bajando los ojos.

“La otra opción es tomarlo en tus manos.”

Los ojos de Eva se clavaron en su amiga, a lo que esta última levantó una ceja.

“Tienes los medios para dejar esta ciudad. ¿Sí?” preguntó la mujer mayor, y Eva asintió. “Nunca tuviste miedo de enfrentar tus miedos. ¿Me equivoco?” Eva asintió, sin entender. “Entonces, si te importa mi opinión, esto es lo que debes hacer, querida.”

Y Lady Edith dio a Eva un consejo tan audaz pero tan simple que hizo reír a Eva asombrada.

Lady Edith era una mujer sabia. Había dado muchos consejos en su vida. No siempre los seguía ella misma, porque a veces eran demasiado audaces incluso para ella. Pero podrían funcionar para Eva. Porque incluso Lady Edith en su juventud no había tenido ni una pizca del coraje que Eva Bernal poseía.

Esa noche, Eva se quedó junto a la ventana de su habitación, recordando las historias de Samuel que le había contado, y la conversación con Lady Edith la golpeó como un rayo. Era tan inusual, tan simple, sin perspectivas, pero tan inspiradora que su corazón comenzó a latir violentamente.

¡Tyme, Dorset! ¡Por supuesto!

¡Iba a ir a Tyme!

El pueblo del que Sam le había hablado.

El pueblo en el que había pasado tanto tiempo de niño.

El lugar que tenía Greycliff Grange y la vista de cien millas.

El pensamiento casi le sacó lágrimas.

¿Por qué no?

Podría alquilar un lugar pequeño y mantener a un sirviente. Podría prescindir de una doncella o un carruaje. Después de todo, no era Londres. No tenía que mantener la apariencia, especialmente en un pueblo donde nadie sabría quién era. Podría viajar más lejos por la costa.

La perspectiva de tener una nueva vida hacía que su corazón se acelerara de emoción. Se fue a la cama, soñando con el lugar, y cuando se despertó por la mañana, el sueño todavía estaba allí. No se debilitaba, no parecía absurdo a la luz del día. Al contrario, por primera vez en semanas, Eva se sintió alegre.

Ese mismo día, fue a la biblioteca para investigar el pueblo y sus registros históricos.

Al día siguiente, reservó un asiento en una diligencia.

Y en una semana, Eva Bernal dejó la Belle House.

El viaje a Dorset fue el más desaliñado que Eva había hecho. Pero tan emocionada estaba por dejar la ciudad, tan asustada por lo que vendría, tan ansiosa por estar en un lugar donde pudiera estar sin ser reconocida que ni siquiera las quince horas en la diligencia la molestaron. Tampoco le importó tener que viajar de noche sin luces y rodeada de desconocidos. Al contrario, se encontró emocionada con el nuevo paisaje afuera y las perspectivas de estar en un lugar nuevo. No llevó a su doncella, porque no quería a nadie a su alrededor que le recordara su pasado. Podría ser como cualquier otra persona. Por primera vez en mucho tiempo, este pensamiento la hizo feliz.

Al llegar a Tyme, encontró fácilmente el hospedaje al que había enviado un aviso una semana antes. Estaba tan exhausta por el viaje que no se aventuró afuera. Tuvo una cena modesta en el restaurante de la posada, luego se retiró a su habitación y pasó una hora junto a la ventana abierta. La posada estaba ubicada a dos calles de la orilla, justo en lo alto de la colina, y la ventana ofrecía una vista encantadora de los tejados de las casas antiguas, las aguas abiertas debajo de ellas, las nubes dispersas en el cielo como plumas, y el sol hundiéndose detrás del horizonte al oeste de la ciudad.

Eva se quedó junto a la ventana, estudiando el exterior hasta que oscureció y ya no pudo ver nada más que el suave cono del faro en lo alto del acantilado. Se sentía ansiosa pero no asustada. Estaba sola, pero no solitaria. Estaba inusualmente tranquila, los únicos sonidos afuera eran los de las gaviotas y la gente ocasional. Justo como Samuel lo había descrito. Nada como Londres con sus cientos de personas despiertas en todo momento del día y de la noche.

Eva no extrañaba la gran ciudad. No estaba segura de cuánto tiempo se quedaría en este pequeño pueblo y si había algo aquí para ella, pero ya se sentía como un nuevo comienzo. Con estos pensamientos y una sonrisa en su rostro, se quedó dormida en un pequeño pueblo en el suroeste de Inglaterra que no tenía mucho más que los recuerdos de su amado.

Los paisajes del condado de Dorset eran relajantes. Esa era la palabra que vendría a la mente si uno tuviera que describirlos. La ciudad de Tyme era una hermosa mota en el borde de su inmensidad. Situado justo en el agua, al pie de la colina que se extendía hacia la costa rocosa, era un pequeño y hermoso lugar con una población de no más de dos mil habitantes. Las calles eran estrechas, pero siempre limpias y empedradas en algunos lugares. Los residentes se encargaban de garantizar el bienestar, ya que, a diferencia de Londres, la ciudad les pertenecía a ellos, no al revés.

Todo en él era encantador. Las casitas apiladas una encima de la otra en la colina. La hipnotizante bahía azul. Las cumbres de la iglesia y los tejados de los edificios más altos que asomaban al manto de las nubes semitransparentes que cubrían siempre el cielo y las colinas más allá de la ciudad. En cualquier día, nublado o soleado, si tomabas un bote en la bahía, los coloridos edificios se podían ver desde lejos en el agua. El lugar era, en efecto, una perla en el vasto y sereno paisaje de Dorset.

Si Eva se hubiera encontrado en esta ciudad en cualquier otro momento, no le habría dado mucho crédito, pensando que era aburrida en comparación con el exuberante paisaje de Kent o la magnífica arquitectura de Londres y sus alrededores. El lugar era ridículamente pequeño, el paisaje tranquilo y el entretenimiento inexistente. Con sólo unas calles y los residentes que, sin duda, se conocían de vista, la habría declarado inferior a Londres en todos los aspectos y se habría aburrido varios días después. Pero tan pronto como llegó a la ciudad, se enamoró de ella, probablemente por la única razón de que en algún lugar estaba Samuel Riley. Y aunque tal vez nunca lo volviera a ver, el saber que era posible, tanto amor y el sentimiento de tenerlo a su lado, hicieron que su corazón se llenara de gratitud por haber conocido al hombre. El hecho de que esta ciudad formara parte de su memoria, de sus historias, de su infancia, la hacía más preciosa que las luces, la riqueza y la grandeza de Londres.

Durante la semana siguiente, Eva caminó por la ciudad, explorándola, a diferencia de Londres, a pie. Disfrutaba del aire del mar, de la vista de las colinas detrás de la ciudad y de los acantilados a lo lejos, al oeste y al este. Los primeros días, caminó tanto que se le llenaron los pies de ampollas y tuvo que ir al zapatero local para que le hicieran un nuevo par de zapatos y botas, porque ya había decidido que se quedaría en Tyme durante la temporada de frío. Tyme era tan

diferente, tan risueñamente pequeña, pero dondequiera que mirara, en cualquier par de ojos inquisitivos que viera mirándola, no había ni una pizca de reconocimiento.

Finalmente, ella era una mujer más.

Finalmente, su fama no la seguía.

Finalmente, cuando los hombres la veían, no calculaban en sus mentes cuánto les costaría conseguirla.

Finalmente, era libre.

Una semana después de su llegada, se instaló en la parte más septentrional de la ciudad. Era el segundo piso de una casa de campo, uno de los varios edificios de este tipo construidos en la última década y llamados Hills Residences. Hizo arreglos para una sirvienta, que también era cocinera, y quedó bastante satisfecha. Podía arreglárselas sin una doncella de dama ni nada más.

Aunque las habitaciones de su nuevo alojamiento eran pequeñas, la cabaña en sí estaba muy por encima del resto de la ciudad y daba al sur, a la costa y a la bahía. El sol, cuando salía, iluminaba brillante y alegremente en la ventana durante la mayor parte del día, y en los días sombríos, podía ver las tormentas que se avecinaban en el agua.

Otra semana después, hizo su primera amistad. Durante uno de sus paseos, se detuvo para hablar con una señora que resultó ser su vecina varias cabañas más abajo. Se unieron para dar un paseo y dos horas más tarde, eran las mejores amigas y acordaron que Eva iría a su cabaña para cenar.

La señora Isabel Kearney, como se presentó la mujer, tenía poco más de cuarenta años y estaba casada con el señor John Kearney. La pareja ocupaba toda la cabaña, que estaba decorada con gusto y estilo. El Sr. Kearney, algo mayor, había ocupado un pequeño puesto en Taunton hasta su lesión y jubilación anticipada. Su hija tenía dieciocho años y acababa de ser "casada con éxito con un joven con una buena posición en Exeter", pero a pesar de estar felices de haber establecido a su hija, la pareja sentía que a la casa le faltaba energía. Al enterarse de que Eva había vivido en Londres toda su vida y estaba agradecida por la falta de energía en Tyme, levantaron las cejas sorprendidos.

"¿Por qué ha sido desterrada a un lugar como Tyme, señorita Bernal?" dijo el señor Kearney con una risita.

Eva se rió alegremente.

Les contó sobre la muerte de su esposo, por supuesto, y vio el horror en sus ojos.

"Hace ocho años", agregó.

La señora Kearney asintió en señal de comprensión.

"Al menos le dejó los medios para vivir cómodamente", dijo Kearney. Aunque uno podría preguntarse por qué una mujer de su belleza y elegancia no se volvió a casar.

Eva se limitó a sonreír. Era curioso lo sencilla que era la gente en los pueblos pequeños. Apenas la conocían, pero ya se estaban gestando preguntas y teorías en sus mentes.

"Elegí no hacerlo", dijo con una sonrisa educada. "Y Londres es una ciudad cara. Para mantener la apariencia y el estilo, entienden, se requiere una gran inversión y... más energía de la que estoy dispuesta a dar". Ella soltó una risita. "Así que decidí viajar".

"Viajar..." repitió el señor Kearney en voz más baja, pero no dijo nada más.

Los Kearney parecían ser una pareja agradable. La esposa era atenta y de buen humor. A su marido no le faltaba sentido del humor. Y Eva esperaba entablar una amistad con ellos, ya que aún no conocía a una sola persona en la ciudad.

"Señora Kearney" dijo alegremente, "cuénteme más sobre la ciudad. No me he aventurado más allá de sus calles, pero estaría encantada de hacerlo. Quizás, algún día pueda hacerme

compañía”.

“¡Por supuesto! ¡Estaría encantada!”, exclamó la señora Kearney. Era una mujer humilde, bastante sencilla, pero de un trasfondo sólido. Estaba emocionada de conocer a una nueva persona, especialmente a una hermosa dama de Londres. No podía esperar para presentarla al círculo social de Tyme y llevarla al baile de Navidad que estaba a solo unos meses de distancia. En lo profundo de su corazón, sintió una sensación de cariño por esta nueva mujer. El comportamiento tranquilo de Eva era apropiado para Tyme. Su actitud humilde era inusual para lo que la señora Kearney consideraba de los londinenses. Y la tristeza ocasional que se apoderó del rostro de Eva hizo que la señora Kearney se preguntara si tal vez había otras razones para que esta hermosa y elegante mujer abandonara Londres.

“Debe haber algo que hizo que una mujer como la señorita Bernal abandonara la ciudad y viajara a un lugar pequeño y apartado”, le dijo la señora Kearney a su esposo antes de retirarse a la cama cuando los dos discutieron con entusiasmo sobre el nuevo conocido.

“Por lo general, es un escándalo o una tragedia”, sugirió Kearney, un hombre más sabio y de mente abierta. “Pero puede ser pura curiosidad. Por supuesto, cuando uno no tiene mucho para vivir, debe sucumbir a formas más modestas”. Miró a la señora Kearney y frunció las cejas. “Ella tiene la educación y el estilo, sin duda. Pero no había carruaje y solo una sirvienta. Seguramente, Tyme es mucho más económico que cualquier gran ciudad. Especialmente para una mujer que *decide* no volver a casarse. ¿Escuchaste eso?”

El señor Kearney miró a su esposa con curiosidad.

“Tienes razón, querido”. Ella asintió en respuesta.

“¿Y hay algo que te parezca extraño acerca de ella?” preguntó, y su esposa lo miró con anticipación, como si algo inusual o extraordinario añadiera suspenso a su tranquila vida.

“Estuvimos dos horas hablando, sin embargo, la señorita Bernal no expresó el más mínimo deseo de averiguar quién es quién en un círculo social pequeño pero estrecho de Tyme. Algo extraña para ser londinense”, dijo.

El Sr. Kearney le dio a su esposa una sonrisa traviesa.

“Hm”. Ella lo contempló.

“Si va a quedarse aquí por un tiempo, lo haría. Pero ni una sola pregunta”, agregó el Sr. Kearney. “Hm-hm-hmm”.

“Bueno, sea lo que sea, me cae realmente bien”, concluyó la Sra. Kearney la conversación. “Estoy segura de que con el tiempo descubriremos más sobre ella. Espero que se quede mucho tiempo. Me parece una persona encantadora”.

Ambos pensaron en su nueva conocida por un rato. Pero entre muchos pensamientos, una cosa estaba clara: se sentían halagados por ser ellos quienes presentarían a la hermosa desconocida a su círculo de Tyme.

.

Pasaron dos semanas. El clima costero se estaba volviendo impredecible. Era octubre y los vientos se volvían más fríos. El océano se volvió más tormentoso. Las lluvias fueron más frecuentes, prolongadas y copiosas. Las chimeneas funcionaban casi constantemente, pero eso solo complacía a Eva. De alguna manera, lejos de la gran ciudad, donde todo le recordaba su pasado, su trabajo, el amor que había perdido, se sentía liberada y en paz. Todavía le dolía el corazón por Samuel, pero en Tyme, se sentía como una persona nueva, y con ello, alivió el dolor de lo que había sucedido.

En poco tiempo, su amistad con los Kearney se hizo más fuerte. Para el deleite de la otra, Eva y la señora Kearney encontraron que tenían mucho en común. Podían pasar horas hablando, y sus reuniones se convirtieron en un asunto casi cotidiano. Se llamaban por su nombre de pila, tomaban el té de la tarde juntas y disfrutaban tanto de la compañía de la otra que incluso el señor Kearney expresó sus celos a su esposa una noche.

"Siento que te estoy perdiendo por un amante", dijo en broma, a lo que la señora Kearney solo se rio.

"Ah, John, no creo que haya conocido a una mujer más sana, sabia e increíblemente de buen corazón en mi vida", respondió.

"Querida, ya veo que estás enamorada".

"De verdad, John. Nunca he tenido una hermana. Pero conocer a Eva Bernal se siente como si tuviera una."

"Bueno," dijo el Sr. Kearney, levantando una ceja, "siempre y cuando yo siga siendo tu esposo y tu persona favorita."

"Tonto," dijo ella y rió felizmente.

El Sr. Kearney a menudo miraba a las dos mujeres y estaba agradecido de que el destino hubiera traído a Eva Bernal a su pueblo, porque cualquier cosa que hiciera reír a su esposa era una bendición.

Los paseos por la ciudad se volvieron bastante habituales entre Eva y la Sra. Kearney. Ocasionalmente, tomaban un carruaje hacia el este o el oeste de Tyme, bajaban en una playa y daban un paseo por la orilla. En una ocasión, Eva se quitó las botas y caminó descalza, riendo alegremente, aunque temblando de frío, adentrándose en el agua y huyendo de las olas.

"Estoy siendo tonta. No me hagas caso, querida Isabel," dijo Eva con una sonrisa, envolviendo su mano alrededor del brazo de su amiga.

A la Sra. Kearney no le importaba en absoluto. Se había encariñado mucho con esta encantadora mujer, cuya alma era tan amable como sus ojos que parecían iluminar todo lo que

miraban. Había algo peculiar en la mujer, pensaba la Sra. Kearney, alegre, espontánea, dispuesta a hacer cualquier cosa y lista para cualquier aventura como si se hubiera liberado de algo. Sin embargo, ocasionalmente, Eva se perdía en sus pensamientos y la Sra. Kearney notaba una película vidriosa sobre sus ojos. En momentos como este, ella tocaba suavemente el brazo de Eva.

"¿Estás bien, querida?" preguntaría, y aunque Eva siempre asentía y la rechazaba con un gesto y una risa tonta, la Sra. Kearney sentía que, si no hubiera nadie alrededor, Eva rompería a llorar.

En una ocasión, Eva mencionó la vista de cien millas.

"¿Te refieres a los Acantilados Grises?" preguntó la Sra. Kearney sorprendida. "¿Cómo supiste de eso?"

Eva encogió los hombros.

"Pertenece a las propiedades de Riley," explicó la Sra. Kearney. "Hay un camino que atraviesa sus campos y llega directamente a los Acantilados. Los cuidadores, por supuesto, no se molestan. ¡Pero claro! Podemos ir allí un día. El lugar no tiene mucho realmente, solo leyendas y cuentos olvidados. Pero la vista es grandiosa."

No pasó mucho tiempo para que los Kearney recibieran la sorpresa de su vida y se intrigaran aún más con la misteriosa señorita Bernal.

Era uno de los paseos habituales de Eva y la señora Kearney antes del mediodía de un día. Se les unió el Sr. Kearney y tomaron el camino hacia la Iglesia de San Miguel Arcángel, ubicada en la parte este de la ciudad. Planearon hacer un círculo alrededor de su jardín, luego regresar a Broad Street y detenerse en la floristería para ver si tenía las flores que la señora Kearney había pedido una semana antes.

El aire era fresco. La brisa marina era más fuerte aquí, ya que la iglesia estaba a solo cien metros de la orilla y no estaba protegida por ningún edificio.

Eva y los Kearney charlaban animadamente. El señor Kearney acababa de dar una lección de historia a Eva, y los tres salieron de detrás del jardín a la calle y la cruzaron para ver mejor las figuritas recién instaladas que daban a la bahía cuando un carruaje de caballos llamó la atención de la señora Kearney.

"¡Oh, Dios mío!" exclamó y se detuvo, tirando del brazo del Sr. Kearney por su manga.

"El joven Riley está en la ciudad. No lo he visto en un tiempo", dijo su esposo con un gesto de cabeza.

Los dos no prestaron atención a Eva, quien se puso blanca como la tiza, sus ojos fijos en el carruaje. Se sintió ensordecida por el sonido del nombre, paralizada por el pensamiento de que Samuel Riley podría estar en algún lugar cercano, tan cerca de ella. Una ola de calor le recorrió el cuerpo y sintió su vestido pegado a su piel, cubierto de sudor.

"Me pregunto qué lo trae a la ciudad", murmuró el Sr. Kearney entre dientes.

"Bueno, ¡aquí está él!" exclamó la Sra. Kearney cuando un hombre salió de la iglesia y se dirigió hacia el carruaje.

Eva sintió que sus rodillas se debilitaban.

No había error.

Podía reconocerlo entre una multitud.

Conocía su andar mejor que nadie. Si no fuera que era un hombre alto y grande con una barba inconfundible, aún lo vería entre millones de personas. En ese momento, llevaba un abrigo oscuro que hacía que su figura pareciera aún más imponente.

Eva tragó saliva, pero no pudo apartar la mirada de él, deseando que él la mirara. Quería que estuviera más cerca, era casi una necesidad física, como ansiar aire bajo el agua.

"Salúdalo", susurró la Sra. Kearney a su esposo mientras Eva permanecía junto a ellos, incapaz de apartar la mirada.

"Está bien, querida, el hombre tiene cosas que hacer", dijo el Sr. Kearney en voz baja. "Ni siquiera nos conoce".

"No importa", susurró ella. "Oh, no seas tan tímido".

Eva se quedó congelada, incapaz de moverse, de respirar, deseando que el Sr. Kearney hiciera algo.

"¡Buen día, Sr. Riley!" gritó el Sr. Kearney, cediendo ante la insistencia de su esposa, y Eva pensó que su corazón explotaría al oír el nombre.

Al otro lado de la calle, Samuel Riley giró la cabeza en su dirección, y el Sr. Kearney se inclinó ligeramente y se quitó el sombrero.

Samuel Riley correspondió el gesto, escudriñando el grupo, cuando de repente, frenó su marcha y se detuvo.

"Oh, mi Señor", susurró la Sra. Kearney. "¿Va a venir a hablar con nosotros?" Agarró el brazo de su esposo emocionada y sonrió ampliamente, observando cómo Samuel Riley caminaba lentamente en su dirección. Solo cuando el hombre estaba a mitad de la calle, ella se dio cuenta de que no los estaba mirando. Sus ojos estaban fijos en Eva. Y cuando la Sra. Kearney se giró, perpleja, hacia su compañera, vio a la joven mirando fijamente a Samuel Riley. Un familiar film vidrioso estaba sobre sus ojos, y un pensamiento impactante entró en la mente de la Sra. Kearney: Eva Bernal y Samuel Riley se conocían.

Había una cosa en la que Eva estaba equivocada. Y es que el afecto de Samuel Riley era algo menor que el de ella.

Todo lo contrario.

Si Eva estaba en paz con su destino, habiendo aprendido con el tiempo a aceptar las circunstancias de la vida, Samuel Riley pasaba por un tormento cotidiano.

El día era soportable. Podía ocuparse de la caza, de la pesca, de la tierra. Había asuntos que manejar. Había un sinfín de invitados y visitas. Y entre sus propiedades, había muchas cosas que supervisar y cuidar. Pero por la noche, tan pronto como se encontraba solo, la sensación de vacío en su vida comenzó a envolver sus garras alrededor de su corazón, apretándolo con tanta fuerza que a veces le costaba respirar.

Trató de pasar más tiempo en Greycliff Grange, porque era un lugar sencillo y le recordaba menos a Londres. En la granja, en el campo, montando a caballo, pasando tiempo en la escuela y en las tiendas de artesanía, Londres parecía un recuerdo lejano, tal vez un sueño. El alojamiento era sencillo, por decir lo menos. Los sirvientes no eran tan eficientes. Pero estaba contento de alejarse de sus primos que lo visitaban con sus familias. Los amaba mucho, pero su mente estaba tan preocupada por los asuntos del corazón que no quería a nadie cerca. Y Greycliff Grange era el lugar más tranquilo.

Samuel era un hombre sencillo de corazón. Habiendo crecido dividiendo el tiempo entre Greycliff Grange y Dorchester Estate, aprendió a apreciar ambos. Greycliff Grange, precisamente por su sencillez, la capacidad de despojarse del manierismo y la etiqueta, comer la misma comida que los plebeyos y en la misma mesa con ellos, como hacía a menudo en la escuela y en las granjas. Podía unirse fácilmente a los granjeros en su trabajo diario, se encargaba de pasar por alto los asuntos de sus propiedades, leía los informes y, a menudo, cabalgaba solo hasta las granjas para hablar con los lugareños. Si entre la gente de su rango se le consideraba excéntrico y de mal gusto, entre los campesinos y los obreros suscitaba respeto y admiración.

Este era el lugar donde Samuel había pasado los años de su "templado", el Sr. y la Sra. Harshaw, sus cuidadores. Eran personas trabajadoras y de buen corazón, y Samuel las consideraba familia. Cuando sus padres fallecieron, y los Harshaw, de hecho, se convirtieron en las personas más cercanas que tenía, a excepción de sus primos, les regaló Greycliff Grange.

Hasta el día de hoy, era su lugar favorito.

Esto y la escuela en la que puso todo su corazón. Desde que se había marchado de Londres hacía casi tres meses, tan abruptamente y con la mente angustiada, nada le distraía más que pasar tiempo con los niños, o visitar a los mayores y sus familias, o planificar el nuevo edificio de la escuela. Como si reparar la vida de otras personas pudiera de alguna manera someter el dolor de la suya rota. Porque cuando no estaba ocupado en algo, en cualquier cosa, en realidad, su mente le traía las imágenes de Eva, lo que habían tenido y cómo había terminado. A veces, se sentía abrumado por la amargura, dibujando las imágenes de ella en el abrazo de otro hombre, recordando la promesa rota de ser suya. Imágenes como esas lo acosaban con la desesperación, la injusticia de todo, el hecho de que su vida era así: perder a las personas que amaba.

Se disponía a escuchar su orgullo, pero más a menudo lo atormentaba el arrepentimiento. Tal vez había entendido mal lo que había visto en su habitación de la Belle House. Quizás más que nada, su mente se vio afectada por las palabras de Bonnie, sus comentarios malvados. ¿Por qué había escuchado? ¿Por qué le había creído? Probablemente no había nada que pusiera en duda el afecto de Eva.

Entonces, ¿por qué no había esperado?

¿Por qué no había regresado al día siguiente?

¿Por qué no la había dejado explicarse?

A veces, estos pensamientos lo volvían loco, y estaba listo para viajar a Londres, buscar a Eva y hablar con ella. Luego se detuvo, pensando que todo era una tontería. Estaba seguro de que había encontrado a un hombre. Una mujer como ella no se quedaría sola por mucho tiempo. Los celos se introducían en su corazón, lo arañaban lentamente, le hacían picar, y luego se hacían más grandes. No importaba lo que hiciera o pensara, no importaba cuántas veces se dijera a sí mismo que la olvidaría, que era algo pasajero, todo resultó estar mal. Eva nunca se había apartado de su mente. Ella había hecho su hogar en su corazón y se quedaba allí con él cada minuto que estaba despierto, despertando con él a cada nuevo día y era lo último que tenía en mente antes de irse a la cama. Ella lo perseguía. Era un fantasma que le recordaba a ella cada vez que pensaba en otra cosa. Pero si los fantasmas eran tan hermosos como Eva Bernal, Samuel Riley quería vivir en una tierra de fantasmas para siempre.

Era una mañana fría pero soleada cuando Samuel salió del edificio de la iglesia en Tyme. Había ido a la ciudad para hablar con el pastor Joseph Beecher sobre la nueva escuela que estaban construyendo en la finca y los servicios dominicales para los niños. Estaba camino a su carruaje cuando escuchó que llamaban su nombre y giró la cabeza.

Una pareja de unos cuarenta años, a quienes reconocía de algún lugar anteriormente, estaban al otro lado de la calle. Asintió y se tocó el sombrero. Sus ojos se posaron en la mujer que estaba junto a ellos, y se quedó helado.

Pensó que era un error.

No podía ser.

De repente, sintió que hacía cien grados afuera. Miró fijamente a la mujer con tanta

intensidad que le dolían los ojos.

Eva...

Sus ojos no podían creerlo.

No se dio cuenta de que había comenzado a caminar hacia ella, lentamente, sin parpadear, preguntándose si, tal vez, era alguien tan parecido a ella.

Pero ¿cómo podría haber alguien como Eva?

Su mente estaba dando vueltas.

Su corazón latía tan fuerte que pensó que saldría disparado de su pecho.

La sangre le corría a los oídos.

Tenía la garganta seca.

Siguió caminando lentamente, sin poder apartar la mirada, y cuanto más se acercaba, más inequívocos eran ellos: sus hermosos ojos oscuros mirándolo también. No le importaba con quién estuviera, no prestaba atención a lo que alguien pudiera pensar de él acercándose a una mujer sin una indicación por su parte. Todo lo que veía era a Eva parada en el costado de la calle. Sus ojos lo atrajeron como imanes. Esperando. Indagando. Fijos en los suyos.

Se detuvo a solo unos metros de ella, y durante varios segundos, no dijeron una palabra, sus corazones latían al mismo ritmo violento.

La Sra. Kearney apretó el brazo de su esposo, le dio una mirada sorprendida y miró a Samuel Riley, quien parecía no ver a nadie más que a su joven conocida.

Eva se movió.

"Sr. Riley," dijo, apenas audible, sin apartar sus ojos de él.

"Señorita Eva," respondió, y justo en ese momento, dándose cuenta del protocolo, volvió su mirada a los Kearney.

"Señora. Señor." Asintió.

Incluso si los Kearney querían disipar la tensión, estaban demasiado sorprendidos para hacer o decir algo.

Tanto Eva como Samuel intentaron decir algo al mismo tiempo y se detuvieron. Una sonrisa titubeante apareció en el rostro de Eva.

"El Sr. y la Sra. Kearney son amigos míos," declaró, mirándolos pero volviendo a mirar a Samuel.

"Encantado de verlos," dijo él.

"En efecto, Sr. Riley," dijo el Sr. Kearney tímidamente.

"Creo que nos hemos conocido antes," dijo Samuel suavemente, y los Kearney asintieron felizmente, aunque sabían perfectamente que sus palabras eran solo una cortesía.

Hubo otro momento de silencio incómodo mientras Samuel y Eva permanecían de pie, con sus corazones latiendo desbocados, sus ojos fijos.

"¿Cómo está Greycliff Grange, Sr. Riley? ¿La escuela?" preguntó el Sr. Kearney, tratando de romper la incomodidad y alejar los ojos de Samuel de Eva.

Y Samuel habló, contándoles con gusto sobre el proyecto de la escuela. Todos en Tyme conocían a Samuel Riley, así como a sus padres y abuelos. Era una persona respetada y admirada. Fue justo en el Baile de Navidad anterior que los Kearney habían visto a Samuel Riley e introducido a su hija con la esperanza de captar su atención. Pero nada lo había hecho cambiar de idea desde la muerte de su esposa y su hijo hace una década.

Pero ahora, Samuel Riley estaba parado incómodamente frente a ellos. Y la Sra. Kearney no era ciega. No solo entendía perfectamente que Samuel Riley no los recordaba, sino que estaba cristalinamente claro que él y la misteriosa Eva Bernal se conocían bastante bien. Solo una

persona ignorante no notaría esta extraña energía entre ellos.

¿Pero cómo?

¿Cuándo?

Samuel respondió todas las preguntas que le hizo el Sr. Kearney, hablaron trivialidades sobre la ciudad y el nuevo servicio de barcos que estaban introduciendo. Samuel estaba mucho más amigable que en el baile del año anterior. De hecho, era demasiado cordial, haciendo preguntas como si no quisiera separarse de ellos.

Samuel no lo quería, por supuesto.

Estaba frente a desconocidos y ella, la mujer con la que había pasado innumerables noches sin dormir pensando. Ella estaba frente a él, hermosa como siempre, tan lejos de Londres y aquí, en el lugar más improbable.

"El Sr. Riley y yo nos conocimos en Londres este verano," dijo Eva, tratando de forzar una sonrisa y mirando a sus compañeros.

"¡Oh! ¡Qué maravilloso!" exclamó la Sra. Kearney.

"¡Qué peculiar que se encuentren aquí, en este pequeño pueblo!" dijo el Sr. Kearney, y su esposa apretó dolorosamente su brazo.

Pero Samuel no respondió. No pudo evitar mirar a Eva, perdido en su cercanía embriagadora, su presencia que podía sentir con cada célula de su cuerpo.

"No sabía que estaba de visita," le dijo a ella. "¿Se quedará mucho tiempo?"

"Por un tiempo, sí." Ella sonrió. "Tomé habitaciones en las Residencias Hills."

Asintió, y su corazón comenzó a latir más violentamente.

Eva estaba en Tyme.

"¿Estará en la finca por mucho tiempo, Sr. Riley?" preguntó la Sra. Kearney.

"Yo..."

Samuel tenía planeado irse en una semana a Dorchester, pero ahora se quedó desconcertado, sin querer dejar el pueblo.

"No estoy seguro todavía." Sonrió con vacilación. "Hay mucho que hacer. Una nueva escuela. Podría llevar algo de tiempo."

"Ya veo," dijo la Sra. Kearney y miró a Eva, quien no parecía notar nada a su alrededor, sino que miraba, como hipnotizada, a Samuel Riley. La cara de la Sra. Kearney se suavizó en una sonrisa, y sus ojos se iluminaron con un destello intrigante.

"Sr. Riley. Estábamos planeando una cena el próximo fin de semana," dijo ella.

"¿Lo hacíamos?" repitió el Sr. Kearney con vacilación y lanzó una mirada de sorpresa a ella.

Ella apretó su mano para mantenerlo en silencio. "Un pequeño grupo de amigos," continuó, "y la señorita Eva, por supuesto, ya que no conoce a nadie aquí todavía." La sonrisa de la Sra. Kearney se hizo más grande mientras Eva la miraba con sorpresa. "Es un hombre ocupado," continuó la mujer. "Pero, quizás, ¿le gustaría unirse a nosotros?"

El Sr. Kearney carraspeó, y la Sra. Kearney apretó aún más su brazo.

Eva levantó sus ojos hacia Samuel.

Lo miró, y había el mismo amor en sus ojos que en Londres.

El corazón de Samuel comenzó a latir aún más rápido. Su temperatura pareció subir un nivel, y de repente, el frío día de octubre se sintió tan caliente como uno de verano.

¿Cómo pudo haberla dejado?

¿Cómo pudo haber dudado?

"Sí. Me encantaría," se escuchó a sí mismo decir y miró a la Sra. Kearney con una sonrisa ausente, asintiendo. "Sería encantador."

"¡Oh!" exclamó la Sra. Kearney, emocionada por tal noticia. "¡Estaremos encantados de recibirlo, Sr. Riley!" dijo, pensando que tenía poco tiempo para prepararse para la cena, pero que valdría la pena.

Mientras tanto, Samuel sintió como si recibiera una invitación a la fiesta de su vida. Eva iba a estar allí, y eso fue todo lo que escuchó.

Unas cuantas palabras más, y se separaron.

Los Kearney y Eva continuaron caminando.

"Qué sorpresa, señorita Bernal. Nunca nos dijo que conocía al Sr. Riley," dijo el Sr. Kearney, perplejo.

Eva murmuró algo en respuesta, su corazón listo para explotar con una serie de emociones.

"¿Sabía que el Sr. Riley era de Tyme antes de venir aquí?" insistió el Sr. Kearney.

"Tss, querido, la señorita Bernal probablemente lo olvidó," le dio un codazo a su esposo.

"¿Olvidó?" exclamó él con un brillo en los ojos. "¿A Samuel Riley?"

"Yo... Es... Realmente, es una larga historia..." Eva intentó elegir las palabras, pero se le atascaron en la garganta, y apartó la mirada, caminando justo un paso delante de ellos, escondiendo su rostro.

"Samuel Riley. Mira tú," dijo el Sr. Kearney con una leve sonrisa.

"¡John Kearney, basta!" la Sra. Kearney le dio una mirada de reproche, y su esposo le guiñó un ojo en respuesta. La Sra. Kearney siguió hablando con él, tratando de cambiar de tema mientras Eva seguía caminando, sin ver ni escuchar nada a su alrededor.

Solo cuando estaban bastante lejos de la iglesia, Eva se dio la vuelta y divisó el carruaje. Junto a él estaba Samuel Riley, inmóvil, vuelto hacia ella, observándola desde la distancia.

Tenía miedo de quemarse, sin embargo, ya que el fuego en su corazón era abrasador.

Tenía miedo de caer tan profundo que nunca pudiera recuperarse si ella decía que no, sin embargo, el anhelo por ella era abrumador.

Tenía miedo de perder incluso la más pequeña esperanza que tenía, pero su amor era tan grande que podía amar por los dos.

Su amor podía darle la mayor felicidad, sin embargo, era prisionero de sus dudas.

Cuando Samuel vio a Eva en Tyme, los sentimientos por ella, escondidos en lo más profundo de su corazón, regresaron con tanta fuerza que pensó que colapsaría en ese mismo instante. Regresó a Greycliff Grange pero no podía pasar un minuto del día sin querer correr a Tyme y decirle que la amaba, que dejar Londres fue un error, que era un tonto.

¿Qué estaba haciendo ella en Tyme?

¿Qué destino la había traído tan cerca de él?

Y entonces, un pensamiento apareció en su mente como una chispa, creciendo en un fuego: ¿podría ser que ella hubiera venido a Tyme por él?

El pensamiento lo sorprendió por su simplicidad, y la esperanza nació en su corazón de que tal vez sus sentimientos no eran menos intensos que los suyos.

Esa tarde escribió una carta.

Era una carta de amor, aunque nunca lo había pensado de esa manera, ni había dicho las palabras reales que lo habían atormentado durante meses. Le pidió que lo perdonara por sus actitudes tontas: haber dejado Londres tan abruptamente, no haberse despedido. Le explicó que quería volver a verla, siempre que ella quisiera y donde quisiera. Dijo que quería estar donde ella estuviera. No quería ser un estorbo y valoraría cada momento que ella le concediera. Pero solo si ella también quería verlo.

Envío la carta con el chico del servicio y le dijo que esperara la respuesta, si es que alguna llegaba, sin importar cuánto tiempo tomara.

Y cuando el chico se fue, él caminó agitado alrededor de la casa, maldiciéndose por no haber dicho que ella era todo lo que quería, que nunca había conocido el verdadero amor hasta que la conoció, que nunca había sabido lo que era sufrir hasta que la dejó, que nunca había tenido tanta esperanza en algo hasta que la volvió a ver.

Y bebió.

Cuando se está enamorado o desolado, las mujeres lloran y los hombres beben.

Tomó mucha cerveza, pero Samuel se embriagó. Rápida y torpemente, esperando que eso arreglara su corazón, sin saber que lo empeoraría. Fue a los establos y quiso sacar a su caballo para dar un paseo.

"Tranquilo, Sam," le dijo el Sr. Harshaw, quitándole la silla de las manos a Samuel y observándolo tambalear. "Tranquilo, muchacho. ¿Qué pasa?"

Samuel no dijo nada.

Habiendo criado a sus padres, viendo a su joven padre enamorado, el viejo conocía todo eso demasiado bien. Samuel era igual que su padre. El Sr. Harshaw sonrió y asintió en dirección a su esposa. Se fue, dejándola sola con él, pues solo las mujeres podían ser confiables en asuntos del corazón.

Samuel estaba ebrio. Tambaleándose en sus pies, intentó cerrar su mente y su boca, pero bajo las suaves y familiares manos de la anciana que había sido su madre durante años, finalmente dejó salir su corazón.

Ella asintió, escuchando, sin interrumpir, pues era la única oyente que tenía. No se inmutó cuando le contó quién era Eva y qué había estado haciendo durante años. No frunció el ceño, solo sonrió cuando le habló de su intimidad. Y sus ojos brillaron cálidamente cuando intentó explicar lo que sentía y, ebrio, trató de elegir las palabras para sus sentimientos, su mano agarrando la camisa en un puño donde estaba su corazón.

La vieja Sra. Harshaw lo conocía demasiado bien: la pasión que era más común entre la gente del campo que entre los ricos que se preocupaban más por el dinero y los contratos. Y cuando Sam terminó de hablar, se quedaron en silencio por un tiempo, la mano de la anciana en su brazo. Su viejo, delgado y marchito cuerpo era una mota junto a él, pero tenía más sabiduría que toda la mansión.

"No te avergüences de tu amor," comenzó a hablar lentamente con su voz ronca de anciana. "Porque eres afortunado de tenerlo. No te disculpes por ello. Otros solo pueden envidiarte. No tengas miedo de decirle a la persona cómo te sientes. Todo eso. Es mejor descubrir cuanto antes si el sentimiento no es mutuo. Es mejor descubrir cuanto antes si lo es."

"¿Y si ella no es lo que pensé que era?"

"¿Hay alguna razón para pensar eso?"

"No lo sé."

"¿No lo sabes? ¿Ella explicó?"

"No le di la oportunidad, tía. Me fui."

"Tss." Ella sacudió la cabeza. "Los prejuicios son una debilidad, Samuel. En su mayoría, son perdonables. Pero cuando se trata de amor, la debilidad puede costarte una vida. Una vida feliz."

"Le envié una carta," dijo él.

"Ella responderá," dijo la anciana suavemente.

Samuel la miró con ojos ebrios llenos de esperanza.

Ella asintió en aprobación. "Lo hará. Estoy segura de ello."

Le dio palmaditas en el brazo y se levantó. Aún de pie, era más baja que Samuel, pero la conocía de toda su vida y sabía que tenía más fuerza y sabiduría que cualquier hombre grande a su alrededor.

"Esta es la vez que más borracho te he visto desde que eras un niño," dijo la anciana, sonriendo. "Lo empeora, ¿sabes? El alcohol, ¿verdad? ¿Debería prepararte café caliente?"

Y sin esperar la respuesta, se dirigió a la cocina.

La carta de respuesta nunca llegó, aunque Eva escribió una.

Cuando el chico del servicio llegó con la carta, se quedó de pie, esperando, observando a Eva leerla. Curioso, observó su rostro, vio pánico, luego esperanza que rápidamente cambió a cejas levantadas y lágrimas en sus ojos. Se quedó en la puerta, desmenuzando su sombrero en sus manos, observándola tímidamente mientras ella terminaba de leer y se quedaba en silencio con los ojos cerrados, respirando pesadamente.

Ella le pidió que esperara y desapareció en otra habitación.

A Samuel le tomó horas escribir su carta. A Eva le tomó minutos escribir la suya. Él eligió cuidadosamente las palabras, temiendo asustarla. *Sus* palabras se derramaron en el papel con la facilidad que venía de mucho tiempo esperando, y ella no quería esperar más. Habló de sus sentimientos libremente, sin restricciones, pero cuando entregó la respuesta al chico del servicio, y él desapareció en la noche, ella se sintió llena de dudas, maldiciéndose a sí misma por tanta franqueza y no pudo dormir en toda la noche.

Pero esa noche la carta nunca llegó a Greycliff Grange.

El chico del servicio tenía sus propias debilidades. Era demasiado joven para entender la importancia de los sentimientos que veía en el rostro de la mujer bonita. Demasiado irresponsable para apurarse. Demasiado nuevo para entender el efecto del alcohol. Así que mientras caminaba por las calles del pueblo, se encontró con amigos y se unió a ellos para tomar una jarra de cerveza, una jarra se convirtió en otra y otra, y horas más tarde, se quedó dormido ebrio en la parte trasera de unos establos, la carta fatídica olvidada y arrugada en el bolsillo de su chaqueta.

Samuel esperó la respuesta durante todo el día siguiente pero nunca la recibió, tampoco vio al chico que no llegaría a Greycliff Grange hasta tarde esa noche y que todavía olvidaba su tarea.

Eva esperó una respuesta de Samuel, pero no recibió ninguna.

Ambos pensaron que se habían malinterpretado.

Ambos se ahogaron en la miseria.

Ambos se sintieron desconsolados.

Dos días después de la fatídica noche, Eva ya no podía quedarse en casa más tiempo. Pensó en pasar a ver a la señora Kearney, pero estar con otras personas le parecía una tarea insoportable. Quería salir a caminar, pero decidió no hacerlo, no quería prestar atención a nada más que a sus pensamientos miserables.

La imagen de Samuel, las palabras en su carta y el silencio que siguió no tenían sentido.

¿Estaba asustado él?

¿Cuidadoso?

¿Dijo ella más de lo que él quería escuchar?

No lo entendía, pero su mente imaginaba los peores escenarios, y finalmente se derrumbó y lloró.

Solo había llorado unas pocas veces antes.

Podía recordarlas todas.

La bancarrota.

La propuesta del Sir Henry Turner.

Sus palabras hacia ella un año después.

La decisión de ser una dama de la Belle House.

Su primer cliente.

Y después de eso, no había mucho que la hiciera sentimental.

Pero ahora, sus lágrimas eran por el hombre que amaba, el que deseaba, y el que probablemente nunca tuvo oportunidad de tener de todos modos.

Esa tarde decidió hacer un viaje. Lejos de la multitud enloquecedora, del pueblo, de los pensamientos que atiborraban su cabeza y de las habitaciones de su cabaña.

Contrató un carruaje para el día y salió del pueblo.

Era un día sombrío, frío y ventoso. Podría haber elegido cualquier otro día, pero la miseria que el cielo tormentoso había traído era solo apropiada para su estado de ánimo. Cuanto más se alejaba de Tyme, mejor se sentía, como si la naturaleza y la vastedad del paisaje borrarán los recuerdos de la humanidad.

Hizo señas para que el carruaje se detuviera en medio de un pequeño camino de campo y bajó para sentir el viento frío y violento. Soplaban alrededor, se metía bajo los pliegues de su capa y arrancaba con fuerza los mechones de cabello de debajo de su gorro. Por un rato, solo se quedó parada, mirando a su alrededor, bajo la mirada perpleja del conductor que parecía confundido acerca de qué estaban haciendo allí y hacia dónde iban.

"Cien millas de vista", le había dicho Samuel una vez, y ella quería pararse en los

acantilados, mirar hacia abajo al peligroso precipicio, contemplar la inmensidad del agua en la distancia y ver lo que él veía. Quería ver el mundo a través de sus ojos. Si no podía estar con él, quería ir a los lugares donde él había estado.

"El camino por delante es pequeño y pasa por las propiedades de Riley, señora", dijo el conductor con vacilación, sacándola de sus pensamientos.

"Eso está bien", respondió ella, sin mirarlo.

"Señora, las nubes no se ven muy bien", dijo mirando hacia arriba donde se estaba acumulando la oscuridad. "Deberíamos dar la vuelta y regresar".

"Siga adelante", le dijo ella, volviendo al coche. "Pagaré el doble", añadió. Escuchó el "ja" silencioso del conductor a los caballos. El carruaje empezó a moverse, y ella sintió una extraña oleada de emoción y libertad al adentrarse en la tormenta. Había caos gestándose encima de ellos, y, de hecho, las primeras gotas ya golpeaban el techo de la cabina y el sombrero del conductor irritado.

Pero la sonrisa en el rostro de Eva solo se hizo más grande.

Quería llegar al destino pase lo que pase.

El lugar del que había escuchado, pero aún no había visto.

El que Samuel le había mencionado.

"Viene una buena," dijo el Sr. Harshaw mientras él y Samuel estaban al borde del granero y miraban la oscuridad que hervía en el cielo a lo lejos. Los fuertes vientos agitaban sus capas, y los caballos en los establos resoplaron nerviosamente, sintiendo la próxima tormenta. Incluso el campo de octubre frente a ellos, vasto y amarillo, parecía temblar bajo las caricias enérgicas de los vientos.

"Voy a sacar a Storm," dijo Samuel, sus ojos vagando como si buscaran significado en la locura del clima.

"¿Ahora?" El Sr. Harshaw miró al joven con ojos preocupados.

Había visto el cambio en Samuel. La quietud más que usual desde que había regresado de Londres, sus paseos a caballo más que frecuentes que lo hacían desaparecer por días, el entusiasmo con el que se entregaba al trabajo, participando en la cosecha como en su infancia, ante las cejas levantadas de los trabajadores. Samuel había permanecido en Greycliff Grange más tiempo del que había estado en los últimos diez años, como si le costara regresar a su mansión, como si se estuviera escondiendo de alguien, quizás de sus propios pensamientos.

El anciano lo notó todo, lo comentó con su esposa. Habían criado a este hombre, lo conocían mejor que nadie, y este cambio les preocupaba. Hasta la noche en que había regresado de la ciudad y una sonrisa no abandonó sus labios. Estaba tenso, agitado en cada movimiento. Y luego su embriaguez. Y su paseo a caballo al amanecer esta mañana.

"¿Por qué no vienes adentro, Sam? Hablaremos", dijo el anciano en voz baja, entrecerrando los ojos hacia el horizonte tormentoso como si tratara de ver lo que veía Samuel. "No es necesario salir en este caos. Va a llover en cualquier momento."

Había preocupación en la voz del anciano, pero la mente de Samuel estaba lejos.

"No. Solo lo cabalgaré hasta los acantilados y regresaré", dijo Samuel.

"¿Quieres que arregle la silla?"

"No. Estaré bien, tío", dijo, se dio la vuelta y caminó hacia el establo, repitiendo en voz baja, "Estaré bien."

Puso las riendas en su corcel, lo sacó, saltó sobre él y lo llevó lentamente al campo, dejando atrás al Sr. Harshaw, quien seguía observando el gran cuerpo de Samuel a lomos del caballo, desapareciendo en la tormenta.

Samuel solo aumentó el ritmo cuando los fuertes vientos azotaron su capa. Sintió las primeras gotas de lluvia en su rostro, aumentó la velocidad y pronto, su corcel galopaba a través de la lluvia intensificándose, las gotas frías y pesadas y los vientos crueles cortando el rostro de Samuel. Pero no le importaba. Deseaba cabalgar hacia la tormenta, hacia su misma profundidad, la aspereza y la violencia que la acompañaban. Quería ser atrapado y absorbido en su núcleo violento, como en el de un tornado, deseando que su cuerpo fuera desgarrado, porque tal vez así podría calmar el dolor que rasgaba su corazón en mil pedazos.

El exterior se oscureció. El cielo estaba negro como el carbón. Las primeras gotas de lluvia pesada caían lentamente. Luego un trueno estalló con un fuerte estruendo y, en cuestión de segundos, empezó a llover a cántaros. La lluvia golpeaba el carruaje con tanta intensidad y violencia como si estuvieran lanzando guisantes congelados sobre el techo. Eva miró afuera nuevamente pero apenas podía ver algo, la cortina de lluvia: un muro gris a su alrededor.

El carruaje se detuvo y el cochero, con un impermeable sobre la cabeza, abrió la puerta.

"Señora, el camino se está convirtiendo en barro," gritó sobre el ruido que repentinamente entró por la puerta abierta. "Si seguimos adelante, es seguro que quedaremos atascados. Una vez que se pone así, podría no terminar por un buen rato."

La lluvia caía con tanta fuerza que salpicaba un charco dentro del carruaje mientras el hombre hablaba.

Eva no quería regresar. No quería ir a ningún lado. Preferiría quedarse en el carruaje bajo este aguacero y mirar por la ventana hacia la gris nada a su alrededor.

Pero el hombre tenía razón.

"Muy bien, entonces," dijo con un asentimiento.

El rostro del hombre desapareció cuando cerró la puerta, y el carruaje se volvió apenas un poco más silencioso con el golpeteo de la lluvia en el techo y el suave retumbar del trueno.

El carruaje volvió a moverse, pero con un tambaleo inquieto mientras el cochero intentaba dar la vuelta. Eva podía escuchar sus gritos, ahogados por el sonido de la lluvia. Se sacudió bruscamente ante los movimientos abruptos y forzados del carruaje, tirado por el caballo, y pronto parecía que empezaban a moverse de manera constante, solo para que el carruaje diera otro violento tirón y se detuviera.

El cochero gritó algo, hubo una maldición fuerte afuera de la puerta, y esta se abrió, con su rostro enfadado apareciendo de nuevo.

"Ay, señora, malas noticias," dijo, intentando cubrirse con un impermeable, pero ya completamente mojado, el agua goteando rápidamente por los bordes de su sombrero. "Estamos atascados."

Ella bajó del carruaje, pisando el suelo empapado, fangoso, blando y hundiéndose bajo sus pies.

El hombre explicaba que la rueda se había roto, señalándola, atascada en el barro, torcida y en un ángulo extraño. Estaba explicando algo—acerca de llevar al caballo a la granja más cercana, pedir ayuda—gritando sobre el ruido del aguacero, pero Eva no prestaba atención, miraba a su alrededor con una sonrisa de locura.

Otro golpe crujiente de trueno y el caballo emitió un fuerte relincho de garganta, se sacudió violentamente, intentando tirar del carruaje, golpeó el suelo, moviendo la cola, intentando alzarse, pero restringido por los ejes. El aire estaba cargado de lluvia, el olor a humedad y hierba, y los sonidos mojados que venían de debajo de las ruedas mientras el caballo intentaba tirar del carruaje.

Eva tuvo ganas de reír. En medio de este caos—la lluvia cayendo como una cortina, el horizonte borroso, el hombre agitando las manos, diciendo algo, el animal agitado, tratando de liberarse, el agua goteando por los bordes de su sombrero—sintió una desesperación inexplicable por las circunstancias que de alguna manera la mantenían alejada de todo lo relacionado con Samuel Riley. Incluso un simple viaje al lugar que tanto había deseado ver se había convertido en un fracaso. Quería llorar y reír al mismo tiempo y levantó el rostro al cielo, sintiendo la lluvia golpear su piel, mojándola, goteando bajo el cuello de su capa. Pensó que se estaba volviendo loca, con todos los sentimientos chocando en uno que no podía explicar.

¿Tristeza?

¿Desesperación?

"Alguien viene, señora," gritó el cochero.

Ella miró hacia el lugar al que señalaba en la distancia y vio a un hombre a caballo, una figura borrosa, acercándose rápido. No podía saber quién era, pero su corazón dio un vuelco de manera extraña.

Samuel cabalgaba a través del viento furioso y la lluvia torrencial. Aunque su cabello y rostro estaban empapados, no los sentía. No sentía frío, a pesar de que la lluvia y el viento se colaban bajo su abrigo, cuyos faldones batían en el viento mientras cabalgaba. Quería ver los Acanilados Grises. Cuando uno se paraba al borde de los acantilados en un clima como este, la neblina gris que se desprendía de los acantilados era hipnotizante, un abismo que paralizaba con su profundidad.

El aire estaba húmedo, impregnado con el olor ácido de la lluvia, la hierba mojada y el barro suave bajo los cascos del caballo.

El trueno estalló de nuevo y su corcel se estremeció y aumentó la velocidad, pero Samuel lo acarició suavemente.

"Tranquilo, muchacho, tranquilo," murmuró más para sí mismo que para su caballo.

Pero hubo otro ruido que resonó en la lluvia y se mezcló con el suave retumbar que siguió al trueno.

Otro caballo.

Samuel contuvo a su corcel y entrecerró los ojos en la distancia a la derecha.

La lluvia era una lámina de acero, cegando sus ojos. Se limpió la cara con la manga de su abrigo y entrecerró los ojos de nuevo.

Un punto oscuro y borroso.

Había algo allá afuera. Alguien.

Tiró de las riendas y guio a su caballo en esa dirección.

A medida que se acercaba, vio la inconfundible forma de un carruaje.

¿Quién estaría en su propiedad en este momento?

¿Qué estaría haciendo alguien aquí durante la tormenta?

Más cerca.

Podía ver a dos personas junto al carruaje, mirando en su dirección, protegiendo sus rostros de la lluvia con las manos.

Un hombre y una mujer.

Disminuyó la velocidad, pero su corazón comenzó a latir más rápido mientras se acercaba, y sus ojos, a pesar de la lluvia cegadora, estaban fijos en la figura femenina junto al carruaje.

Estaba a diez pies de distancia y detuvo su caballo, mirando hacia abajo a la mujer.

De repente, se sintió mareado.

Si la vida le jugaba una broma, esta debía ser la más extraña hasta ahora, porque la mujer que lo miraba era Eva.

No necesitaba ver el rostro para saber que el hombre a caballo era Samuel Riley. Y cuando se acercó, ella se quedó estupefacta como uno lo hace al encontrarse en las circunstancias más improbables.

Él lucía diferente esta vez. No era solo su ropa, un abrigo de paño rígido y áspero que no lo distinguiría de cualquier granjero común, sin guantes, sin sombrero, los pantalones desgastados por el tiempo metidos descuidadamente en las botas sucias. La lluvia caía fuerte sobre él, y empapado, lucía salvaje e indomable.

Era Samuel Riley en su entorno natural, se dio cuenta. A diferencia de cualquier otro hombre en Londres. A diferencia de cualquier otro hombre que conociera. Y de alguna manera, esta sencillez en su atuendo, él cabalgando a pelo, sin sombrero, sin guantes, daba sentido a todas las historias que le había contado. Este era el Samuel Riley del que se había enamorado sin haberlo visto en su ambiente habitual.

Descendió del caballo, con sus ojos fijos en los suyos, y asintió sin decir nada.

El conductor del carruaje estaba junto a él, explicando, mostrando la rueda rota, y Samuel dijo algo también, señalando en la dirección de la que había venido.

Eva estaba de pie en el terreno pantanoso, ajena a la lluvia, al viento, su ropa mojada, sus zapatos sucios y empapados. Todo lo que veía era a Samuel Riley, el espectro más improbable en la tormenta. Observaba cada uno de sus movimientos como si lo estuviera viendo bajo una nueva luz. En este vasto desierto, la tormenta que se avecinaba a su alrededor, su alto y amplio cuerpo, vestido con un abrigo negro, era más grande que la vida misma. Si la tormenta continuaba y él se quedaba con ella, podría permanecer así para siempre, en medio de la nada, mirándolo, aferrándose a ese momento: él y ella juntos de nuevo.

Samuel ayudó al hombre a desprender los ejes del caballo, y ella lo observó hipnotizada mientras se acercaba a ella.

"¿Estás bien?", preguntó él, y ella asintió. "Vienes conmigo", dijo, y ella volvió a asentir, sin importarle dónde ni por qué, porque todo lo que quería era estar junto a él. "Espero que estés bien montando a pelo", añadió, una sonrisa apenas esbozada en las comisuras de sus labios mientras señalaba hacia su caballo.

Estaba bien.

Estaba más que bien.

Lo siguió, la ayudaron a subir al caballo y se sentó de lado mientras él le gritaba algo al otro hombre y, en cuestión de segundos, montó en el caballo detrás de ella.

"¿Estás bien?", preguntó de nuevo.

Ella se volvió para mirarlo.

Él intentó sonreír, pero fue forzado y triste.

Se quitó su abrigo y lo envolvió alrededor de ella, pero ella se encogió de hombros, intentando quitárselo.

"Te empaparás, Samuel", dijo ella.

"Estaré bien", soltó él.

"Sam." Ella se volvió a mirarlo.

"Deja de discutir, por favor", dijo él, forzando su abrigo sobre ella. Con sus brazos a cada lado de ella, tomó las riendas y, a través de la lluvia, cabalgaron hacia la granja.

Eva estaba junto a Samuel, pero sentía una distancia de una milla entre ellos. Quería explicar, aclarar los malentendidos. Si no los devolvía a donde habían estado, al menos se sentiría más tranquila consigo misma.

Cabalgaban rápido. Pero la lluvia caía aún más rápido. Ella se giró y lo miró, entrecerrando los ojos bajo la lluvia que caía, golpeando su rostro, goteando sobre su gorra, con los mechones mojados de su cabello pegados a su cara.

Su rostro estaba serio. Bajó la mirada para encontrarse con la suya, pero no disminuyó la velocidad, no sonrió. Su mirada no era amigable sino intensa, ardiente con algo que ella no podía entender. Apartó la mirada, dio un toque al caballo, aceleró, y ella bajó la vista, estudiando sus manos sin guantes, tan ásperas y cortadas, sosteniendo las riendas. Su cercanía la volvía loca. Quería tocarlo, sin embargo, no sabía si podía hacerlo.

Llegaron a Greycliff Grange, pero apenas podía ver algo en la cortina de lluvia que convertía todos los edificios en borrones gris oscuro.

Un anciano abrió la puerta del granero para dejarlos entrar, y dentro de repente todo estaba más tranquilo, cálido y olía a caballos y paja. Era un mundo diferente, tan desconocido para ella.

El hombre miró a Eva con curiosidad mientras Samuel desmontaba el caballo y le ofrecía una mano, ayudándola a bajar.

"Un carruaje se averió a una milla de aquí", dijo Samuel y asintió hacia el conductor gruñón en el caballo detrás de ellos. "Necesitará algo de ropa y comida. Y cuando la lluvia cese, envía a alguien a revisar el carruaje".

"Por supuesto, Sam", asintió el hombre mayor, mirando de nuevo a Eva.

¿Sam? ¿El hombre llamó a Samuel por su nombre corto?

"Ella es la señorita Eva Bernal", asintió Samuel. "Y este es el señor Harshaw".

"Señor", asintió Eva y apartó la mirada, incómoda bajo su mirada escrutadora, mientras sacudía el agua de su sombrero y del abrigo de Samuel.

Sus ojos volvieron a Samuel, quien evitaba mirarla, demasiado serio como si ella hubiera hecho algo mal.

¿La carta? ¿Estaba molesto? ¿Decepcionado? ¿Ella fue demasiado directa?

Lo observó de reojo: su camisa empapada, ajustada a su cuerpo, fuerte y musculoso, sus movimientos, decididos y seguros.

¿Cómo lo extrañaba!

El anciano tomó las riendas de las manos de Samuel.

"Yo me encargaré, hijo. Tú sigue adelante. Ambos están empapados. Mary les hará sopa y té. Hay fuego encendido. Vayan".

Tuvieron que salir de nuevo. La lluvia era tan ruidosa como el corazón de Eva, que latía fuerte.

Samuel no dijo que se alegraba de verla. No dijo nada. Ella quería hablar. ¿Pero qué tal si había alguien en la casa, otras personas, invitados, parientes? ¿Qué tal si no tenía la oportunidad?

"Sam," dijo mientras caminaban hacia la casa a través de la hierba y el barro. Parecía no escucharla. "¡Sam!" dijo más fuerte, sosteniendo su falda, pisando con fuerza los charcos. "¿Podemos hablar?"

"Podemos hablar adentro. Deberíamos salir de la lluvia", dijo sin detenerse.

Ella siguió caminando, pero cuanto más cerca llegaban a la casa, más se daba cuenta de que podía perder la oportunidad.

"¡Sam!" gritó y se detuvo, la lluvia golpeándolos.

Él se detuvo más adelante y se dio la vuelta.

"Quiero explicar", dijo más alto, tratando de vencer el sonido de la lluvia. "No tuve la oportunidad. Tú no me dejaste". Sintió un nudo en la garganta.

"Eva, hablemos adentro", se volvió para continuar.

"¡Sam, por favor!" Lo alcanzó y lo tomó de la mano. "Por favor, no te vayas de nuevo".

Se detuvo abruptamente y se volvió para mirarla. Ella lo miró fijamente y sintió su corazón retumbar como el trueno minutos antes. La lluvia caía a cántaros, empapándolos a ambos.

"Esa noche en Londres", comenzó, "antes de que te fueras. Lo malentendiste..."

"Eva," la interrumpió y dijo algo, pero un trueno ahogó sus palabras.

"¡No, escúchame! ¡Por favor! ¡Sam! El hombre que viste era mi benefactor hace años. Pero eso terminó hace mucho. Ese día en la Belle House, él estaba irrumpiendo. Estaba allí en contra de mi voluntad y no por invitación. Yo no tenía nada que ver con él".

"Eva..."

"No he estado con nadie desde que te conocí. No quise. Todavía no quiero." Sintió las lágrimas brotar en sus ojos mientras hablaba. "No me dijiste qué pensaste de ese encuentro. O lo que la otra chica te dijo, probablemente mentiras", siguió gritando sobre la lluvia, un sentimiento de ahogo la invadió mientras el agua goteaba por sus mejillas, sus labios. "Cuando te fuiste, me dejaste con el corazón roto, Sam. No me dejaste explicar..." un sollozo la ahogó "...después de todo lo que hubo entre nosotros, te fuiste sin siquiera decir adiós, Sam. ¿Cómo pudiste?"

Ella sintió lágrimas correr por su rostro, tan cálidas en comparación con la lluvia fría mezclada con ellas. Le agradeció a Dios por la lluvia y la oscuridad que caía, que disfrazaba sus sentimientos.

Pero cuando levantó la vista hacia Samuel, supo que él lo sabía. Él podía verlo en sus ojos.

"¿Cómo pudiste?" dijo más suave y frunció los labios para contener las lágrimas.

"Eva, lo siento." Dio un paso hacia ella, pero se detuvo. "No fue mi intención lastimarte", dijo, el viento azotándolo con látigos de lluvia, sus ojos entrecerrados por el agua que goteaba por su rostro. "En Londres, sabía lo que me estaba pasando. Sabía lo que sentía. Y cuando te vi con ese hombre, la forma en que estaban ustedes dos, sentí dudas sobre cuáles eran tus verdaderas intenciones".

Ella negó con la cabeza y se secó la cara con un rápido movimiento de su mano.

Samuel pasó su mano por su cabello empapado, luego se limpió el agua que le caía por la cara con su antebrazo. Miró a Eva, quería protegerla de la lluvia, del trueno, de la miseria que se reflejaba en su rostro, del dolor que estaba en sus ojos.

"Lo expliqué en la carta, Eva. Tal vez no fui claro. Tal vez eso no era lo que querías

escuchar".

Ella lo miró con ceño fruncido.

El trueno estalló sobre ellos, y ambos se estremecieron.

"Vamos adentro, Eva. Es mejor así..."

Había una mirada de curiosidad en el rostro de la doncella cuando vio al amo Samuel entrar con una dama. Empapados por la lluvia, los dos eran un espectáculo lamentable. Eva se quitó la capa, se quitó los guantes y la gorra y se alisó el pelo, mojado y desordenado por la tormenta. La criada no dejaba de mirarla con curiosidad mientras Samuel daba la orden de encender un fuego en la habitación de invitados del piso de arriba y preparar una muda de ropa para la señora.

“¿Señor?” La criada lo miró, perpleja.

“Pregúntele a la señora Harshaw. Cualquier vestido servirá por ahora. Y la comida. Algo caliente”.

La criada corrió a la cocina, hablando a la señora Harshaw de la joven invitada. La anciana se quedó paralizada por un momento, pero de repente la hizo callar y comenzó a alborotar, enviando a la niña a arreglar la habitación de invitados, a encender la chimenea, a preparar uno de sus propios vestidos, y diciéndole al sirviente que calentara agua y al cocinero que preparara la comida. Su actitud era seria, pero su corazón sonreía, pues sabía exactamente quién era la invitada.

Samuel llevó a Eva al salón. A pesar de su mente perturbada, ella miró a su alrededor con curiosidad. Después de todo, el lugar era donde Samuel había pasado su infancia, y parecía excesivamente simple, por no decir ascético.

Samuel añadió más carbón al fuego, luego miró a Eva y notó que ella estaba estudiando la habitación. Miró alrededor, los viejos pisos de madera y los muebles, y se sintió avergonzado.

"Me temo que esto no es a lo que estás acostumbrada en Londres", dijo sonriendo, evitando su mirada, y a ella le sorprendió darse cuenta de que estaba disculpándose. "Es una vida modesta en el campo".

"Sam, no me importa", dijo ella en voz baja. "Quiero decir, yo..." Sintió un nudo en la garganta, las emociones apretándose dentro de su pecho. "Me alegra estar aquí. Aunque debo disculparme por imponerme. Probablemente no estabas deseando verme. No así. No aquí, de todos modos".

Ella sonrió disculpándose, y él la miró incrédulo antes de responder.

"Pensé que mi carta era lo suficientemente clara para hacerte saber que estaría encantado de verte en cualquier lugar y momento".

"Tal vez mi respuesta fue demasiado directa, entonces. Si no presumida". Ella sonrió tímidamente.

"¿Tu respuesta?" dijo él en voz baja, frunciendo el ceño, sin apartar sus ojos de ella.

"Mi carta, sí", dijo ella y agitó su mano en el aire como si estuviera desechando las palabras. "Quizás debería disculparme, pero no estoy acostumbrada a disculparme por decir lo que pienso".

Ella seguía mirando sus manos, entrelazadas, pero el silencio que siguió fue demasiado largo. Levantó la vista hacia él y vio su mirada penetrante.

"¿Qué carta?" preguntó él en voz baja, y ella frunció el ceño confundida. "¿Qué carta, Eva?" repitió más fuerte, sintiendo un escalofrío recorrer su cuerpo.

Ella tragó saliva, y la misma pregunta se reflejó en ambos ojos.

¿Podría ser que algún destino malévolo no entregara su carta mientras cada uno de ellos esperaba la respuesta?

"La carta que te envié", dijo en voz baja, sin apartar su mirada. "Con el chico que trajo la tuya", terminó aún más bajito, y el trueno afuera sonó como si el cielo se rompiera en pedazos.

Samuel sintió como si la habitación se moviera, como si algo se hubiera quebrado, porque el suelo bajo sus pies se sentía inestable y su corazón latía más fuerte que el trueno afuera.

Pensó en llamar al timbre del sirviente, pero no tenía paciencia para esperar.

"¿Me disculpas un minuto, por favor?" Asintió hacia Eva y salió de la habitación a paso firme.

"¡Sam!" lo llamó ella, queriendo detenerlo, decirle que no importaba, que ella estaba aquí, que podía contarle todo ella misma.

Pero él ya se había ido.

Marchó por el pasillo hacia la parte trasera de la casa y entró a paso decidido en la cocina.

"¡Muchacho!" rugió, y la joven sirvienta se agachó como si le lanzaran una lluvia de piedras.

"¿Dónde está ese chico?" gritó Samuel, mirando alrededor de la cocina hasta que vio a la persona responsable de la carta.

El muchacho se congeló al oír la voz de su amo y levantó lentamente sus hombros hacia sus orejas.

Samuel respiraba con fuerza, sus fosas nasales se ensanchaban de rabia. Era un hombre intimidante, pero así, era aterrador.

"La carta", dijo, intentando calmarse. "¿La señora envió una respuesta?" Comenzó a caminar lentamente hacia el muchacho.

"¿Señor?" murmuró el muchacho.

"No mientas, muchacho. Sé que lo hizo". Puntuó cada palabra con su voz, y sus pasos lo acercaban más al chico que tenía la expresión más aterrada.

"Señor", repitió el muchacho más bajo ahora, temblando por completo.

"Si no me dices qué sucedió, te juro que dejaré caer un infierno sobre ti", amenazó Samuel.

"Señor Riley", chilló la criada en un intento de prevenir algo terrible a punto de suceder.

"Serás echado por la puerta", siseó Samuel, ahora a solo varios pies del tembloroso muchacho, "y mejor que no vea tu rostro nunca más en mi vida".

Los puños de Samuel estaban apretados.

"¡Señor... señor!"

De repente, los ojos del muchacho se iluminaron con el recuerdo que encendió algo en su simple cerebro joven, y su mano desapareció dentro de su chaqueta. Cuando reapareció, sostenía un papel arrugado y sucio que él mismo miró con sorpresa.

Miró a Samuel con ojos aún más grandes por la culpa y el miedo de lo que había hecho.

"Perdóneme, señor", su voz apenas se escuchaba. "No sé cómo sucedió. Yo..."

Por un segundo, Samuel miró la carta incrédulo como si minutos antes estuviera seguro de que no existía. La arrebató de la pequeña mano y, lanzando al muchacho una mirada ardiente, salió disparado de la cocina, dejando al joven tembloroso para ser regañado por la criada y la Sra. Harshaw.

Cuando regresó al salón, Eva lo miró con pánico.

Vio su vacilación, vio cómo miraba la carta en sus manos y cómo la incomodidad barría su rostro.

"Samuel", susurró ella, mirando la carta.

Él rompió el sello y desplegó el papel, sus ojos recorrieron las primeras líneas.

"Samuel, no la leas". Ella se acercó a él apresuradamente e intentó arrebatárle la carta de la mano, pero él la apartó, sosteniendo la carta a una distancia segura, y su brazo izquierdo la atrapó por la cintura y la acercó a él.

"Es bastante tonto, en realidad", dijo ella, suplicando con sus ojos que estaban cerca de él de nuevo, por primera vez en mucho tiempo. Sus labios estaban entreabiertos en un ruego silencioso, y sus manos tocaban tímidamente su pecho.

"Me gustaría leerla", dijo él en voz baja, apartando su mirada de ella y volviendo a la carta.

La leyó en silencio mientras ella permanecía frente a él, sin moverse, pero mirando hacia otro lado. Ella no miró para ver cómo cambió su rostro, cómo parpadeaba lentamente, cómo una sonrisa se formaba en sus labios y desaparecía como asustada. Y cuando terminó, su corazón latía por las palabras que se filtraban en su mente y corazón, iniciando una tormenta más grande que la que estaba afuera.

Sus ojos volvieron a las líneas que lo decían todo, y las leyó en voz alta.

"No puedo describir con palabras cómo me sentí por ti en Londres", leyó.

"Sam, no lo hagas", susurró Eva y cerró los ojos como si pudiera protegerse de las palabras de su propia carta de amor.

"Cómo el sentimiento de afecto que esperaba que desapareciera, se volvió aún más fuerte", continuó él.

"Por favor, no..." Ella rió nerviosamente, al borde de las lágrimas.

"Cómo para cuando te dije por primera vez que te deseaba, supe que te amaba", leyó él y tragó saliva, su corazón listo para explotar de ternura.

Eva no abrió los ojos, pero apoyó su frente en su pecho, sus manos aún en él.

"Cómo esperaba que el tiempo lo hiciera pasar. Pero no lo hizo. En cambio, cuando te vi de nuevo, supe que todavía estoy perdidamente enamorada de ti", terminó él y la miró hacia abajo.

"Eva", dijo suavemente.

"Sam", susurró ella, con la frente apoyada en su pecho mientras intentaba ocultar sus ojos, calmarse y contener las lágrimas de las emociones que se revolvían dentro de ella.

"Mírame", dijo él, pero ella sacudió la cabeza.

Sus dedos soltaron la carta, dejándola caer al suelo, y subieron a su barbilla, girando su rostro hacia arriba hacia él.

Sus ojos se encontraron, y las palabras de amor que acababa de leer ardieron en el aire, encendiendo sus corazones y mentes.

Sus mejillas estaban sonrojadas con el tono más bonito de rosa, y sus ojos brillaban con lágrimas. Mirándola, pensó que su corazón explotaría por el calor abrasador de los sentimientos que lo quemaban.

"Estas fueron mis palabras que nunca te dije", dijo él en voz baja, y sus hermosos ojos negros lo miraron con más ternura de la que nunca había visto antes. "Porque no tengo tanto valor como tú, Eva". Él acarició su mejilla con su pulgar, y ella mordió su labio inferior, tratando de contener sus lágrimas. "Tenía miedo. Fui un cobarde. Un tonto. Sin duda. Desearía haber leído tu carta antes", dijo, estudiando su rostro. "Así podría haberte dicho que te amo, loca y apasionadamente. Y no pasó ni un minuto de ningún día sin pensar en ti".

"Sam..." susurró ella.

Pero antes de que pudiera decir algo más, él se inclinó y la besó. Primero, lentamente, una de sus manos acariciando su rostro, con la otra todavía alrededor de su cintura, presionándola más cerca de él. Pero sus sentimientos eran tan fuertes que la levantó, llevando su rostro al nivel del suyo, con sus pies colgando en el aire, sus manos hundiéndose en su cabello, sosteniendo su rostro, deslizándose alrededor de su cuello, sus bocas fundiéndose juntas. La besó tan profundamente que sintió que perdía la gravedad, que el mundo a su alrededor giraba a una velocidad incontrolable, que fueron atrapados por la tormenta y absorbidos por su centro que giraba sus mentes en un ritmo enloquecedor. Su lengua acariciaba la suya, tratando de ir con más fuerza, deslizarse más profundo, como si en algún lugar en la profundidad de ese beso estuviera la fuente de la vida y la felicidad. Y lo había, porque ninguno de los dos se había sentido más feliz en meses, deshaciéndose del dolor y el malentendido que los había separado.

"Te amo", susurró él, besando sus mejillas, sus ojos, sus sienes.

"Te extraño", ella susurró de vuelta, y sus labios en los suyos le mostraron cuánto.

La besó una y otra vez y no podía tener suficiente. Sentía que, si se detenía, el mundo lo aplastaría con el dolor de no tocarla, de la vacuidad que llenaría el espacio junto a él donde ella estaba.

La puso en el suelo, pero no podía dejar de besarla, sus manos presionándola fuertemente como si ella estuviera tratando de huir.

La tormenta afuera estaba furiosa, pero ellos estaban en el refugio de sus sentimientos, la dicha de su cercanía, finalmente libres en su amor. Si alguien les hubiera dicho que todo lo que necesitaba eran varias palabras para estar en la felicidad en la que estaban, se habrían reído, porque les había llevado meses admitir lo que había sido obvio hace mucho tiempo.

Pero no importaba ahora. Sus manos acariciaban los rostros del otro, sus labios contaban la historia con suaves besos, y sus susurros de amor calmaban el dolor.

"No me dejes de nuevo", susurró ella.

"No puedo", él susurró de vuelta. "Apenas puedo respirar sin ti".

Hubo un suave golpe en la puerta.

Él se separó.

"Sí", dijo en voz alta, sin apartar sus ojos de ella, sin dejarla salir de sus brazos.

Una joven sirvienta miró por la puerta entreabierta.

"El vestido está arriba en la segunda habitación de invitados, Sr. Riley. La chimenea está encendida. La Sra. Harshaw está preparando la cena".

Pero no hubo respuesta, y ella se retiró rápidamente, dejando a la pareja a solas.

El fuego ya crepitaba en la habitación de invitados de arriba. Un candelabro, con sus velas parpadeando con luces suaves, descansaba sobre una cómoda junto a un simple vestido gris, preparado para Eva. La habitación aún estaba fría, pero el fuego irradiaba un calor que pronto se extendería por todo el lugar. La lluvia golpeteaba contra los cristales de las ventanas. A veces, una ráfaga de viento especialmente violenta lanzaba una cascada de agua contra ellos. Pero en el interior, la habitación era tranquila.

Eva se quitó los zapatos, empapados de lluvia, y se acercó a la chimenea. Se paró sobre una alfombra junto a ella, con las manos extendidas hacia el calor, y cerró los ojos, sintiendo el calor.

Samuel la observó sin decir nada. Sus ropas estaban empapadas. Tenía frío, pero no quería dejarla, como si en cuanto saliera por la puerta, ella fuera a desaparecer de nuevo. Miró sus medias, oscuras y mojadas en los dedos de los pies, el borde embarrado de su falda, el simple vestido de cambio, y deseó que estuviera en su mansión en Dorchester, en la comodidad de su opulenta propiedad.

“Tu experiencia con estas partes del país no ha sido tan agradable hasta ahora, temo”, dijo él en voz baja, intentando una sonrisa.

“No vine aquí por fiestas y teatro”, dijo ella y se giró para mirarlo. “Vine aquí por ti, Sam”.

Sus palabras funcionaron como un imán, y él estaba junto a ella de nuevo, sus manos en ella, y sus labios se fundieron con los suyos. La besó como si estuviera compensando el tiempo perdido, como si fuera la última vez. Intentó hacerlo lentamente, pero su pasión tomó el control, volviéndolo hambriento por ella, impaciente y excitado en sus pantalones.

“Debería irme”, dijo cuando logró separarse de ella, “y dejar que te cambies”.

“¿Quieres irte ahora mismo?” Ella acarició su rostro.

“No”. La besó de nuevo y se separó para mirarla.

Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa.

“Entonces, quítate la ropa”.

“¿Estás segura?” susurró él.

“Si tú lo estás”.

Él obedeció y se desvistió lentamente, quitándose la camisa mojada, sus pantalones, pateando sus zapatos, todo el tiempo mirándola mientras ella desabrochaba y se quitaba su vestido húmedo y se quitaba las medias, sus ojos nunca se despegaron de los suyos.

Se quedaron frente a frente, ella en su camisón, él en sus calzoncillos.

“Todo”, dijo ella en voz baja, señalando sus prendas interiores, y él obedeció una vez más, deslizándolas por sus caderas, revelando su erección.

Ella se acercó. Sus ojos estaban a la altura de su pecho. Se inclinó y lo besó. Lentamente. Una vez. Dos veces. Presionó ambas palmas contra su pecho, y sus dedos comenzaron a moverse como los de una persona ciega, explorando la superficie. Su toque era como el de una mariposa, y Samuel contuvo el aliento. Todo el mundo se redujo al lugar donde sus palmas y labios tocaban su piel. Ella cerró los ojos y apoyó su mejilla en él como si quisiera escuchar sus latidos, moviendo su cabeza apenas, su piel rozando la suya. Sus palmas se movieron lentamente hacia abajo hasta su vientre, luego a los lados de su torso, acariciándolo suavemente.

Esta ternura era más poderosa que cualquier acto sexual, porque las ondas de placer que enviaba a través del cuerpo de Samuel eran tan fuertes que su sexo dolía de deseo. Sus manos apenas tocaban su espalda, enredándose en los largos mechones de cabello húmedo, tratando de igualar sus caricias, pero las telas de su camión se sentían extrañas, una barrera que lo separaba de sentir su piel bajo sus dedos. Su cuerpo desnudo sentía cada movimiento de ella. El lugar donde su rostro tocaba su pecho era como una herida curativa. Tenía miedo de moverse, de respirar.

Sus manos se deslizaron hacia abajo, acariciando sus caderas y nalgas. Por reflejo, movió las caderas y su sexo rozó su camisa. De repente, su mano derecha se deslizó hacia el frente, entre sus piernas, y se deslizó a lo largo de su erección. Como una suave brisa, rápida y desaparecida.

El gruñó.

Ella lo hizo de nuevo, y él tembló de placer. Ella repitió el movimiento, y sus manos le acariciaron la cabeza y se hundieron en su cabello.

Quería su *boca* en su sexo.

Quería penetrar en ella, penetrar en cada uno de sus orificios.

Su boca encontró sus labios, y mientras su mano seguía acariciando su virilidad, su lengua acarició la lengua de ella, como si pudiera inyectarle su deseo.

Quería probarla.

Para complacerla.

Sus manos trataron de encontrar su piel, pero se encontraron con su camisa.

“Quítatela,” susurró.

La subió, y ella la tomó y se lo quitó, y él atacó su desnudez tan familiar. Un brazo suyo se envolvió alrededor de su cintura, su otra mano acarició uno de sus pechos, apretándolo, y lo llevó a su boca. Escuchó su jadeo, sintió sus manos en su cabello, presionándolo más cerca, y su boca comenzó a bajar.

Ella era tan pequeña comparada con él que pensó que podía levantarla y darle vuelta en sus manos, besando cada centímetro de su piel, entrando en cada resquicio de su cuerpo. Se arrodilló de golpe, y sus labios bajaron, hasta su ombligo, bajando por un lado de su cuerpo hasta su cadera. Su mano alcanzó entre sus piernas, y sus dedos se deslizaron en su humedad, tomando su sexo con más urgencia que nunca antes. Ella jadeó, luego gimió mientras sus dedos seguían amasando su carne. La cercanía de su sexo era embriagadora. Los rizos castaños la ocultaban bien del placer que él quería saborear. Levantó su pierna y la movió sobre su hombro, abriéndola más para él. Y al siguiente segundo, su boca estaba entre sus piernas, y ella gimió al sentir sus labios en su lugar más íntimo.

Su lengua se deslizó entre sus pliegues y los acarició con un solo movimiento lento, con su boca cerrándose en su clítoris. Ella gimió y se movió en sus manos, el talón de su pie presionando en su espalda. La lamió de nuevo, pero no se detuvo esta vez, su lengua, como un invasor voraz, lamiendo su humedad, explorando su lugar íntimo, cada resquicio, cada pliegue, succionando el botón entre los pétalos de su sexo. No sabía qué lo poseía, pero estar entre sus

piernas, acariciándola, cada pequeño movimiento resonando en los temblores de su cuerpo, lo hacía sentir más cerca de ella. Ella gimió, sus caderas se acercaron a él, pero de repente, ella lo empujó suavemente, desenganchó su pierna de sobre su hombro, y se hundió de rodillas en el suelo.

“No quiero estar sola en esto,” susurró, acariciando su rostro. “Tómame, Sam.”

En un movimiento rápido, la levantó, la atrajo hacia él, y sus piernas se enredaron detrás de su espalda. Sus brazos se envolvieron alrededor de su cintura, y la sostuvo fuerte, sus labios encontrando los suyos, fusionándose en un beso. Sus brazos estaban alrededor de su cuello, sus caderas se movían en busca de su erección, y antes de que pudiera pensar, su sexo encontró el suyo, y sintió su hombría hundiéndose en su cálido núcleo.

La ola de placer fue tan intensa que se sintió débil, mareado. Quería gritar. Gruñó en su boca y la presionó más cerca. Su mano detrás de su espalda se deslizó hacia la división de sus glúteos, bajó hasta llegar profundo entre sus piernas, apretándola más, aplicando presión, sus dedos encontrando la piel de su hombría que se deslizaba en su humedad. Mantuvo su mano allí, teniéndola en su lugar, y embistió más profundo en ella.

Era un hombre fuerte. Pero el placer de tenerla en sus brazos, sus piernas alrededor de sus caderas, la sensación de su sexo dentro de ella lo hacía sentir como si fuera a desmoronarse en cualquier momento.

Si esto era lo que era el cielo, no le tenía miedo a la muerte.

Si esto era el Edén, quería estar en él para siempre.

Cada embestida lenta en ella resonaba con su jadeo que capturaba en un beso. Hizo el amor con ella cuidadosamente, lentamente, sin apuro, porque sabía que podía perderse y terminar en segundos. Pero era demasiado precioso, esta cercanía, su respiración en sincronía, sus cuerpos presionados uno contra el otro, piel contra piel, moviéndose al ritmo del amor como una sola entidad, un enredo de piernas y brazos, como una marea, ola tras ola. Soltó sus labios y cubrió su rostro con besos. Su mano dejó sus glúteos y subió a su cabello, deslizándose en la masa de este. No dejó de moverse, estaba consciente de su sexo dentro de ella, embiste tras embiste, sintiendo una ola de placer abrumador, y se frenó, tratando de distraer su mente.

Su aroma...

Estaba por todas partes.

A su alrededor.

Sus hebras de cabello largo caían en ondas sobre sus hombros, sobre su espalda, como si ella se estuviera transformando en él. Era parte de él; sus sexos se unían, sus miembros se entrelazaban, sus rostros juntos. Ella estaba en todas partes. Frente a él, pero omnipresente. Tan pequeña, pero él se sentía completamente envuelto en ella. Finalmente, después de tanto tiempo, podía sentirla de nuevo con cada célula de su piel, estaba dentro de ella, meciéndose lentamente al ritmo de su pasión, su hombría deslizándose en su útero suave, dentro y fuera, dentro y fuera, como una fuente de vida y amor, llegando a la profundidad misma de ella. No quería que esto terminara, no quería llegar al clímax. Tampoco quería detenerse, porque si se retiraba, el pensamiento de la sensación hueca de su ausencia lo asustaba.

Pero ella estaba llegando a la cima más rápido que él. Escuchó sus exhalaciones forzadas, sintió que sus brazos se apretaban alrededor de su cuello, su sexo empujando hacia abajo sobre el suyo más fuerte y más rápido. Y él lo aceptó. Volvió a llevarle la mano a las nalgas, palmeándolas, hundiendo el dedo corazón en la hendidura que las separaba, y la oyó gemir.

“Sam” una palabra apenas audible salió de sus labios y se transformó en un gemido.

“Sí, mi amor” susurró y empujó con más fuerza. “Sí, amor”. Volvió a empujarla y ella gritó.

“Así, amor” repitió su voz en sincronía con sus movimientos. Ella gritó una y otra vez mientras él bombeaba dentro de ella, sintiendo que su propia tensión aumentaba, ondulando a través de él, cegándolo, y finalmente, con un gruñido animal, alcanzó su orgasmo, liberándose en ella y abrazándola más fuerte que nunca.

Él no la soltó, y se quedaron abrazados, balanceándose con los restos de su clímax.

"Sam," susurró en su oído, acariciando su cuello.

Se sentía agotada, aliviada, feliz. No podía recordar la última vez que había sentido tal éxtasis durante el sexo.

"Eva," él susurró de vuelta, y ella sonrió felizmente.

Enterró su rostro en su cuello e inhaló su olor, una mezcla de piel húmeda, madera, y algo más, algo que nadie en Londres tenía. Apartó su rostro y lo miró, los dedos de su mano trazando el contorno de su rostro, acariciando sus labios. Sus ojos brillaban con el reflejo del fuego junto a ellos y su amor por ella. Ella miró profundamente en sus ojos, y si en ese mismo momento él le pidiera algo inimaginable, no lo cuestionaría, haría cualquier cosa que este hombre quisiera. Se sintió abrumada por las emociones que después del acto físico volvían a ella, su corazón expandiéndose tan dolorosamente, que quería llorar.

"Sam," susurró, plantando un suave beso en sus labios, acariciando su rostro. "Te amo tanto."

Él sonrió con los ojos, pero no respondió. No necesitaba hacerlo. Ella lo sabía demasiado bien.

"¿Y ahora qué?" preguntó, sin saber adónde iban desde aquí.

"¿Ropa? ¿Comida? ¿Bebidas?" enumeró las opciones, estudiando su rostro. "¿Más de tú y yo?"

Ella rio, enterrando nuevamente su rostro en su cuello.

"Prefiero lo último," dijo él.

"Yo también," repitió ella y se rio. La habitación de huéspedes parecía mágica, un cálido refugio a la luz de la tormenta, de los demás, y de cualquier cosa que pudiera separarlos. "¿Podemos quedarnos junto al fuego?"

"Podemos hacer lo que quieras, amor."

Finalmente se levantó. Ella se sentó junto al fuego, observando su magnífico cuerpo desnudo mientras él caminaba hacia la cama, recogía la manta y las almohadas, y regresaba.

Se recostó, apoyado en las almohadas, y la sostuvo en sus brazos.

"Estoy tan feliz," dijo ella suavemente mientras veían cómo chisporroteaba el fuego en la chimenea. "Esta noche es la mejor noche que he tenido."

"La primera de muchas," dijo él.

"Hmm," fue su respuesta.

Él tomó su mentón con sus dedos y giró su rostro hacia él.

"¿Qué pasa?" preguntó al ver que no había una sonrisa en su rostro.

Una triste mirada se reflejó en su rostro.

"Cada vez que dejamos una habitación o un lugar, algo sucede para separarnos."

"No pasará nada," dijo él, acariciando su mejilla.

Ella no respondió, pero miró hacia otro lado.

"Eva," dijo él y volvió a girar su rostro hacia él. "Amor, te lo prometo. Te dejé una vez. No puedo explicar cuántas veces me arrepentí. Cuántas veces quise volver a Londres y pensé que era

un tonto y que tú estarías con alguien más. No te dejaré ir. Si te escapas, te encontraré."

Sus ojos rieron antes que ella lo hiciera.

"¿Lo prometes?" preguntó suavemente.

"Lo prometo," respondió él y acarició su mejilla con el dorso de sus dedos.

Y de alguna manera, esas palabras lo cambiaron todo, derritieron su corazón, porque aquí, lejos de la ciudad, Samuel Riley era diferente. No era tímido ni estaba incómodo. Había un extraño aire en él, algún poder invisible que irradiaba con cada uno de sus movimientos. Era estimulante. Y las palabras que dijo parecían tener más peso que cualquier otra cosa que hubiera dicho antes.

Hubo un golpe en la puerta, y Eva se movió y miró interrogativamente a Samuel.

"No entrarán," sonrió él.

"¿Qué pensarán?" preguntó ella.

"Te preocupas demasiado."

"El hombre que te llamó 'Sam', ¿quién es?"

"El señor Harshaw. Él y su esposa me criaron."

"'Templaron'," sonrió Eva.

"Sí. Esta es su casa."

Un destello de shock se reflejó en el rostro de Eva.

"¿Sam! ¿Estamos en la casa de otra persona? ¿Esto?" Hizo un gesto hacia sus cuerpos desnudos junto al fuego.

Sonrió.

"Shh, está bien". Le acarició el pelo. No podía evitar tocarla, y a ella le encantaba.

"¿Qué pensarán?" Ella inclinó la cabeza con reproche.

"No me importa lo que piense nadie más. Solo tú, Eva." Él sonrió. "¿Qué opinas?"

"¿Sobre qué?"

"Sobre nosotros."

Ella sonrió de vuelta.

"Te lo dije hace meses. No cambió, Sam." Lo miró con ternura. "Nunca fue diferente. Lo que viste en la Belle House fue un hombre tratando de recuperar algo que había perdido hace mucho. Él no hubiera estado ahí si no fuera por esa criatura malvada. Y lo que sea que ella te haya dicho... ¡Ah!" Sacudió la cabeza con irritación. "La odio por todo lo que hizo."

"Shh, no importa. Amor, ven aquí," dijo él, acercándola, y su corazón se agitó con sus palabras. Le levantó el mentón hacia él, y la acercó a sus ojos azules en los que parecía ahogarse. "Nunca supe qué era el amor hasta que te conocí, Eva."

Ella alcanzó su rostro y lo acarició.

"No me importa lo que nadie diga o piense," continuó él. "El mundo nunca se preocupó mucho por mí, y ahora que te encontré, quiero que seas mi mundo."

Ella sintió un nudo en la garganta.

"Parece que he roto todas las reglas," dijo él con una risita.

"¿Qué reglas?" Frunció el ceño.

"Las de Will."

"Oh, Will." Eva sonrió. "Es un buen hombre, pero está atrapado en muchos juegos. ¿Qué dijo?"

"El día que llegamos a la Belle House, me dijo que no me enamorara." Una risita suave escapó de su boca. "Romper esa regla fue lo primero que hice," agregó y acarició la mejilla de Eva, admirando su hermosa sonrisa que le brillaba.

"¿Qué más?"

"'Aprovecha mientras puedas', dijo, 'y no te dejes engañar, porque las mujeres están hechas para el deseo, no para el amor'," habló Samuel.

Las últimas palabras hicieron que la sonrisa de Eva se desvaneciera.

"Está muy equivocado," dijo.

"Lo sé."

"Enamórate. Da más de lo que recibes. Y deja entrar al amor. Siempre hay lugar para el amor. A veces no te das cuenta de qué se trata hasta que es demasiado tarde."

"Ahora lo sé," dijo él, mirándola, acariciando sus labios con el pulgar. "Fui un tonto por irme."

"Está bien." Ella sonrió y giró la cabeza ligeramente para besar sus dedos.

"Nada de malentendidos. Ni más cartas sin enviar ni conversaciones sin terminar."

Ella se rio con sus palabras y se inclinó para besar sus labios. "No. Definitivamente no."

"No quiero dejarte ir," dijo él. "No quiero estar sin ti, porque me convierte en el hombre más miserable de la tierra, Eva. Quiero que estemos juntos porque, sin ti, mi vida está vacía y oscura."

Se quedaron en silencio por un rato. La tormenta afuera aullaba, golpeando contra los cristales de la ventana. Pero la luz del fuego en la habitación de huéspedes, donde Samuel y Eva estaban acurrucados entre mantas en el suelo, era reconfortante y calmante. Irradiaba calor. Podría haber sido lo que había traído una sonrisa casi permanente al rostro de Samuel. Se sentía tranquilo, en paz. La causa de eso era la mujer envuelta en sus brazos. Estaba feliz.

Volvió la cabeza para mirar su rostro, dorado por el brillo anaranjado del fuego. Ella yacía de espaldas junto a él, su brazo derecho alrededor de ella, su cabeza en su hombro, sus ojos cerrados.

Fascinante.

No podía apartar la mirada de ella. Su cuerpo, oculto hasta la cintura por la manta, llamaba su nombre de nuevo. Sus pechos, abiertos a su mirada. Lentamente, para no molestarla, levantó su mano izquierda y trazó la longitud de su brazo con su dedo. Sentía una emoción adolescente, el asombro y la fascinación inexplicables. Nada en este momento importaba más que este toque. Acarició su brazo y no podía tener suficiente de la suavidad aterciopelada de su piel. El dolor de extrañarla le atravesó como una flecha aguda, y juró que nunca la dejaría salir de su vida de nuevo.

Ella parecía dormida, pero Samuel sabía que no lo estaba. Su mano se movió a sus pechos, acarició uno de ellos y lo apretó suavemente como si intentara sentir su forma.

Ella se removió, arqueó ligeramente la espalda, abriéndose hacia él, empujando sus pechos ligeramente hacia arriba. Él sonrió. Le gustaba observar su reacción a su toque. Hacía que su sexo cobrara vida y palpitara por ella. Ella no era tímida en su deseo, y su franqueza hizo que él también perdiera su timidez.

Con cuidado, lentamente, se giró hacia su lado, se inclinó y besó su frente, plantando besos suaves en el costado de su rostro mientras su mano acariciaba sus pechos, rozando sus pezones. Su miembro estaba duro como una roca, y esta vez no tenía miedo de hacerlo evidente. Moviéndolo hasta que su dureza estaba contra su muslo, presionando en él, ardiendo por dentro. Ella se acercó más a él. Su mano se deslizó bajo la manta y acarició su cadera, avanzando

lentamente hacia el centro de su deseo. Y cuando lo encontró, él exhaló por la dulce tensión que se extendió por su cuerpo con su toque. Sus labios se volvieron más insistentes, al igual que su mano que dejó su pecho, subió hasta su cuello, tomó su mentón y giró suavemente su rostro hacia él.

"Te deseo de nuevo," susurró. Su lengua lamió el borde de sus labios, abriéndolos para él, y se hundió en su boca para un beso sensual.

Su brazo derecho todavía la rodeaba, sosteniéndola en su abrazo. Su otra mano bajó de nuevo a sus pechos, acariciando uno de sus pezones, luego otro, trazando su dureza una y otra vez. Ella gimió, abrió sus hombros, empujó su pecho hacia su palma. Su propia mano bajo la manta seguía trazando la longitud de su erección, arriba y abajo, rodeando lentamente la punta, rozando su corona, luego bajando hasta la base. Palpó sus testículos y los amasó suavemente, haciéndole gruñir. Quería que fuera más insistente, su caricia más fuerte, pero encontró placer en esta tortura lenta.

"Tócame ahí," susurró ella.

Él sonrió, y su mano se deslizó entre sus piernas y encontró su núcleo, cálido y húmedo.

Ella gimió, abrió sus piernas más ampliamente, y su mano aplicó más presión a su erección.

Él igualó la presión de su mano con la suya. Quería decirle que la estaba volviendo loca, pero su lengua acariciando la suya lo dijo todo.

Sus dedos se deslizaron hasta su núcleo, luego volvieron a subir hasta su pubis, luego se hundieron de nuevo en sus intrincadas profundidades, y ella respondió con un fuerte gemido, moviendo las caderas bajo su mano. Su propia mano disminuyó la velocidad. A él no le importó. Quería complacerla, escuchar su clímax, saber que él era parte de ello. Se detuvo un segundo para quitarles la manta que cubría sus cuerpos. Y entonces su mano volvió a su sexo, reanudando las caricias.

Observó su rostro mientras sus dedos la acariciaban entre las piernas, jugaban con su sexo. Era hermosa, tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Yacía acunada en su brazo, con el pelo suelto y los pechos brillando a la luz de la chimenea. La mano libre de ella se acercó a la mano de él alrededor de su hombro y sus dedos se entrelazaron. La otra seguía en su sexo, acariciándolo suavemente.

Estaban perdidos en este paciente acto de amor.

Ella jadeó y gimió, y cuando él frenó sus caricias, sus caderas se sacudieron en su mano, pidiendo más.

"No te detengas", susurró ella.

"No lo haré", respondió él en un susurro y sonrió, retomando el ritmo.

Miró hacia abajo, sus cuerpos desnudos iluminados por el fuego, que no se comparaba al fuego que ardía dentro de ellos. Sus manos en los sexos del otro eran la vista más erótica que había visto jamás. ¿Cómo podía alguien pensar que hacer el amor era vergonzoso? Sus ojos bebieron de la vista, y sintió otra ola de deseo que se irradiaba a través de su sexo bajo los dedos de Eva. Si no apartaba la mirada, se consumiría en segundos.

Cerró los ojos y acercó su nariz al cabello de Eva, inhalando su aroma. Así, con los ojos cerrados, podía sentir mucho mejor cómo su toque la afectaba. Cada vez que sus dedos acariciaban su sexo de la manera correcta, cada vez que aplicaban la presión suficiente, cada vez que encontraban el punto sensible, su respiración se detenía por un segundo y su mano apretaba la suya un poco más. Podía sentir su cuerpo respirar con el placer creciente, podía sentir cada movimiento de sus miembros, cómo sus rodillas se doblaban más y sus muslos se abrían al máximo en un silencioso ruego por su toque. Quería probarla, hundir su lengua en el centro de su

calor donde estaban sus dedos. Quería levantarla y empujar su erección entre sus piernas con un solo golpe, esperando que le trajera alivio.

Pero no se atrevió a moverse.

Este doloroso placer y anticipación se volvían insoportables, pero ella estaba llegando al clímax. Sintió su respiración volverse más agitada, sintió sus caderas moverse al ritmo de sus dedos entre sus piernas. Sus dedos en su erección se detuvieron cuando todo su cuerpo se elevó.

“Sam”. Fue un susurro o un gemido, un sonido débil que escapó de su boca.

“Estoy aquí, amor”, susurró él en su oído, besándolo suavemente mientras sus dedos seguían acariciando su sexo. “Aquí mismo”, repitió, “aquí mismo”, una y otra vez, susurrando al ritmo de sus caricias. Su espalda se arqueó, sus senos se elevaron, ella aferró su mano con la mayor fuerza posible, la otra se envolvió alrededor de la base de su falo como si fuera un soporte. Sintió todo su cuerpo temblar, pero no la soltó.

“Sam”, ella gimió más fuerte. “¡Ah!”. Y segundos después, su sexo se convulsionó en su mano, tan vivo y sensible, empujando contra sus dedos para esos últimos golpes, temblando en ese clímax familiar, hasta que se calmó, y él lo acarició como si estuviera curando una herida.

Él la besó suavemente, pero ella respondió con toda la pasión de una amante exhausta.

“Te amo”, jadeó ella, y su mano en su sexo comenzó a moverse de nuevo. “Ven aquí, tú”. Desenvolvió su brazo de alrededor de sus hombros y lo atrajo hacia ella. “Muéstreme cómo me amas”.

Él se colocó encima de ella. Sus muslos estaban abiertos bajo él, y su erección no quería nada más que estar dentro de ella. Su dureza encontró su centro, la envolvió con un solo golpe, y su grito y su gruñido se fundieron en uno solo. Salió y volvió a empujar mientras gruñía de placer.

“Te amo”, ella susurró, y él salió y empujó de nuevo mientras sus labios se abrían en un jadeo silencioso.

Quería estar más profundo, no sabía cómo, se levantó de la cama, levantó sus piernas y las puso sobre sus hombros, luego se inclinó y volvió a meterse en ella, sintiendo sus nalgas con sus muslos, penetrando en ella hasta la empuñadura. Él no se detuvo más, sino que siguió empujando, sus piernas sobre sus hombros, con su sexo hundiéndose hasta su máxima profundidad. Quería consumirla, hacerla parte de sí mismo y nunca soltarla, su vientre era la conexión mágica que parecía atraerlo. Se mecía encima de ella, con los ojos cerrados pero su cuerpo ensanchado por la cercanía de ella, por la sensación de estar dentro de ella, de que sus sexos se moldeaban perfectamente. Escuchó sus jadeos que se convirtieron en gemidos silenciosos, sintió que sus muslos se convulsionaban y sus espasmos sexuales alrededor de los suyos. Se metió más profundamente en ella, sintió una ola de deseo que resonó con la de ella, y cuando ella llegó a su punto máximo, él también lo hizo, gritando con cada último golpe. Sus piernas se deslizaron por sus hombros y se cerraron detrás de su espalda mientras sus manos se deslizaban por su cabello y chocaba su boca contra la suya para darle un beso.

El fuego junto a ellos parecía frío en comparación con la pasión de los jóvenes amantes cuyos días apenas comenzaban. Esta noche se sintió como la noche más luminosa de sus vidas. Pero no tenían forma de saber que vendrían muchas.

"Nunca supe que podía ser así", dijo en voz baja. "Dos personas. Estos sentimientos".

"Yo tampoco. Hasta que te conocí, amor", dijo.

"Dilo otra vez" susurró, "como me llamaste".

Él sonrió y la besó en los labios.

"Amor".

Le acarició la cara y volvió a besarla.

“Amor” repitió él en voz más baja y volvió a besarla.

“Te amo, Samuel Riley” dijo y le besó los labios, luego las mejillas, las sienes. “Quiero hacerte feliz”.

Quería decirle que era él quien quería hacerla feliz, pero ella ya lo sabía, porque sus caricias eran más fuertes que las palabras.

El amor no se trata de tomar, sino de dar.

La Sra. Harshaw y la criada trajeron bandejas con comida a la habitación de invitados, pero no se atrevieron a entrar. Dejaron la cena junto a la puerta, y la anciana le dijo a la criada que se retirara por la noche.

Más tarde esa noche, la Sra. Harshaw entró al salón. Levantó la carta del suelo y la leyó. La anciana no era entrometida, no. Pero desde el fallecimiento de los señores, la vida del joven Samuel Riley se había convertido en su principal preocupación. Leyó la carta, y cuando terminó, su mano la apretó contra su corazón mientras se quedaba un rato con los ojos cerrados, una sonrisa jugando en sus labios.

Puso la carta en la mesa, sabiendo que Samuel querría conservarla, y subió a su dormitorio, se sentó en la cama junto al Sr. Harshaw, y suspiró ruidosamente.

"El chico está enamorado. Y ella también," dijo.

El Sr. Harshaw asintió y la miró con una sonrisa.

"Es igualito a su padre," dijo él.

"Ella parece ser una buena mujer. Bueno, considerando..." hizo una pausa, recordando la historia de Samuel.

"¿Considerando qué?" Él la miró, perplejo.

Ella encogió los hombros y decidió guardarse la historia para sí misma. No había necesidad. El pasado era pasado.

"Ella lo ama. Él está feliz. Eso es lo único que importa."

El Sr. Harshaw tomó su mano y la acarició suavemente.

"Gracias al Señor, querida. Gracias al Señor. Finalmente."

Y se quedaron un rato en silencio, sonriendo.

Esa noche, Samuel no dejó que Eva se fuera a casa. Tampoco quería dejarla ir al día siguiente. Ella no discutió. Su hogar era donde él estaba.

En cambio, la llevó a los Acantilados Grises.

Una vista de cien millas.

Finalmente.

Eva se aferraba fuerte al brazo de Samuel mientras miraban las aguas de la bahía.

El clima estaba más calmado. Los vientos habían cesado. La lluvia se había ido. Las nubes rugosas en el cielo estaban apiladas unas sobre otras. Y aunque no había sol, rayos de luz ocasionalmente se asomaban entre las grietas grises en el cielo, iluminando los bordes de las nubes con un blanco deslumbrante. Cualquier campesino te diría que después de días tormentosos, siempre llega el sol.

Samuel y Eva permanecieron en el borde de los acantilados por un tiempo, luego dieron un paseo hasta el grupo de sicomoros. Y caminando entre los árboles, Samuel tomó su mano y sintió una ligereza inexplicable, como si la tormenta de ayer se hubiera llevado todos los problemas consigo. No podía apartar la mirada de Eva. No podía creer que ella estuviera con él, caminando a su lado, toda para él, y nada —ni persona ni circunstancia— se la llevaría. Este era su mundo, y él estaba a cargo.

Se detuvo, la giró y la besó. No podía tener suficiente de ella. Tampoco creía que alguna vez pudiera tener suficiente del toque tierno de ella. Tiró de los lados de su capa y la envolvió, protegiéndola de los vientos, ocultándola en sus brazos.

"Te deseo," susurró, acercándola.

Ella sonrió ante las palabras que un mes antes nunca habrían salido de sus labios.

"Volvamos," susurró él. "Te quiero desnuda en mis brazos." Sentía la excitación quemándolo dolorosamente por dentro. Sus dedos acariciaron su cuello, pero no pudieron avanzar más abajo del cuello de su vestido. "Quiero quitarte la ropa," dijo, mirándola a los ojos, sin miedo a sus palabras. "Quiero besar cada centímetro de tu cuerpo y escuchar tus gemidos de nuevo," susurró en su boca e invadió con un beso.

Ardía de deseo. Sus labios dejaron los de ella y trazaron el costado de su cuello, intentando bajar más.

"Alguien podría vernos," se rió, empujándolo juguetonamente.

"Excepto por la casa en el campo, soy dueño de todo lo que nos rodea," la miró con ternura. "Así que podemos hacer lo que queramos."

Sonrió y la besó en la mejilla, fría por el viento.

"Hoy te mostraré la escuela en el campo. Y los niños. Y la granja." Sus ojos azules brillaban en ella con toda la ternura que había en su corazón. "Si quieres, por supuesto."

"Me encantaría," respondió ella.

"No es Londres, temo. Nada a lo que estás acostumbrada..."

"Sam." Ella puso sus dedos en sus labios para detenerlo de hablar. "Dejé Londres para estar aquí."

"Lo sé," dijo él. "Aun así. Tengo algunos asuntos que atender, pero en una semana o algo así, te llevaré a Dorchester."

Ella apartó la mirada con una sonrisa tímida.

"¿Estás seguro de que es..."

"Sí," la interrumpió, tomó su mentón entre sus dedos y giró su rostro hacia él. Sonrió, y esa sonrisa disipó toda la incomodidad y duda. "Quiero que estés junto a mí. Conmigo. No soporto pensar en un día sin ti," dijo, y ella se rio. "¿Qué?" Buscó en sus ojos la razón de su risa.

"Me gusta la forma en que hablas, Samuel Riley," dijo ella con una sonrisa traviesa. "Hazlo más seguido."

Sus ojos brillaron con un destello igualmente travieso. "Me has enseñado mucho," dijo.

"Puedo enseñarte mucho más," respondió ella.

"No puedo esperar," dijo, acariciando su cabello. "Tenemos toda una vida."

Y la atrajo para otro beso.

EPÍLOGO

Eva no sabía a dónde los llevaría su amor ni qué tipo de futuro tendría con su amado. Pero no estaba preocupada. Quería estar con Samuel de cualquier manera que él encontrara adecuada.

Pero en la mente de Samuel, Eva ya era suya, instalándose en su vida y en un futuro lejano que él aún no podía ver.

Durante los siguientes días, vivirían en el momento y no pensarían en nada más que en estar juntos, desnudos y en el amor interminable que solo los nuevos amantes pueden soportar.

Noches llenas de pasión.

Días llenos de besos tiernos.

Ella le enseñará a hacer todo lo que su mente imagine, actuará cada fantasía, dulce u oscura. Y lo complacerá como nunca antes lo hizo con ningún otro hombre. El amor es un arma poderosa. Eva tiene las habilidades y el amor mismo que ha estado esperando demasiado tiempo para liberarse.

Y ahora lo tiene a él.

El irlandés.

El granjero.

Samuel O'Riley.

El hombre intimidante el doble de su tamaño.

Podría vivir en una cabaña, en las montañas, en medio de la nada solo para estar con él.

Pero no lo hará.

Él la llevará a Dorchester, y ella verá su mansión.

En tres meses, se convertirá en su esposa. El evento será la mayor celebración en Tyme, haciendo que el Sr. y la Sra. Kearney brillen de orgullo y felicidad como los amigos más cercanos de la novia de Samuel Riley en persona.

Años después, Eva le dará a Samuel los herederos de su patrimonio, y continuarán la tradición de "templar".

En cuanto a Londres... bueno, los ricos y poderosos sacudirán la cabeza. Las mujeres, con envidia y rencor hacia la mujer que se atrevió a soñar. Los hombres, con celos y admiración por el hombre que encantó a la mujer más buscada de Londres. Las noticias harán que la ciudad hable durante meses.

Eva descubrirá que Samuel tiene un título. Y ella lo obtendrá también.

¡Ah!

¡El título!

Lady Edith Hall, por supuesto, tenía razón, porque el matrimonio convertirá a la ex cortesana en Lady Eva Riley. Este hecho hará que la dueña de la Belle House, la Sra. Sharke, se ría con orgullo durante meses, y ciertas mujeres entre la élite de Londres se ahoguen en su indignación y se arranquen el pelo de rabia.

Lady Edith vendrá a Dorchester de visita. Y cuando Samuel le diga cuánto ama y admira a su esposa, Lady Edith rodará los ojos, mirará a Eva, alzará una ceja y dirá: "Te lo dije".

Porque hay algo en lo que los viejos casamenteros tienen razón:

No importan las riquezas o la pobreza, el estatus social o la vergüenza de la profesión, los prejuicios o los malentendidos, siempre hay una oportunidad para el amor. El amor no se preocupa por nada de esto. El amor es el mayor héroe y criminal, santo y villano, dador y ladrón. Es astuto, porque nada puede detenerlo.

Más que nada, el amor es esperanza.

Si tienes dudas, puedes preguntar a las mujeres de la profesión más antigua de la Tierra. Las cortesanas de la Belle House. Porque tienen muchas historias que contar...

Para continuar con las aventuras de Belle House,

Lee el siguiente libro en la serie:

El tierno beso del destino

OTRAS OBRAS DE V. KAHANY

[**FLORES PARA EL DIABLO**](#)

[**EL REY DE LOS DIAMANTES**](#)

[**EL DESEO DE UN CABALLERO**](#)

Serie Rebeldes de Gracewyck:

La Musa del Rebelde (Libro 1)

La Tentación del Rebelde (Libro 2)

El Deseo del Rebelde (Libro 3)

Serie Bell House:

Los tiernos días de May

El tierno toque de la noche

Las tiernas reglas del Edén

El tierno beso del destino

El tierno arte de la guerra